

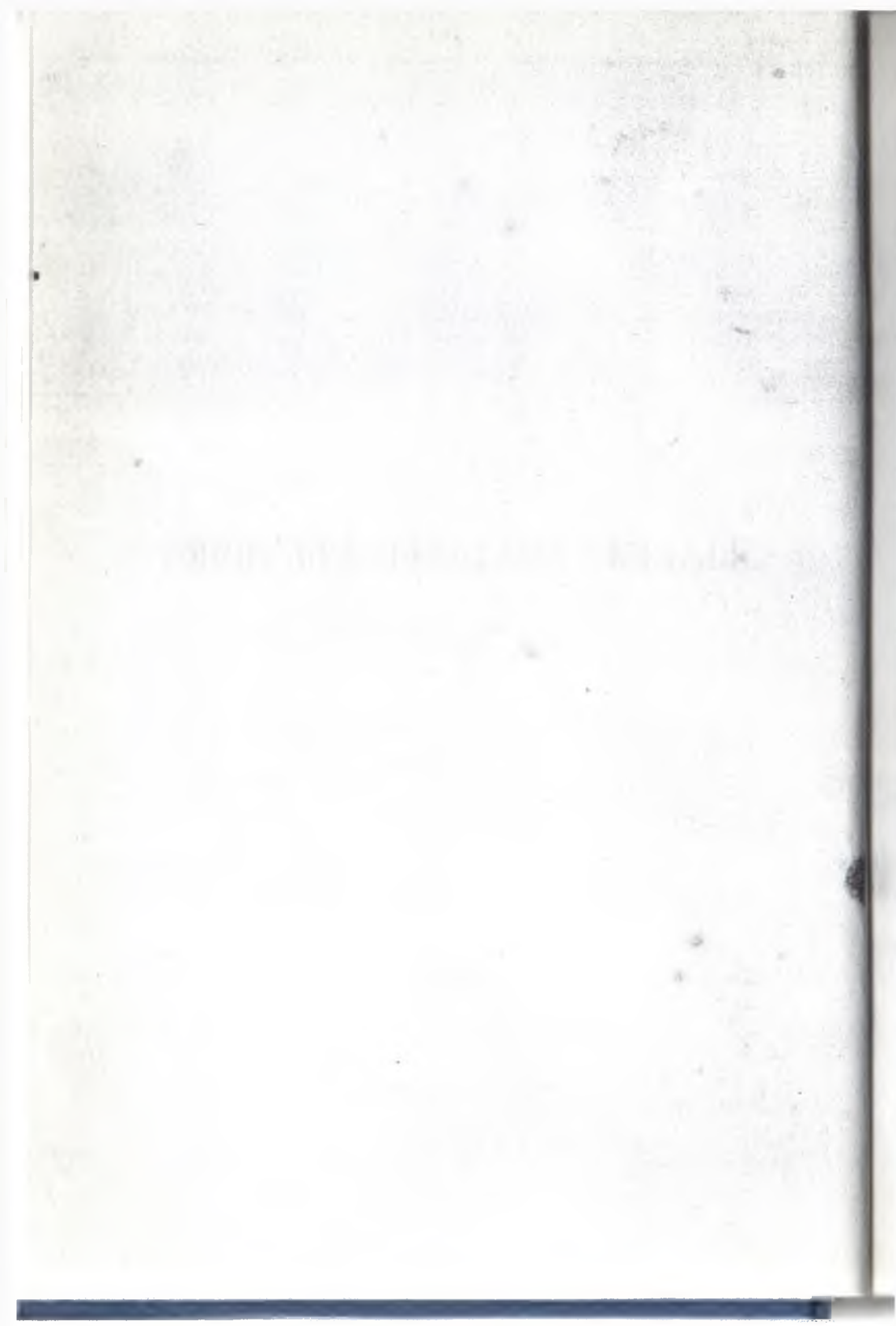
ROSSI

EL ALMA DE
LA MUCHEDUMBRE



\$150-

EL ALMA DE LA MUCHEDUMBRE



BIBLIOTECA SOCIOLOGICA INTERNACIONAL

PASCUAL ROSSI

DIRECTOR

DEL «ARCHIVIO DE PSICOLOGIA COLLETTIVA» DE COSENZA

EL ALMA DE LA MUCHEDUMBRE

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO

POR

RICARDO CARRERAS

• Tomo I •

BARCELONA.—1906

IMPRENTA DE HENRICH Y COMP.^ª EN C.—EDITORES

Córcega, 348

ES PROPIEDAD

**Esta edición ha sido expresamente
traducida para la BIBLIOTECA
SOCIOLOGICA INTERNACIONAL,
con permiso de su autor.**

A MI MADRE

CORNELIA ROSSI

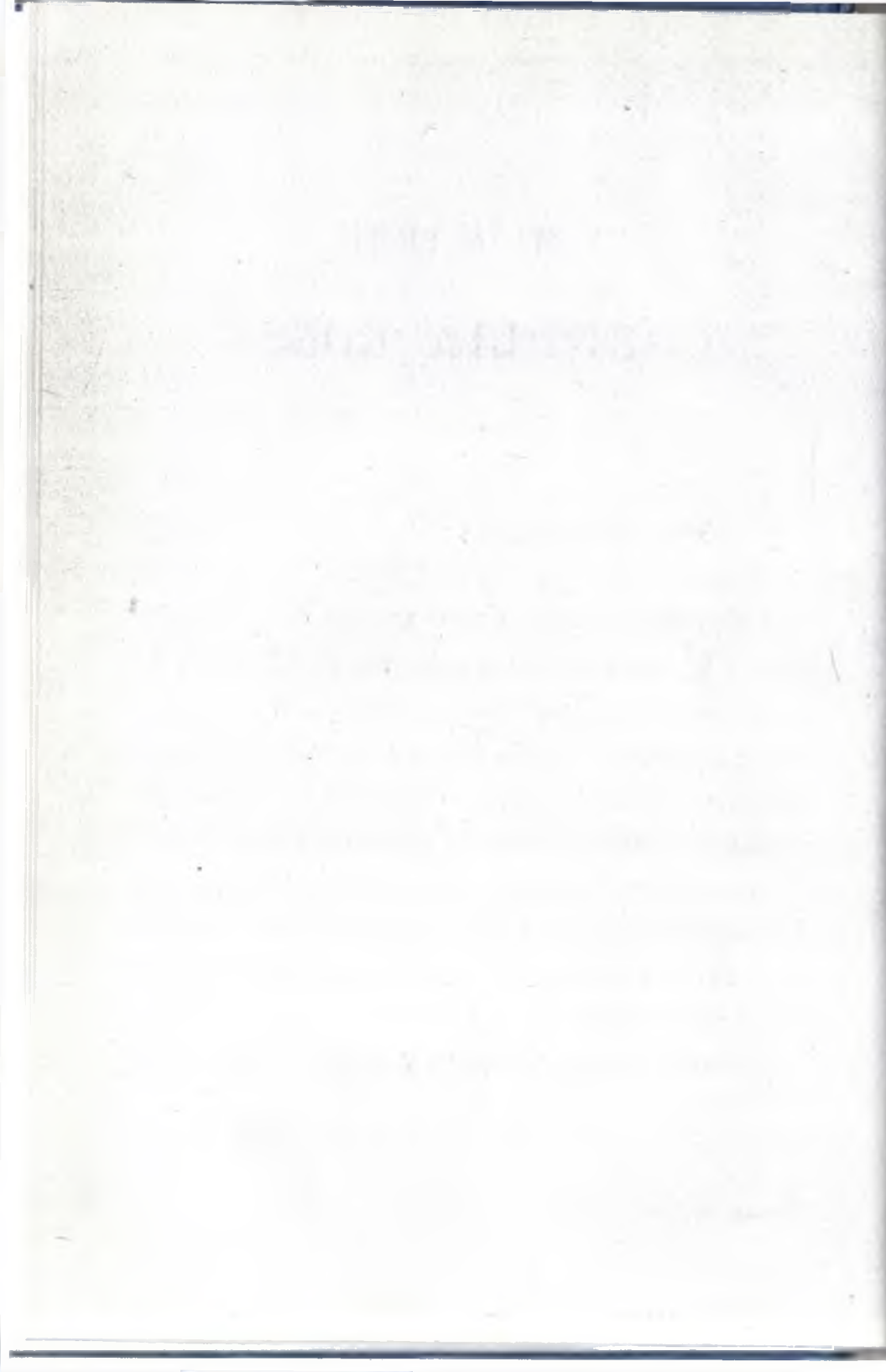
MADRE QUERIDA :

Este libro, primer fruto sazonado de mi ingenio, ha sido escrito pensando en ti y con la visión serena y fuerte de mi padre en la mente y en el corazón. A ti, pues, y á su memoria; á vosotros dos, de quienes aprendí el amor al trabajo, la adoración de la virtud y la religión del prójimo, lo dedico yo con el presagio de que vengan tiempos mejores para la Humanidad y de que puedas tú ser conservada largos años á mi cariño.

Amame como yo te amo y créeme tuyo.

PASCUAL.

Cosenza, Enero 1898.



LÍMITES Y OBJETO DE ESTA OBRA

Nuestro siglo se distingue de los demás por el desarrollo progresivo y maravilloso de la ciencia. Como la vida toda, en sus complejas manifestaciones, ha ido creciendo con sujeción á una ley que puede compararse á la de la gravedad, esto es, en razón inversa al cuadrado de las distancias, y en razón directa de la masa; así, también la ciencia ha seguido tal ley de desarrollo, aplicada del mundo de los hechos físicos al de los fenómenos intelectivos.

Observando reproducidos en forma gráfica los cambios geológicos de la nebulosa primitiva, á la forma astral y planetaria; el desenvolvimiento de la vida animal y vegetal, desde la mónera hasta el hombre, y el desarrollo de éste á través de los siglos, desde el momento en que se eleva del tipo pitecoide al antropoide, y, por fin, á través de los siglos prehistóricos é históricos, á la cúspide, hoy alcanzada, de la civilización; observando esta inmensa curva gráfica, siempre y en todas sus partes se confirma la ley del progreso social, marchando en razón directa de la masa é inversa al cuadrado de las distancias (1).

(1) Véase Haeckel, *Storia de la creazione naturale*, página 222. Casa editorial Torinese.—Morselli, *Lezioni d'antropologia*, pág. 366 y sig. C. e. Torinese.

La ciencia, pues, ha obedecido á esta ley, secundada por el desarrollo creciente de la sociedad (1).

Heriberto Spencer, hablando de los factores derivados que determinan el crecimiento de la sociedad humana, da particular importancia á los factores superorgánicos, llamados por otros, por ejemplo, por Angiulli, factores históricos. Son estos los productos de las invenciones humanas que van acrecentándose en relación: uno crece por obra directa é indirecta del otro, y no bien el uno se ha acrecentado del todo, cuando ya origina nuevos acrecentamientos en los demás; como quien coloca tantos espejos paralelos, que refleja en ellos hasta el infinito una imagen.

Así ocurre en el progreso de la civilización, de la cual la ciencia es una parte: los medios de comunicaciones fáciles, de publicidad, de investigación, de estudio, por reflexión, han hecho aún más acelerada la marcha de la ciencia, de lo que, de seguro, hubiera sido, si éstos hubiesen faltado y no hubiesen constituido, merecidamente, uno de los más altos timbres de loa de nuestro siglo.

Pero la ciencia, no sólo se ha extendido descendiendo hasta los abismos de un mundo invisible, á lo *infinitamente pequeño* de Pasteur; no sólo se ha encumbrado hasta lo *infinitamente grande* por cima de nuestras cabezas, sino que se ha aventurado audazmente en hipótesis y en felices adivinaciones, como las de Mendeliëff en el campo de la Química, y la de Leverrier en el campo de la Astronomía. Ha estu-

(1) Tan verdadero es el hecho, que Antonio Labriola, uno de los ingenios más agudos que existen en Italia, escribe: «Esta ciencia que la época burguesa por sus mismas condiciones tanto ha fomentado y hecho crecer, es el único legado del pasado que el comunismo acepta y hace suyo sin reservas.» *Del materialismo storico. Diluizione preliminare.*—Loescher, 1896. p. 123.

diado la vida en el fondo del mar y ha observado por dentro la psiquis del hombre; ha descompuesto el plasma y desenterrado mundos y hombres que parecían desaparecidos para siempre, ha hecho minuciosa labor de análisis; pero ha intentado recomponer la síntesis, reforzando el concepto de que existe una clasificación y una derivación en las ciencias, como hay otras en las formaciones naturales é históricas. Así ha surgido la concepción monista y unitaria del mundo, tarea que Augusto Comte asigna á la Filosofía (1).

Á este gran movimiento científico ha contribuido la Psicología.

No ha mucho que venia ésta enseñándose como una rama de la Filosofía, en la que se definía como una observación interna, una introspección, como el estudio de la facultad del alma, de este amado hálito divino encerrado en el cuerpo.

Gloria de algunos científicos fué haber desgajado la Psicología del tronco filosófico y haberla injertado al plantón biológico; ya porque estudia funciones que afectan al sistema nervioso, el cual, en otros aspectos, está estudiado en la biología, sea porque las funciones psíquicas son, — como demostró latamente Sergi, — funciones de protección del organismo (2).

Convertida la psicología en ciencia biológica, su método ya no puede ser más la introspección, pero sí, en cambio, la experiencia, la observación objetiva

(1) Véase Angiulli, *La filosofia e la scuola*. — De Marinis, *Profusioni universitarie: L'unità del sapere*. — Morselli, obra citada, pág. 133. — Haeckel, obra citada. — Ferri: *La scienza e la vita nel secolo XIX. Critica sociale*, número 21, año 1897.

(2) Véase Sergi: *Psicologia per le scuole*, Cap. I. Ed. Dumolard y Morselli: *Psicologia*. Cap. I. Firenze, edit. Sansoni.

interpretada, proyectándose sobre nuestra propia psiquis, como foco de luz eléctrica que rompe é ilumina la obscuridad de la noche. Por eso surge la Psicología fisiológica, que estudia el paralelismo y la transformación del hecho fisiológico en hecho psíquico; la psicometria, que mide el tiempo en que se efectúan las funciones elementales psíquicas; surge el método de las investigaciones, adoptado primeramente por Galton, en el estudio del que fué llamado «documento humano», que se refleja en la representación artística; sale, en fin, la ley de la herencia psicológica, etc. (1).

Hasta tal punto se había estudiado la psiquis individual, ya formada; quedaba por averiguar si era un fenómeno exclusivamente «humano» ó también una formación de la especie y de la raza; de todo el mundo biológico animal.

El estudio se hizo y demostró que la psiquis comienza muy abajo, con la mónera; que la irritabilidad del protoplasma es hecho biológico y psíquico á un mismo tiempo; que hay una psiquis elemental que sube hasta el hombre, que los hechos sensitivos, volitivos é intelectivos, contenidos en la irritabilidad del protoplasma, van desarrollándose por modo paralelo é interdependiente hasta el hombre, que reproduce, en los principios psíquicos, el desenvolvimiento de la especie; de aquí que la ontogenesia de la psiquis sea una breve recapitulación de la filogenesia, y, que entre el hombre y los animales inferiores hay sólo una diferencia cuantitativa, no cualitativa, de la psiquis (2).

(1) Buccola: *La legge del tempo nei fenomeni psichici*. Dumolard, 1883. Introduzione.—Mantovani: *Psicologia fisiologica*—Manuali Hoepli.

(2) Véase *Darwin e darwinismo*.—Tarozi: *Darwin e la psicogenia*. Dumolard, 1892. — Angiulli: *La filosofia e la scuola*, parte 2.^a

El estudio de la psiquis individual, en el estado normal, podía darse por terminado: la psicología fisiológica había estudiado las relaciones con las demás funciones nerviosas; la psicometría había medido los hechos psíquicos elementales; la psicogenia había estudiado el nacimiento y desarrollo; la psicología, en fin, había estudiado la completa organización de la mente. Permanecía, pues, siempre en el campo del individuo y en la expresión normal de la psiquis; mas el hombre no es un individuo aislado, y los productos psíquicos colectivos son tan frecuentes como los fenómenos aislados de la psiquis, y, por otra parte, el estado de salud se alterna con el de enfermedad; de donde se dedujo que la psicología debía seguir desde luego dos caminos diferentes: estudiar la psiquis enferma (psicología patológica); estudiar la forma psíquica compleja (psicología colectiva).

Pero estas dos nuevas ramas en que la psicología se bifurcaba, eran muy capaces de ulterior desarrollo. La psicología patológica podía proponerse, ó el estudio de la mente enferma, y este objetivo estaba tratado con elevación de doctrina en la psiquiatría, ó simplemente debía estudiar una forma particular de perversión psicosomática, el delito, tarea asignada á la psicología criminal; ó bien, del campo patológico, debía acudir y afirmar las conclusiones fisiológicas, y este campo fué el especialmente tentado por el maestro Ribot, en los tres famosos ensayos sobre la memoria, sobre la voluntad y sobre la personalidad (1).

Quedaba el otro ramo de la psicología, — la psicología colectiva — adivinada, hace ya muchos años, por Barzellotti, que escribía así respecto del alma de

(1) *Les maladies de la mémoire, de la personnalité et de la volonté.*—F. Alcan, éditeur.—Paris, 1884.

la muchedumbre: «Ese no sé qué indefinible, vago, que vive, no obstante, siente, piensa y procede con vida propia, distinta de las de los millares de almas que en ella se confunden, y se forma siempre en las grandes conmociones de las aglomeraciones populares para morir después con ellas» (1).

Pero quien con amor y con genio se ocupó en la psicología colectiva fué Escipión Sigheli (2), cuyo concepto esencial puede resumirse así: entre la psicología individual y la sociología existen *traits d'union*, representados por las varias formas de psicología colectiva; por la casta, por la clase, por el estado; mas en tanto entre la psicología individual y la sociología existe paralelismo, ya que «la sociología es una psicología en grande», en la cual «los caracteres del conjunto están determinados por los caracteres de la unidad que lo compone», en la psicología colectiva esta ley fundamental «experimenta muchas excepciones, porque á menudo este conglomerado humano presenta caracteres distintos de los de las unidades que lo componen».

Sigheli demuestra cómo de la muchedumbre se pasa á la casta, á la clase, al estado, y ahincando más adentro en las leyes psíquicas colectivas, encuentra que en la muchedumbre «el pensamiento se desvanece y el sentimiento se aguza» por lo que «unirse vale tanto como empeorarse». Y con efecto, hasta ahora, en la historia la obra más evidente que han realizado las muchedumbres ha sido una obra de destrucción. Ellas procedieron en los siglos como

(1) Barzellotti: *Santi, solitari e filosofi*, pág. 150, ed. Zanichelli, 1836.

(2) Sigheli: *La folla delinquente*, Bocca ed.—*La coppia criminale*, Bocca ed.—*La delinquenza settaria e contro il Parlamentarismo*, ed. Treves. Véase además *Critica soc.*, año IV, 1894, y año V, 1895.

esos microbios que aniquilan á los cuerpos débiles y á los cadáveres.

« Los bárbaros—que fueron las grandes muchedumbres de la antigüedad, como los obreros son las grandes muchedumbres de nuestros días,—no hubieran construído, de seguro, el edificio de la civilización romana; pero cuando este edificio estuvo tambaleándose, acudieron los bárbaros para derribarlo y hacer posible la construcción de una civilización nueva con los restos del antiguo coloso. Entonces es cuando aparece la obra de las muchedumbres y cuando por un momento, la filosofía del número se convierte en la única filosofía de la historia » (1).

Si Sigheli ha tenido el mérito de estudiar, antes que nadie, la psicología de la muchedumbre, ha cometido, en cambio, el error de no tomarla más que en un aspecto, el criminoso; de asegurar que en la muchedumbre el sentimiento se aguza y el pensamiento se desvanece; ya que si *estáticamente* es así, *dinámicamente* el pensamiento en la muchedumbre se completa y se difunde.

La acción ordinaria de la muchedumbre es, ó tiende á convertirse, en anticriminal, pacífica, laboriosa. Observadla en los momentos en que acude al mercado ó á un espectáculo, ó en los momentos de desventuras en las ciudades, y su acción se desarrolla, casi siempre, por modo anticriminal. Si prende fuego en un edificio, antes aún que acudan bomberos y soldados, es la anónima muchedumbre quien comienza la operación de extingüimiento; sobreviene una desgracia que llega vivamente al alma, de la muchedumbre anónima salen los primeros socorros; los mismos obreros que constituyen la muchedumbre moderna, ejercen en el estado la más

(1) Sigheli: *Delinquenza settaria*, pág. 44.

útil función, la producción; así que podemos decir, que sólo excepcionalmente la acción de la muchedumbre es criminosa.

La misma acción político-social de las muchedumbres modernas, que puede en ocasiones parecer criminosa, allá en donde existe una gran educación política, es esencialmente civil y moralizadora. Dícenlo así los meetings colosales ingleses, que producen una profunda impresión; las guerras, que largo tiempo amenazan, y nunca se declaran por miedo de las muchedumbres, que sobresalen más que de la diplomacia, en conservar la espada envainada; lo dice, en fin, cierto sentido moral y de salud que las muchedumbres anónimas inspiran ante el espectáculo de la corrupción y de la degeneración de la raza.

Así es que cuando Sigheli habla de la criminalidad de la muchedumbre, generaliza un solo aspecto de la variada y compleja vida popular; el crimen puede ser en la muchedumbre un momento de crisis moral, que puede también faltar, por lo que si hay muchedumbres delincuentes, hay muchedumbres normales, que tienden á serlo siempre.

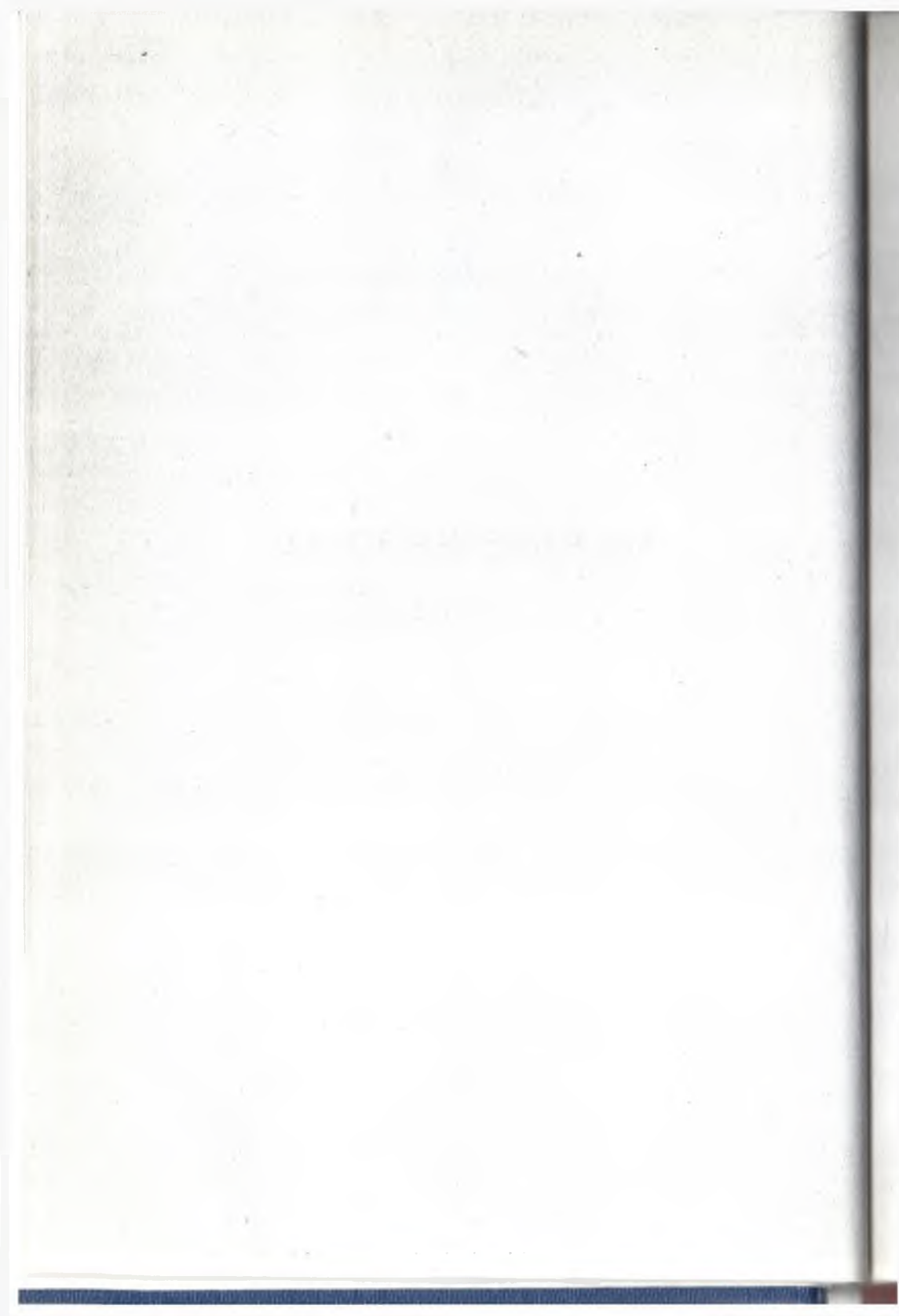
No es más verdadero el hecho de que el pensamiento en la muchedumbre, estática ó dinámica, tan pronto se extreme se desvanezca. No se conoce teoría científica que en el decir del pueblo no estuviese alentando hace millares de años, hasta que el genio la vivificó; nosotros aduciremos algunas de estas creencias populares cuando nos ocuparemos de las *anticipaciones* de la muchedumbre. Pero hay más: Ferri dice: «Lanzad al público una teoría conocida de uno de la muchedumbre, el pensamiento rebota en forma de observaciones, de negaciones, de dudas, de confirmaciones (1). Verdad es;

(1) Véase *Crítica soc.*, año 1894.

pero la muchedumbre le da al pensamiento aquello que un hombre sólo difícilmente puede darle: la difusión. Probad á decir ante un auditorio cualquier cosa, dejad que después la multitud se disperse, y la atmósfera se llena y se satura de aquella idea, y no sólo de ella, sino de todo aquello que cada uno ha ido añadiéndole de lo suyo personal; por eso bajo el pensamiento de otro, así sea un genio, está la huella de tantas psiquis cuantas sean aquellas que lo hayan recibido y transmitido, que después se condensan en un producto único, en el del alma colectiva.

No obstante estas que á mi me parecen falsas concepciones, la obra de Sigheli está llena de esa genialidad que constituye la más alta condición de una obra. Pero, la psiquis colectiva presenta horizontes aún más extensos, como el estudio del genio, de la senectud, de la juventud de la muchedumbre; las leyes de normalidad y criminalidad; los momentos de crisis. Ya de uno de éstos hice yo en el año 1894 un rápido diseño en un opusculito, que, ampliado, formará parte de la trama del presente escrito. En él examinaba yo el caso de una persecución, de una muchedumbre en el momento innovador, el lado más bello y sugestivo de la persecución; en esta obra destinada á recoger, no impresiones, sino estudios científicos, recogeré la persecución de la propaganda, criminal ó normal, tanto importa, con los ejemplos de heroísmo y de bajeza que consigo trae. Así, este escrito que ofrezco al lector no será otra cosa que el bosquejo de una ciencia joven y nueva, á la cual me prometo no haber aportado inútilmente mi tributo. Estos son los límites y el objeto de la obra.

LA MUCHEDUMBRE



CAPÍTULO PRIMERO

ANATOMÍA Y FISIOLOGÍA DE LA MUCHEDUMBRE

La muchedumbre tiene un alma.

Los antiguos que dieron un alma á las cosas, y así cantaba el poeta: «vissero i fiori e l'erbe; vissero i boschi un dì» (1), no conocieron la agitada y grande alma de la colectividad. Sintieron, acaso, el sentimiento apasionado que el mundo externo ocasiona al ánimo, cuyo dolor animamos reflejándolo en nosotros mismos; comprendieron las lágrimas de las cosas, más inefables aún que las lágrimas humanas, justamente porque se rodean de un velo fantástico y piadoso; pero del *anima civitatis*, la sola colectividad existente en la antigüedad y que todo lo absorbía, nada conocieron.

No obstante, existe y se la puede hallar en momentos solemnes, cuando alcanza las cimas de su desarrollo y potencia. Por eso hay una manifestación de la psiquis colectiva que no falta nunca, que crece siempre con los tiempos nuevos, que está destinada á alcanzar una importancia cada vez mayor y es la opinión pública — la *communis opinio*, — la cual es como el juicio de una gran alma única, el alma popular, que se revelaba, en la tragedia griega, en

(1) «Vivieron las flores y las hierbas, vivieron los bosques un día.» — N. del T.

el coro, cuya voz era como un veredicto solemne del tiempo y de la Historia.

Pues ¿cómo podría esta opinión pública formarse, cómo difundirse, si no imaginando que fuese el pensar de un órgano nuevo que nada tuviera de individual? Esta es la psiquis colectiva.

Cuando la desgracia toca á las puertas de una colectividad (familia, pueblo, ciudad), ocurre como una unificación de pensamientos, de sentimientos, de acción; la psiquis se intensifica y se eleva, parece que un alma única aliente dentro de aquel cuerpo gigantesco formado por tantas mentes y tantos corazones: esta es el alma colectiva.

Y si pasamos á estudiar la vida de un pueblo, de una escuela, observándola desde lo alto, como el observador que se remonta en un aerostato, de donde abarca una inmensa ciudad y de donde las particularidades que cansan la vista y enturbian el conjunto, desaparecen; sentimos algo de común que llamamos el genio étnico ó estilo y que es obra de un espíritu colectivo que vive á través de los siglos y á través del espacio. Y ello se encuentra lo mismo en los pueblos antiguos que en los modernos; así en la Hélade, como en la modernísima Inglaterra, así entre los estoicos antiguos como en los modernos positivistas.

Contemplando un cuadro ó una estatua, Taine os dirá á qué siglo ó á qué escuela pertenezca; Renan os escribirá acerca del genio semítico tan diverso del ario; Ferrero sabrá hablaros de la raza germánica distinta, en tantos conceptos, de la raza latina; mas, para que tal ocurra, es menester que las almas individuales se hayan unificado en una gran alma colectiva, que arroje sobre los rasgos individuales la sombra de su grande é inmensa personalidad, como el motivo principal se sobrepone á las voces de los distintos instrumentos.

El alma de la muchedumbre existe pues, y ha venido formándose lo mismo que una psiquis individual.

Ha pasado el tiempo en que ésta se consideraba como una unidad simple. Gracias á los estudios psicógenéticos, aparece como formada de las mil psiquis elementales que los varios elementos anatómicos, los varios órganos, mandan á los centros nerviosos para perfeccionarse.

Existe, en efecto, una psiquis monocelular, elemental, que vive en la forma protoplasmática inferior; pero cuando á los animales unicelulares, suceden los cenobios y los animales pluricelulares, las infinitas psiquis elementales tienden á perfeccionarse. Hay una ascensión de diferenciamiento y de integración creciente en la escala zoológica, no sólo de las funciones neuro-psíquicas, sino también de los órganos nerviosos, hasta el hombre.

Por otra parte, las impresiones del mundo externo y las respectivas reacciones, que son principio de la vida biofísica no se han perdido, sino que se han estratificado, almacenado, diferenciado, transmitido. Y han sido, no sólo sensaciones, sino hechos intelectivos y voliciones: así han surgido las varias formaciones psíquicas. El acto biofísico elemental que las contenía todas, se ha diferenciado en las tres funciones fundamentales y de este modo transmitido al hombre. No basta: del mundo externo y del propio organismo dos corrientes han partido á los centros nerviosos y han dado lugar á una vida psíquica interna—cenestesia—y á una externa.

Así se ha desarrollado, pues, la psiquis individual.

Semejante es la psiquis colectiva: ésta se ha formado con las funciones psíquicas individuales, las que, perfeccionándose ó desvaneciéndose, dan una nueva formación psíquica con un superior con-

tenido. La materia psíquica es siempre la misma, pero varía el modo de conformarse; son, como decía Lewes, siempre los mismos hilos, pero que se entrecruzan variadamente hasta formar telas nuevas y distintas.

Aunque ésta, la psiquis colectiva, tiene una función sensitiva, volitiva é intelectiva, tiene sus estratificaciones antiguas y recientes; tiene un manantial interno y externo de impresiones.

La analogía no se concreta sólo á la vida normal de las dos psiquis: como hay una patología física individual, hay otra colectiva. En la una y en la otra se hallan los impedimentos de desarrollo, la disolución, la senilidad, las formas psico y neuropática.

En una palabra, existe una psiquis colectiva muy semejante á la individual, con un contenido más vasto, más intenso, y de ésta nos iremos ocupando en sucesivos capítulos, pero antes falta hablar de la muchedumbre y del modo de comprenderla.

La muchedumbre puede definirse como una formación inestable é indeferenciada, desenvolviéndose en el ámbito de un agregado estable y diferenciado (ciudad, país, pueblo). En este caso el uso común y el significado científico de la palabra son equivalentes: yo miro á la calle y veo gran copia de gente alrededor de un charlatán, la que después se dispersa: ésta es la muchedumbre, inestable porque se ha disuelto, indiferenciada porque está allí confundida y sin una función especial: junto á una señora un soldado, al lado del soldado un clérigo, y en torno de este grupo, campesinos atónitos, un colegial escapado de la escuela; todo gentes que al cabo de un minuto andarán alejadas unas de otras por sus propios asuntos.

Bien puede mañana reunirse una nueva multitud á la misma hora, en idéntica plaza, en torno del mismo individuo, pero ya no será aquella de ayer:

habrá aquí clérigos, soldados, estudiantes, pero no serán más aquellos mismos, ó siendo tales, no se agruparán por el mismo orden; en una palabra, en las formas más sencillas de las muchedumbres la inestabilidad es la regla, la indiferenciación es la estructura.

De esta forma primitiva de muchedumbre, esencialmente inestable é indiferenciada, se pasa á las otras formas más estables y diferenciadas. La evolución que avalora los organismos sociales supone aquí un diferenciamiento creciente y una creciente integración. Una agrupación de colegiales con sus profesores nos da á este propósito una imagen de muchedumbre estable y diferenciada; muchedumbre que se renueva todos los años, que atiende á estables ocupaciones, dividida en clases diferentes, que vive una vida semejante. Por eso la muchedumbre, que en su expresión más elemental es inestable é indiferenciada, tiende á convertirse en sus formas evolutivas en más estable, más diferenciada, más heterogénea.

Una de estas formas más estables y más definidas y heterogéneas es la secta, muchedumbre de número limitado, de poca unidad, con frecuencia constituida por pequeñas y parecidas agrupaciones confederadas, con miras recónditas y contrarias al sentimiento público ó á la ley, ó á uno y otra juntamente.

Que la secta sea una muchedumbre restringida es cosa en efecto evidente. Stepniak (1), repitiendo el dicho de Maquiavelo, que en las sectas el poco número no sirve y el grande perjudica, cuenta que cuando las filas del nihilismo, por un período de tregua en la persecución, se aumentan, cesa su comedimiento, por lo que advertido el gobierno

(1) Stepniak, *La Rusia subterránea*.

renueva las persecuciones, que diezmando el número, acrecientan aquellas dotes de cautela á las que se debe su conservación: de aquí lo reducido del número y el carácter útil para sobrevivir. Mas si la secta no puede ser numerosa, bien puede ser difusa, tener en distintos lugares ramificaciones propias que se enlacen al tronco. De aquí nace la diferenciación entre los diversos miembros y entre las distintas federaciones: así hay quien manda y tiene en su mano los hilos y quien obedece; así hay, en suma, un vasto organismo de protección y de defensa.

El objetivo oculto completa el concepto de la secta: así hay sectas con fines que pugnan con la ley ó con ésta juntamente con el sentimiento público. Así cuenta Stepniak (ob. cit.) que los nihilistas son como la parte movilizada del sentimiento público contra la teocracia rusa; así la Joven Italia era como el espíritu de todo un pueblo contra el despotismo; y de ser contra la ley y contra el sentimiento público, repite la secta su especial psicología.

La casta es tipo de muchedumbre más numerosa, más cerrada, más estrictamente diferenciada, más estable. Así en la India nadie puede ser bracmán como no lo sea de nacimiento, y un bracmán de poca edad vale más que un guerrero y que el rey mismo, que como el guerrero ha sido creado para defender al bracmán (1).

En el siglo pasado, bajo el *ancien régime* (Taine), los nobles y el clero constituían las dos castas privilegiadas: noble se nacía, clérigo se hacía; pero perteneciendo á la una ó á la otra se gozaban una infinidad de privilegios que comprendían, tal vez desde el *jus primæ noctis* hasta administrar alta y

(1) Vaccaro, *La lotta per l'esistenza*, cap. V. *Critica sociali*, año IV. *I sobillatori*.

baja justicia, á la prestación de servicios gratuitos, *corvées* (1), á la exención de tributos, etc. Estrechamente diferenciadas gradualmente: en vasallos mayores y menores, en condes, barones, marqueses, abates; las dos castas se acoplaban en el emperador y en el papa: el ceremonial era extensísimo, los títulos diversos, los modos de vestir diferentes, la manera de vivir completamente distinta de la de los demás.

No hay que maravillarse de esto: la palabra casta significa color y se relaciona con un hecho histórico. En la India bracmanes y guerreros son de raza ariana, por lo que son de color blanco, en tanto que los *vaista* y *paria* son de raza etiópica y por tanto negros. Las castas, pues, son como yuxtaposiciones, por conquista, de un pueblo sobre otro, diferencia étnica y psíquica (2).

En Francia la casta nobiliaria era el detritus de la invasión franca sobre el fondo céltico; no de otro modo en Italia la nobleza se llovió siempre de otros montes y de otros mares, en las dolorosas vicisitudes de nuestra patria.

La clase, que ha sucedido á la casta, es otra forma de muchedumbre, no cerrada, como la precedente, sino vasta, diferenciada, estable.

A diferencia de la casta, la clase no es algo cerrado é inaccesible: así, nosotros asistimos al espectáculo de un subir y bajar de fortunas, mientras una concurrencia feroz tiende á crear una *élite*, en la que entre progreso y pobreza existe una constante relación (3). De aquí que Bellamy se haya imaginado á nuestra sociedad como un carro estivado de gente, constreñido á caminar á tumbos por un camino des-

(1) En francés en el texto italiano. (N. del T.)

(2) Ellero, *Tirannide borghesse*.—Vaccaro, obra cit.

(3) George, *Pobreza y progreso, el problema social contemporáneo*.

igual, por lo que muchos caen y los que están en el suelo, en medio de imprecaciones feroces, tratan de encaramarse, y así sigue la marcha fatal derribando á otros (1).

La clase no tiene privilegios que le hayan sido explícitamente reconocidos, pero como puede apoderarse del poder público, hace de éste el más firme baluarte de defensa cuando las razones económicas, por las que surge, se han ido agotando (2).

La clase tiene sin embargo una gran difusión y una mayor intensidad; nacida en tiempo de grandes comunicaciones, extendida, por su función económica, por do quiera, no se circunscribe á un solo estado, sino que tiende á universalizarse. Sus intereses son en todas partes los mismos, el modo de vivir, la educación, el clima histórico, les son semejantes, de donde proviene ese sentido de universalidad y de solidaridad al mismo tiempo, que no conocieron las antiguas castas. Sucediendo á éstas, las clases han asumido y extendido las funciones, habiendo impuesto la civilización é imponiendo cada vez más un trabajo dividido y diferenciado; así, por ejemplo, la clase llamada, por sus humildes orígenes, burguesa, que ha llegado hoy á una mayor consideración, no sólo asume y cumple las funciones militares y religiosas, exclusivas de las dos castas nobiliarias desaparecidas, sino que tiene en sus manos las funciones intelectivas, artísticas, científicas, profesionales, comerciales y bancarias.

Estas diferencias, y aun otras, entre la clase y la casta se elevan sobre el tipo social distinto de que una y otra han salido y se han desarrollado: la casta salda y viviente en una sociedad de tipo militar,

(1) Bellamy, *La vita nell'anno 2,000*. Ed. Treves.

(2) Aquille Loria, *La teoria economica della costituzione politica*.—Torino Bocca.—Ellero, ob. cit.

conserva de ésta la fisonomía, mientras que la clase tiene tipo y fisonomía de la sociedad industrial en medio de la que ha surgido y en la cual vive.

En efecto, si la casta es una forma hermética y la clase abierta, ello refleja las condiciones de la sociedad de tipo militar, en la que la disciplina es rígida y la esfera de acción circunscrita. Imaginémonos una horda indiferenciada que ó deba defenderse de otra, ó simplemente, por exuberancia de número ó escasez de alimento, deba acometer. Entonces surge una primera diferenciación de los que pueden combatir — los jóvenes y los fuertes; — y de los que no pueden — viejos, mujeres y niños. — Poco á poco esta diferenciación temporal viene á hacerse permanente; pero al aumentar en nuevas diferenciaciones surge una verdadera y propia jerarquía militar, la cual teniendo en sí la fuerza, el medio precisamente más poderoso en la lucha por la existencia, quiere gozarla de un modo exclusivo, transmitiendo el poder político á sus propios descendientes é impidiendo que haga uso de él nadie más (1).

Vaccaro ha demostrado que, en la lucha por la existencia, los animales inferiores transmiten los caracteres fisiológicos adquiridos, y que, por otra parte, es imposible el predominio sobre el adversario como no se haya obtenido por medios psicodinámicos; así, por ejemplo, tal toro, que vence á otro en la posesión de la hembra, es verdaderamente el más fuerte y transmitirá este carácter á sus descendientes, formando una raza superior, con evolución ascendente.

En el mundo social ocurre otra cosa: el hombre no siempre vence por caracteres superiores á los del adversario; pero una vez vencedor, y como sea por

(1) De Greef, *Régime parlementaire et régime représentatif*, cap. I.

dotes verdaderamente superiores, transmitirá á sus descendientes la posición social conquistada, que constituye, por sí misma, la gran fuerza para triunfar, y la que puede, y se acompaña siempre, de dotes decrecientes y tiene como resultado la evolución regresiva.

Así, el hombre de genio, ó el aventurero, transmite á sus descendientes la riqueza ó el poder conquistado, bastante para que los que le sucedan no tengan necesidad de más para vencer en la lucha por la existencia, mientras por otra parte las facultades no ejercitadas se atrofian y dan lugar á la degeneración de la raza (1).

Loria habla á este propósito de la impresión que experimenta el visitante de una pinacoteca en donde estén reunidos los retratos de una familia ilustre. Del fundador, ó de los fundadores, gente robusta y normal, se viene bajando hasta los lejanos nietos mezquinos y degenerados; impresión semejante á la que se experimenta cuando se anuncia á un grande de España, un descendiente de los vencedores de los Moros, y comparece ante vuestros ojos un hombrecillo enteco con todas las señales de la degeneración en su persona (2).

Volviendo, pues, á las castas, decíamos que éstas son muchedumbres cerradas para asegurar un amplio disfrute del poder á los descendientes de aquellos que, en la guerra, se lo conquistaron.

En la clase moderna, por lo contrario, la preocupación no es la conservación del individuo, sino la de la clase, de su permanencia y de su expansión: este es el principio informador, el cual representa-

(1) Vaccaro, op. cit. (*).

(*) Véase la edición española del Sr. Valentí Camp. (N. del T.)

(2) Loria. *Problemi sociali contemporanei*, págs. 10 y siguientes. Kemtorowicz, 1895.

ría una ventaja sobre el concepto exclusivista de la casta, si, á menudo, las dotes por las que ella se encumbra no fuesen las del vicio ó del acaso, en vez de aquellas otras superiores del ingenio y de la virtud (1).

En la casta el sentimiento exclusivista prevalece hasta el punto, como en la India, de no permitirsele al *paria* ó al *vaisa* que se santifique. Una leyenda védica narra que un sudra se retiró del siglo, se colgó por los piés á un árbol, con la cabeza abajo y quedó sumido en el Nirvana. Brahma, á quien lastimó que un sudra osase parangonarse con los sacerdotes, á quienes está solamente permitido unirse á él, arrojó sobre la tierra una infinidad de plagas; entonces Ramá, comprendiendo que alguno transgredia la voluntad de Dios, se puso á buscar, y encontrado el pobre sudra, le rebanó la cabeza y así acabó la ira de Brahma (2).

La casta, pues, no sólo es exclusivista, sino que trae consigo una larga secuela de ceremoniales, de saludos, de visitas etc.; todo cosas, que, como ha demostrado Spencer, son equivalentes á la guerra y á la conquista, y que le faltan completamente á la clase, y de aquí ese carácter hermético y conservador que hace de ella á modo de enorme peña que podrá ser destruida pero no removida: en cambio, la clase semeja una de esas piedras errabundas que ruedan afinando sus asperezas y poniéndose cada vez más pulidas.

Conexo con el concepto de casta, más bien, uno de sus muchos anexos, es un determinado sentimiento religioso, que constituye la ocupación de la clase sacerdotal y por otra parte es un vínculo social.

En la religión de los Vedas, Brahma creó á los

(1) George. *Problemi sociali contemporanei*.

(2) Malon. *Morale sociale*, pág. 66. Milano, 1897.

sacerdotes para adorarlo y á los *sciatra* para defenderlos. Entre el pueblo de Israel, Jehová, unge á los guerreros y al rey, y estos deben obedecerlo, y cuando tal no hacen, les envía á sus profetas y amenaza con castigos. De un modo semejante, en los tiempos medioevales, la religión es el cimiento de toda la vida: el papa crea á los emperadores, recluta las cruzadas, depone á los reyes y dispensa á los súbditos de la obediencia.

La clase, en cambio, no tiene lazo alguno religioso, y está esencialmente desligada de confesión, y cuando muestra tener un sentimiento religioso renaciente, obedece á una necesidad de conservación, ó está sujeta á un achaque de senilidad.

La casta tiene un sistema penal cruelmente feroz. Séneca escribía: *adversus servos crudelissimi, superbissimi, contumeliosissimi, esse debemus*; un senatus consultus prescribía que cuando un esclavo hubiese asesinado á su amo, todos los esclavos pertenecientes al muerto debían ser asesinados (1).

En el Código de Manú decía: «un sudra, aunque sea liberto, no se libra de la esclavitud, porque este estado le es natural ¿y quién podría librarlo?» Y en otra parte: «si el sudra levanta la mano contra su amo, ésta deberá serle cortada» (2). No de otro modo en la Edad Media la campesina era gente *tailleable y corveable à merci*; las penas que la Iglesia aplicó contra los herejes eran de una crueldad inaudita; basten por todas las de la Inquisición que devastó media Europa y que, persiguiendo el pensamiento, ejercitó la más terrible selección que conozca la historia en daño del ingenio y de la grandeza de los pueblos.

La clase, á su vez, tiene los tristes días de Sep-

(1) Cantú. *Storia degli Italiani*.

(2) Vaccaro. *Op. cit.*

tiembre — la septembrada; — tiene una penalidad mucho más mansa, y por otra parte lleva en sí misma, por un inconsciente instinto de conservación, un verdadero y peculiar sentimiento de caridad que los antiguos nunca conocieron.

Junto á las muchedumbres vivientes y agitándose en el amplio ámbito de una sociedad, existen sin embargo multitudes que viven en el círculo más estrecho de una casta ó de una clase, ó de más castas y clases, como círculos inscritos en otro ó que se entrecruzan entre sí. Tales son las asambleas políticas, las academias científicas, etc.

Las asambleas políticas son multitudes extremadamente diferenciadas, heterogéneas, integradas, que se forman en el seno de una sola clase, pero no por modo que dejen de penetrar en ellas elementos extraños. En el mundo de las castas, en donde el interés de una de éstas prevalece destruyendo el de las otras, las asambleas políticas tuvieron formas privilegiadas y cerradas; en el mundo de las clases, en cambio, la necesidad de mayor libertad hace que el trágico choque de los intereses, que ilumina y mueve toda la vida moderna, se refleje en las asambleas políticas, en donde conviven dos almas, dos civilizaciones, dos pueblos.

Las asambleas científicas llevan en sí mismas, igualmente, ese choque de teorías diversas, que, muchas veces, no son divergencias sino concepciones diferentes del mundo; son el reflejo científico de diversos intereses económicos. En un siglo como el nuestro, en el que la cuestión social empuja y los ánimos están divididos entre la conservación del presente ó un retorno al pasado, y el camino hacia el porvenir; el arte, la ciencia, la política, llevan en su seno esos acres combates de ideal, que se reflejan en la muchedumbre, sobre todo en aquellas cuyas funciones son intelectivas.

La última, en fin, y la más diferenciada forma de muchedumbre es el Estado, forma estable que ya es un poder de mediación entre las distintas clases, ó entre las varias divisiones de una clase; ó ya es el órgano político de una sola clase. Diferenciado en poder legislativo y ejecutivo, en poder civil y militar; á veces estrechamente regido y organizado, pronto á invadir á otros estados ó á defenderse, —tipo militar;—otras veces con escasa organización, presto á negociar y á sustituir la fuerza con la razón—tipo industrial;—él es siempre el punto más alto de diferenciación que alcanza la muchedumbre.

Pero, ¿la muchedumbre, la casta, la clase, el Estado, la secta, son en realidad formas evolutivas, eslabones de una cadena de los cuales el primero es la multitud y el último el Estado?

Así y todo, aunque la secta sea una forma patológica: coged un pensamiento que haya de surgir ó esté en el ocaso, rodeadlo de fuerzas destructivas que lo coarten por todas partes y se reconcentrará en la secta; por eso el nexo evolutivo de las varias formas de muchedumbres es menester buscarlo en la multitud primogenia, en la casta, en la clase, en el Estado.

Muchedumbres simples é indiferenciadas no hay más que dos: una inestable, que se forma y se disuelve á cada momento, ante nuestros ojos, y que no tiene evolución, y es la multitud que acude al mercado, al teatro, á la iglesia; la otra, estable, primogenia, indiferenciada, la horda, de la que se han derivado las castas, las clases, el Estado, bajo la presión de la lucha externa (Spencer) é interna (Marx), así como del huevo se ha derivado el embrión, sujeto á la ley de desarrollo (1).

(1) *Critica sociale*, año 1897, núm. 1. *Lotte di classi e lotte di coattività umane*.

Spencer parte de la forma indiferenciada de la muchedumbre, en el momento en que por falta de cebo, es constreñida á acometer ó á defenderse de otros conglomerados humanos, de lo que surgen las primeras diferenciaciones: guerreros y jefes, pueblo trabajador y militante; diferenciaciones que si son en un principio transitorias, no tardan en fijarse y acrecentarse, de donde surgen los organismos sociales complejos y, como poder unitario, el Estado.

Pero así que queda constituido, el Estado lleva en sí mismo una gravísima contienda entre las castas ó las clases, que se disputan el poder político y económico, y que son, como decimos, las estratificaciones de pueblos diversos yuxtapuestos.

El conocimiento de la acción de esta doble lucha en la muchedumbre constituye el hilo conductor de la historia. Así, en Roma son los antiguos habitantes del Lacio, la plebe, quien lucha contra los Quirites, de raza sabélica, por la igualdad política y económica, y este contraste constituye el fondo, el mecanismo secreto de la historia de aquel pueblo. Por modo parecido, en Grecia es el *demos* quien lucha contra la *aristocracia*, y el uno es de raza pelasga y el otro helénica: el uno predomina en Atenas y el otro en Esparta; la lucha tiene á veces alternativas de victoria y de derrota, hasta que el *demos* vence, pero tan extenuado de fuerzas, que así puede á Roma ser tan fácilmente sometido (1).

Y vamos ahora con el pensamiento y la acción de la muchedumbre.

Pero, antes de estudiar la vida psíquica, es necesario que nos preguntemos si, para la muchedumbre, compuesta de individualidades psíquicas, valdrá la misma ley que sirve para la sociedad, ciclo amplio en el cual la muchedumbre se desenvuelve.

(1) Vaccaro, ob. cit.

Spencer había asentado que: «el carácter del agregado está determinado por los caracteres de la unidad que lo compone». Había experimentado la ley en el mundo inorgánico, después en el biológico y por último en el mundo social, y había deducido: «Dada la estructura de los individuos con los instintos que resultan, las comunidades formadas por estos individuos, presentarán forzosamente determinados caracteres—, y ninguna otra comunidad, que tenga los mismos caracteres, podrá ser formada por individuos dotados de otra estructura y de instintos diferentes.»

A estas conclusiones de Spencer se oponía (1) Scipión Sighele, con estas palabras: «El principio de Spencer de que los caracteres del conglomerado están determinados por los caracteres de la unidad que lo compone es exactísimo y puede aplicarse en toda su extensión cuando se trate de conglomerados compuestos de unidades *homogéneas* y ligadas entre sí *orgánicamente*—pierde de su exactitud y puede tan sólo aplicarse por modo restringido cuando se trata de conglomerados poco *homogéneos* ó poco *orgánicos*;—y se convierte, por fin, en absolutamente falso é inaplicable cuando los agregados son de todo punto *heterogéneos* é *inorgánicos*.»

«Esta evolución en la aplicación del principio spenceriano á los conglomerados que son homogéneos y orgánicos, avalora las leyes de la sociología—que nosotros consideramos más complejas, pero paralelas á las de la psicología individual, mientras que, en cambio, á tiempo que los agregados se hacen menos homogéneos ó menos orgánicos, desaparece la posibilidad de aplicarles las leyes de la sociología y á éstas suceden las leyes de la *psicología colectiva*—

(1) Sighele. *Delinquenza settaria*, ob. cit.

que nosotros consideramos completamente distintas de las de la psicología individual.»

Por más que la teoría de Sighele parezca nueva y diferente, á mí me parece simplemente que está comprendida perfectamente en la ley de Spencer, de la que no es más que una explicación. Este, en efecto, había dicho que el carácter del conglomerado está determinado por el carácter de la unidad que lo compone, sea esta unidad similar ó desemejante.

Nosotros no podíamos suponer que el investigador y el adivino de la evolución hubiese olvidado la evolución misma, que representa la idea directiva, á cuya luz ha estudiado él las varias formaciones naturales é históricas; y por otra parte, ¿qué es la evolución sino «un pasar la materia de la forma simple á la compleja, de la indiferenciada á la diferenciada, de la homogénea á la heterogénea, la que se acompaña de dispersión de impulso?» (1). Sólo que Spencer, hablando de los conglomerados y de la unidad que los compone quiere hablar de la forma más alta como de la más baja del conglomerado, así de la semejante como de la desemejante. La misma palabra «determinado» que usa Spencer, debe sin duda tener un valor: esto es, que según que esta unidad sea semejante ó desemejante, la naturaleza del conglomerado cambia; sino ¿por qué no decir que es igual á la suma de los caracteres de la unidad?

Pero Sighele cree que la semejanza debe existir sólo para los elementos de un conglomerado social, la desemejanza para los conglomerados más estrechamente colectivos; pues bien, pueden ofrecérsenos casos distintos: tenemos las sociedades modernas que son bien desemejantes; tenemos, en cambio,

(1) Spencer. *Principes de biologie*. París, 1880.

colectividades (sectas, asambleas y otras) muy semejantes; en otros términos, la semejanza es propia de las sociedades y en esto consiste su progreso, la similaridad puede ser, mejor, debe ser, de ciertas formas colectivas. Admitida esta verdad, la distinción en la aplicación de la ley spenceriana falla, aunque para la sociedad los límites de sociología y psicología colectiva deben ser, por otra parte, fijados.

Las sociedades modernas están enormemente diferenciadas: hay una muchedumbre de productores y de consumidores parasitarios; una gente detentadora de la riqueza y otra de la fuerza del trabajo; las hay que rigen los negocios, y aquellas que meditan la guerra; aquí hay una larga ringla de gente superior que estudia, y otra que aplica y desenvuelve los inventos y así se hace el camino. No así en una colectividad: hay, en efecto, academias de una sola escuela científica, no podemos concebir una secta que no sea absolutamente similar, ó cuasi, de donde viene el que el concepto de una sociedad similar—sociedad moderna, se entiende—es siempre falso, como el concepto de una colectividad,—tomada en el sentido restringido—disimilar puede ser falso igualmente.

Mas Sighele cae en otro error: habla él de estructura «homogénea y orgánica», «heterogénea y menoorgánica», ó sea, que cree que homogeneidad y organización se desarrollan paralelamente y en relación creciente. Es precisamente lo contrario y Spencer lo ha dicho muy repetidamente: un organismo es tanto más orgánico cuanto es menos homogéneo y la evolución marcha en el sentido de una mayor diferenciación y de un creciente integramiento; ó con otras palabras, la heterogeneidad crece juntamente con la organización (1).

(1) Spencer. *Principes de biologie*.

En conclusión decimos:

Que las sociedades,—como organismos más evolucionados y complejos—se forman de elementos desemejantes y que su progreso tiende hacia un creciente diferenciamiento dependiente de una desemejanza creciente de sus elementos;

Que los organismos colectivos,—entendidos siempre como muchedumbre, etc.,—pueden estar formados de elementos similares, si bien el caso más frecuente sea la desemejanza de sus elementos;

Que diciendo: «la naturaleza del conglomerado está determinada por la naturaleza de los elementos que lo componen» se usa la fórmula genérica que comprende el caso de la similaridad y de la disimilaridad;

Que la distinción de psicología colectiva y sociología, indica dos campos distintos de estudio: la sociología estudia la estructura del cuerpo social, la ley de formación de la sociedad; en donde la psicología colectiva estudia el modo cómo la psiquis individual, perfeccionándose, constituye las almas colectivas que alientan en el seno de la compleja sociedad moderna.

Volvamos á la fórmula spenceriana y veamos el desenvolvimiento que tiene. Un conglomerado social puede estar compuesto de elementos semejantes ó desemejantes: si los elementos son similares, las cualidades del conglomerado son la suma de las cualidades de sus varios elementos con tendencia á la multiplicación; si los elementos son disimilares, sus peculiares cualidades pueden ser: ó iguales y contrarias, y en este caso se eliminan, ó de fuerzas contrarias y desiguales, y entonces predominan las cualidades de los elementos más numerosos; ó de fuerzas desiguales pero no contrarias, más desemejantes, y entonces se combinan.

Así, un escuadrón de caballería al cargar des-

pliega una fuerza y un impetu superior á la suma de todos los jinetes, considerados aisladamente: esto consiste en que los elementos son similares. Considerando las notas vocales de un coro que canta, tenemos la seguridad de que ejerce mucho más profunda impresión que si cantase cada una aisladamente; precisamente por la ley de que las tendencias semejantes se perfeccionan con tendencia á multiplicarse.

Imaginémonos el caso de tendencias disimilares de igual fuerza pero contraria: una asamblea dividida en dos partes iguales por su número, de las que una quiere una cosa y la otra no; se reunirá para no acordar ninguna; así como si dos potencias se aplican con igual fuerza y dirección contraria sobre un punto, éste no se mueve. Pero si una de las dos partes de la asamblea se hace más numerosa, cambia de pronto su fisonomía, al modo como paseando por una calle de los barrios populares os encontráis con gente misera y adquiere la calle un aspecto de pobreza, pasando un día en que una festividad haya atraído allí á la multitud elegante de la ciudad, la impresión es distinta; los desharrapados continúan estando, pero la vista queda deslumbrada por el lujo y la magnificencia.

Ultimo ejemplo: el caso de una academia científica en la que se reúnan sabios de varia inteligencia y cultura: encontraréis actividad diferente: allí el crítico, el glotólogo, el psiquiatra, el criminólogo, el literato; allí el genio al lado del hombre de ingenio; la mente versátil junto á la escrutadora; no obstante lo cual esta academia en sus memorias y en sus conferencias, es siempre elevada, varia é interesante. Aquí las diversas aptitudes se han fundido y su obra es fecunda gracias á todos.

Estas son las líneas generales del modo cómo se funden similaridad y disimilaridad en un órgano

colectivo, por el modo como en el individuo los caracteres hereditarios ó se conciertan ó se perfeccionan ó se pierden ó se repelen (1). Un hijo tiene el carácter del padre y las cualidades de la madre: alto, moreno, robusto como el padre, tiene la bondad, y la perspicacia de la madre: aquí los caracteres están fundidos; ó bien tiene de la madre la bondad del padre el valor y es una mixtura de bondad y de valor, de cualidades femeninas y masculinas, ó es todo su madre: pequeño, con ojos azules, tímido como una doncella, siempre bueno, es todo su madre.—Así—con las debidas diferencias y proporciones,—se mezclan, se suman, se eliminan los caracteres en la muchedumbre y en la sociedad.

Y de la ley de composición similar y disimilar de la muchedumbre, pasamos á su psicología.

Las multitudes piensan. Diremos después en qué se diferencia el pensar de la multitud del individual; pero es cierto que las muchedumbres piensan. De multitudes pensantes tenemos estos ejemplos: la muchedumbre que en el mercado se aglomera en rededor del charlatán, piensa en aquello que vende; esto será un pensamiento acaso confuso, es verdad, pero siempre es un pensamiento. De estas muchedumbres, en las que el pensamiento es escaso, pasemos á las que viven del pensar: las multitudes científicas de los congresos, de las academias, ó aquellas en las que el pensar y el sentir se equilibran, como puede ser un parlamento en los momentos en que se discute una ley, de materia social, en el cual, mientras el ánimo se conmueve por las miserias que van revelándose, la mente examina cómo la ley puede ó debe asistir. Ocurre, pues, con las multitudes, lo que con los individuos: esto es, que lo mismo que el individuo piensa, tam-

(1) Morselli. *Lez. de Antropologia*, ob. cit.

bién piensa la muchedumbre, y que como hay individuos en quienes predomina el pensar, también hay multitudes preferentemente pensadoras: y que como en los individuos normales el pensamiento y el sentimiento se equilibran, así también en las muchedumbres puede haber equilibrio de pensar y de sentir.

Al tiempo de pensar,—y aun antes que pensar,—la multitud siente; en efecto, el sentimiento en la constitución de la psiquis precede á la volición y al pensamiento. Aunque—la psicogenia moderna lo ha demostrado hasta la evidencia (1),—aunque en la irritabilidad del protoplasma se encuentre la función psíquica elemental, que consta de tres actos: sensibilidad, inteligencia y volición, y se ha citado en demostración de ello á la *amiba* que siente el estímulo del gránulo nutritivo que llega á ponérsele en contacto y lo distingue de otros gránulos nocivos ó indiferentes, y se mueve para engullirlo; aunque estos tres momentos sean, pues, interdependientes, la sensibilidad se desarrolla antes que las otras dos. El niño apenas recién nacido, es un ser sensible, luego se hace intelectivo y en último término volitivo; de este modo en la ontogenia mental se repite lo que en la filogenia.

De aquí que el sentimiento existe en las muchedumbres y que las muchedumbres ineducadas y primogénias sean principalmente sensibles más que pensadoras.

Las muchedumbres, por último, obran: éste parece el punto que menos discusión merece y es el que ha sido estudiado con más cariño y aun con mayor genialidad por Sighele—aunque con criterio restrictivo en cuanto afecta á la acción criminal,—

(1) Angiulli, ob. cit.

por lo que nosotros recomendamos sus obras á los lectores.

Dejando para el capítulo siguiente el estudio de la modalidad del sentir y del pensar de las muchedumbres, decíamos que conforme hay para el individuo un sentimiento normal que acompaña y que mueve á un pensamiento normal y á una acción, por consecuencia, normal; en una palabra, como hay una mentalidad normal para el individuo, así la hay para la multitud; y viceversa, hay para el individuo como para la multitud un sentimiento, un pensar y una acción criminosos.

He dicho del sentimiento y pensamiento, que son la parte dinámica y estática del carácter, así en el individuo como en la multitud (1).

Una asamblea política que vote una ley social, ó que discuta si debe acudirse en apoyo de un pueblo que sufra bajo el yugo extranjero: he aquí un ejemplo de multitud que siente y piensa no sólo por modo normal, sino profundamente altruista.

Imaginémonos, ahora, que asistimos á un meeting de Londres, estos meetings con millares de personas, con oradores destinados á resonar en Europa; el meeting termina y una comisión lleva sus decisiones en forma solemne al gobierno. Aquí nos encontramos ante una muchedumbre que ha sentido, ha pensado y ahora obra de un modo normal.

Imaginémonos aún una muchedumbre reunida para rezar y que luego se dispersa para efectuar actos piadosos; esta multitud es el ejército de salvación que todos los domingos se esparce por Londres después de haber cumplido los deberes religiosos: véase aquí, pues, cuántos ejemplos de multitudes normales (2).

(1) Sergi. *Per l'educazione del carattere*, cap. II.

(2) Dario Pappa. *Viaggi*.

Pongamos del revés estos ejemplos: en vez de una asamblea que vote una ley social, imaginémosnos otra que declare una guerra de conquista; ó en vez de un meeting en Londres, una muchedumbre que—escuchando á un orador violento—se mueva á incendiar ó á destruir; y que en vez de una multitud que cree y obra el bien, asistimos á una turba fanatizada que corre á incendiar—y ello ha ocurrido en la Italia meridional,—una capilla evangélica, y entonces tendremos manifestaciones criminosas de la multitud.

He insistido tanto sobre la posibilidad de las manifestaciones normales de la muchedumbre, porque Sighele parece creer que la muchedumbre no tiene otras manifestaciones que las criminosas: estudiemos, ahora, la ley del estado normal y criminoso de la multitud.

Las muchedumbres—habíamos dicho,—pueden ser criminales ó no criminales, pero la muchedumbre primogenia, la que representa el embrión de la sociedad, es siempre criminoso: ésta vive de la guerra, y de la guerra no puede prescindir si quiere desarrollarse y distinguirse. Ya diferenciada, la lucha continúa y se desarrolla en su seno entre las varias castas ó clases, y se desarrolla del mismo modo, fuera, con las otras colectividades y por modo siempre cruento y criminoso.

Es privilegio de la civilización moderna—y lo será más de la porvenir—transformar la lucha interna y externa de material en ideal y revolverla contra la naturaleza; mas en las sociedades diferenciadas, y hasta tiempos bien próximos á nosotros, la luchas internas y externas han sido luchas criminosas (1). Dejando á un lado las guerras civiles de

(1) *Critica sociale*, año VIII. *L'evoluzione del patriotismo*. Roscius.

Roma y de nuestros municipios medievales, como las facciones de Güelfos y Gibelinos, de Negros y Blancos, la revolución francesa no fué otra cosa que una lucha de clases.

La muchedumbre eventual—la que se forma todos los días y se disuelve, lleva en su seno tendencia criminal, así como la lleva el muchacho, cuya crueldad han notado los psicólogos de la infancia. Son los caracteres atávicos del hombre primitivo que perduran en el muchacho como en la muchedumbre. Pero si el muchacho con la educación puede ser cada vez menos inclinado al delito; si desarrollando en él los poderes refrenadores de los instintos antisociales y haciendo transmitir por muchas generaciones tales caracteres sociales útiles, se puede llegar al hombre normal, incapaz de delinquir; si esto puede ocurrir con el individuo, puede ocurrir lo mismo con la multitud. A mí me parece que, para la determinación del delito en la muchedumbre, vale lo mismo cuanto la ciencia ha consolidado para el individuo: existen muchedumbres pasionales á quienes se puede empujar al delito ó con sugestión presente ó con sugestión remota; existen muchedumbres de delincuencia congénita; existen muchedumbres normales que nadie puede empujar al delito; hay para las multitudes—como para los individuos—una educación contra el delito.

Las muchedumbres apasionadas abundan en el mediodía de Italia y se reclutan entre los campesinos y obreros, gente pobre, honrada, laboriosa. Reunidla el domingo en el sagrado de la iglesia, habladle de la enormidad de los tributos, inflamadle el ánimo, y esta muchedumbre correrá á incendiar las casetas del resguardo. Podéis del mismo modo en los días de Pascua hablarle de la pasión de Jesús, de paz, de amor, y aquella muchedumbre llorará

enternecida: habréis obrado sobre su naturaleza pasional de dos modos diferentes; ya normal, ya criminoso.

Estas son las muchedumbres que delinquen y en las que basta la presencia de pocos criminales para conturbarles el juicio, como asegura Sighele de los septembrarios de la Revolución francesa. Así como si en vez de toda una turba pasional, obráis sobre los individuos por modo aislado, obtendréis idéntico resultado, aunque con menor intensidad, por la ley, establecida por Sighele, de que el sentimiento en la muchedumbre se aguza; luego la cualidad apasionada de los individuos hace apasionada á la muchedumbre.

En cambio de una muchedumbre pasional, no podemos hacer una turba delincuente congénita; tenemos países en donde hay gran delincuencia, formas psicopáticas abundantes, como ocurre en Girifalco, en Calabria, la patria de Misdea; ahora bien, una turba formada de individualidades biopsicológicas de tal modo inclinadas al delito, necesariamente será más delincuente todavía que cada una de las personas por separado.

Aledaña á Cosenza existe una corona de tierras llamadas *Casali*, las cuales se distinguen por *Casali del manco* y *Casali di destra*; están las primeras situadas á la falda de la Sila y fueron patria de bandidos—verdaderos centros criminales;—en las segundas el bandolerismo nunca fué conocido. Ahora bien, en 1848, la revolución se hizo en Calabria al grito de repartimiento de las tierras, pero en el *Casali del manco* se acompañó de enormes delitos y en el *Casali di destra* con inofensivas voces: véanse aquí dos muchedumbres, de las cuales una es criminal y la otra no, precisamente porque sus componentes son en el primer caso criminales y en el segundo normales.

Si depende, pues, la criminalidad de la multitud, de la criminalidad de sus individuos, llevada á una mayor intensidad, se deduce que el delito de la muchedumbre tiene los mismos orígenes que el delito individual; ó sea que el delito colectivo es un «salto atrás» atávico, producto de causas bio-psico-sociales; las que mediante la educación tienden cada vez más á desaparecer.

La educación en la muchedumbre procede como en el individuo, substituyendo al sentimiento impulsivo un sentimiento más reposado y tranquilo, á la frivolidad del pensar la profundidad, y á la acción antisocial una acción cada vez más social. Si comparamos, al efecto, una muchedumbre sencilla, inestable, con otra diferenciada y que ha evolucionado, se aprecian estos tres hechos: que ante nosotros podemos casi apreciar hasta un minimum de sentimiento y un maximum de pensamiento: tal ocurre por ejemplo en una academia científica que se proponga una investigación acerca de un hecho psíquico; aquí se procura desterrar todo sentimiento viviendo de la objetividad de los hechos observados. Pero dejando aparte á una muchedumbre, de acuerdo—como cuerpo científico—en eliminar el sentimiento, observemos por acaso á una muchedumbre obrera que se decide á la huelga en Inglaterra y en Italia; es decir en los países de Europa en donde la educación proletaria alcanza sus grados máximo y mínimo.

En Inglaterra, la huelga se prepara de antemano, se discurre, se pide el parecer de las *Trades-Unions*, se comienza á recoger los socorros, se hace constar, por medio de los sindicatos del trabajo, que la mano de obra forastera no acuda á concurrir, y cuando todo está á punto, se escoge el momento de mayor demanda de trabajo y el paro se efectúa en una hora, como voz de *alto* dada á un ejército inmenso.

Y luego continúa en calma, serenamente, sin intemperancias, consciente de la gran causa que se procura y del ojo vigilante de la pública opinión.

¡Cuán distinta una huelga en Italia, en donde se improvisa de la noche á la mañana, acaso por causas fútiles, sin medios pecuniarios, sin haberse procurado la solidaridad de los demás trabajadores!

En Inglaterra está exenta de sentimentalidad, pero rica de pensamiento y previsión; entre nosotros es una llamarada de sentimentalidad privada del pensamiento: ello es porque en Inglaterra hay una gran educación de las masas que falta entre nosotros (1).

Volviendo pues al delito de la muchedumbre decimos como conclusión de este capítulo: que las masas ineducadas pueden ser criminales; las masas educadas lo son poco ó nada (2).

(1) *Critica sociale*, año VIII. Pablo Lombroso. *I coefficienti della vittoria negli scioperi*.

(2) La similitud de la psicología de nuestra masa social con la italiana es mayor de lo que se cree; en el curso de este estudio, tan discretamente observado y gallardamente expuesto en estas páginas por el ilustre profesor P. Rossi, el lector reflexivo encontrará ciertos juicios de una aplicación exacta al proceder de nuestras muchedumbres. Podrá ser una leyenda la de las razas; pero, sin duda, el clima físico é histórico ha determinado en los pueblos de las dos penínsulas mediterráneas caracteres que arrojan un coeficiente de vida tan semejante, que los distingue de los demás pueblos europeos. (N. del T.)

CAPITULO II

PENSAMIENTO, SENTIMIENTO Y ACCIÓN DE LA MUCHEDUMBRE

Nos hemos preguntado, en el capítulo precedente, si la muchedumbre piensa, y nos hemos contestado afirmativamente: es menester, ahora, repetir la pregunta por modo comprensivo y más lato y seguirla de una luenga demostración.

¿Puede, pues, la colectividad, expresar pensamiento? ¿Existe, en otras palabras, un pensamiento colectivo? ¿ó es tal vez el pensamiento un privilegio del individuo, del cual está privada la colectividad?

El pensamiento colectivo existe y es un patrimonio que se acrecienta más cada día. Es, como la civilización, de la que es el factor más poderoso, una herencia que proviene de los siglos más lejanos, de los primeros órdenes de hombres, de nuestros antepasados de la época boleolítica; y se ha propagado y transmitido hasta nosotros y se transnitará, acrecentándose, á lo porvenir, porque la evolución que afecta al hombre, de biológica tórnase psíquica, de psíquica social y de social histórica (1).

Y que crece el pensamiento está demostrado, desde que Brocca pudo observar que es así examinando una porción de cráneos, de gente que vivió en Pa-

(1) Angiulli. Ob. cit. Parte segunda.

ris hace varios siglos, y encontró que en breve espacio de tiempo el índice encefálico había aumentado; y sabida es la gran influencia que ejerce en las funciones de un órgano su magnitud.

Una horda, — lo que llamo yo *muchedumbre primitiva*, — cuya vida se desarrolla en las más bajas condiciones: en la caza, en la guerra, en la pesca; tiene, aunque rudimentaria, idea de otro yo, que, durante el sueño, abandona su cuerpo para vagar por los bosques y precipicios; cree que los muertos siguen viviendo hasta que ya no se les evoca en los sueños; construye chozas, adora á un tronco de árbol en el que cree que se halla un espíritu refugiado, etc. (1). Pues bien, estas que son ideas primitivas, pero que, sin embargo, se desarrollaron lentamente y que dieron lugar más tarde á ideas religiosas complexas y á un florecimiento artístico é industrial, que son como el embrión futuro de la sociedad; estas ideas constituyen un pensamiento colectivo, en el cual toda persona, durante generaciones sucesivas, ha trabajado, como una de esas montañas calcáreas formadas por millones de bichejos, que vivieron y murieron á través de millones de siglos, depositando y cimentando su pequeña concha.

Si de la horda primitiva pasamos al clan, á la gens, á una colectividad más amplia, el patrimonio intelectual aumenta: á lo legado en herencia se viene añadiendo lo nuevo, más cuanto mayor es el grupo. Un paso más y el grupo se ha diferenciado; ha surgido un poder social; hay un ceremonial á propósito; el culto religioso es en adelante distinto en el culto á los antepasados y á los dioses; el Olimpo está formado y es una historia de casos humanos ensalzados á la apoteosis; ha surgido una verdadera y peculiar arte de la guerra, con instrumentos más perfectos

(1) Spencer. *Principii di sociologia*. Parte prima.

que la piedra tosca ó trabajada; el clan, emigrando, ha conservado en su seno este recuerdo y lo ha embelecido con la leyenda; se ven los primeros adornos femeniles, etc. Ahora ya tiene el clan un verdadero y peculiar pensamiento colectivo, el cual se acrecienta en el comercio con los otros grupos sociales, en las mezclas de la raza, en las varias vicisitudes de la vida de un pueblo; que de este modo, cuanto más heterogéneos son los grupos, tanto mejor crean un pensamiento colectivo y una civilización más grande. Mezclas de grupos étnicos heterogéneos, acrecentamiento de civilización, y por consiguiente, de pensamiento: he aquí una de las leyes más ciertas del progreso intelectual de los pueblos y á ella debió la Grecia antigua su grandeza (1).

Y como el pensamiento se revela con el lenguaje y entre uno y otro hay una estrecha afinidad, por eso un pueblo rico de lengua es rico de pensamiento, y considerando las lenguas y las civilizaciones que produjeron, de la antigua lengua de los vedas, la más antigua lengua histórica conocida, hasta los más modernos idiomas, se encuentra un acrecentamiento continuo de pensamiento y de civilización. La lengua es, no cabe duda, una formación colectiva, surgida como forma interjectiva y mímica, continuada como forma imitativa y haciéndose cada vez más compleja. No ya sólo las radicales, sino las formas aglutinantes y flexivas creadas colectivamente é inconscientemente por todas las generaciones durante millones de siglos, transferidas de padres á hijos y de pueblo á pueblo; así se pasa de 379 palabras de la lengua persa, á 658 en la egipcia y á las 5,642 palabras de la Biblia, á las 15,000 de Sha-

(1) Lombroso. *Nouvelles recherches d'anthropologie criminelle*.

kespeare, á las 94,000 palabras del diccionario de Fluegel (1).

Otro producto del pensamiento colectivo, — es decir, de la muchedumbre, — es la escritura, con la que el pensamiento se transmite por modo estable, indeleble á las generaciones futuras. De los simples *guippu*, cordelillo anudado que emplea aún el vulgo, hemos pasado á la forma pictográfica, y en tiempos más próximos á nosotros á la escritura fonética y alfabética; ahora bien, *guippu*, pictografía, escritura fonética y alfabética, son otros tantos productos colectivos del pensamiento; que si es posible, en los periodos adultos de civilización, hacer creaciones individuales, aunque demuestra siempre la critica que ha existido una multitud de precursores, en los principios es la colectividad quien piensa y quien inventa.

Además, otra prueba del pensamiento colectivo la da la leyenda artistica — los ciclos heroicos — que poseen todos los pueblos en los primeros momentos de su existencia: los poemas homéricos en Grecia; las sagas en los países del norte, las rapsodias albanesas, son otras tantas formaciones intelectivas, hechas, transmitidas y mantenidas vivas por la colectividad. La critica literaria ha rechazado, casi en absoluto, que estas formas artisticas, en las que se refleja el pensar y la civilización de un pueblo, no sean un producto colectivo.

Así es que, cuando los grupos sociales hacen su ingreso en la historia, traen en sí mismos pensamiento, arte, industria, religión y costumbres; todo formaciones colectivas elaboradas por aquellas muchedumbres anónimas que proceden de las primiti-

(1) Bianchi. *Lez. sulle localizzazioni cerebrali*. Napoli, Edit. Pasqual, pág. 58. — Witney: *La vita e la struttura del linguaggio*. Milano, Fratelli Dumolard. ed.

vas fuerzas indiferenciadas hacia una creciente diferenciación.

Del pensar de la colectividad, — que es la forma más lata de muchedumbre, — pasamos al pensar de las formas más concretas de multitudes.

Existe una forma de multitud de la que hasta ahora no habíamos hablado, pero en la que se reproduce, ya sea por su estabilidad, ya por los caracteres inferiores, la muchedumbre primitiva; es ésta la plebe, el último grado de la sociedad, la primera diferenciación social comenzando desde abajo. Sin embargo, esta muchedumbre, que es la más baja estratificación y que, como la muchedumbre primigenia de la cual es la escoria, es la menos capaz de pensar y la más capaz de sentir, como los niños, esta muchedumbre, sin embargo, tiene un pensamiento colectivo. Tiene sus tradiciones y sus leyendas; las llamadas consejas (1), — fábulas, cuentos fabulosos de hadas y de diablos — que constituyen su pensar colectivo. Estudiándola yo, he podido descubrir, que sus narraciones son formaciones completamente originales y no, — como pudiera creerse — hechos y tradiciones desprendidos de las clases superiores, puesto que llevan la marca original de la ignorancia propia de la clase que les ha dado el ser.

Existe, pues, una forma colectiva de intuición, — y la intuición es un proceso cogitativo, — que se encierra en los proverbios; los que si son acaso el sentir de millares de años y de millones de hombres cristalizado en unas fórmulas, son muchas veces verdaderas anticipaciones científicas y geniales, de las que más adelante trataremos.

De la muchedumbre pasamos á la casta: la casta ha tenido el mismo pensamiento que ha guardado

(1) *Romanze* — dice el original, en el que aparece subrayada la palabra. (N. del T.)

celosamente: la religión egipcia, el mazdeísmo, tenía un pensamiento científico, evolucionado y complejo — por ejemplo, conocimientos de astronomía, de geometría, de geografía y de filosofía, — escondido al vulgo y tan sólo conocido de los iniciados; así como anexa á la parte externa del culto—exoterismo—había una parte interna—esoterismo— de la que eran los sacerdotes celosos guardianes (1).

Las academias, las escuelas, las universidades, no son más que muchedumbres diferenciadas pensantes, cuyo patrimonio intelectual se forma con la obra de todos, puesto que el porvenir de la ciencia no será más el triunfo del genio sino el de la colectividad de los ingenios.

Sin embargo, no hay que olvidar que cuando un sociólogo como Sighele, seguido por otros muchos, ha dicho que en las muchedumbres el pensamiento desaparece y el sentimiento se aguza, hay algún hecho que parece dar la razón y que encubre un error de generalización. Estos sabios han tomado á la muchedumbre en el momento en que sentía con fuerza, cuando su conciencia estaba combatida por un huracán pasional y el pensamiento estaba ofuscado. El hecho es verdadero: una madre que ha perdido á su hijo, quédase por largo espacio incapaz de pensar; en la novela de Tommaso Grossi, la pobre mujer que ha perdido en el lago á su chico, al sentarse luego á su mezquina mesa hace plato para su hijo. Los lipomaniacos, á quienes una pasión dolorosa enerva el espíritu, el pensamiento es escaso y en toda su psiquis hay como una paralización (2). Pues, en la muchedumbre el fenómeno es más saliente, sobre todo porque las muchedumbres observadas son las mu

(1) Cantú. *Storia universale*, vol. I. — Malon: *Morale sociale*, p. 88.

(2) Bianchi. *Lez. de psichiatria*.

chedumbres indiferenciadas, inestables, que tienen de las muchedumbres primigenias el predominio del sentimiento; luego, porque el sentimiento se ha aguzado, por lo que el campo de la conciencia no puede contener pensamiento, al modo que el hombre en el dolor es incapaz de pensar.

También es verdad el fenómeno contrario: las muchedumbres tomadas en el momento que piensan, sienten poco ó nada, y ello se demuestra en el seno de los congresos científicos, los cuales son indiferentes á las cuestiones políticas. Cuando en París, en 1830, estallaba la revolución, la Academia francesa se acaloraba en el debate entre Cuvier, que sostenía la inmutabilidad de la especie y Geoffroy de Saint-Hilaire, que sostenía la mutabilidad; y Goethe, á un amigo á quien refería estas memorables discusiones, de modo que parecía referirse á los acontecimientos políticos que tenían en vilo á Europa, decíale: ¡qué revoluciones! creo que hablo de las discusiones de la Academia francesa (1).

Se cuenta que la impresión que la revolución del 89 ejerció en Kant, hizo, por toda manifestación, que cambiase de lugar en su paseo ordinario; la cual no es distinta á la impresión que Adam Sixte, como supone Bourget, recibiera cuando fué llamado á depone ante los jueces instructores (2).

Recuerdo, tiempo há, haber leído un libro de un astrónomo, creo que Flammarion, el cual tiene un cierto pasaje en que habla de los fenómenos celestes y dice: «cuando se piensa en estas grandiosas revoluciones, los acontecimientos humanos palidecen y pueden asemejarse á los acontecimientos de un hormiguero ante las crisis de la humanidad».

(1) Morselli. *Antropologia generale*, ob. cit., p. 50.—
Haeckel: *Storia della creazione*, p. 53.

(2) Bourget: *El discípulo*.

El pensamiento, pues, y la pasión, cuando son intensos, se excluyen mutuamente, así en los individuos como en las muchedumbres.

Si quisiéramos trazar la evolución psíquica de la muchedumbre, deberíamos confirmar la ley psicogenética fundamental: la especie, en la evolución de la psiquis, procede del sentimiento al pensamiento, á la voluntad; con efecto, el niño repite, por modo abreviado y modificado, este desarrollo, confirmando por la psicología como por la biología, que la ontogenesia es una recapitulación de la filogenesia. La muchedumbre, en su marcha evolutiva, no se sustrae á ello: de la horda primitiva á la sociedad moderna, se ha efectuado un decrecimiento de sentimentalidad impulsiva y un acrecentamiento del pensar consciente. En el seno de una sociedad moderna, las diversas clases sociales, formando tantas estratificaciones, de las que las más antiguas son los detritus de las formas primitivas, repiten esta marcha: las multitudes indiferenciadas é inestables, los bajos estratos populares, son, principalmente, sensibles, conforme los otros estratos son, principalmente pensantes. La educación tiene por punto de mira convertir á las muchedumbres sensibles en muchedumbres pensantes; como nosotros hemos demostrado en el ejemplo de una huelga en Inglaterra y en Italia.

Pero á esto se objeta: el pensamiento del genio no surge de la muchedumbre, y el hecho es verdad. El Dante ha escrito un poema en la soledad y en la meditación; Helmholtz ha descubierto las leyes de la física en su gabinete. Pero si el pensamiento grandioso no surge de la muchedumbre, no surgen menos por ello los grandes sentimientos y las grandes acciones: ellos están—los pensamientos y sentimientos y acciones—en todas las almas, pero se necesitan los grandes espejos cóncavos que reciban el rayo de luz

para hacerlo converger en el foco; el genio necesita del pensamiento, del sentimiento y de la acción.

Mazzini medita la unidad italiana y la difunde con sus escritos y con el apostolado; pero la unidad italiana estaba consciente ó inconscientemente en todos, estaba en las condiciones económicas de nuestro país que tenía necesidad de un gran mercado nacional; el martirio de los hermanos Bandiera, expresa un sentimiento inenarrable de sacrificio presentado por ellos cuando dijeron: «nuestro sacrificio no es en vano»; pero el sentimiento del sacrificio está en la naturaleza humana y estalla de cuando en cuando en los momentos solemnes.

Mas, si para pensar hace falta aislarse, también para sentir hay necesidad de estar solo; los grandes dolores requieren la intimidad y el secreto, como el primer sentimiento de amor: yo he leído en los escritos de Mazzini, en el titulado: *Duda y Fe*, una página grandiosa de psicología del dolor, sufrida en silencio y desconocida de la muchedumbre. Hay, pues, sentimientos, como pensamientos, desconocidos de la muchedumbre, que cada cual lleva en sí, que puede expresar, pero que no son en puridad sino la suma de los pensamientos y de los sentimientos provocados por las multitudes y condensados en un hombre: pensamientos y sentimientos que se desarrollan lentamente, por adiciones elementales, concedidos tan sólo á los grandes espíritus, á los genios y á los santos de la humanidad.

Veamos ahora de qué manera procede la muchedumbre, respecto al pensar, al sentimiento y á la acción.

La muchedumbre da al pensamiento la integración, la difusión, y, como hemos demostrado, da al sentimiento la perfección.

Esta fórmula del sentimiento merece una distinción entre los sentimientos similares y los disimila-

res (1); la muchedumbre, como los individuos, tiene sus momentos de atracción y de repulsión psíquica: id á una aldea, entre los campesinos, y hablad contra el sentimiento religioso y desencadenaréis rayos y tempestades; hablad de sentimientos no comprendidos y su atención no os seguirá; en cambio habladles de cosas que impresionen su ánimo, pero con gesto y con voz que supere á la fe común, y elevaréis, por cima del sentimiento común, á aquellas almas hasta vosotros y aun más alto que vosotros: vuestro sentimiento y el de ellos se han aguzado.

Pero si la pasión se aguza puede por ello cambiar de un momento á otro y pasar á opuestos sentimientos, y este es el fenómeno de polarización psíquica, tan común en las muchedumbres. La prueba más evidente es la que proporciona una reunión electoral en la que hablan distintos oradores, cuyos discursos son contradictorios y siempre aplaudidos por la multitud frenéticamente. Ocurre á veces lo mismo en las debates forenses, en donde la palabra de abogados, igualmente elocuentes — en defensa y en acusación — conmueven por igual modo al jurado, compuesto principalmente de una muchedumbre inculta. Luego es que la multitud lleva en sí ingénitamente la inestabilidad pasional, con tendencia á la inercia, á la apatía.

La estabilidad pasional, que es una de las dotes del carácter, así en el individuo como en la muchedumbre, es un efecto de educación lenta pero continua, y como el individuo tiene propensión á la estabilidad pasional, la muchedumbre también, educada, tiende á tener cada vez más fijeza en las pasiones. Tal es el espectáculo que ofrecen las muchedumbres de las *Trades-Union*, en Inglaterra, que

(1) Véase la polémica entre Venturi y Sigheli en la *Critica sociale* de 1894.

desde hace años aspiran al reconocimiento más completo de los derechos del trabajo.

Estudiemos, en fin, resumiendo, la obra social de la muchedumbre. La obra de la muchedumbre tiende á ser cada vez más extensa, cada vez más importante y á substituir cada vez más á la obra individual.

Asistimos á la desaparición gradual del genio y en su lugar se extiende la obra colectiva (1): de una primera iniciación colectiva de la civilización, hemos pasado á la obra singular del individuo y demostramos retornar al triunfo colectivo de la muchedumbre. La narración de Mazzeppa que, salido de la isla encantada, pasa por espinas y trabajos, y, herido de muerte y salvado, es hecho por las hadas rey de aquella isla de que había partido, es la leyenda y la historia de la Humanidad (2). La historia futura no será historia de individuos de intelecto genial, sino más bien de átomos humanos que desarrollan colectivamente su propia aptitud, que se diferencia y se integra en una potente unidad. Un joven sociólogo italiano ha recogido, en los países septentrionales, esta creciente influencia de la multitud y ha hecho, en forma llena de encanto, la más bella, la más alta, la más noble narración: el porvenir de las naciones será, de ahora en adelante, el porvenir de las multitudes; en la nueva civilización que se prepara no habrá genios, — verdad es, — pero tendrá en si misma la más potente energía, la energía de los seres infinitamente pequeños, pero conspirando todos á un trabajo único; el bien de la humanidad; y la civilización que vendrá será como un continente constituido por conchas de menudos bichejos y como éste desafiará los siglos.

(1) Guglielmo Ferrero. *Europa giovane: conclusione* 1897. Ed. Treves.

(2) Loria. *La teoria economica della costituzione politica*, Ed. Bocca,

La muchedumbre, pues, cambiará el pensar de genial en colectivo, y cuanto más se la eduque, cuanto más invadirá la cultura los bajos estratos sociales, tanto mayor número de personas pensadoras entrarán en la elaboración del pensamiento humano, y si el genio, — sintetizando el pensamiento universal, — indica un nuevo campo de investigación y de estudio, la multitud dará á este pensamiento la universalidad y la integración.

El sentimiento, en la muchedumbre, con la educación, perderá el carácter impulsivo, inestable, la fácil polarización para arrogarse la estabilidad normal y equilibrarse con el pensamiento, inspirándose en un creciente sentido moral. Lo que ahora constituye el privilegio de las multitudes cultas, será privilegio de toda la muchedumbre: el sentimiento tenderá á un creciente contenido moral y á un equilibrio mayor con el pensamiento. El proceder de la muchedumbre perderá el carácter criminal, como lo ha perdido entre las muchedumbres que más han evolucionado, y será, en cambio, cada vez más normal y justa en la lucha contra la avara naturaleza; de este modo las artes y las industrias, imponiendo una mayor división del trabajo y una creciente dependencia, elevarán la modesta obra del individuo á la categoría de un servicio rendido á toda la humanidad, haciendo desaparecer la división de trabajo en noble é innoble: el trabajo, y sólo el trabajo, será el orgullo supremo del hombre.

Las grandes manifestaciones de la vida serán colectivas, y como el pensamiento es la obra de millones de células cerebrales, cada una de las cuales aislada para nada sirve, de igual modo toda la civilización de que sean capaces el pensamiento, el sentimiento y la acción, será la obra de la muchedumbre.

¡En la muchedumbre, pues, está la salvación del mundo!

CAPÍTULO III

LA MUCHEDUMBRE Y LA ESTÁTICA DE LA PSIQUIS

Aquí y allá, en las páginas que escribimos y en las que iremos escribiendo, ha ocurrido y ocurrirá que hablemos de la estática y de la dinámica de la psiquis: es, pues, conveniente dar conocimiento del valor de estos términos, antes de que nos ocupemos exprofesamente en ellos.

Estática y dinámica psíquica son dos concepciones y dos denominaciones que pertenecen al más ilustre entre los psicólogos italianos, al profesor Sergi, y con ellos denota el pensamiento y el sentimiento. «Las ideas — decía en su obra acerca de la educación del carácter — pertenecen á las formas representativas de las funciones psíquicas; pueden ser más ó menos simples ó complejas; pueden formar un núcleo en rededor del cual se agrupen otras accesorias, ó ser solamente accesorias: pueden constituir en número grandísimo un orden científico y una invención tan artística como mecánica. Pero ellas no tienen fuerza de expansión; podría decirse que representan la estática de la psiquis; y puede afirmarse que ningún movimiento voluntario ocurriría si debiese permanecer en la pura región de las ideas, ó de las formas representativas.

»La dinámica, en cambio, de la psiquis, está representada por el sentimiento; en éste radica la

fuerza de expansión, en vano buscada en nuestras ideas; y esta expansión empuja á la acción, bien que la fuerza de expansión no sea siempre visible y aparezca según la energía de quien la proporciona» (1).

Y de aquí, por lo tanto, que estática de la psiquis quiera decir pensamiento, dinámica, sentimiento, y que, como existe una estática y una dinámica para el individuo, exista, del mismo modo, una estática y una dinámica para la muchedumbre; y de estas dos condiciones nos ocuparemos en lo que afecta á la forma psíquica de la muchedumbre, en su forma indiferenciada.

Hemos señalado, en efecto, los dos momentos más culminantes del pensamiento y del sentimiento en la muchedumbre, resumiéndolos en la ley que dice: «la multitud difunde é integra el pensamiento, aguza el sentimiento», pero entonces no considerá-bamos especialmente más que la obra; las funciones de la muchedumbre en lo que se refiere al pensamiento y á la acción; quedaba, pues, por trazar la ley que preside al sentimiento y al pensamiento como motores de la acción; ó sea estudiar el pensamiento y el sentimiento en relación al carácter de la muchedumbre.

Comencemos por el pensamiento.

La memoria es uno de los hechos de la psiquis consistente en la facultad de poder reconocer, despertar y hacer revivir las percepciones del mundo externo, una vez que estén en nuestro sistema nervioso y en él se hayan impreso (2), al modo que en un cilindro fonográfico, del que se pueden evocar á placer las impresiones. Ahora bien, no cabe duda

(1) Sergi. *Per l'educazione del carattere*.

(2) Sergi. *Psicologia per le scuole*. Marchesini; *Psicologia*.

de que nadie lleva en sí mismo, en el propio sistema nervioso, desarrollada esta aptitud de conservar y reproducir las imágenes; el desarrollo de la especie va siempre unido á tal condición, y en el refuerzo y transmisión de la memoria ha consistido siempre la selección humana, y digámoslo más latamente, de la raza.

En la lucha á través de los tiempos, aquellas formas animales que mejor pudieron recibir, conservar y refrescar las impresiones del mundo externo, acompañadas de la sensación de placer ó de dolor, fueron las que mejor pudieron guardarse de la influencia nociva del ambiente. Tal hecho, juntamente con la experimentación de dolor ó de placer, vino á las mentes en el momento de ulteriores experiencias é influyó en la conducta del individuo. De esta manera procede la memoria psíquica en el tiempo.

Pero la memoria, si existe, en parte, en nosotros como predisposición, como instinto, por otra es objeto de una larga educación: hay, en suma, en la memoria, una parte transmitida y otra que se adquiere por el individuo; ¿qué es la educación sino una fijación y un revivamiento perenne de percepciones y de sentimientos? La escritura no es más que evocación de experiencias propias ó ajenas, las cuales habrían de andar dispersas ó de ser fijadas por otros medios menos eficaces. Pero la escritura, en la historia de la humanidad, es un hecho reciente: dividiendo la civilización según los factores que la promueven, en factores sociales é históricos, la escritura pertenece á estos últimos y así la determina.

La muchedumbre indiferenciada es, en tal aspecto, una multitud atávica; gran parte de ella desconoce este medio auxiliar de la memoria: para ella los acontecimientos no son fiados más que á la facultad mnemónica, por lo que son débiles y no viven

sino en una ó dos generaciones. El olvido borra bien pronto el recuerdo de todas las cosas y no queda de ellas sino noticias fragmentarias, como de una ciudad destruida, á lo largo del rodar de los siglos, no quedan más que simples vestigios.

La muchedumbre primigenia se asemeja, en lo que afecta á la memoria, á esos salvajes entre los que, de una exploración europea, acontecimiento para ellos capital, al cabo de sesenta años, no queda recuerdo.

Yo he podido experimentar — viviendo en el campo entre labriegos, — que de muchos acontecimientos sólo sobrevive el nombre y el recuerdo sin un contenido estable y detallado: verdadero fenómeno de supervivencia. En el campo cada sitio tiene un nombre que se deriva de algún acontecimiento: — un homicidio, un hombre ó un animal caído, el nombre algo extraño de una persona que allí habitó, etc.; — ahora bien, el recuerdo del acontecimiento se conserva más vivo entre la gente acomodada de un país determinado que entre la pobre. Señal de que la memoria, abandonada á sí misma en las formas más inferiores de multitudes, es más débil que en las otras, lo cual se conforma bien con lo que decíamos poco ha de la educación de la memoria.

La muchedumbre, por lo demás, conserva preferentemente, — en lo que es similar al individuo, — memoria de determinados acontecimientos: tiene peculiar preferencia por aquellos hechos que la afectan y la conmueven vivamente, de los que sólo conserva el recuerdo, que después se desvanece. Podemos, pues, sentar, en cierto modo, que cuantos más recuerdos de hechos y de intereses ideales tiene una muchedumbre, tanto más evolucionada estará la forma de esta muchedumbre.

Yo, con frecuencia, he tratado de saber entre los

campesinos qué acontecimientos de nuestro siglo conservaban aún en la memoria, y de hacer luego la confrontación para ver si la memoria de los acontecimientos es más viva en la ciudad que en el campo.

Entre los acontecimientos de nuestro siglo, me he encontrado con que en la ciudad algunos han sido olvidados: por ejemplo, la invasión francesa del tiempo de la República partenópea y la llegada del cardenal Ruffo. El recuerdo en la campiña está aún vivo en la generación vieja, que es la que sucede á aquella que tomó parte en los hechos; pero la generación presente, que es la tercera á contar de aquélla, ya no guarda memoria.

Es preciso, no obstante, observar que las ciudades en general eran jacobinas, y que, en casi todas, los franceses eran acogidos como libertadores; por el contrario, en las campiñas eran «sanfedistas» y entre ellas y el ejército de los *sansculottes* se empeñaron sangrientos combates: de aquí que en la campiña aquellos acontecimientos dejasen una impresión más profunda; aparte que en el campo la ola de los acontecimientos no es tan arrolladora como en la ciudad.

De todo aquel vasto y agitado período que precede y comprende la venida del cardenal Ruffo, en las ciudades, entre la plebe, no he encontrado más que un solo recuerdo, pero con carencia de contenido; esto es, que allí estaba el árbol de la libertad, pero nadie ha sabido nunca decirme otra cosa.

La «carbonería» en Calabria, ejerció un gran influjo, más en los campos que en la ciudad; bien, pues de ésta he encontrado yo casi vivo el recuerdo en la campiña y extinguido en la ciudad.

He podido observar que los acontecimientos de los primeros años de nuestro siglo: venida de los franceses, «sanfedismo», terremotos, revolución

del 48, están más vivos que los acontecimientos del 60, que son mucho más recientes; pero ello consiste en que la revolución italiana no conmovió á nuestras plebes más que medianamente, y por eso el recuerdo está ya casi extinguido, en tanto los otros acontecimientos, aunque mucho más lejanos, están más vivos en su alma.

También he querido yo estudiar en la campiña si existe el recuerdo de la Edad media y de la antigua, con propósito de establecer las leyes de la memoria de las muchedumbres: y he comprobado que en la campiña, como en la ciudad, no queda recuerdo de acontecimientos antiguos ni medioevales excepto en señales de sobrevivencia.

Es curioso que mientras nuestra vida social es todavía por completo feudal, y en ello me ocuparé en un ensayo acerca del carácter del mediodía de Italia, el recuerdo de la Edad media se haya casi extinguido.

Por eso el profesor Dorsa escribía hablando de los calabreses: «Estos sufrieron en este particular la suerte de todos los pueblos neolatinos, menos los romanos: la Edad media los separa violentamente de sus padres, de quienes sepultaron en el olvido los mitos y los héroes populares» (1).

Ahora bien, examinando minuciosamente este patrimonio intelectual del pueblo calabrés, me parece que se compone de diversas tradiciones mezcladas y confundidas, pero que se refieren casi todas á la Edad media, habiendo desaparecido lo antiguo. Son, sin embargo, recuerdos sueltos, confusos: los hechos históricos han desaparecido y queda á veces la superestructura ideal. Los ciclos intelectivos pueden también representarse como tantos círculos que

(1) Dorsa, *La Tradizione greco-latina nella Calabria*.
—Tipografia municipale Principi-Cosenza.

se interseccionan en tantos puntos que forman un contenido único. Tenemos un vasto ciclo de novelas fantásticas, las *rumanze*, de las cuales el profesor Dorsa decía: «las leyendas calabresas, llamadas *rumanze*, son ramificaciones de la poesía romancesca: novelas fantásticas con la indispensable figura del ogro, del mago, del enano, que se remontan al origen de aquella. Están en prosa, como lo estaban los antiguos poemas novelescos y como continuaron viviendo en nuestros tiempos los «Reales de Francia y Guerin Meschino». La crítica ha encontrado el origen de esta literatura novelesca (1) en la fastuosa literatura árabe, de la que *Las mil y una noches* es el ejemplo. Yo creo que á nosotros ha llegado el eco de tal literatura popular por medio de la invasión arábica, y creo haber encontrado una prueba, en el hecho de que los acontecimientos que constituyen el asunto de todas estas «rumanze» se desarrollan en España y en Portugal, asiento primitivo de los árabes que de allí vinieron entre nosotros.

Junto á este ciclo de leyendas arábicas está el céltico de las hadas, y el latino del ogro, mezclados y confundidos, de los que alientan aún el *manumaturu*, el *monum*, el *pappu*, etc., que son el *mormon*, el *pappos*, *pappus*, etc., de los griegos y de los romanos (2).

Un ciclo de relativa importancia lo constituyen las aventuras de Ingale, nuestra máscara, que es el Giugá de los sicilianos, cuyo mito vive en las narraciones indianas (3). Otro ciclo de no menor importancia procede de las primeras tradiciones cristianas, una especie de evangelio popular de Jesús y de los doce apóstoles en su paso por el mundo, — así

(1) Dorsa, op. cit.

(2) Dorsa, op. cit.

(3) Dorsa, op. cit.

lo imagina la leyenda popular calabresa, — en el que campear Jesús y San Pedro, tipo de egoísta incrédulo, de cortos alcances, y en esto no yerra la leyenda. Al ciclo religioso-cristiano pertenece la leyenda del judío errante, que marcha siempre, y de otro personaje llamado Marcos que, al decir de la leyenda, soltó un bofetón á Jesús y está condenado á bambolear el brazo eternamente. Es curioso ver cómo prevalecía aún una interpretación mística é ignorante de ciertas palabras del evangelio y cómo sobre ellas ha creado la fantasía popular una leyenda. Así con las palabras *secula seculorum*, que frecuentemente se encuentran en el lenguaje eclesiástico, en la leyenda popular son un marido y su mujer, — los Filemón y Baucis del cristianismo, — que dieron albergue á Jesús en su apostolado terreno y á quienes les fué concedida una larga vida alegrada por un amor que no tiene fin; hermosa creación cual ninguna ¡y que haya salido de la fantasía popular!

De origen estrictamente medioeval son un ciclo no pequeño de sucedidos de novelas y de supersticiones de brujas, de hechiceras, de aquelarres en torno al nogal de Benevento. La extraña fantasía medioeval de los demonios que fornican con los hombres, aun sigue viva. El recuerdo de magos famosos como Rutilio y Pedro Barliario, llamado por el vulgo Pietro Baialardo, se encuentra aún con su mágica avellana con la que fué cogido en el lazo de una mujer traidora que le había robado el libro de sus magias.

Los recuerdos macabros de la más típica Edad media reviven aún, y yo he encontrado en muchos lugares la historia de los muertos que de noche abren las tumbas y salen en procesión cantando. Aun persisten los fantasmas, la creencia en los sueños, los paladines, aunque en verdad de éstos

no queda más que el nombre y un vago recuerdo.

Del oriente creo que subsiste todavía cierto conocimiento empírico de la agricultura, y de ciertos datos astronómicos, los campesinos distinguen en el cielo determinados astros que les sirven de guía: un grupo de estrellas llamadas *pullara*, de πολλοι—muchas: *triali* de tres, tres; la estrella boreal, que marca la hora en que hay que atender al cuidado de los toros, la estrella matutina que precede al alba, y por fin otro grupo de cinco estrellas de las que tres están delante, otra después con una estrellita más pequeña al lado. Son estas estrellas en la imaginación de la pobre gente un cuadro de su vida ordinaria: las estrellas de delante son los bueyes con el boyero y su mujer, y la estrellita pequeña una chicuela que viene detrás y les sigue con trabajo.

De la primitiva civilización se ha derivado igualmente un gran conocimiento de las hierbas y de sus remedios: es el primitivo empirismo médico que todavía perdura y que constituye la tradición científica popular. Tal es la psiquis popular, en su forma estática, en una muchedumbre que, por muchas circunstancias de tiempo y de hechos, permanece en un estado primitivo y atrasado de inteligencia y de desarrollo; en la que predominan todavía las dotes primitivas de la muchedumbre, el creer fácilmente en lo extraño y maravilloso, la creencia en el milagro, en el ocultismo, en la nigromancia; la posible predicción de lo futuro; el sentido de maravilla escaso ó nulo, y además un misoneísmo ciego y obstinado (1).

Estas dotes, tan propias de los pueblos salvajes ó

(1) Véase mi trabajo *Las estratificaciones del pensamiento y la psiquis de la muchedumbre* en la *Lotta* de Cosenza.

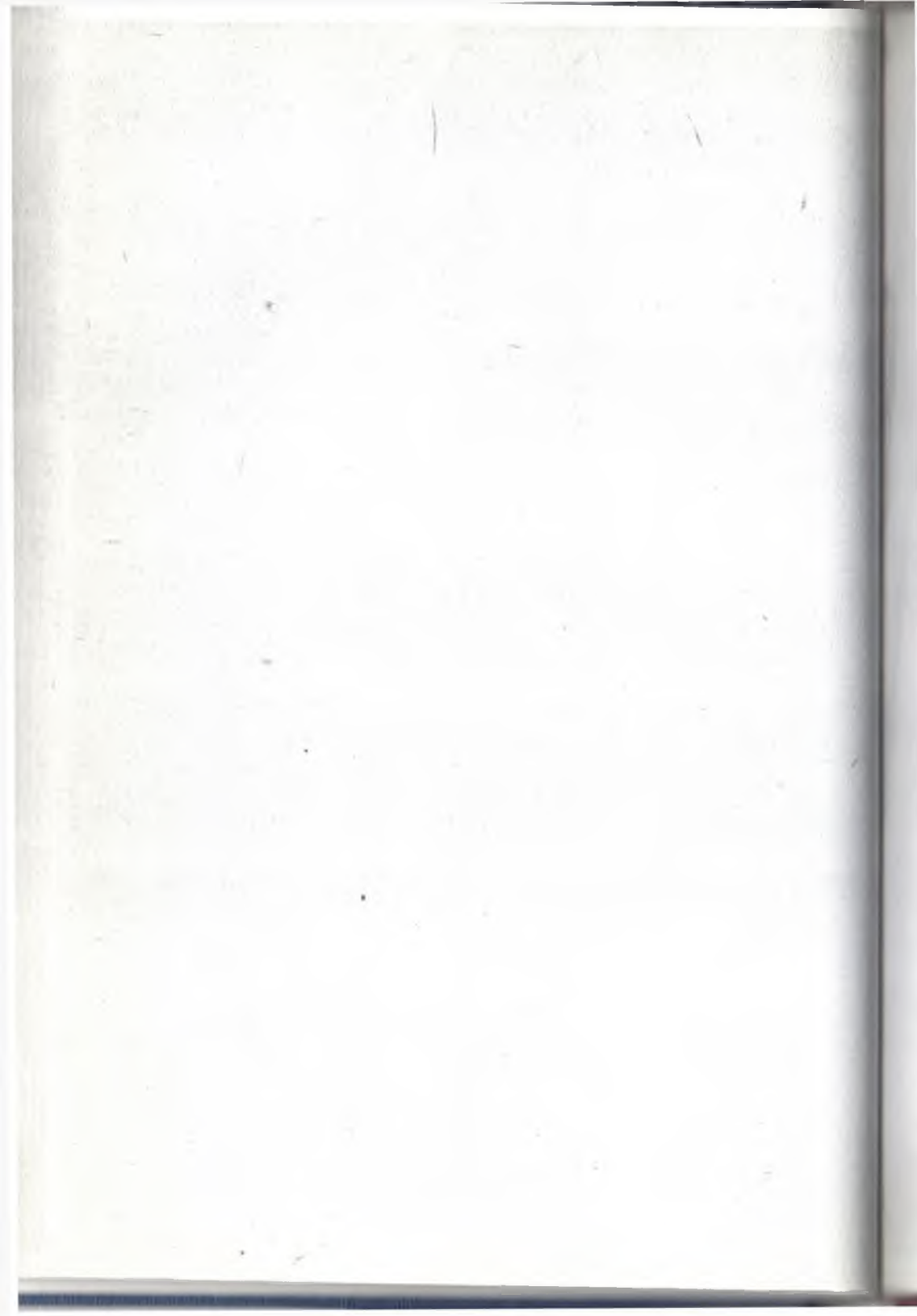
poco civilizados, reviven todavía en las más bajas formas de las muchedumbres, pero son—confesémoslo para nuestro consuelo—un atavismo que ha de acabar. La tradición greco-romana y medioeval va desapareciendo día por día, y al viejo campesino reemplaza el nuevo, más despierto, más culto, que ha visitado países nuevos, á quien duele este resto de vasallaje medioeval.

El antiguo campesino—nacido y viviendo en el lugar que le ha visto nacer—viste aún á la española, con el calzón corto, los calzoncillos, la chaqueta de pana negra con vueltas coloradas, el antiguo sombrero cónico, los cabellos cortos, fuera de un tupé, y la barba afeitada. Es el siervo medioeval que aún sobrevive sujeto al vasallaje ceremonioso, que quiere todavía besar las manos, que lleva en la expresión y en la tonsura de la cabeza los signos de su bajeza: el que le ha sucedido aporta lentamente los signos del hombre nuevo, la conciencia humana en su interior, cierto sentido de noble altivez, que constituye la mejor dote del pueblo de veras civilizado: hombre culto, bravo, con la conciencia de no ser menos ni más que otro, pero útil al consorcio humano como cualquiera otro. Esta es la conciencia nueva que va surgiendo; cambiada así la pluralidad de las conciencias, la muchedumbre tendrá una estática psíquica distinta, tal como nosotros la advertimos en los pueblos de otros países; á su modo esto permite enunciar la ley que regula la estática psíquica.

Es así: el pensamiento de una muchedumbre inferior lo constituyen las ideas y los conceptos de otros hombres y de otros tiempos, estratificados no por modo sucesivo, sino por modo caótico y confuso, como un terreno geológico al que los acontecimientos telúricos conmovieron.

Así es la inteligencia: lo viejo y lo nuevo se encuentran sin límites determinados, mezclados en

una sola concepción. Arrojar al mar del olvido lo viejo, instaurar lo nuevo, vivir de éste sólo, es el progreso de una mente que escucha la voz de su tiempo, de una mente de todas veras moderna. Hacia esta meta ideal se dirige la psiquis del individuo, como la de la muchedumbre, ayudada por las vicisitudes del tiempo y de la cultura, preocupada, acaso, por los más extraños é interesados prejuicios.



CAPÍTULO IV

MUCHEDUMBRE Y DINÁMICA DE LA PSIQUIS

La muchedumbre tiene una dinámica psíquica; es decir, tiene los sentimientos y las emociones, que son los verdaderos propulsores, los que empujan á la acción. La dinámica, ó sea el conjunto de las emociones y de los sentimientos, es la hélice de la nave, cuya brújula está representada por el pensamiento, y pensamiento y sentimiento forman, por fin, el carácter.

Las muchedumbres tienen, como los individuos, una evolución del sentimiento, semejante á la de la especie, y como ésta constituida por el nacimiento y desenvolvimiento de dos sentimientos coevos: egoísmo y altruismo, que son el resultado de varias emociones. Pero por más que estos dos sentimientos sean coevos, que es lo mismo que decir que surgen y están contenidos en las formas inferiores del mundo orgánico, no es su respectiva evolución paralela. Si quisiésemos exponer en forma esquemática los sentimientos, desde las formas organizadas más inferiores, hasta llegar á las más altas, como ha hecho la psicología comparada, encontraríamos que, abajo, y una vez más, es el sentimiento egoísta

el que predomina, allá en donde en lo alto predomina el altruismo.

En muchos animales el sentimiento altruista se constriñe á las funciones de la generación, como en algunos insectos que mueren apenas han cumplido el acto de amor; más arriba el altruismo se extiende al sentimiento de la maternidad y al periodo en que la prole no puede valerse por sí misma, ó surge juntamente el sentimiento de amor, como en las palomas, en las tórtolas, etc. Mas para encontrar el sentimiento social, que es poderosamente altruista, es preciso llegar á alguna especie evolucionada, como insectos, hormigas, avispas; á algunos pájaros, que viven asociados, para llegar, al fin, al antropoide y al hombre. En la sociedad humana el altruismo se intensifica y se extiende al amor á los hijos, á los padres, al prójimo, y de la evolución y de la alteza de estas diversas formas de emociones filiales, paternales y sociales, nos servimos para medir el progreso de una sociedad determinada.

El mismo camino, del egoísmo al altruismo, es recorrido por el individuo en el primero y posterior desarrollo de su psiquis; en efecto, sabido es que el niño recibe en los primeros años continuas excitaciones que parten de la periferia del propio cuerpo y terminan en el cerebro y en la médula espinal, constituyendo el sentido cenestésico, por lo que está siempre impresionado por sí mismo y es egoísta. Poco á poco, estas continuas excitaciones no son informadas ya por la ley de los estímulos persistentes y semejantes; en su lugar, de continuo llegan excitaciones del mundo exterior: éste es el periodo en que se completa la psiquis y en que se desarrollan los sentimientos altruistas. Presentan algunos, como un defecto del desarrollo de la psiquis, el no sentir más que los sentimientos egoístas y son los que la ciencia ha llamado egotistas, es decir, que carecen

del sentimiento altruista por defectuoso desarrollo y falta de educación del sentimiento altruista (1).

Las muchedumbres, que son, como decíamos, estratificaciones, están sujetas á estos graduales desarrollos del egoísmo al altruismo: por lo que las muchedumbres inferiores indiferenciadas son egoístas: las superiores, las cultas, las diferenciadas, altruistas.

Continuando nuestros estudios sobre el sentimiento, tomando á este efecto á las muchedumbres indiferenciadas más bajas y menos evolucionadas, como lo son las plebes campesinas del mediodía de Italia, he podido hacer las siguientes observaciones: el sentimiento filial está muy desarrollado, en este punto no he encontrado diferencia entre las muchedumbres inferiores y superiores; en cambio es escasísimo el sentimiento paternal, es decir, á los hermanos, á los genitores y así por el estilo; ejemplo, los muchos genitores abandonados en la vejez, caso que es frequentísimo.

El sentimiento de la amistad es tan escaso, que casi creo que no existe; rebuscando en los proverbios, que son la sabiduría y la psiquis de un pueblo cristalizadas, no he encontrado ni un solo proverbio que hable de la amistad; hay uno en que está contenido el egoísmo más absoluto y dice así: «los mejores amigos y los mejores parientes son los *tart* (moneda antigua) con las alas blancas.» Ahora bien, este escaso sentimiento de amistad constituye un obstáculo grande para unirse y organizarse para cualquier fin. Por esto el hombre plebeyo es desconfiado, astuto, embustero, nada cuidadoso del

(1) Ribot. *Maladies de la personnalité*.—Max Nordau. *Le degenerazioni: l'egotismo*.—Bianchi. *Semiologia delle malattie nervose*.

cumplimiento de su palabra, es decir, que está provisto de todas las cualidades antisociales.

Uno de los sentimientos sociales es, ciertamente, el sentimiento religioso: pero éste en el campesino es un verdadero fetichismo que carece de toda sana idealidad. En esto se parece mucho el campesino al salvaje y á los pueblos en que el sentimiento religioso es el reflejo de una sociedad bárbara. La criminalidad en Calabria se ha amamantado por largo tiempo en los sentimientos religiosos; los bandidos llevaban el tradicional escapulario de la Virgen del Carmen y oraban en los momentos de empresas arriesgadas y llenas de peligros. En tiempos de la «Santa-Fede» los bandidos fueron todos sanfedistas; en otros términos, como en el Olimpo griego, aquella sociedad, en algunos respectos inferior y bárbara, se reflejaba en sus dioses, asimismo, en las sociedades bajas, el sentimiento religioso refleja las condiciones morales inferiores de un pueblo.

Conexas con el sentimiento están las emociones, que fatigan al alma colectiva como al alma individual y presentan una variedad é intensidad y exquisitez que van de las formas bajas de muchedumbre á las altas y se reflejan en el gusto estético, distinto, diferente, tan plebeyo abajo como delicado y noble en lo alto. Sin embargo, en medio de esta baja sentimentalidad, tal vez hay una exquisitez y delicadeza de sentimiento, capaz de hacerse creer surgida, no de una muchedumbre inferior, sino del alma del más delicado de los poetas. El espíritu humano, aunque perverso, no lo es nunca del todo, y siempre contiene algo que compense el mal; así los grandes delincuentes tienen en su corazón algo de noble, piadoso, lleno de afecto, que conmueve; un espíritu eternamente perverso, sin un solo vislumbre de bondad, no existe en la naturaleza. Del mismo modo es la psiquis popular: yo he tenido ocasión

de sorprender un recamado ideal y apasionado, orlando un hecho escueto de la crónica de una pobre suicida: una infeliz ramera arrepentida, vencida al amor de un hombre, la cual se suicidó pocos meses después por causa de la muerte de la persona amada.

En un periódico escribía yo esto, considerando el hecho desde el punto de vista del alma de la muchedumbre: «¿Es verdadero ó falso este cuadro de dolores? ¡Quién sabe! el hecho efectivo es que corre también piadoso, como lo he fijado en este pliego, en boca del pueblo, el cual ha querido y sabido escribir, con este episodio, una página de dolor y de amor, juntamente, de su propia vida: como Fóscolo, en el *Ortis*, escribe una página de los desalientos de la juventud de su tiempo.»

De esta muchedumbre inferior se pasa, gradualmente, á las muchedumbres altas que tienen un gran contenido moral. Pues bien, de unas á otras, atravesando todos los grados intermedios, hay un ascendimiento del egoísmo al altruismo en la dinámica de la psiquis. Comparad la muchedumbre indiferenciada del mediodía de Italia con la de la Australia, de la que Darío Papa (1) habla en la entrevista con «una bella señora», y experimentaréis cuán grande es la diferencia. Penetrad en lo íntimo de la psiquis colectiva de aquella muchedumbre y os encontraréis con que, si en lo que afecta al pensamiento están, comparadas con las cultas muchedumbres de allá, en el último peldaño de la escala, en el sentimiento predomina en ellas el altruismo sobre el egoísmo. No hay una sola causa merecedora de piedad, de apoyo, de ayuda, que no encuentre en las muchedumbres anglosajonas una corriente de

(1) Darío Papa: «Entrevista con una bella signora». *Critica Sociale*, Año II, núm. 1.

simpatía: allí la vida se desarrolla bajo el doble sostén del egoísmo, que se completa en el altruismo; entre nosotros, en cambio, no vive más que de simple y puro egoísmo, ¿y quién puede decir el daño de que es capaz este sentimiento tan concentrado é ignorante?

Convengamos, pues, en que si la psiquis de una multitud, en la parte estática, trata de vivir del pensamiento de su tiempo, en la parte dinámica tiende á un creciente altruismo, ó, si queréis, á un ego-altruismo, que el altruismo puro es don de pocos elegidos, y, sólo en raros casos, de las muchedumbres. Pero, aunque sea así, ¿no debe á este sentimiento la humanidad cuanto de noble, de grande, de generoso, existe en la tierra? ¿Y es esto poco, acaso?

Y vamos ahora con el carácter de la muchedumbre.

El hombre no es un individuo aislado; vive en un medio, en un ambiente, en algo que lo rodea, que obra sobre él, procurando una constante reacción. La vida, bajo cualquier aspecto que se la mire, por el lado biológico ó psíquico, social ó histórico, es una reacción contra el ambiente, sea éste físico ó social, que rodea al individuo, y es reacción con adaptamiento, por lo que decía Spencer que la vida era una continua adaptación de las condiciones internas á lo exterior.

Dejemos la adaptación del organismo al medio y observemos, en su lugar, la adaptación de la psiquis á las que lo rodean, esto es, al clima histórico social, que constituye lo que nosotros llamamos, en sentido lato, carácter.

Aquí la psiquis individual no es nada sencilla, sino extremadamente complexa y está formada por muchos estados de conciencia, que tienden á componer una unidad y de los que algunos se renuevan y otros van á desaparecer en el olvido.

Pero, por más que sea ésta la tendencia de las psiquis, raramente ocurre que los estados de conciencia, perdiendo aquel no sé qué de vago y de inefable que en sí tienen, constituyan una unidad que evolucione y se renueve continua y lentamente por modo que lo nuevo, en forma estable, se sobreponga á lo antiguo y la parte advenediza sobre la adquirida. En una psiquis tan firmemente organizada, las reacciones sobre el ambiente externo son semejantes, es decir, como emanadas de un solo sentimiento y encaminadas á un solo fin; fin y sentimiento que, cuando son normales, nos hacen decir que tal persona tiene carácter.

Sergi, que se ha ocupado mucho en el carácter, decía: «carácter, es como decir, en su significación literal, algo impreso, que perdura, por lo tanto, que es invariable, es como marca; y se refiere al modo de proceder en las contingencias de la vida, como norma de cada hombre, dados motivos, más ó menos verdaderos y diversos; es algo que gravita sobre la actividad de cada individuo, y que en las circunstancias difíciles y graves es estimado como una cualidad preciosa, que sin duda dirigirá nuestros pasos sin ceder ni doblegarse ante exigencias que pudieran ocasionar un desvío del camino recto y honrado.»

Refiriéndonos á la multitud, no podemos decir que tenga siempre carácter, en el sentido de que hablamos, como norma única, directiva, en orden al bien; el carácter está guiado por el sentimiento é iluminado por el pensamiento; luego si los pensamientos y el sentimiento en la multitud son inferiores y tornadizos, el carácter, que es la resultante de la psiquis y de las reacciones del mundo exterior, no puede ser ni noble ni elevado. En la muchedumbre, pues, el carácter, en el sentido estricto de la palabra, no existe en tanto aquélla se man-

tiene en condiciones de inferioridad de vida; pero aparece en las multitudes elevadas, cultas, en las que la dinámica y la estática psíquica se han elevado á aquella altura á que llegan tan sólo las multitudes que han evolucionado.

El carácter, no obstante, si no existe en esta forma elevada, existe como norma de conducta; es, como dice Sergi, un organismo que se viene formando poco á poco y que va de la forma más baja y menos determinada á las más altas, más determinadas y más estables; no es obra de un solo individuo, sino que ha venido desarrollándose en la raza y cada cual ha colaborado en ello, no sólo educando su propio carácter, sino influyendo por modo directo é indirecto en el de los demás (1).

Por esto — como expone bien Sergi — hay en el carácter una parte fundamental y otra advenediza; así que cuando se nos ocurra hablar del carácter de una multitud, deberemos apreciar la parte fundamental y la advenediza, y sólo cuando veamos que la una ó la otra faltan, no podremos esperar ningún carácter elevado, sino sí una conducta fluctuante, varia, no dirigida á un fin social.

(1) Sergi. *Degenerazione*. «Biblioteca Scientifica Internazionale». *Psicologia per le scuole*. — *Per l'educazione del carattere*.

CAPÍTULO V

JUVENTUD Y SENILIDAD DE LA MUCHEDUMBRE

Las multitudes, como las personas, tienen periodos de juventud y de vejez. Ya comparemos dos multitudes en momentos determinados, ya comparemos los momentos sucesivos de una sola, no es difícil ni raro observar en ellas una juventud y una vejez.

Ahora bien, la diversidad de la multitud en estos dos momentos que señalan la plenitud de la vida y su ocaso, está toda en las cualidades psíquicas, y tal vez, en sus cualidades somáticas. Hemos visto cómo con el poder político y económico,—ó con éste solo—muchas familias ilustres, que atesoraron grandes riquezas y gloriosos sucesos, transmitieron al mismo tiempo la degeneración de la raza, y advertimos, tomándolo de Loria, la impresión que se recibe cuando se contemplan, expuestos ante nuestra propia vista, los retratos de toda una casa ilustre desde el más antiguo progenitor que creó la gloria de la familia, uno á uno hasta el último descendiente. De esta correría queda la vista como cansada, asistiendo á una progresiva desaparición de dotes superiores y en su lugar á una intromisión de dotes degenerativas.

Estas observaciones verdaderas, respecto de una familia, valen lo mismo para una multitud: cuando decaía el imperio romano, las gentes italianas eran

mezquinas, esmirriadas, menudas. Bajo el *antiguo régimen* la degeneración había invadido á nobleza y siervos: no podía ser de otro modo bajo la influencia del ocio arriba y de la miseria y el trabajo excesivo abajo.

La senilidad de la muchedumbre está determinada por dos factores: uno psico-somático y otro social, que vale tanto como decir: las muchedumbres envejecen ó por haber vivido demasiado, ó por circunstancias externas que entristecen el ambiente social en el que deban desarrollarse.

El factor psico-somático, la decadencia de la raza, llega tras de las grandes, las largas civilizaciones que se han sucedido, después de haberse elevado hasta la cumbre del lujo enervante, de la sensualidad refinada, del vicio encubierto por el resplandor del arte. Así fué cómo cayeron las antiguas civilizaciones orientales, así cayó Roma, así caerá nuestra civilización.

Junto á esta degeneración que espera á cuantos han gozado excesivamente; cuando un idealismo robusto y reparador no haya obrado como fuerza preservatriz, que á falta del aguijón de la necesidad haya excitado á nuevas luchas y á nuevas infuturaciones; junto á esta degeneración sibarítica y sardanapalesca, está aquella que proviene de un gran exceso de trabajo psico-somático, y es la de los pueblos que vivieron demasiado intelectualmente y que disiparon en alguna empresa su poderosa energía, sobre los cuales el trabajo pesó mucho más de lo que podían sus hombros sostener.

Habrá quizás de este modo pueblos del septentrión que estén hoy preparando la futura civilización de Europa, acaso los habrá en América en donde la vida ha alcanzado una enorme, una alta presión; fueron así los municipios italianos que disiparon en luchas intestinas su exceso de vitalidad.

Aparte de esta forma de degeneración psico-somática, está la que es obra del clima, de la orografía, del exceso ó defecto de nutrición, de todo lo que afecta al ambiente climático-telúrico, que procede encumbrando primero el índice de civilización y deprimiéndolo luego. Por efecto de esto las primeras civilizaciones fueron tropicales ó poco menos, el clima montaños hace florecer y luego extingue la genialidad toscana.

Mas, ocurre comúnmente, que la senilidad es un período largo de reposo y de energías resurgentes, que puede muy bien ser una verdadera muerte si no sobreviene un nuevo factor, una intromisión de un pueblo disimilar, un fenómeno político, una nueva forma económica, factor nuevo que sirve para que un pueblo se despoje del sudario en el que parecía envuelto para siempre.

No ha mucho que los antropólogos habían supuesto un nuevo fatalismo, mediante el cual las razas inferiores no hubiesen jamás alcanzado la civilización europea; pero el ejemplo de los esclavos de América ha roto la hipótesis de este prejuicio científico; de lo que se deduce que la senectud y la juventud de los pueblos se alternan, así como de la muerte brota perenne la vida (1).

Pero más que en las condiciones somáticas las multitudes jóvenes ó viejas se diferencian en la modalidad de su psiquis, ya que las unas son optimistas y pesimistas las otras. Optimismo y pesimismo son, pues, las cualidades perspicuas de una muchedumbre tomada en los dos momentos diversos de juventud y ancianidad, las que no presuponen otras.

Nuestro siglo es presa de un desaliento grave,

(1) Ghisleri: *Le razze umane e il diritto nella questione coloniale*. — Bergamo, 1896.

efecto de la estrechez económica. Loria observa que, mirando á la cara de nuestros contemporáneos, se observa en la mayor parte de ellos cierta huella de dolor común á cuantos viven en épocas tormentosas. El visitante que recorre una pinacoteca referente á los siglos más tristes de la historia de un país, encuentra en las telas que retratan á los personajes de aquellos tiempos, una eterna nota de melancolía, como la que se observa en el rostro, acaso exquisitamente bello, de los prófugos rusos.

El tiempo pasado tiene desconsuelos y dolores políticos: guerras, persecuciones del pensamiento, santa inquisición, fueron otros tantos manantiales de dolor: la cuestión económica queda como velada bajo estas otras, en apariencia, distintas cuestiones, que no fueron sino su superestructura; es gala de nuestro tiempo haber arrancado el piadoso velo y haber mostrado que en el fondo de cada problema, se trata del pan de cada día y que, de la resolución de esto, es de lo que habrá de depender lo porvenir de la humanidad; de donde el pensamiento del mañana atormenta á todos y como una ráfaga de niebla se extiende hasta las muchedumbres campesinas, que son, por su naturaleza, las menos impresionables y las menos capaces de preocupaciones dolorosas.

Pero la preocupación y la estrechez económica llevan en sí, ya sea entre las multitudes jóvenes ya en las viejas, una inquietud mayor, la certeza de que ni leyes, ni moral, ni virtud, presiden las asociaciones humanas, que antes bien la arbitrariedad, el vicio, la inmoralidad son los motivos de éxito en el día. Este desvanecerse de la idealidad es sumamente doloroso, la fe en lo humano y en lo divino caen y no quedan más que la astucia y la fuerza como árbitras del mundo. No puede decirse que la desaparición de esta idealidad, que forma la roca más

firme de toda civilización, no sea verdadera, que sea turbia visión de enfermos. El ejemplo, que cada día aporta, es una prueba que se añade á las otras, por lo que más parece que el fin del mundo se aproxime; pero no ya el milenario, con su promesa del cielo, sino el dos mil, con la ruina de la sociedad, que preocupa á las inteligencias: el mundo que se ha abierto á la barbarie desaparecerá con esta: tal es la voz agorera de los nuevos milenarios.

Pero en esto se diferencian las multitudes jóvenes de las viejas: mientras las viejas desesperando del mundo, ó ceden á una moral descendente razonando de esta manera: ¿si el mundo está dominado por el vicio, para qué ser virtuosos?—ó, esquivas, esperan este caos que ocurrirá, y en el cual no habrá salvación, y son las multitudes desconfiadas;—ó se vuelven hacia el pasado, refugiándose en él como en un reino encantado por cuya vuelta suspiran, y son las muchedumbres místicas; mientras, pues, del espectáculo y del mal presente derivan ellas una moral interior y una desconfianza ó un neo-misticismo; las muchedumbres jóvenes, del presente triste, deducen un porvenir mejor, del que ellas contienen las novedades y los principios, los anuncios y los elementos que han de formarlo. Y frente á las viejas muchedumbres, que representan una civilización que pasa, son un mundo nuevo que surge y que, como tal, trae en sí tendencias varias y diversas: arte, literatura, concepciones morales, nuevo derecho, etc. Todo está en su espíritu, y en contra de las formas moribundas de la vieja civilización, y se experimenta la impresión de contraste de un joven de diez y ocho años ante un viejo de setenta, y el espectáculo de una muchedumbre joven, consciente de sí misma, contra una muchedumbre vieja, es uno de los dramas más majestuosos que la historia ofrece.

Mas la conciencia de la propia misión recibe un apoyo y una certeza de la ciencia, de esta arma poderosa que, en un momento dado, cae de las manos de una muchedumbre vieja y llega blandida por otra joven. Fenómeno bien doloroso y de no pequeño valor es esta emigración del saber, que, en contra de la conciencia innata, pero confusa, de una multitud, crea otra mucho más fuerte y sincera, despegando del especial mecanismo de las muchedumbres el ritmo y la capacidad, y es como el rayo de luz que rompiendo las tinieblas guía y apoya los pasos del viajero.

Cada civilización lleva en sí misma, como puntales, varios organismos: organismos ideales, en verdad, pero no por esto menos protectores: religión, virtud, ideal, amor al prójimo, liberalidad, etc. Ahora bien, estos principios fundamentales que — hasta que una civilización está floreciente — tienen un gran valor, cuando comienza la senectud vienen á ser corroidos, como los muros por el tiempo ó el batir de las olas. La ciencia, entonces, cambiando de camino y pasando de una á otra multitud, concurre á la demolición de los poderes «enfrenadores» que en otro tiempo corroboró, y defiende y concurre á formar los nuevos, realizando así una obra de gran valor en el desenvolvimiento de la humanidad.

También la ciencia, por no citar más que un ejemplo, había creado antaño en el mundo biológico la teoría de la lucha por la existencia con el predominio del poderoso y había afirmado el movimiento de la evolución ascendente transportándolo al campo sociológico; cuando he aquí que, tras de muchos años de experiencias y de pruebas, la propia ciencia afirma el concepto de que no siempre es ascendente la evolución, y que bien puede ser una evolución al revés, asegurando el triunfo no al mejor, sino al más adaptado, así en el campo biológico como en el social.

Con estas pocas palabras cambiadas, ¡qué grande mudanza de ideas y del respectivo valor de los hechos, cumplida siempre en nombre de la ciencia que predicaba un día el mejor de los mundos posibles, como el Doctor Panglos de Voltaire, y convertida hoy en la más desoladora y la más escéptica voz de mal agüero!

Pero la desaparición de los conceptos y de la idealidad que pareció un tiempo increíble, no se realiza sin dolor en las viejas multitudes: sus dioses vanse, se va el amor á la patria, la familia se disuelve, ¿y qué perdura? Cuando nos encontramos con hombres que personifican el dolor de un mundo que pasa, y que ven por ello torcidamente y que elevan el propio dolor á dolor universal, se experimenta una gran opresión en el corazón, si no se piensa en que el mundo vivirá aún como para el pasado y que al huracán de un momento sucederá la serenidad de muchos días.

Mas, si en las multitudes seniles continúa la emigración de la virtud activa, quedando sólo el vicio ó la virtud pasiva como un lamento y un duelo, en las multitudes jóvenes hay un florecer de actividad; cuanto puede aún la naturaleza humana en sus momentos de esfuerzo, florece de nuevo en las muchedumbres jóvenes y acaso, como de improviso, llenando de admiración ó de terror: junto al optimismo, á la confianza en sí mismo, al conocimiento de su propia misión, se encuentran la firmeza, la constancia, el amor al ideal, la moral elevada, aquellas dotes, en suma, que preparan lo porvenir. En las muchedumbres seniles, en cambio, predominan como síntomas de su misión cumplida en la historia, la apatía, la desconfianza, la maledicencia y la necesidad de aislamiento, mientras que el instinto de sociabilidad tiende á prevalecer: en las muchedumbres viejas, incapaces de energía, brota la planta de

los desengañados, forma de psico-astenia no estudiada todavía y de la que diré algo.

Mis observaciones han sido recogidas en un ambiente poco desarrollado y estrecho: en lo alto predomina el egoísmo, la maledicencia, la escasa ó ninguna fe en la virtud, y en cambio abundan las ocupaciones políticas y profesionales que conforman una muchedumbre de cultura unilateral, la estrictamente necesaria para las profesiones y nada más; abajo se halla la vieja muchedumbre bosquejada en los capítulos precedentes, en los capítulos de la «dinámica y la estática psíquica» y en «el carácter colectivo». En medio de este ambiente senil, he hecho yo estos escasos estudios acerca de los desengañados, que de la multitud envejecida representan la parte mejor y más sana, que del concepto de la vida no han sacado ni la moral fácil que todo lo justifica, ni un retorno á lo pasado, ni un neomisticismo imposible; pero que doloridos por el espectáculo cotidiano, no viven más que de sí mismos, casi por una secreta necesidad de purificarse en la soledad y en el espectáculo de la propia psiquis, semejantes á los antiguos anacoretas que vivían, meditando sobre una calavera, acerca de la inanidad de las cosas humanas.

Yo no sé si el arte, este espejo de la vida humana, ha reflejado nunca en sus cuadros, hechos de sentimiento y de idealidad, tales estados del ánimo, que pueden, acaso en favorables condiciones diversas, adquirir cierta expansión, perdiendo su carácter de tipo raro; no he tenido tiempo para tal pesquisa, pero á juzgar por mis recuerdos, jamás lo he encontrado reflejado en el arte. En cambio recuerdo haber encontrado el tipo opuesto: es decir reflejada la fe excesiva en lo porvenir, lo que debiera llamarse *milenarismo*, á propósito de aquellos milenarios que tenían tanta fe en sucesos lejanos de ellos y perdidos en lo futuro.

Este tipo tan creyente, tan lleno de fe y de ardor, aparece, en épocas de crisis, cuando, ante un presente que parece querer volver á lo pasado, como remontar doloroso de toda una civilización, la fe se reanima y vaticina lo futuro: es la esperanza que nunca muere en el corazón de los humanos y que se reanima con los más bellos colores y da la fuerza y el brío para las batallas más fecundas por lo futuro. Aquel Segismundo Busch devorado por la tisis, de quien habla Zola en *l'Argent* y que pasa muchos días sobre el *Capital* de Marx y que escribe largas páginas platicando acerca de la sociedad futura, es un tipo verdadero, de aquellos que se encuentran y son la antítesis de aquel otro tipo de desengañado de la sociedad, que está solitario, dolorido del mundo y de los hombres entre quienes vive.

En la constitución psíquica de este tipo, debe de influir, y no en poco, una condición particular del organismo, la psico-astenia. Un organismo débil, que refleje por modo doloroso las vicisitudes de la vida y que no lleve en si mismo ni el valor de luchar, bajo la égida de la moral, ni el de ocasionar el mal, y que en las voces del presente no oiga llegar hasta él el pronóstico de lo porvenir, un organismo tan débil, es capaz de recogerse en la soledad en la acidia y caer en el mismo olvido de la vida.

Estudiando yo algunos de estos casos, he encontrado el estigma de la psico-astenia: tengo siempre presente á quien me inspiró por primera vez estas observaciones, el cual en su familia cuenta con personas de talento y una de genio, señal esta de un legado psíquico que perdura luego por muchos siglos.

En los psico-asténicos puede inculcarse precozmente el desengaño, antes de que se tenga una honda experiencia de la vida: los primeros disgustos que, por lo regular, apenas si dejan en los demás

alguna arruga, imprimen en estas almas un profundo surco, de los que perduran eternamente sin borrarse, é influyen en lo porvenir.

En otros, el desengaño es tardío; nace, como nace en todos, un poco, cuando la vida declina, ó, antes aún en los que han vivido mucho: raro es quien se lleva á la tumba la juventud del espíritu allá cuando la nieve ha blanqueado los cabellos, cosa vituperable á quien posando el pie en el reino del ideal, lo retira impávido.

Pero el desengaño puede ser también un estado de transición y de meditación, de revolución interna por una nueva creencia: estado de tristeza y de dolor del que el alma sale renovada, como el ave legendaria renacía de las cenizas propias. Estas situaciones de crisis son las más íntimamente gratas, y, como los huracanes, son cortas aunque tremendas; el sol del siguiente día mostrará los daños; pero en la atmósfera oreada, en la tierra rejuvenecida, se percibe el aroma de las flores, el silbo de la golondrina, el dorado de la espiga y una primavera que surge por modo definitivo: el huracán la ha madurado y apresurado. El desengaño, entonces, es el período largo y doloroso de la incubación.

Pero, las muchedumbres, según son jóvenes ó viejas, tienen dos formas de normalidad que podremos expresar, respecto de ellas, en senil y juvenil. La primera es poco activa, poco enérgica, consiste en proceder rectamente pero sin pasión, en sentir, aunque con escaso idealismo, y en la que en tanto la normalidad es apática, la anormalidad llega hasta al crimen.

En las muchedumbres jóvenes ocurren las cosas por otro modo muy diverso: también existe en ellas la tendencia criminosa, pero la normalidad es mucho más activa, fecunda, movida no sólo al bien, sino contra el mal. Para persuadirse de ello basta leer lo que sobre la profilaxis del delito ha escrito Lom-

broso, poniendo como ejemplo las naciones alemana é inglesa, que son, frente á las naciones latinas, las muchedumbres jóvenes. ¡Hay que ver qué caridad inagotable, qué altruismo, qué lucha épica contra el mal y contra el delito, mientras la civilización asciende como una gran columna de fuego hasta el cielo! (1).

En las muchedumbres viejas la normalidad es tan apática, que muchas veces el crimen, hoy, como en lo pasado, alcanza una función útil. Nuestra vida política es tan inferior que nosotros, como dice Sighele, podemos esperar el bien mejor del proceder poco honrado de algunos gobernantes, que de la honrada, pasiva y solitaria actitud de otros. Como antiguamente, podemos esperar la felicidad mejor de un César Borgia que de cualquiera Pietro Soderini.

A los pueblos jóvenes les es privativa la normalidad activa, el bien apasionado, el idealismo alto y sereno, la lucha contra el vicio, y, hasta que no se cree la virtud activa, habrá necesidad del crimen como motor del progreso.

Volviendo á las muchedumbres, decíamos que las formas viejas pueden rejuvenecerse ó elevándose hasta las muchedumbres jóvenes ó confundiéndose con ellas por medio de los factores morales—como cultura, emigración,—ó de factores económicos,—como la gran industria,—ó por determinados cambios políticos.

No hablábamos particularmente de ninguno de estos factores, de los que tan bien ha hablado Lombroso, (2) señalando las causas de las revoluciones y de las revueltas: nos concretábamos á la influencia que una muchedumbre joven puede ejercer bajo una

(1) Lombroso. *Uomo delinquente*, v. III.

(2) Lombroso. *Nouvelles recherches d'anthropologie criminelle*.—Alcan Ed. Paris.

forma anticuada; influencia que puede ser doble, ó de verdadera atracción, por la que de la vieja muchedumbre se destacan aquellos elementos que aún conservan vida en el propio regazo,—ó bien de imitación,—en la que al contacto con la muchedumbre nueva, la vieja, si es capaz de virtud latente, la desarrolla, como un cuerpo al contacto de otro produce luz y calor.

Cuando en el siglo pasado, en Francia, el tercer estado se preparaba á la conquista del poder político; del clero, de la nobleza, una multitud de jóvenes, dejando á un lado la jerarquía y la riqueza, descendía hasta él aportando el tesoro de una cultura aristocrática, de un alma buena y valerosa. Cultura fina y elegante, fausto que las riquezas podían dar, la seguridad personal que hasta entonces sólo tenía una clase directora, lo dieron todo aquellos condes, aquellos marqueses, aquellos vizcondes, aquellos abates, abates que prepararon el nuevo derecho del hombre y que fueron perniciosos á su casta más que un número cien mil veces mayor de descamisados. De igual modo, Saulo, san Pablo, era uno de los miembros de la sinagoga más adverso á los cristianos; pero, cuando rendido á la nueva fe se convierte al cristianismo, aporta á él un principio cosmopolita: ¿quién puede apreciar todo el daño que recibió el mosaísmo de aquel judío converso? Hasta aquí se trata de atracción (1), pero puede, sin embargo, una multitud, al chocar con otra, expresar la energía que aportaba, casi oculta en su seno, como ocurre con las clases directoras de Inglaterra, las cuales, frente al movimiento proletario, supieron conceder una amplia legislación del trabajo, asistiendo de este modo al monopolio del mercado universal y asegurando la tranquilidad interna, por lo

(1) Renan. *La vida de los apóstoles*.

que ante la llamada «cuestión social» que amenaza á Europa, es el único y raro ejemplo de sutil tacto político y de seguridad económica.

La imitación en las multitudes lo mismo puede ser una sugestión en orden al bien como al mal.

En la naturaleza, una de las grandes leyes es la de la imitación, que se debe en lo bajo de la vida al instinto de conservación y se llama «adaptamiento»; y en lo alto, en los grados más desarrollados de la animalidad, á la vasta cooperación humana, en donde sólo es posible la existencia social.

Antes aún que Carlos Darwin, el inmortal autor de *La transformación de las especies*, hubiese estudiado el fenómeno del adaptamiento, su antecesor Erasmo, versadísimo en los estudios naturales, había dicho: «Los colores de los insectos y de muchos animales pequeños contribuyen á esconderlos á las miradas de otros animales que los persiguen. Las orugas que viven en las hojas, son generalmente verdes, las mariposas son de igual color que los pétalos de las flores que frecuentan, etc.»

Erasmo Darwin observó solamente el fenómeno, sin explicarlo; debía ser su nieto Carlos quien lo determinase por el principio de la selección natural.

Posteriormente los estudiosos del parasitismo biológico observaron que hay una forma imitativa de parasitismo, ó del aspecto. Massart, en un bellissimo estudio escrito juntamente con Vandervelde, publicado en Italia en la *Critica sociale* (año 1894, página 203), distingue tres formas de imitación parasitaria.

»1.^a Una especie carnívora imita á una especie inofensiva, para poder aproximarse á sus víctimas sin espantarlas.

»2.^a Una especie copia á otra con objeto de poder acercársele fácilmente para ocasionarle algún daño.

»3.^a Una especie débil y comestible imita á una especie bien defendida y no comestible para librarse de sus enemigos.»

Remitiendo á quien quiera enterarse mejor al trabajo de Massart y al de otros de género semejante (1), puede asentarse que la ley de la adaptación es siempre ley de imitación, encaminada á la conservación de la especie.

Aún más que en los fenómenos biológicos, la ley de la imitación domina en los fenómenos psíquicos: hay una tendencia explicada hoy en la psicología y en la psiquiatría,—las dos ciencias que estudian el estado de sanidad ó enfermedad de la psiquis,—que quiere reducir todos los fenómenos á una forma sugestiva, esto es, á una imitación, consciente ó inconsciente, de un cerebro respecto de otro.

Sergi, el valiente psicólogo y antropólogo, había observado en su libro de la *Degeneración humana*, que la sugestión es un hecho común en la psiquis: sólo algunos lo presentan más explicado.

En otro escrito, *La psicosis epidémica*, establece la base física de la sugestión. La psiquis es una actividad susceptible de ser estimulada y de reobrar, ó sea de reflexión y de receptividad, y continúa: «Ambas condiciones pueden incluirse en una ley fundamental, receptividad refleja de la psiquis. Los alienistas de todo tiempo se preocuparon del fenómeno de la sugestión en el hipnotismo, y por lo general han creído que ello sea un hecho que ocurre únicamente en el estado hipnótico de sus respectivos sujetos, pero no se han percatado de que su sugestión es un fenómeno más agudo de la condición general de la psiquis: la receptividad.»

La sugestión explica toda la vida psíquica normal y anormal; la educación, la emulación, la cooperación, etc., son una sugestión recíproca de los intelectos; á veces es un intelecto perfeccionado, es el

(1) Véanse Carlos Darwin, *Origen de las especies*.—Canestri, *La teoría de Darwin*.—Milano, Dumolard,

genio, quien descubre una nueva senda, por la que largo tiempo se encaminan las mentes de capacidad más limitada y normal. Pero la sugestión explica del mismo modo los fenómenos anormales de la psiquis: explica, por ejemplo, la epidemia demoníaca de los siglos pasados, las epidemias frene-siacas de la danza, el éxtasis, la exaltación, los fenómenos catalépticos, que llenaron de estupor extraño la vida de los claustros.

Los prácticos en enfermedades nerviosas y mentales saben, por ejemplo, que el baile de San Vito,—la *chorea minor* de los antiguos—puede propagarse por imitación; saben que la vista de un histérico presa de convulsiones, ó de los espectáculos hipnóticos, dadas como pasto de la curiosidad ignorante en los teatros por cualquier hipnotizador, despierta fenómenos parecidos en sujetos en quienes el morbo estaba latente. Saben que hay una epidemia criminal, suicida, al modo de una epidemia variolosa ó tífica; saben, por fin, que existen las formas de locura inducida ó simultánea, estudiada en Italia por Venturi y por Seppelli.

En fin, la sugestión se convierte en un arma poderosa de investigación de la psicología de las multitudes y de las sociedades animales inferiores.

Hemos hecho, así, una rápida correría por un asunto amplio: nos queda el estudio de la imitación en las relaciones económicas, la llamada ley de imitación en el presente régimen económico.

Este es un fenómeno nuevo, que apunta dentro del concepto jurídico de la igualdad ante la ley, de las riquezas hechas más accesibles, del allanamiento de barreras entre las clases. En la antigüedad, cuando el esclavo era una cosa, ó en la Edad media, cuando el siervo llevaba escrito en el collar el nombre de su dueño, el esclavo ó el siervo no podían imitar al dueño ni al liberto. Se quiere hoy la liber-

tad económica que rompe las barreras, que aumenta la riqueza y la hace más asequible, porque las clases inferiores tratan de imitar en la tendencia al lujo á las clases superiores.

Y hoy, la imitación no se limita á este ó el otro aspecto de la vida, sino que los invade todos. Se ha notado que no sólo en la forma del vestido, sino que en la copia de la alimentación, en las cualidades, en el refinamiento de los modales, en los hábitos viciosos, se manifiesta lo mismo.

En las mismas clases acomodadas, entre las varias formas de riqueza y de fortuna, hay un desenfreno por superarse unas ó otras. La gente rica del campo trata de imitar á la de la ciudad; la de la ciudad á la de la metrópoli, de lo que proviene una multitud de deseos no satisfechos que agravan la cuestión económica y dan un último empujón á las fortunas vacilantes, y distraen gran copia del trabajo humano de la producción de objetos útiles, para dirigirlo á una multitud de cosas superfluas; en lo que nuestra edad se asemeja á las edades decadentes, con el lujo oriental en el vértice de la pirámide cuya base es la inopia.

La ley de la imitación tórnase como un círculo vicioso: las clases de menos posibles tratan de imitar á las dadas, y éstas encuentran en la imitación un pretexto para desplegar un lujo nuevo, hasta ahora desconocido.

Sin embargo, es cierto que esto reporta una utilidad para las clases inferiores, que se sienten espolgadas hacia un mejoramiento continuo y progresivo; si bien pudiera ser mayor la utilidad, si la imitación, en vez de correr por el camino del lujo, se encauzase por el de la educación (1).

(1) Véase Sighele, *Le folle delinquant*. Véase también Romanes, *Evolution mentale chez les animaux*.

Quien intenta imitar obedece á una ley superior de progreso; ¿se ha pensado alguna vez, qué sería de nosotros, de nuestra civilización, si las nuevas generaciones no hubiesen imitado á las antiguas en conservar los elementos adaptados á la especie, á la sociabilidad, etc.? ¿Si encontrado el modo de educar á los animales, de encender el fuego, de trabajar los metales, lo hubiesen olvidado? No hay quien no convenga en que hoy la imitación es parcialmente un daño social, pero que, cesando el desórden económico, recomponiéndose el género humano en una sola familia, se convertirá la virtud en lo único digno de emulación, por lo que la ley de imitación se convertirá en ley de progreso y no en fuente de disipación, ya que la disipación, como notaba Nowikow, es una de las plagas de nuestra civilización.

Si la imitación no tiene aquella importancia que Tarde le atribuye respecto al genio y á la multitud, la tiene, no obstante, muy grande cuando se ponen en contacto dos muchedumbres de valor intelectual y psíquico diferente; no es raro que la una ejerza sobre la otra una sugestión que, por parte de la muchedumbre inferior, se traduce en imitación.

En todo tiempo, en todo lugar, el ejemplo es tan vivo y resplandeciente, que extenderme más sería perder el tiempo; prosigamos pues. Si las multitudes pueden pasar del estado senil al de juventud, bien pueden del mismo modo bajar el camino opuesto destruyendo en sí mismas los motivos de juventud, como ocurrió en Italia, que hasta el año 400 fué lo más joven que había en Europa, y desde entonces marchó por el contrario hacia una dolorosa decadencia, que se prolonga hasta nosotros. Sea que la falta de unidad política y la exuberancia de vitalidad, disipadas en luchas municipales, le fuesen nocivas; sea que las fuerzas reaccionarias del pensamiento, desarrolladas después del Concilio de

Trento, con la Inquisición y el Santo Oficio, hubiesen matado la vida en nuestra península; sea por ésta ó por la otra causa (descubrimiento de América, rendición de Constantinopla á los turcos, etc.), lo cierto es que una multitud, la ya notable burguesía italiana, empalideció y pasó á la cola del movimiento civilizador de su tiempo, perpetuando un estado de inferioridad que aún no ha sido superado.

España tenía en sí, en su mezcla con los árabes, un manantial de grandeza, pero el fanatismo religioso y el prejuicio étnico prevalecieron hasta el extremo de determinar la expulsión del elemento étnico distinto que en su propio regazo llevaba, y así, aquella muchedumbre que parecía destinada á un gran porvenir, ha quedado, juntamente con sus dos cohermanas latinas, una de las últimas propuloras de la civilización y de la grandeza (1).

Y concluyamos:

Existen muchedumbres jóvenes ó viejas: las primeras con un contenido psíquico optimista; las segundas con un contenido psíquico pesimista.

El pesimismo de una muchedumbre puede resolverse en desengaño, en corrupción, ó en neomisticismo.

(1) Grandemente y por extenso se ha debatido en España acerca de este punto, aunque no se ha hecho un estudio en forma que abarque la complejidad del problema de la influencia mutua de los elementos étnicos que durante ocho siglos han convivido en nuestro suelo.

Nadie ignora que la fusión fué un hecho en muchas partes y que aún hoy vivimos en algunas regiones de la savia civilizadora arábiga, como padecen otras resabios de los defectos de los semitas, contra quienes hubo tolerancia extremada unas veces, cuanto desastrosa intolerancia más tarde; intolerancia que es la creadora de la leyenda que acompaña al nombre de nuestra nación. (N. del T.)

La juventud ó senilidad de una muchedumbre no es eterna: existen causas que hacen pasar á una muchedumbre de una á otra forma y que pueden perpetuar una condición determinada.

Las muchedumbres, jóvenes ó viejas, pueden obrar fuera de sí mismas influyéndose mutuamente gracias á la imitación, que es una de las formas sugestivas de una muchedumbre sobre otra.

Las muchedumbres inferiores son, sin embargo, casi siempre muchedumbres jóvenes: esto parece una contradicción, pero en el fondo, fijándose, se descubre cómo siempre en las muchedumbres inferiores se contiene una vitalidad tosca, aunque exuberante, la que, puesta en contacto con las cualidades superiores de una muchedumbre senil, sirve para que se convierta una muchedumbre baja en una muchedumbre alta y joven. En las muchedumbres inferiores predomina un espíritu de osadía, de constancia, de sacrificio, que las muchedumbres altas no poseen; una especie de insensibilidad moral adquirida en las vicisitudes seculares de la vida; pero cuando estas cualidades, en sí mismas inferiores, se ponen en contacto con un más alto espíritu crítico y de cultura, de esta mezcla de cualidades inferiores y superiores se producen las muchedumbres de exuberante juventud, que forman, frente á las formas seniles, el más brillante contraste que se puede imaginar. No por modo diferente ocurre cuando un descendiente de una raza refinada, que tiene en sí los síntomas de una degeneración, como fácil emotividad, ingenio agudo pero no intenso, confunde la propia existencia con la de la clase popular, que tiene una emotividad remisa, aunque normal, robusto ingenio pero poco tornadizo, transmite á sus hijos una admirable fusión y desaparición de estos caracteres que dan nacimiento al genio ó al ingenio. Por esto los bastardos son siempre

algo nuevo y robusto en medio de la decadencia de un linaje.

Puede ocurrir, pues, que una muchedumbre inferior, en contacto con otra vieja, se rejuvenezca, elevándose de aquel estado de madurez incompleta en que yacía, ó del estado de senilidad en que los siglos la sumieron.

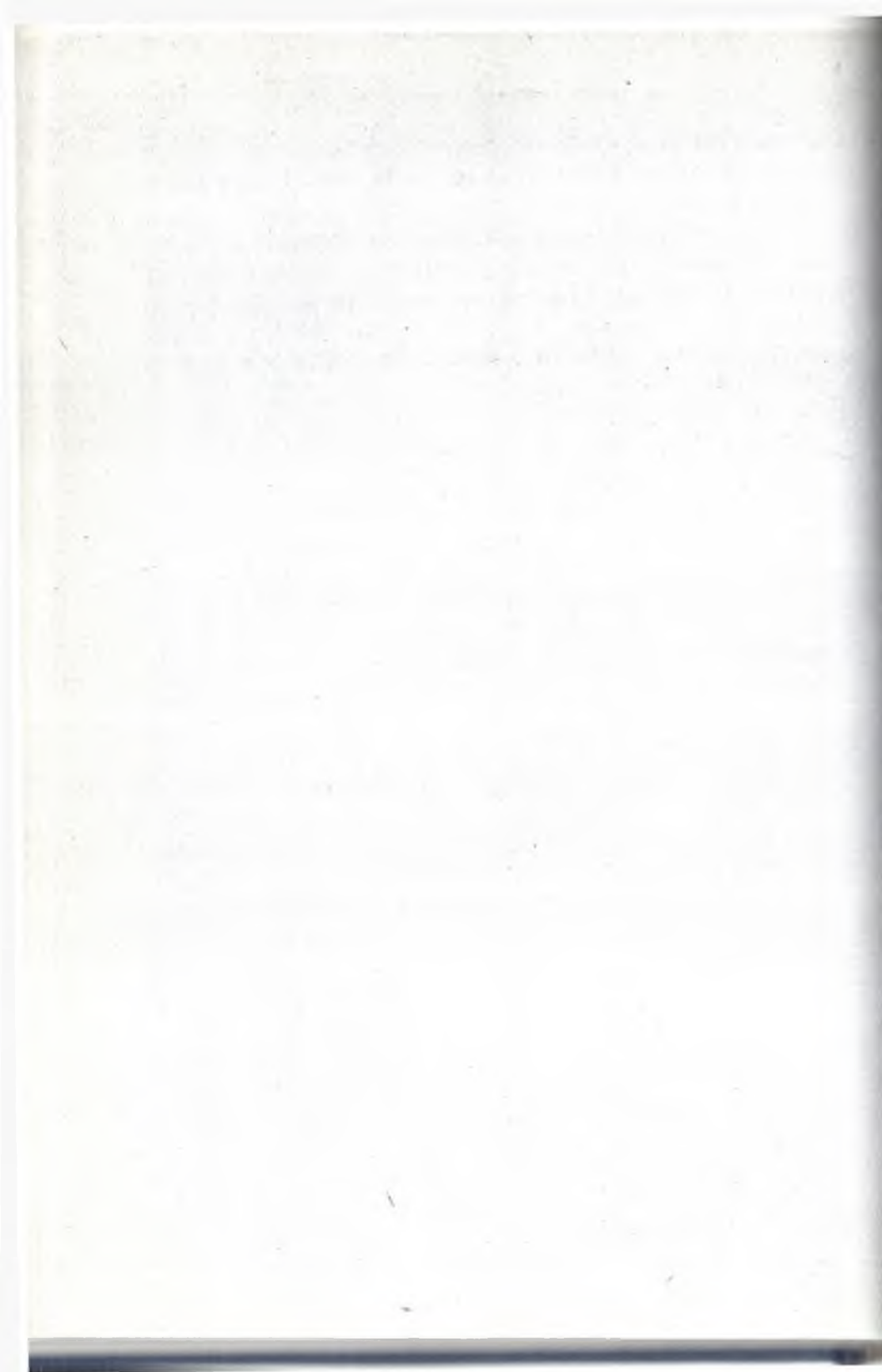
Si la muchedumbre joven es optimista en el sentir, en el pensar, é inclinada á lo nuevo, es decir, neófila, la muchedumbre senil, la que está fuertemente agarrada á lo viejo, es distinta, es misoneísta. El fenómeno, no obstante, presenta una mayor complejidad: las muchedumbres viejas son las menos geniales, pero son las más ricas en genios. Parece como que la naturaleza se divierta en crear gigantes en medio de un pueblo de enanos. ¿Y cómo podría ocurrir de otra manera si es el genio una neurosis, por lo que en medio de una muchedumbre psíquicamente inferior se eleva una monstruosidad genial?

La genialidad, en las muchedumbres viejas, es de tal modo que tiene un carácter revolucionario: es decir, de largos alcances totalmente nuevos, que resaltan con sus rasgos y que contrastan vigorosamente con el viejo contenido de la muchedumbre. La genialidad de las muchedumbres jóvenes es distinta, tiene un carácter evolutivo, tiene más cortos alcances y es menor el contraste con el ambiente psíquico que la rodea.

Pero si el genio de la muchedumbre vieja se anticipa tanto á lo porvenir, á la muchedumbre joven es á la que compete el aceptar las ideas, difundirlas, traducirlas en actos. La muchedumbre vieja no lo comprende y es la joven la que, acogiendo aquella chispa de pensamiento genial de en medio de un ambiente senil, le da aquello que la muchedumbre da al pensamiento, esto es, complemento, propaganda, práctica, actuación.

Así, pues, las muchedumbres, respecto al genio y á sus ideas, se diferencian entre sí, según sean jóvenes ó seniles.

Pero las multitudes son como los hombres: luego de cumplida su misión declinan, hasta que una nueva juventud no les besa en la frente, ya que la juventud es, respecto de la muchedumbre, como la ola del mar, que ya acaricia la orilla, ya de ella se aleja.



CAPÍTULO VI

PATOLOGÍA DE LA MUCHEDUMBRE

La forma patológica de la muchedumbre está constituida por la secta, que es una colectividad limitada en el número y con manifestaciones psíquicas restringidas.

La psiquis, ya sea individual ya social, tiene la preciosa cualidad de ser permeable: una psiquis cerrada, que no sienta el influjo del mundo que la rodea, no existe: nosotros, á toda hora, en todo momento, conforme recibimos del ambiente oxígeno y le damos ácido carbónico; conforme ingerimos sustancias materiales tomadas de los dos reinos vegetal y animal, del mismo modo recibimos pensamientos y sentimientos, y damos, en cambio, otros, efectuando un verdadero comercio psíquico. Pues bien: este comercio falta entre la secta y el mundo circundante, de modo que, si la muchedumbre es un centro que recoge simpatías, la secta es como uno de los polos de la pila, que desarrolla electricidad contraria á la del otro polo, constituido por lo restante de la sociedad. La multitud es, en fin, una formación inestable por sus elementos; las unidades que la componen pueden dispersarse, reunirse, alejarse para siempre; la secta no tiene esta elasticidad de composición, por lo que es, como decía

bien Sighele, una multitud cernida y permanente(1).

Es, pues, ésta, una forma patológica de la muchedumbre, y añadamos de la muchedumbre en general, por cuanto cualquiera colectividad puede pasar del estado ordinario al de secta, al modo que un mar interno puede transformarse en lago salado. La secta, podemos decir, hasta cierto punto, es una enfermedad de crecimiento y un achaque senil; todo partido, que es la forma más equilibrada de multitud, en su nacimiento atraviesa el estado sectario y lo atraviesa cuando es viejo, cuando su misión histórica queda cumplida. Cuando nace por cierto contenido económico latente que lleva en su seno, por cierta nueva concepción del mundo que le es privativa, él expresa la lucha de los partidos imperantes, que no son más que intereses económicos reconocidos, vieja concepción del mundo, confirmada por la opinión universal. Es el momento en que el partido naciente suele pasar por el período sectario; pero cuando un nuevo partido, una sociedad nueva, triunfa, la antigua sobrevive á su ruina, en una forma decrepita y sectaria, durante algún tiempo, como el hombre atacado de la demencia senil se sobrevive á sí mismo.

El cristianismo, ese inmenso partido político-social que llevaba en su seno una completa civilización, después de la muerte de Cristo, atravesó un período sectario. La iglesia de Jerusalem, hermética, tímida, temerosa, fué una verdadera y completa secta; la muerte de Esteban fué el acontecimiento que rompió este carácter sectario, por cuanto con ella Pablo fué ganado á la causa cristiana, la cual le debe la universalidad que le reservaban los tiempos nuevos (2).

(1) Sighele, *La delinquenza settaria*, pág. 55.

(2) Trezza, *Critica moderna*, pág. 273. Ed. Zanichelli.

Cuando la religión pagana fué, poco á poco, sojuzgada por el cristianismo, el culto de los viejos dioses sobrevivía aún: las ciudades, el gran laboratorio del pensamiento nuevo, estaban todas convertidas á la fe nueva, pero el paganismo vivía aún en los lugares, en el *pagus*, de donde el nombre de pagano, por modo que, por su restricción, podía llamársela secta.

Cuando la orden religioso-caballeresca del Temple fué destruída, unos pocos sobrevivientes constituyeron en Inglaterra una forma completamente sectaria, de la que quieren derivar algunos historiadores la masonería, ya que en el simbolismo de esta asociación son vivos y frecuentes los recuerdos de los infelices templarios.

Lo que se dice del partido puede aplicarse á las demás formas de multitudes: escuelas políticas, científicas, religiosas, pueden, en un momento dado, convertirse en sectas; pero cualquiera que sea la naturaleza de éstas, siempre representan una cuestión económica, que es como su fondo desconocido, como la causa evidente ú oculta. La herejía renaciente en toda la Edad media parece muy ajena á este móvil económico, y, sin embargo, bajo la envoltura teológica y religiosa, está siempre oculto el demonio del comunismo renaciente (1).

Mas, sea cualquiera el carácter de la secta, en ella se contiene una diferenciación de funciones y una conexión, que la constituyen en un perfecto y efectivo organismo: cabezas y prosélitos, ganados á la idea por un momento ó para siempre, signos, palabras, lenguaje, medios de reconocerse, símbolos, y además sentimientos, pasiones, pensamientos, forman la vasta, la compleja, la intensa vida de una secta.

(1) *Critica Sociale*, año II, n.º 22. — Engels: *Le tre battaglie della burghesia contro il feudalismo*.

El cabeza de una secta es un rendido á una idea, es un apasionado, un ardoroso en quien las pasiones comunes se convierten en llama perenne, suspiro eterno del alma. Si una vez fué ganado á la causa, él ganará á otros; será, como los discípulos de Cristo, pescador de hombres. Las condiciones del alma humana más altruistas, más desinteresadas, serán el hechizo de su alma; no vivir sino para una idea é infundírsela á los demás, ésta es la particularidad de ciertas almas. En un partido, éstas son las naturalezas superiores, revestidas de eterna bondad; en una secta son los jefes.

Pero, junto á estas naturalezas angelicales están también los fanáticos, aquellos á quienes enardece un odio profundo y feroz, que en los momentos de delincuencia obtienen una primacía, formada por la carencia de piedad y la ausencia de todas las cualidades más bellas del alma humana: son los delinquentes natos, como Marat; los ambiciosos, como Robespierre; almas mediocres, á las que el espíritu sectario ha dado una preeminencia, que desdice en la vida normal de un partido. Las dotes más elevadas y más bajas del alma humana pueden, en ciertos momentos, dar una primacía; pueden darla la ferocidad, la sangre fría, la temeridad, el fanatismo profundo y feroz, lo mismo que la bondad, la afabilidad, la resignación serena y confiada: todo es tan sólo cuestión de circunstancias.

Los prosélitos son apasionados como los ambiciosos, gente ganada á la causa ó por la nobleza de alma ó por un desequilibrio pasional, ó, con más frecuencia, por espíritu aventurero (1).

La palabra secta trae con viveza á las mientes los signos, las palabras misteriosas; Italia ha sido, por

(1) Lombroso: *Gli anarchici: Il delitto politico e l'uomo delinquente*.

su opresión política, la tierra clásica de las sectas: carbonería, joven Italia, calderería, etc., todas han florecido entre nosotros, tanto, que nada ha trascendido más al exterior, por lo que cuando se habla de secta, pensamos luego en estos medios de preservación y de conservación contra las persecuciones. Signos y palabras tienen el mismo valor que en el mundo biológico tienen muchos actos de conservación; algunas especies animales, en efecto, reúnen formas terroríficas para espantar á sus adversarios, ó formas desagradables ó apariencias de hojas ó de troncos, el color del ramo en que viven ó del suelo en que habitan (1); este vasto mimetismo no tiene más objeto que la conservación de la especie. El mismo valor de conservación individual tienen las funciones psíquicas, como demostró Sergi en el *Origen de los fenómenos psíquicos y su significación biológica*; pues bien, signos, palabras, contactos, tienen para las sectas el mismo valor de protección colectiva de una sociedad determinada en lucha con los poderes sociales, y acaso, con el espíritu público. En otro capítulo veremos de qué manera estos medios protectores se extienden en el período de persecución, que es el momento crítico de las multitudes.

La secta posee de igual modo la jerga: en lo que es completa la semejanza entre las asociaciones principalmente criminales y las que no lo son ó lo pueden ser por incidencia porque el momento psicológico determinante es idéntico: escapar al castigo.

La «Joven Italia» expedía gran número de escritos á los mismos ojos inquisitoriales de los tiranuelos de Italia, acompañándolos con cartas, cuyas pala-

(1) *Confronta sul mimetismo.* — Morselli. Canestrini: *Avviamento a lo studio delle opere di Darwin.* — Massart e Vandervelde: *Critica sociale*, p. 205, año V, núm. 13.

bras tenían cada una un significado enigmático, y con esta jerga pudieron transmitirse todos aquellos escritos de Mazzini, que inundaban á Italia, llenando de estupor á la amedrentada policía; la jerga realizaba así una acción altamente protectora. Idéntico valor tiene el uso de caracteres convencionales, jeroglíficos, etc., frecuentes entre los criminales.

La secta, por su peculiar situación de muchedumbre combatiente, tiene una organización militar, es una pequeña sociedad ordenada para la guerra contra las demás formas sociales, por lo que produce una impresión que recuerda la constitución militar de los estados. Es esta — ha dicho Sighele, — «una muchedumbre cernida» — una *élite*; — exactamente como un ejército, y tiene de éste la estrecha obediencia, el secreto entre unos pocos y bajo juramento; posee igualmente los grados, sus órganos transmisores, tiene recompensas señaladas y fijas, tiene lo mismo, penas para quien se fuga ó traiciona, tiene una criminalidad colectiva; tiene las insurrecciones ó las algaradas y tiene las sorpresas, los golpes de mano; tiene espías en el propio campo, tiene sus proclamas de guerra y de paz, y como un ejército, tiene, en fin, las mercedes señaladas y gloriosas.

Tiene además la secta una sed inmensa de ideal, un misticismo: ya sea secta religiosa, ya política, ya social, el misticismo no falta nunca. Esta gran dolencia, propia del pueblo semítico, inyectada en la sangre aria, le acompaña y le da un aire y un especial aspecto. Misticismo, deseoso de elevarse, en alas del sentimiento, al ideal; profetismo, monomanía de criticar con aspereza y palabras fogosas, con pasión inspirada; mesianismo, deseoso de anunciar un mundo nuevo, son las dotes de los hombres apasionados que no se detienen en el presente y aspiran á lo futuro. Si aquí atribuimos al pueblo semítico

tales dotes, es porque ningún pueblo las poseyó ni las posee en tan alto grado, ni hubo otro que expresase por dichas condiciones tan larga estela de fascinación y de encanto; sin embargo, pertenecen á todas las almas nobles, combatidas por la idealidad, rendidas al propio espejismo y deprimidas y asqueadas del presente triste, sin asomo de horizonte azul ni atisbos de bonanza. Renan dijo, hablando del cristianismo, que había surgido entre los hebreos porque aquel pueblo llevaba en su seno un realismo doloroso entre el estado de boato introducido por Salomón y las tradiciones étnicas del justo, pero pobre — el *ebionim*, — grato á Dios, «El esplendor externo — escribe Renan — no se obtenía más que por inicuos excesos. La antigua nobleza, la fiereza del hombre libre, se había perdido. Todos eran siervos, eran ricos, pero eran pobres. La lucha eterna se abría, la antigua fraternidad patriarcal había terminado. ¿Y cuál era el resultado obtenido de esta revolución realizada? Que Jerusalem vivía en el más brillante aparato, que millares de hombres gemían en las cuevas de Judea, en las florestas del Líbano, en el fondo de las galeras del mar de Omán para abastecer los bazares de Jerusalem, de entretenimientos al harem.» De este estado particular nacía el profetismo. «Los profetas — continúa Renan — son fanáticos de la justicia social, que proclaman altamente que si el mundo no es justo, vale más que desaparezca» (1). De este íntimo descontento nace en aquel tiempo y en aquel lugar la promesa mesiánica que deberá renovar el mundo.

Descontento, disconformidad con el presente, sed de ideal, son las notas salientes de los individuos,

(1) Renan, *Historia del pueblo de Israel*. — Lombroso, *Antisemitismo e sciencie moderne*. — Nitti, *Socialismo catolico*.

como de los pueblos apasionados, ardientes, con tendencias altruistas, hiperestéticos, que se acompañan de caracteres proféticos y mesiánicos. Las sectas tienen todas, por modo predominante, estas dotes de misticismo, de profetismo y de mesianismo y ejercen por ello una profunda sugestión y se ofrecen á sí mismas, á su propio ánimo, en medio de la lucha cruda que las envuelve, el bálsamo consolador de cuanto hay divino en la humana naturaleza.

Si el pensamiento en la muchedumbre se integra y se propaga, y el sentimiento se aguza; en la secta, que es una forma patológica de aquélla, el ritmo del pensamiento y del sentimiento se altera, ya que el primero se cristaliza y el segundo se intensifica como gas bajo la presión de millares de atmósferas. No es ya una suma de sentimientos sino una multiplicación de aquéllos que con dificultad pueden caber en el corazón humano, constreñidos á quedar aplastados, atrofiados, como vapores en las entrañas de un monte, ó en la férrea estrechez de una caldera enorme, de donde quizás, estallando, rompiendo, escaparán ruidosamente.

La muchedumbre inestable ó primigenia tiene un pensamiento difuso: en realidad nada concreto hay en ella; mucho se halla en estado de vapor, indeterminado, es más intuición que pensamiento preciso y acordado; en el partido, el pensamiento es progresivo, allí se discute todo, el pensamiento propio y el ajeno. Los periódicos, los comicios, el parlamento, los *meetings*, los libros, no son más que una vasta literatura, oral ó escrita, en que todos los días se aquilata el pensamiento propio y el ajeno, no sólo en el concepto abstracto de la doctrina, sino en lo que se refiere á la práctica de la vida cotidiana. De este continuo trabajo intelectual nace la progresividad del pensamiento, constituido por crecientes estratificaciones, cada vez más latas y más comple-

tas. Sólo cuando el pensamiento está completo no contiene en sí ulteriores avances, tiende á inmovilizarse, se hacen las discusiones cada vez más imposibles, y en tal punto, un partido se convierte en una secta.

El pensamiento sectario tiene otro aspecto característico, y es la intolerancia, que nace de estar demasiado embebido de una idea, de haber formado de ella el centro de toda la vida intelectual y de haberla inflamado con todas las pasiones propias, ayuntando pensamiento y sentimiento, en forma que dominan por entero el campo de la psiquis.

Ahora bien, en el partido el pensamiento es acosado de continuo, desflorado, agitado por el pensamiento de los demás; se siente que junto al propio hay otro que ya se compadece con éste, ya se diferencia; el pensamiento propio pierde de este modo la marca absoluta y egoísta, puesto que nada contribuye tanto á darnos la medida de la propia inanidad como medirnos todos los días con los demás.

En la secta, en cambio, ocurre todo lo contrario, en ella se desprecia, pero no se critica: allí se trata de quebrantarla, pero no de enderezarla, se extravía, y de este desprecio y de este deseo de quebrantarla, nace en su ánimo ese odio intolerante y fanático que proporciona grandes dolores; ocurre ese fenómeno mismo que se verifica allá en donde se persigue todavía á los hebreos, se les desprecia, se les maltrata, y ellos se sienten aún hebreos, y en el desprecio íntimo hacia los otros se consideran todavía el pueblo elegido.

Pero allí en donde se les ha equiparado por completo á los demás ciudadanos, allí han olvidado su origen étnico mezclando la propia raza y la propia suerte á la de los demás (1).

(1) Lombroso, *Antisemitismo e sciencie moderne*. — Ed. Roux.

Si la secta sufre el monodeísmo, del mismo modo sufrirá de excesiva intensidad unipasional — lo que con un neologismo podremos llamar *monopaltia* sectaria.

En la muchedumbre el sentimiento es tan inestable cuanto intenso: en las formas más simples é indiferenciadas tienen, ciertamente, los grandes huracanes pasionales, pero después de éstos reaparece el cielo sereno formado por la inercia habitual, por el reposo del ánimo tras la tensión que, por un instante, las alteró.

También en el partido puede la pasión exaltarse, pero allí tienen los que llama Ferrero (1) *sfiatatoi* (2): prensa, meetings, acción parlamentaria, por los que la pasión escapa como vapor por la válvula de una caldera, á la que algunas veces vence la interna presión. Ahora bien, el poder expresar una pasión hace que ésta se compense con otras y quede en el ánimo espacio disponible para la complejidad pasional. La psiquis es de tal naturaleza que, normalmente, tiene un flujo de pensamientos y de sentimientos, detenerlo encerrando uno ó muchos en el campo de la conciencia, ó apresurar su corriente y sucesión, constituyen dos estados patológicos.

Lo mismo ocurre en la secta: del ánimo se apodera un solo pensamiento y una sola pasión; las emociones no se recogen en torno á los diversos centros emotivos de la conservación individual, del instinto sexual, de las relaciones familiares y sociales, pero sólo estas últimas predominan y no por modo complejo, sino simple y unilateral (3).

(1) Ferrero. En la reseña social de Nitti.

(2) *Sfiatatoi*, vale tanto como decir *respiraderos*, ó *ventiladores*. (N. del T.)

(3) En cuanto á centros emotivos, véase Sergi, *Psicologia per le scuole*.

Sin embargo, la secta se sugestiona continuamente, no sólo á sí misma sino al mundo exterior: autosugestión y heterosugestión son dos formas que, si son comunes á los individuos y á las multitudes, en la secta adquieren una eminencia vertiginosa. Y la sugestión proviene de estas causas.

El corazón humano tiene siempre un aliento generoso para quien lucha, para quien sufre, para quien espera: coged á un malhechor, cargadlo de cadenas y este espectáculo desgarrará los corazones; sus culpas serán olvidadas y en su lugar quedará vivo en el ánimo el recuerdo de aquella criatura humana que sufre, por aquel fenómeno psíquico que hace que la percepción presente sea siempre más viva que la representación, como la llama Spencer, ó, por mejor decir, que la percepción evocada. Ahora bien, el espectáculo de tanta gente, y con frecuencia de gente profundamente altruista y en quien la emotividad social se acompaña con la presencia de sentimientos y de intereses personales, con la pureza de vida, con una fe viva y potente, con la resignación; el espectáculo de tal gente en un momento de persecución, precisamente ha de excitar á las almas circundantes, despertando la más viva piedad, que puede ser el camino por el que muchos se acerquen y sean ganados para la secta.

Tiempo ha que Ferrero desarrollaba la ley llamada *de singularidad*, por la que un hombre, distinto en sus cualidades psíquicas del pueblo en que vive, puede imponerse (1).

Ferrero no lo ha dicho, pero la ley de singularidad cae en los fenómenos sugestivos, ya sea en el individuo, ya sea en la colectividad. La secta es una *singularidad psíquica*, en sí misma tiene el altruismo en medida no superada; entre la psiquis de la secta

(1) G. Ferrero, libro citado.

y las demás hay una diferencia cuantitativa de altruismo que vence, que absorbe, que arranca la admiración.

Tal es la heterosugestión que ejerce una secta sobre la muchedumbre.

La sugestión que la muchedumbre ejerce sobre sí misma — la autosugestión — depende de la constitución pasional de las almas y del exaltamiento de este estado. Cuando un individuo cree estar en lo cierto, sufrir por una causa justa y por ella lo olvida todo, y está impedido, por otra parte, de hablar de ello, entonces atraviesa ese estado particular llamado *rumia psicológica*. El pensamiento se fija y tórnase hacia la propia psiquis; si la vida no vale más que para ofrecerla en holocausto á una idea, quien es capaz de este sacrificio es grande, y tanto más cuanto es más capaz: nace, pues, un exaltamiento de la propia persona, un sentimiento íntimo de grandeza, que desprecia á la muchedumbre que no entiende ni ve; sentimiento de noble altivez que todos los grandes, desde Jesús á Mazzini, han tenido, y que hacía decir á Jesús en el Gólgota: «¡Padre, perdónalos que no saben lo que se hacen!»

La secta, formada, pues, de naturalezas semejantemente apasionadas, de gente deseosa de sufrir, de idealistas que saben despreciar la vida, de monopáticos y monoideicos, es á modo de campana llena de oxígeno en la que se está obligado á respirar, y se siente exaltar la vida hasta un extremo que no puede durar sin que el organismo quede destruído.

Hemos insistido tanto acerca de las condiciones pasionales de la secta y no sin motivo: una de las consecuencias á que pueden éstas conducir es el delito pasional; con efecto, cuando el sentimiento llega á tal punto que no puede ya por más tiempo reprimirse, rompe en manifestaciones criminales contra uno mismo (forma de suicidio directo ó indi-

recto), ó contra los demás. Con efecto, nunca falta en un delito pasional la creencia de que se está en lo firme y en lo justo; de que se es perseguido ó preso sin razón: un sentimiento de megalomanía y de exaltamiento interno, la conciencia de creer que se obra en provecho de los demás, el espíritu completo de sacrificio.

Si falta alguna cosa es el empuje y lo dan, acaso, los verdaderos delincuentes, los malos consejeros que se entrometen entre los pasionales; esta extraña mescolanza de pasionales y delincuentes conduce por modo inevitable al delito.

Así, pues, ocurre: la secta, que es una forma patológica de la muchedumbre, surge en un ambiente de persecuciones, de escasa civilización, de carencia de libertad, en las horas tristes de un pueblo, y puede ser acaso un refugio de cuanto en un pueblo existe de incorrupto. Pero es este un remedio peor que la enfermedad; que habitúa al disimulo, al delito, á la disciplina idiota, á la idolatría de la fuerza; gasta la fibra de un pueblo, por lo que decía bien Fóscolo: «para hacer á Italia hace falta deshacer las sectas.» Y para destruir es menester libertad y cultura que eduquen, que impidan las intemperancias, que permitan la progresiva marcha del hombre, que á las sectas sustituyan los partidos, gran escuela de los pueblos, amplio río que conduce al mar de la humanidad. Bien puede en regímenes de libertad haber sectas, que no tendrán de éstas más que la forma, la apariencia externa, les faltará el contenido, la sugestión, la criminalidad; son como símbolos sobrevivientes que van poco á poco desapareciendo en la ola purificadora del partido, que discutiendo no conspira y que madura un porvenir siempre mejor que lo presente.

OTROS FENÓMENOS PATOLÓGICOS

La muchedumbre salvaje, ú horda, aunque en forma inestable y primigenia, puede revivir como una persistencia de formas, en gran parte desaparecidas en la marcha de los siglos, tanto, que encontrándonos con una muchedumbre anómala, criminalosa, podemos conceptuarla como un retorno á la barbarie en plena civilización, al modo que el hombre delincuente reproduce en su tipo formas que ha tiempo pasaron; ó como una continuación de una forma inferior, tal como el *amphioxus lanceolatus* es el último representante de los *acraníotes*.

Pero, ya como forma atávica, ya como persistencia de una forma inferior, es merecedora de estudio.

El nomadismo representó un estado normal, en que la humanidad se alarmó de su crecimiento y de la creciente carestía de alimentos; pero cuando se experimenta resulta una necesidad del espíritu ávido de lo nuevo y de lo emocionante.

En los pueblos salvajes, en donde no se tiene el sentimiento de la vida doméstica y social, el estado nómada, que permite el escape de la energía acumulada en largo reposo, que proporciona el ejercicio de la caza y de la guerra, se convierte en un manantial de deleites psíquicos, más fuerte aún por la nutrición que proporciona.

Una vez probado el placer de vagabundear, el salvaje ya no lo olvida jamás, se convierte para él en una necesidad, hasta que otra nueva necesidad no le obliga á ser estable.

Pero éste, que es un periodo de transición, un momento, aunque sea largo, de la vida de los pueblos, para ciertas muchedumbres se prolonga por modo infinito, hasta poder sospecharse que antes quedarán aniquiladas que permanecerán estables. Otras

veces son muchedumbres nómadas en medio de una sociedad estable, como los mendigos de la Edad Media, como los *clerici vagantes*, como los gitanos modernos; y allí en donde revive, el nomadismo va acompañado siempre de las condiciones sociales inferiores del ocio, con el hambre insaciable de impresiones nuevas.

Una atenuación del nomadismo es, por cierto, la que presentan los gitanos en algunos puntos del mediodía de Italia, quienes tienen residencias estables de las que parten y á las cuales vuelven. Otras formas atenuadas son las emigraciones internas y externas, en las que la necesidad económica y el deseo de ver mundo pueden tanto, y son como la sustitución de una criminalidad colectiva, ya vengan de una manera aislada, ya, como ocurre en el Véneto, tomen la forma de una verdadera emigración del «clan», de un verdadero islote, de una duna que el mar transporta de una á otra costa.

Otra forma de persistencia ó de retorno atávico es, sin duda, el delito de la muchedumbre, que puede ser, como en el individuo, ó una forma congénita, ó una forma pasional, según predomine la carencia de sentido moral, ó el poder de represión esté poco desarrollado. No se explican de otro modo, que como una persistencia ó un retorno, las epidemias psíquicas, religiosas ó sociales que, en determinados momentos, padece en plena vida moderna el espíritu popular, y que son como un reflejo, como un eco del mundo medioeval, que fué una larga epidemia, ya demoníaca, ya herética, bien neuro y psicopática; que pueden vivir, todavía, no obstante la ciencia que intenta penetrar toda la vida de un pueblo.

Pero, la psicología de la muchedumbre, no puede considerarse completa, sin que se aplique al misoneísmo, que las muchedumbres pueden perpetuar como un carácter atávico que obró mucho en la an-

tigüedad y fué una fuerza de conservación de la sociedad. Cuando el sentimiento social era escaso, fiado en gran parte á la memoria, pudo conservarse renovándose lo menos que podía. Fué menester que se fijase fuertemente antes de variarlo, que se cimentasen los elementos antiguos antes de desarrollar los nuevos. La misma mente, el órgano pensante, no tenía aquella fuerza necesaria para resistir el consumo nervioso de una innovación, la cual pudo llegar sólo por modo lento, pero seguro, al empuje de nuevas necesidades (Pablo Lombroso, *Critica Sociale*, 1897).

El patrimonio de las modernas muchedumbres es el rápido paso de lo viejo á lo nuevo, gracias á la predisposición del ánimo que las inclina á lo porvenir, que hace mantenerse á lo pasado, modernizándolo siempre é innovándolo.

Sin embargo, el misoneísmo no ha desaparecido todavía y revive á veces en forma epidémica: ¿qué otra cosa son, en efecto, esas desconfianzas en la ciencia, en este fin de siglo? ¿qué es ese aclamar la vuelta á lo antiguo, que, á veces, parece contener cierto sentido profético?

Compañera del misoneísmo es la neofilia, que, á veces, puede ser sencillamente aparente, como el retornar en el arte al prerrafaelismo, ó ser un verdadero atavismo, como el ensueño ardoroso de un retorno al estado natural, á las concepciones de unas sociedades que no tengan de la nuestra ni el vicio ni la virtud activa, ó al superhomismo de Nietzsche. También hay concepciones aparentemente atávicas, en la forma, pero con un nuevo contenido moderno: como el colectivismo, el divorcio, el jurado, que pudieran producir la posesión del suelo en común, el hetairismo, la primitiva justicia bárbara (Ferri, *Soc. e scienza positiva*).

Por modo semejante, en algunos pueblos preva-

lece la forma religiosa, aparentemente nueva con viejo contenido, como en Rusia, en donde viven innumerables sectas religiosas, en las que la apariencia de lo nuevo está sofocada por el renaciente contenido místico del primitivo cristianismo.

Conexa con el misonéismo está la anticipación colectiva, la que, al modo de la anticipación individual del genio, es siempre inconsciente.

Cuando el genio descubre una nueva teoría científica puede decirse que ésta fué prevista y preanunciada en algún proverbio de la genialidad anónima, de la muchedumbre. El dicho: *nihil sub sole novi* es verdadero en lo que afecta á la genialidad colectiva respecto á la individual: antes que Darwin, el pueblo calabrés, en una frase pornográfica, sintetizaba la lucha por la existencia y por la mujer; antes que ningún grafólogo se lo dijese, lo escritura era llamada caracteres; antes que Lister, en la Sila las heridas se curaban con la trementina que mana de los pinos; antes que los criminólogos estudiasen el efecto criminógeno del vino, un *fablieau* narra como el demonio, queriendo perder á un santo, le induce á beber vino, de lo que, borracho, el santo seduce á la mujer de un molinero y mata al marido que lo había venerado con error: antes que se hablase de la simbiosis del delito, otro *fablieau* cuenta de un astrólogo que había leído en los astros que un muchacho cuando fuese mayor sería un asesino, por lo que aconsejó al padre que lo hiciese médico, para que satisficiese así el sentimiento de crueldad por modo útil para él y para los demás.

Estas y otras anticipaciones geniales tiene la muchedumbre; pero cuando la ciencia las confirma, cuando las propaga, ella las combate rabiosamente, cediendo al misonéismo que lleva en sí misma desde hace tantos siglos.

La anticipación de la muchedumbre se asemeja á

la del genio; ambas son inconscientes y proceden de un estado de inferioridad psico-somática en la muchedumbre, de la neurosis epiléptica en el genio.

La relación del genio con la muchedumbre implica el estudio de la influencia del uno ó del otro en la marcha del progreso humano. ¿Es la colectividad quien ha realzado la historia del mundo, ó ha sido acaso la civilización humana una imitación de los atisbos de los intelectos superiores? ¿Los «campeones» de la civilización fueron las anónimas muchedumbres de cada tiempo y de cada lugar, ó fueron acaso Sócrates ó Confucio, Jesús ó Mahoma, Goethe ó Shakespeare, Mazzini ó Marx?

Hasta poco tiempo ha, no ofrecía gran dificultad creer en la genialidad individual, que descubre nuevas verdades y abre nuevos caminos y luego es imitada por las masas; pero cuando los renovados estudios sociológicos dieron importancia al factor colectivo, ha parecido que esta vieja interpretación no debía ser verdadera. El debate se ha ido acalorando ante el porvenir, que promete estar destinado á una creciente importancia del colectivismo, no sólo en el campo económico sino en el intelectual, y frente á esto, que parece un gran peligro social, muchos se han preguntado ansiosamente, si por acaso, la interpretación, como decíamos, colectivista de la sociedad, no será un error sociológico y el individualismo no deba ser aún la gran vía madre del porvenir.

Tarde, parece haber resuelto la cuestión erigiendo, con esplendor de forma y de ingenio, la teoría de la imitación social, y el mismo hecho de que á veces el genio permanece incomprendido, parece rebatir la doctrina de la sugestión del genio aislado sobre la colectividad. Pero considerando bien el problema, encontramos que el genio toma de la colectividad el sello psico-somático: así Heine es un genio he-

breo, Leonardo de Vinci genio latino, de donde se infiere que separamos torpemente al genio de la colectividad en donde ha nacido, ya que él es como espejo que hace converger los rayos en un foco, es como un monte que refleja las ondas sonoras produciendo su eco. Mas, aun cuando entre la colectividad y el genio no haya semejanza, cuando el genio es una singularidad psíquica, por lo que alcanza á sobreponerse á la colectividad en medio de la cual vive, no obstante ejercer aquel genio una acción de sugestión tan viva, no es tal, sino por el contraste psíquico con la muchedumbre en medio de la cual vive. Sus cualidades se enaltecen porque aquellas personas que lo circundan son harto distintas de la suya; porque entre él y el ambiente social hay como empuñada una lucha que lo sublima, que lo ensalza, y cuando la colectividad lo imita, asimila aquellas virtudes ó aquellos ejemplos que ella ha experimentado al contacto con una singularidad psíquica, tan diversa de la suya.

Pero entre el genio y la muchedumbre existe otra gran relación. Yo creo que hay dos formas de genialidad, una completa que surge de las muchedumbres jóvenes y en la que la estática y la dinámica psíquica son altas, y que está formada por un desarrollo armónico y vertiginoso, al mismo tiempo de las dotes del espíritu, y la otra incompleta, que es una neurosis que se desarrolla preferentemente en las muchedumbres seniles, en las cuales la estática y la dinámica psíquicas están poco evolucionadas.

El genio, por otra parte, no es más que una fuerza de reserva de la colectividad: cuando ésta se halla bastante abajo, cuando trabaja poco con el cerebro, cuando su egoísmo predomina, ella produce en su propio seno la genialidad y el altruismo individual. Es un pensamiento, es un sentimiento de

compensación que crea: parece que el pensamiento sofocado, que el sentimiento reprimido, se expresen de cuando en cuando como el surtidor de un volcán que se yergue hasta las estrellas. Por eso el genio vive en determinados climas históricos y se eleva tal vez desde abajo, ó desciende tal otra desde lo alto: ahora es plebeyo, bien es aristócrata; es decir, que proviene de aquellas dos clases que más se resienten de la degeneración y de la senilidad de la raza.

Concluyamos: el genio surge de la muchedumbre, cuya psiquis sintetiza, es decir, de ésta recibe el contraste por el que se manifiesta, brilla y se enaltece; la muchedumbre precursa con sus anticipaciones al genio; mas cuando éste la descubre y saca las conclusiones, ésta le esquivo constriñéndole á nuevas meditaciones é integraciones, y cuando tal trabajo de desenvolvimiento doctrinal se ha concluído, la misma muchedumbre, vencido el propio misoneísmo, propaga las nuevas doctrinas. El genio es, en fin, como una fuerza de reserva y de compensación de la muchedumbre baja y poco evolucionada; pero cuando la muchedumbre se eleva, la acción individual del genio se extingue; á la genialidad individual sucede la colectiva.

Volvemos, por ley de retroceso aparente, de nuevo á la muchedumbre: en los tiempos antiguos fué la muchedumbre indiferenciada la que formó la civilización; después le sucede la genialidad individual que, como gran luminar, como columna de fuego, se eleva de entre la muchedumbre; y ahora, ésta, ya diferenciada, evolucionada, integrada, crea la nueva civilización y madura el porvenir que ya alborea por varios puntos como inmenso haz luminoso que deslumbra y seduce como una visión de ensueño.

CAPÍTULO VII

MOMENTOS DE CRISIS

Las muchedumbres, como los organismos, tienen sus momentos de crisis. Hay una crisis fisiológica del organismo humano, la crisis de la pubertad, cuando el niño que hasta el día antes jugó con sus compañeros de escuela, la niña que nada sintió al estar entre los mofletudos compañeros de su misma edad, experimentan un sentimiento nuevo y extraño que les atormenta, les martiriza, una necesidad secreta de aislarse, turbaciones inusitadas, una sensación como de desconuelo y de llanto. Es el dios ignoto que se anuncia en medio de una tempestad de sentimientos desconocidos, de pavorosas turbaciones, de ensueños deliciosos, de vergüenzas nunca experimentadas; y á la inocencia infantil sucede la púdica pubertad; es la gran crisis fisiológica, tan varia, tan compleja, que se experimenta pero que no se describe: en el niño ha nacido el hombre, en la muchacha la mujer: tiempos son estos en que los días se cuentan como meses y los meses como años; es el dios del amor que habla en medio del estallido de la tempestad y al relampaguear de los truenos. Junto á la gran crisis fisiológica de la pubertad que exalta y transforma el organismo, junto y después

de ésta, comienzan para cada cual las grandes crisis morales de las que se sale reanimado ó vencido.

Dolores intensos que jamás se cicatrizan y dejan en la frente arrugas profundas como surcos; pensamientos pavorosos como una tempestad en medio de la imponderable majestad del océano; pruebas terribles como nunca pudo imaginar un genio satánico, es lo que puede esperar este organismo humano, tan frágil, que cualquier nonada puede gastarlo, cambiarlo, extinguirlo; son las grandes crisis morales, de las que se sale invulnerable ó se sale vencido, abatido para siempre.

En estos momentos la naturaleza humana manifiesta una reserva inmensa de fuerzas morales que conservaba y de las que, ni nos acordábamos, ni se hubiera sabido de ellas si esta ocasión, este hecho, no las hubiese evidenciado, como la máquina eléctrica en cuyos polos se ha acumulado una gran copia de electricidad, espera un contacto, una aproximación, para estallar en chispas, sonoramente.

El organismo humano está repleto de esta fuerza de reserva y de compensación: cuando enferma una válvula cardíaca, el resto del corazón se hipertrofia; cuando un pulmón no respira, el otro aumenta su funcionamiento; por modo semejante en las grandes crisis morales, del fondo del alma humana, de los centros psíquicos, se desarrolla una fuerza cuya posesión ignoramos, y que llevamos, no obstante, desde mucho antes en nosotros mismos.

Las colectividades tienen también estas grandes crisis morales como las tienen los individuos, cuando á consecuencia de una guerra desdichada se ve invadido el territorio nacional, el ejército destruido, millares de familias saqueadas, robadas, asesinadas y el caballo extranjero huella el empedrado de la ciudad; un pueblo sometido á esta dura prueba, sufre estas crisis morales, que duran tiempo bastante

para destruirlo y en las que emplea todas sus energías: salen los grandes hombres ignorados, los firmes arrestos y por consecuencia del *surmenage* psico-intelectual, crecen los suicidios, los crímenes y además una actividad que se refleja hasta en las obras del ingenio. Hay pues algo que se ha roto, que se ha destrozado en la psiquis de un pueblo, en aquellas tristes horas de crisis. Hay pueblos que hallan en sí mismos la fuerza necesaria para rehacerse, pero los hay que para siempre se quedan abatidos, deprimidos, deprimidos como un hombre tras de accesos epilépticos repetidos, que dejan conturbada su mente.

La muchedumbre, formación social, tiene también sus momentos de crisis; por citar una ocurrida á principios de siglo, recordaremos al lector el desaliento, el terror de que fué objeto la clase obrera de Inglaterra en el momento de introducirse la máquina, como lo describieron Marx y Engel (1) y está confirmado en las informaciones que el gobierno inglés mandó hacer en las fábricas.

Una de las crisis peculiares de una muchedumbre es la persecución, momento altamente dramático. Estudiarla en el partido, que es la forma más equilibrada de muchedumbre, es observarla por modo completo y acabado; por lo demás, en el capítulo sobre la secta hemos reseñado este fenómeno similar, precisamente porque si para el partido la persecución es un hecho transitorio, para la secta constituye el medio ordinario de vivir.

¿Cómo surge, pues, la persecución?

La persecución es un fenómeno agudo de la vida, derivado de dos leyes que presiden la formación so-

(1) Marx. *Capital* — Kautsky. *La defensa de los trabajadores. Crítica social*, Año III, 12. *La formación del proletariado en Inglaterra*.

cial y que extienden su influencia más allá aún. No es sólo que pueda ser justificada, ó que, por triste fatalidad, deba prolongarse perdurablemente en lo porvenir, que antes es un fenómeno que sufre continuas atenuaciones: de los esclavos despedazados y puestos luego en la vía Appia y de los tiempos en que los herejes eran quemados vivos, hasta nuestros días, en los que las naciones más civilizadas, por ejemplo Inglaterra y Suiza, no conocen ya las persecuciones, el camino recorrido es tranquilizador, y tal, que, de la imitación de los pueblos superiores por parte de los pueblos inferiores, en lo que á esto se refiere, promete que en los siglos venideros las persecuciones queden como un triste recuerdo de las espinas y asperezas que han acompañado á la humanidad en su marcha fatal.

Toda la vida está, pues, regulada por estas dos leyes de progreso y de reacción: en el dominio de la mecánica celeste, los cuerpos errantes están sometidos á una ley de atracción y de repulsión, y de la combinación de ambas fuerzas salen las órbitas y las trayectorias de los planetas. En biología, la vida está sometida, igualmente, á la ley de herencia y de variabilidad, por lo que de una parte tienden las formas á transmitirse tal como son, inmutables, y de otra parte el ambiente orgánico é inorgánico tiende de continuo á modificarlas, y del contraste de estas dos fuerzas que obran nace la compleja variedad orgánica; lentamente, modificándose por largo tiempo, llegan á crear nuevas formas (1).

En el mundo social obran estas dos tendencias de conservación y de variación: apenas puede la horda diferenciarse, se dibujan las dos tendencias, que tienden á equilibrarse con el predominio ya de una ya

(1) Darwin. *El origen de las especies*.—Haeckel. *Historia natural de la creación*.—Morselli. *Lez. d'antropologia*.

de otra, por lo que parece tal siglo más progresivo, otro menos; una era de inmovilidad social, y otra completamente móvil y ascendente. Sin embargo—advertidas ó no—ambas leyes obran siempre y se las gobierna en forma que la historia del mundo, aparte ciertos momentos de reacción, es como una corriente que se prolonga indefinidamente por el valle de los siglos.

Hasta pocos años hace, la manera progresiva de la historia era concebida por modo idealista: la idea movía á los hombres. Pero los últimos años con los que se cerraba el siglo viejo y las vicisitudes del nuevo debían romper el velo de la idealidad; la historia abría su propio seno, descubriéndolo, mostrando las leyes de su progreso, que descansa en la materialidad de la historia, en la prosaica satisfacción de las necesidades económicas. El aspecto ideal del mundo era pues una superestructura, era como el paño que recubre la estatua dándole apariencia de persona viva.

El gran motor habíase hallado: dos formas anti-téticas de producción, en torno de las cuales se forman como incrustaciones calcáreas, dos concepciones distintas del mundo, dos morales, dos leyes diferentes, dos sentimientos religiosos distintos, y además dos literaturas, dos artes, etc.; en suma, dos sistemas económicos diversos en rededor de los que se forman dos civilizaciones diferentes, éste es siempre y será el cuadro, el fondo de la historia. De esta clase de hechos, la persecución es un elemento que debe tomar en cuenta el sabio, juzgándolo como algo que, si ha de desaparecer por el progreso de los tiempos, no es menos explicable cuando se piensa en el innato misoneísmo del hombre y en el egoísmo primitivo. Si un movimiento nos perjudica, ó lo parece, ¿cómo no despertará en la bestia humana el egoísmo más feroz? Si la mente ha vivido por largo

tiempo en el ambiente de ciertas ideas, ¿cómo podrá despojarse de ellas? Pertenece de igual modo á la civilización la tarea de acrecer el altruismo, de educar al hombre en orden de la sumisión al interés de la especie, de habituar á los cerebros, no al exclusivismo de una idea, sino á la progresión creciente del saber humano, por el que el hombre moderno es tan distinto del antiguo y será más distinto aún el hombre futuro.

Aun en esto, en el contenido de una teoría perseguida, existe una diferencia entre las varias formas de muchedumbre, puesto que mientras en el partido, que es la forma más equilibrada de muchedumbre, el contenido de la teoría perseguida es casi siempre progresivo y nuevo, en las muchedumbres primigenias éste es regresivo, atávico, misonista: el triunfo del uno no puede desagradar, si con él se adquiere una mayor cantidad de bienestar, que se propaga entre un mayor número de gentes; el triunfo del otro, acaso representa un daño, el retorno á condiciones ya pasadas de la vida.

En los tiempos medioevales, por ejemplo, hubo una multitud de herejías, extendidas por los bajos estratos populares, las cuales, bajo la envoltura religiosa, contenían principios comunistas, de un comunismo indiferenciado, que era en verdad una vuelta al estado industrial y burgués naciente en la Edad media. Ahora bien, si aquel comunismo ciego de los anabaptistas y de otras sectas religiosas, hubiera podido prevalecer, hubiese sido un gran daño para aquel régimen burgués, que á la sombra de la nobleza comenzaba á formarse y que inició la lucha con el feudalismo, como movimiento religioso, con la Reforma; pero en el fondo del libre examen había cosa distinta: había allí la libertad de comercio, de industria, de viajar sin peajes, la abolición de los gremios de los oficios, que después triunfaron con

la revolución francesa. La burguesía naciente, creyendo combatir por una cuestión religiosa, combatía por una cuestión económica: era la lucha del burgo contra el castillo feudal (1).

Hay otra diferencia además y es que las doctrinas perseguidas, que pertenecen á la muchedumbre indiferenciada, carecen de contenido científico; las que pertenecen á un partido tienen, en cambio, un contenido que siempre es científico; de manera consciente ó inconsciente, no importa.

En la antigüedad hubo dos movimientos que fueron rudamente perseguidos: el movimiento de los siervos y el cristianismo; ¿pero qué diferencia entre ellos! El movimiento servil era una rebelión contra los tratamientos inhumanos de un pueblo cruel y guerrero, cual el romano, y tenía un solo objetivo: librarse á sí mismos de tal yugo; por lo tanto, la esclavitud seguía como institución sagrada. Las guerras de los siervos fueron luchas que no alumbró una doctrina científica, ni una fe social; fueron en ocasiones revueltas inconscientes ahogadas en sangre, en las que los pobres combatientes nunca fueron besados en la frente por la victoria ó por la compasión.

El cristianismo, en cambio, fué en sí mismo un movimiento político social, sin contenido científico determinado; así, fué en un principio, y aun por mucho tiempo, un movimiento anticientífico ó inconsciente, movimiento encaminado á destruir todo el mundo pagano, á revolucionarlo desde sus bases económicas hasta sus manifestaciones más ideales del arte y de la literatura; pero bajo esta religión de esclavos se incubaba una nueva civilización.

El mundo pagano caía ebrio de sangre y de or-

(1) Engels. *Las tres batallas*, etc., en la *Crítica Social*, año II, n.º 22.

gias; la parte más noble y más rica vivía en las formas más pervertidamente sensuales; las haciendas públicas eran devoradas por los vampiros, la religión muerta, la filosofía decaída; los bárbaros invadían el imperio, la muchedumbre borracha corría al circo y las tierras permanecían incultas. El mundo cristiano con su renuncia al lujo, con el desprecio de la carne, con el odio á la ciencia y al arte, con la promesa de una eterna justicia final, representaba una reacción y una negación, que, si á nosotros puede parecernos hoy dañina, en aquel tiempo debía de ser extremadamente salvadora. Cuando la vida del cuerpo, en la forma más torpe, trastornaba el ánimo, era de utilidad afirmar en frente la vida del espíritu en su más exagerado ascetismo.

A muchos escritores modernos les parece que el cristianismo, con sus promesas de la otra vida, fué un movimiento adormecedor de los espíritus y lo comparan á los ordenamientos quietistas de la religión católica. El error es grave y proviene de no tomar en cuenta el clima histórico en el que se desenvolvía el cristianismo. Este se dirigía á personas tenidas como cosas, á quienes, así la religión como la ciencia, negaban todo carácter humano, y contra quienes era lícita toda tortura y toda crueldad. Ahora, haber dicho á estos que los hombres no habrían cerrado los ojos sin ver muchas cosas, debía de ejercer un impulso tal, que mal podemos nosotros hoy comprenderlo, si no es pensando que era la primera palabra de igualdad, después de aquellas de Buda y de los estoicos, pronunciada en la tierra, así fuese para que se cumpliese en la otra vida.

El movimiento cristiano fué, pues, por su inmenso valor moral un verdadero movimiento innovador y progresivo, que llevaba en sus recovecos el destino de la humanidad.

Otra diferencia entre los movimientos persegui-

dos en las muchedumbres está en el método, en lo que hoy se llama táctica, que en las formas inferiores de muchedumbres es revoltoso, en las superiores progresivo. De modo que los dos métodos son anti-téticos, es decir, que el uno responde perfectamente al concepto científico de las formaciones histórico-sociales y el otro no.

Si preguntamos á la ciencia, acerca de cómo se ha ido formando la tierra, responderá que por transformaciones lentas, si bien continuas; de la nebulosa se han destacado los mundos más lejanos; después, de la tierra se ha destacado la luna; después se enfrió la tierra pasando de la vida astral á la vida planetaria, y luego las aguas se fueron precipitando y lentamente la primera vida amorfa es esbozada en el mar. Pero de aquel plasma amorfo hasta el hombre, hasta las alturas de su psiquis, ¡cuánto y cuán lentamente caminó! Y durante la evolución social, de la edad boleolítica hasta los límites de la historia y luego á lo largo del camino histórico, ¡qué lentas vicisitudes! Del mismo modo, de variaciones lentas pero continuas y cada vez más aceleradas, se ha hecho el camino histórico-social.

Ahora bien, creer que una civilización, que una vasta formación histórica, pueda cambiarse en un momento, es un error; su acción puede compararse á los movimientos violentos, que modifican poco ó nada la corteza terrestre; en tanto que el partido se aproxima con el método á los movimientos lentos pero continuos del suelo, que son capaces, sin embargo, de modificaciones mucho más profundas y duraderas.

Resumiendo, pues, decimos:

El mundo social está dominado por una ley de progreso y de reacción, que es generadora de la persecución. En el fondo de cada persecución existe una finalidad económica.

Las ideas perseguidas tienen un contenido progresivo y otro reaccionario.

El método para alcanzar, para conseguir un ideal, bien es una lenta pero continua elaboración del presente en orden á lo futuro—método evolutivo y científico, — bien una rápida elaboración, que tal vez carece de eficacia,—método anticientífico y tumultuoso.

Una última observación y entramos en la psicología de las multitudes.

Hemos visto cómo la sociedad diferenciada en clases lleva en su seno una estratificación de los estados recorridos, ya que las clases inferiores son el detritus de las formas anteriormente recorridas por la sociedad. Este fenómeno se halla aún en los movimientos en apariencia renovadores. De hecho tiene cada época una peculiar forma de innovación y de problemas; la antigüedad tiene, aunque muy imperfectamente, innovaciones económico-sociales; tal es el valor de las luchas de la plebe contra el patriciado en Roma, tales las guerras de los siervos; los tiempos medioevales, á contar desde el cristianismo, tienen formas aparentes de innovación religiosa; pues bien, estas formas coexisten en los diversos estratos sociales de nuestra edad, nuestras plebes ó se rebelan brutalmente incendiando, asesinando con crueldad, y repiten las insurrecciones de los siervos, ó tienen movimientos religiosos, en el fondo comunistas, como fué, ha pocos años, el *lazzaretismo*, y repiten entonces el carácter religioso de innovaciones. Bien es verdad que sólo en lo alto, en la forma más completa de muchedumbre, en el partido, existen verdaderas innovaciones; en las demás son atavismos aparentemente innovadores, en los fondos de los cuales existe, como ya hemos dicho, una problema económico.

Y ahora entramos en el tema de la psicología co-

lectiva, advirtiéndole que pudiendo referirse la persecución así al partido como á la secta, tiene caracteres comunes, similares, de los que hablamos en otro capítulo.

La jefatura de un partido, decíamos, es una conquista, y añadíamos además que si, en ocasiones, sobresale quien la ocupa por cualidades superiores, que hacen de él un genio ó un apóstol, otras veces sobresale por cualidades negativas, inferiores, de ambición, de crueldad: como sobresale un Marat, un Dantón, un Robespierre. Tal ley, que suele ser verídica para la secta, no reza, ó reza menos con el partido. En la secta se reúnen pasionales desequilibrados y en el partido, en cambio, se reúne cuanta gente de sentimientos delicados y de desarrollado altruismo, de inteligencia despierta, hay en una muchedumbre; de donde se infiere que el partido es una multitud equilibrada.

El equilibrio de inteligencia y corazón, que puede constituir la prerrogativa de las sectas que se convierten en partidos, es la condición necesaria de un partido que sintetiza la aspiración más alta y solemne de un determinado momento histórico. El cristianismo fué todo lo progresivo que podía ser bajo el imperio y fué un partido: partidos fueron los que realizaron la unidad italiana; partido fué el *chartismo* en Inglaterra; de todo lo cual se deduce, pues, que los jefes de un partido son predominantemente normales y equilibrados, en tanto que en las cabezas de las sectas pueden predominar los desequilibrados ó los criminales.

Así, son equilibrados pero especiales por su marca psíquica los cabezas de partido: Cristo y Mazzini y Marx; son tres cabezas, son tres genios diferentísimos entre sí. Carlos Marx es un jefe cual puede producirlo un siglo de crítica, de estudio, en medio de un partido de gran robustez científica. He aquí

cómo Aveling lo describía en el *Devenir social*: «Marx era un espíritu universal, comprendía todas las lenguas de Europa; escribía y hablaba con toda perfección la inglesa, la francesa y la alemana. El conocimiento que tenía de la literatura de todos los países era inmenso. Todas las formas del arte le placían, todas las ciencias le eran familiares: había profundizado en todas las obras de Darwin; dejó cuadernos de notas sobre la química; para descansar ocupábase en ciencias naturales, en las que hubiese llegado á hacer descubrimientos. Marx no era sólo un filósofo, sino un hombre de acción, etc., etc.» En estas líneas está retratado con claridad el hombre que tras de haber inspirado por tanto tiempo *La Internacional*, desaparecía de golpe del teatro de la historia para dar al proletariado la más tremenda obra de crítica de la economía capitalista.

Mazzini representa la cabeza de una secta política que tiene mucho de partido. Inteligencia equilibrada y culta, como se revela no sólo en sus libros, llenos de un encanto solemne y profundo, en las varias y afortunadas vicisitudes de su vida, sino también en las líneas de su rostro; en la frente alta y despejada, eternamente pensadora, en su semblante regular, en sus ojos serenos y profundos, consagrados eternamente á la idea, desde cuando era jovenzuelo en Génova hasta en su lecho de muerte. Este hombre que vence al amor de una madre cariñosísima; que lleva luto eterno por la patria sacrificándole riqueza y honores, que lleva durante tantos años vida de apóstol y de anacoreta, que prorrumpe en un lenguaje místico que domina como onda sagrada todos sus escritos; este hombre, que en los momentos de desaliento, se aísla del mundo para esconder aquellos dolores que el vulgo no comprende; este hombre de tal condición, es tipo de apóstol y de profeta, de genio y de mártir, de soñador y de hombre de partido; es el

último sectario y—en el tiempo—el primer grande hombre de partido que ha salido de Italia, con amplias y originales miras, con una comprensividad moderna. En él los rasgos hermosos del sectario y del hombre de partido se funden admirablemente y dan la originalidad del tipo.

Jesús es, igualmente, un jefe de partido solemnemente místico. El retrato que dejó de él Léntulo tal vez no es verdadero; acaso Jesús ni tuvo los ojos de almendra, ni la barba en punta, ni los cabellos encrespados sobre la frente, ni el aspecto elegante y lleno de hechizo; acaso no debió de ser así, pero lo cierto es que la imaginación de los artistas cristianos y de las muchedumbres creyentes, no pudieron concebirlo por manera más fuertemente sugestiva y tal como parece deducirse de la descripción que de él han dejado los evangelios. Un hombre que pudo arrastrar á las turbas sugestionándolas, que pudo sanar neuróticos en medio de un pueblo neuropático; que pudo amar á los niños, atraído por la bondad inocente, y que supo derramar tales ondas de piedad y de perdón sobre pecadoras y adúlteras, y además dictar las leyes más verdaderas de la moral en forma de apólogos, de discursos idílicos; que tan vivamente sintió la amenaza de los intereses ofendidos, en derredor; que tuvo horas de íntimo recogimiento, instantes de desaliento en que la conciencia del propio sacrificio triunfó de la humana fragilidad, y se inflamó de sagrado desdén y tronó contra los sacerdotes y fariseos; que creía estar investido de una misión divina inspirándose en ella hasta en los últimos momentos de su vida; que tanto influyó en los destinos de la humanidad; debió de ser un tipo de genio, predominantemente místico, circundado de una idealidad que no conoce el ocaso.

Junto á estos tres tipos se presentan los tipos estafalarios y paranomásticos de Baba, Mahoma y

Lazzaretto, etc., en quienes predominan las notas degenerativas sobre las geniales.

Hablando de los prosélitos sectarios, decíamos que, con frecuencia, se reúne una multitud de criminales ó de delincuentes pasionales; en el partido, en cambio, en tiempos normales, no es así; el partido es el terreno en que no vive el criminal, porque faltan en él las emociones criminosas y abundan en su lugar los métodos normales de discusión y de propaganda de ideas; sin embargo, en los momentos de persecución, bien pueden allegárseles pasionales, gente de la que tiene necesidad de padecer por la justicia, de perseguir un ideal, de encontrarle á la vida una finalidad por la que vale la pena de que se combata y se sufra: *dar testimonio de sí mismos*, como decían con mística expresión los primeros cristianos. Así pues, ocurre que las primeras persecuciones producen casi siempre un resultado completamente contrario; quieren destruir un movimiento y lo fecundan, quieren abatirlo y lo subliman. Esto es lo que podemos llamar sugestión de la persecución, que está formada por gente apasionada ganada á la causa; gente de la cual se enaltecen las virtudes y el alma se ennoblece.

Hablamos de la gente ganada á la causa de un partido por la persecución, la cual se convierte por tanto en el arma más eficaz de propaganda y de difusión de ideas. Tal es, en efecto, el objeto y la naturaleza de un partido, difundir un pensamiento; ésta que es, en verdad, la tendencia de la naturaleza humana, aun viene á serlo más característica del partido. La persecución se convierte en arma de difusión y de redención moral, en sus efectos: admitido como verdad que al caer el imperio romano el cristianismo llevaba en sí la tendencia innovadora y los hilos con los que luego debía de tejerse, durante tantos siglos, una civilización nueva, aquellos que

todavía no creían, fuese por esquivéz á ocuparse en ello, ó porque vivían bien hallados en el mundo viejo, que se ponía, debían yacer en una condición de inferioridad moral: rendidos á un mal, que un ambiente social creaba en torno suyo, no sentían la esperanza vivificadora de lo futuro. Así como el estado triste, que nos mina en este fin de siglo, depende de una civilización decadente que acaba, y muchos han probado el alivio moral, la fuerza de resistencia de la virtud contra el vicio tentador, que da al ánimo la nueva fe humana; que por su extensión é intensidad, bien vale hoy lo que el cristianismo para otros tiempos. Luego, hacer aceptar á tanta gente — escéptica ó indiferente, — una idea nueva y en la forma más sugestiva, en la forma más piadosa y más impregnada de la grandeza humana; tal es el valor de redención de las almas que puede conseguir la persecución.

Y los adeptos no tardan en presentarse: las mujeres, de suyo tan tímidas, aunque tan impresionables, acuden aportando todo el consuelo de su naturaleza femenina, todo el desinterés de que es capaz la mujer en empresas en las que el honor corresponde á los hombres; todo el poder de sacrificio que se revela en los humildes oficios ó en los menos delicados, en los que ella, por la percepción mayor de ciertos detalles que escapan al hombre, obra con más éxito. Quien lea la *Rusia subterránea* de Setepniak, ve la parte que tienen las mujeres en el movimiento nihilista; recoger cartas, repartir periódicos, esconder perseguidos, apercebir á los que están en peligro, es delicado trabajo que les está asignado; verse envueltas en las conspiraciones, no desmentirse en los momentos solemnes, el trabajo heroico. La primera persecución de los cristianos ocurrió el año 30 después de Jesucristo, por obra de Nerón, pero los cristianos salieron de ella reforzados. Plinio, hablando

de ellos, dice que eran *multitudo ingens* y añade que había gentes de todas las edades y de todos los sexos. Tal era la sugestión que la persecución había ejercido y en unos tiempos en los que los hechos, como la opinión, tardaban en difundirse. Pero, quien quiera un ejemplo de cómo se propaga el relato de las persecuciones fuera de una determinada nación y del país dado en donde ocurren, debe pensar en los tiempos de los Borbones, de Nápoles, cuando Inglaterra quedaba espantada del relato de los prófugos, acerca de aquel sistema de terror llamado *negazione di Dio*. ¡Quién sabe hasta qué punto pesó aquella sugestión apasionada en los destinos de Italia!

Mas, para comprender aún mejor el valor de las persecuciones, desde el punto de vista sugestivo, basta leer la certera intuición artística que tuvo de Amicis visitando los Alpes valdenses: el recogimiento en la iglesia llamada de la cueva, las prédicas sobre los castaños, las oraciones antes de la batalla, ante los hombres armados y de rodillas y las mujeres que salmodiaban, estrechando á los niños contra el pecho, en la solemnidad de aquellos momentos, consagrados á Dios antes de acudir á la muerte, mientras los centinelas atalayaban por si se presentaba el enemigo: este momento de auto-sugestión está admirablemente tomado por el artista y reproducido con trazo vivo y poderoso.

Pero la sugestión puede alcanzar á más, hasta constituir una verdadera apología del martirio y llegar hasta el fetichismo. Se ha visto que los primeros nihilistas—no los terroristas, sino los que se difundieron entre el pueblo laborando y predicando, tipos verdaderamente místicos que recuerdan á los primeros cristianos, llenos de fe, de sacrificio y de resignación; — aquellos primeros nihilistas, fueron llamados los *santos* por el público que asistió á su

proceso; los primeros cristianos besaban las cicatrices de las heridas que en las persecuciones se les infirieran, recogían las reliquias de los mártires, y entonces comenzó aquel vasto martirologio que se ha prolongado por los siglos. El fetichismo, tan natural en el hombre, puede adoptar formas grandemente elevadas y vertiginosas cuando las anima en su interior un sentimiento vivo y sugestivo. Cuando Espartaco cayó, los pocos sobrevivientes tenían á grande honor haber combatido á su lado: «¡Cum Spartaco pugnavimus!» (1).

Intimamente ligada á la sugestión está la insensibilidad física en los tormentos: los criminales poseen tal insensibilidad, de naturaleza fisiológica: los sugestionados tienen la misma insensibilidad, pero de naturaleza psicológica: es un poder de reserva que ejercita la pasión vehemente en determinados momentos: Lattanzio escribía lo siguiente: «Los nuestros (los cristianos), hombres, muchachos y pobres mujeres, callando pudieron más que sus verdugos, ni el fuego mismo pudo arrancarles un gemido. El sexo débil, la edad tierna, sufrieron el ser desgarrados miembro por miembro, etc.» (2).

Y Renán escribe: «En la destrucción de los Babios en Persia, vióse á personas que pertenecían á la secta, ir á denunciarse á sí mismas para ser reunidas á los castigados. ¡Le es tan agradable al hombre sufrir por cualquiera cosa, que en muchos casos el atractivo del martirio es bastante para hacer creyentes! Un discípulo que acompañó á Baba en el suplicio, colgado á su vera, esperando la muerte, le vino á los labios y dijo: Maestro, ¿estás contento de mí?» (3).

(1) De Amicis, *Alle porte de Italia: Le termopile valdese*. — Mistrali, *Storia de la Chiesa*.

(2) Cantú, *Storia degli italiani*, vol. I.

(3) Lombroso, *Gli anarchici*.—Ed. Bocca.

A tal orden de hechos y á tal estado de ánimo, pertenece aquella serenidad que trastorna á los verdugos y que hace decir á Giordano Bruno ante sus jueces: «¡Más tembláis vosotros de leerme la sentencia, que yo de oírla!»

Cuando en las calles de París hervía la muchedumbre criminal en los terribles días del Thermidor, los nobles encerrados en las cárceles, que atisbaban á lo lejos el eco de la carnicería, mostraron una serenidad de ánimo sorprendente: en pocos días se estrecharon amistades grandes é íntimas, se enlazaron amores, se hicieron juegos; aquella gente se preparaba á morir con la más alta serenidad, como es fama que hicieron Sócrates y los antiguos filósofos (1).

Y que se exalta el altruismo, está probado en el hecho de que á cada cual le parezca que la vida nada vale como no sea para arrojarla por otro. Cuando las persecuciones de los cristianos inundaban á Roma, y los cuerpos mutilados yacían por tierra, de noche los *fossari* salían á recoger los despojos para conservarlos en las catacumbas, al modo que en medio de los furores de una guerra almas piadosas recogen á los heridos. Y sobre estas tumbas ¡cuántas y qué inscripciones! «dulcísimo, queridísimo, resucita en paz, vivirás en Cristo». En estas palabras está toda la afectividad que puede dar de sí el corazón humano en los momentos grandes, de peligro. Si la naturaleza crea monstruos, se complace en contraponerles ángeles, por lo que decía bien Renán: *La race des enfants de Dieu est éternelle*.

De todos estos hechos nace la conciencia de la propia superioridad moral: el hombre se eleva á aquella esfera desde la que se ven diminutos hom-

(1) Thiers, *Historia de la Revolución francesa*. — Lamartine, *Historia de los Girondinos*.

bres y cosas: fuera de su ideal no existe cosa alguna noble y elevada, y ¿no es él uno de los que llevan en el alma tan sagrado depósito? Es este un sentimiento, motivo de legítimo orgullo, de nobleza, que enaltece, que sublima y que hacía exclamar á Jesús: «no saben lo que se hacen», palabras en las que se contiene gran parte del íntimo sentimiento de quien es perseguido, ¡palabras de una profundidad admirable!

En tal estado de ánimo los vituperios pueden sonar como elogios, y quien es atenazado mostrarse con cierto cinismo, que puede doler cuando no se penetra en el pensamiento oculto que lo ocasiona. Cristiano fué título de desprecio, y así se llamaron los discípulos de Jesús, la cruz era el signo de delito y se convirtió en el signo supremo por el cual se afrontó la muerte, el signo que debía dar valor en el martirio, bravura en el tormento.

Y voces y palabras y signos y apelativos pueden adoptar un alto significado moral, contener un mundo afectivo inconcebido é inconcebible. Así, entre estos cristianos, la cruz era el signo de reconocimiento; el pez el símbolo de Jesús Salvador; el α y ω representaban toda una doctrina ideológica y una esperanza; el anillo una promesa. Nos encontramos, pues, ante un mundo psíquico distinto, en él todas las facultades más ideales, más altruistas, se enaltecen, mientras desaparece el yo; y en esto consiste toda la psicología colectiva de la persecución.

Indicábamos que hay en los sectarios un espíritu de profetismo y de mesianismo; ó, en otros términos, un prurito de renegar del presente y de predecir desventuras, tras de las que vendrá el buen tiempo.

Tales estados de ánimo son peculiares de quienes no pueden sufrir lo presente y anhelan el futuro y se exageran en ciertos momentos en los que este es-

tado de descontento y de esperanza se exalta. Ahora bien, ¿qué momento mejor que aquel en que un partido es perseguido por un ideal de justicia, en gracia del cual la parte egoísta del hombre desaparece y se agranda y se extiende el más puro altruismo? ¿Y cuándo mayor necesidad de fiar en lo futuro que en el presente triste y cuando una parte de la humanidad permanece deslumbrada por el fausto de la fuerza brutal y la otra adquiere como una segunda vista?

Cada partido, pues, ha tenido este momento de profetismo y de mesianismo: lo han tenido del mismo modo las sectas y los individuos.

En las predicaciones de Fray Jerónimo Savonarola son frecuentes los pasajes proféticos y mesiánicos que van acompañados de fenómenos alucinadores (1).

Por modo semejante, Jesús tiene en sus *loghos* muchos momentos de este profetismo, de los que algunos se han hecho inmortales como cuando anunciaba que «era llegada la plenitud de los tiempos y el reino de los cielos se acercaba»; «que no pasaría aquella edad sin que se cumpliesen aquellas promesas», «que algunos entre los presentes no habrán gustado la muerte». Y repetidas veces llamaba á los Fariseos «raza de hipócritas, víboras, sepulcros blanqueados».

Los cristianos, herederos de la doctrina de Jesús, no eran menos profetas y mesiánicos, ¿y qué mayor necesidad había de confirmación de las palabras del Maestro, si nunca habían gravitado sobre el Imperio tantas calamidades? ¿No era esto la evidencia de que las promesas se cumplirían? ¿Y cómo podían ser bien vistos estos profetas de tristes augurios? ¿no se gozaban en las desventuras que se derramaban

(1) Villari, *Girolamo Savonarola e i suoi tempi*.

sobre el Imperio? ¿no eran enemigos de la patria? Ved cómo el profetismo que surge en cada persecución es una causa, un acicate de nuevos dioses y de nueva persecución.

Al hablar últimamente de las sectas indicábamos sus manifestaciones criminosas: pues bien, por mucho que haya indagado no he conseguido encontrar nunca un partido que se entregue al delito en correspondencia á la persecución. Es un hecho que, en ocasiones, se entregó el liberalismo nacional en Italia y el nihilismo en Rusia, pero éstos por la naturaleza misma de los tiempos, de los lugares, tuvieron y tienen sectarios.

El Cristianismo y la Reforma, que fueron dos partidos reales y efectivos, no tuvieron nunca en sí mismos instintos criminosos durante sus persecuciones. Yo creo que ello depende de la misma constitución del partido, formado por gentes que por su mentalidad y por su corazón son lo más selecto de un pueblo, y depende además del fenómeno de la resistencia, que adopta preferentemente la forma más solemne y elevada que se conoce y transporta á las almas á un verdadero y positivo heroísmo, del cual son incapaces de ordinario.

Las rebeliones de los esclavos representan un hecho ciego, instintivo, los mismos esclavos eran lo más degenerado que cabía en la naturaleza humana. Atados de pies, azotados, destinados á placeres cubiculares, con las pestañas y los cabellos afeitados, canijos, encorvados por el trabajo, eran lo más abyecto que puede un hombre hacer de otro; pues, en las ocasiones culminantes, supieron morir en forma que se captaron la admiración del pueblo romano. Cuando se rindió por traición la roca de Taormina, quedaron mil esclavos sobrevivientes, mandados por Satiro, los que se rindieron á la generosidad de los romanos, quienes los destinaron á combatir

en el circo con las fieras. Cuando se encontraron allí y se esperaba que soltasen las fieras matáronse los unos á los otros y Satiro se mató el último. Esta muerte encumbró á aquellos pobres esclavos á la altura de los estoicos y fué la más hermosa venganza que podía adoptarse contra un pueblo á quien le faltaba la más hermosa virtud que simboliza la verdadera grandeza del hombre: el perdón (1).

Pero si la tendencia criminosa no predomina en el seno del partido perseguido, se encuentra con harta frecuencia en él á los perseguidores: las turbas que gritan, que devastan, que matan, como en París en las terribles jornadas de Septiembre, ó en Roma en las persecuciones contra los cristianos, ó en Francia contra los Albigenses; los Torquemadas, los inquisidores que han dejado en la historia un nombre tan execrado como lleno y provocador del espanto, no son sino verdaderos criminales natos.

Pero, en desquite, ¿no se encuentra muchas veces la idea perseguida en la misma masa de los perseguidores? Los corazones más selectos, los cerebros más poderosos, se reclutan entre la masa de gente que persigue y que siente en medio del odio renacer el amor al enemigo. Los ejemplos no son raros, pero el que ha quedado después de tantos siglos como el más eminente y soberbio, es el ejemplo de Pablo, ganado á la causa de Jesús en el camino de Damasco. La visión que se le aparece y lo conquista, ¿qué era más que un fenómeno de alucinación y auto-sugestión? Tenía presente el espectáculo de la lapidación de Esteban, tenía en su mente las órdenes del sínodo por las que debía hacer aprehender y matar á otros cristianos, mantenía en su corazón la lucha entre el fanatismo feroz de sus padres y la nueva idea, que le seducía: la necesidad de sufrir,

(1) Cantú, *Storia degli italiani*.

de tener un ideal que embelleciese la vida para ofrecerla en holocausto.

Tal y tan grande lucha llevaba en su corazón, y de ella nació en su cerebro la alucinación que le detuvo y lo asombró en el camino de Damasco (1).

(1) Renán, *Les Apôtres*.—Trezza, *Critica moderna: Le Religioni*.



CAPÍTULO VIII

LA MUCHEDUMBRE Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS

En el estudio de la muchedumbre indicamos cómo fué en diversos momentos ya muy lejanos; ahora es menester que reconstruyamos, rápidamente, su historia á través de los siglos; para deducir que, si ella es hoy malvada en su forma más simple é indiferenciada, como multitud primigenia, con instintos criminales, impotente el pensar; no es suya la culpa, habiendo vivido por largo tiempo, durante millares de años, en condiciones de envilecerse. Sobre ella ha obrado una larga selección servil, la cual ha procedido anublando la mente y aplastando el cuerpo, bajo el peso de lenta degeneración.

Comencemos por el Oriente, en la primera cuna de la civilización.

En China, en Persia, en Egipto, el estado es una yuxtaposición de pueblos vencedores que condenan al pueblo vencido á una eterna inferioridad, á una perversión de la mente, al embotamiento de los sentidos.

En Babilonia la plebe tiene ritos religiosos obscenos, corre á las fiestas de Belo, en donde sólo de incienso se expenden miles de talentos; deja que sus mujeres vendan, en el templo de Venera Melita, la virginidad á los forasteros; tiene fiestas parecidas á

saturnales; y mientras tan baja es su moral, los magos, llenos de veneración, profesan una recóndita doctrina de pureza bien distinta (1).

Los hebreos no conocieron durante mucho tiempo la esclavitud humillante y dolorosa, pero cuando de Babilonia y de Tiro les llegaba el lujo, de los bosques del Libano el pobre pero justo, el *Ebionim*, elevaba un grito de dolor á Dios, y de cuando en cuando profetas inspirados infundían la esperanza mesiánica, que debía retornar al pueblo de Israel á la tierra de sus padres. Así surge aquel eterno desconsuelo propio del pueblo hebreo, aquel suspiro eterno, en el que el genio étnico se ha ido desenvolviendo y afirmando (2).

En la India, á los *sudra* se les prohíbe el conocimiento de los libros sagrados y si lo intentaren merecerían la muerte; mucho más infelices que ellos son los parias: sus dioses no gozan la misma categoría que Brahma: el agua que refleja su sombra se contamina; los guerreros á quienes se acercan pueden despedazarlos, ya que está escrito que deben vivir alejados de todos y socorrerles es delito (3).

En Egipto, la desolación no es menor: la religión que encierra tanta parte del saber, es desconocida de los más y se transmite envuelta en los símbolos que sólo los iniciados comprenden. Si la civilización ha dejado en Egipto monumentos mayestáticos, ¿con cuántos dolores no se han construido? No sin razón se ha dicho que el dolor ha impreso en aquel inmenso pueblo de esclavos aquella brutalidad que se refleja en las efigies de sus dioses (4).

(1) Cantú, *Storia Universale*.

(2) Renán, *Historia del pueblo de Israel*.

(3) *Critica sociale*. Año IV.—Cantú, *S. U.*—Vaccaro, *La lotta per l'esistenza nella umanità*.

(4) Cantú, *S. U.*

Del Egipto pasemos á Grecia y Roma.

La condición y la educación de la muchedumbre en Grecia no fué mejor. Aquella espléndida civilización que supo alcanzar las más altas cimas del arte, que tuvo de la naturaleza una intuición fácil y clara, y en su vida, en su ingenio, y en toda ella, estuvo, como el mar en que se mecía, llena de una artística serenidad; aquella civilización, en cuanto á sentimiento social, no fué ni mejor que el Oriente, ni que Roma, soberbia y dura, dominadora de pueblos y de esclavos. De ninguna otra nación se guarda memoria, como de Esparta, de que se ordenase, de vez en cuando, el aniquilamiento de los ilotas, ni como de Atenas, en que se jurase en la juventud solemne y públicamente ser enemigos del *demos* y acarrearle el mayor daño posible.

La vida de aquellas gloriosas ciudades de la magna Grecia fué una opresión odiosa contra los esclavos y una lucha de los libres, divididos en todas las ciudades en aristocracia y democracia y personificándose en la contienda entre Esparta y Atenas: de lo que la vida interna tiene vicisitudes de proscripciones y de destierro, de guerras y de estragos, de oligarquía y de demagogia. En aquella tierra, en donde el pensamiento fué tan límpido y el intelecto refleja sin nubes la naturaleza, que tiene como en ningún otro clima una serenidad majestuosa; la educación social, el amor al prójimo, el ejemplo que de las alturas desciende á lo más bajo, de los libres á los esclavos, fué brutal y desolador. «Así fué — dice Vaccaro en su obra tantas veces citada — que los espartanos sometieron á los vencidos á una verdadera selección artificial, cortándoles los medios de desarrollarse, diezmándolos en masa, haciendo morir á los mejores. Solamente eran respetados aquellos á quienes una lenta degeneración había hecho impotentes.»

En el mundo latino, como en todo el mundo antiguo, constituían los esclavos un gran subsuelo social, infinitamente mayor que el de los libres. Si Esparta tiene por 224,000 esclavos apenas un pueblo de 36,000 libres, en Atenas había 40,000 esclavos por 91,000 libres; en Roma el número de los esclavos era incommensurable. Un historiógrafo dice: «Tantos había, de estos infelices, que en las casas más principales se formaba un nomenclator para recordar todos los nombres. Craso poseía 500 albañiles que ocupaba en las obras; un abogado yendo á informar se llevaba detrás una turba; en el campo de Scipión de 80,000 soldados, había 40,000 esclavos. Cayo poseía 5,000 y muchísimos municipios poseían diez y hasta veinte mil» (1).

El esclavo era considerado como cosa perteneciente al dueño. «Aquel á quien le fuese muerto un esclavo — dice Gayo — puede escoger entre proceder por la vía criminal ó demandar una indemnización al amparo de la ley Aquilia.»

Eran vendidos en barracas de madera, quién suelto, quién atado, y el comprador, acercándose pedía: «Necesito un prensador, un molinero, un perro que me guarde la puerta, y luego del que estaba atado á la puerta, quien cantaba las horas — el repetidamente citado historiógrafo Cantú es el que habla; — otros molían y un gran disco colocado en torno á su cuello les impedía comerse el grano, otros corrían delante de su dueño cuando éste salía, abriéndole paso; quienes anunciaban las visitas; éstos á los pies del dueño borrábanle las huellas de la glotonería, aquéllos servían de tañedores, de impúdicos, de bufones, otros encajonados en estuches en forma que no podían valerse. Eran estimadísimos sin embargo los hermafroditas, acaso artificiales. Sé-

(1) Cantú, *Storia degli Italiani*.

neca menciona á este propósito las turbas de mancebos que al salir de los banquetes esperaban en las cámaras todo género de ultrajes contra natura. Legiones enteras de corrompidos eran dispuestos según su país y su color, con tal arte que se notaba en todos la talla esbelta, el torso tierno con el bozo incipiente. Algunos andaban con el rostro untado para que el sol y el aire no les lastimase el cutis delicado, etc., etc.»

«Este modo de tratarlos causa horror. Los que labraban los campos llevaban cabellos y cejas rasurados, los que llevaban á sus dueños en elegantes literas arrastraban tras sí cádenas: Antonio y Cleopatra probaban los venenos en sus esclavos. Polión hizo arrojar á uno de los suyos á las murenas porque le había roto un vaso. Asistían en ayunas á largos festines, de pie y ¡ay de ellos! si hubiesen estornudado, tosido ó abierto la boca. Algunos amenizaban las cenas con atroces combates.»

«Por la noche eran encerrados en ergástulas y grutas, sobre jergones, ó en el suelo, amontonados hombres y mujeres. Cuando envejecían se les llevaba á la isla de Esculapio, en el Tévere, y en ella los abandonaban á la muerte.»

«Un senatus-consultus contenía que cuando un ciudadano romano fuese muerto por un esclavo, todos sus demás esclavos fuesen muertos, y un día fueron ejecutados cuatrocientos, lo que ocasionó alguna protesta; pero Casio, gran conocedor de lo justo y de lo injusto, se levantó en el Senado y reprendió á los innovadores. ¿Cómo hemos de buscar nosotros razones cuando ya las dieron nuestros antepasados más sabios que nosotros, etc.?...»

«Las mujeres eran prostituídas; el severo Casio había fijado una tasa para uso de sus esclavas, y después que de jóvenes eran expuestas á disposición de los borrachos, de viejas se insultaba su oprobio, im-

primiendo obscenas palabras en sus senos marchitos. Las matronas se complacían además en pincharlas mientras las vestían.»

«Esta monotonía en el padecimiento era interrumpida una vez al año con las saturnales» (1).

Y sin embargo estos infelices eran la parte activa de las naciones antiguas, indispensables á la subsistencia de todos (2), hasta el punto de dar el propio ingenio para hacer aparecer docto á su dueño, como «Calvidio Sabino, potentado, de quien dice Séneca, que estaba tan mal dotado de memoria, que confundía el nombre de Ulises con el de Priamo, y compró esclavos que se sabían de corrido á Homero y Hesiodo y á los modernos poetas líricos: tenía á sus pies á estos esclavos y le dictaban los versos cuando venía á cuento y él los recitaba á los comensales estropeándolos (3).

Pero la selección servil que se ejercía en Roma debía reflejarse del esclavo en el dueño. El parasitismo social y biológico — lo han demostrado Wandervelde y Massart, en la obra «El Parasitismo orgánico y social» (4) y Vaccaro en «La lucha por la existencia y sus efectos en la humanidad» — son tan nocivos al parásito como á su víctima. Y en Roma la esclavitud fué perniciosa al patriciado, cuando menos, ya con las frecuentes guerras de los siervos, que pusieron en peligro la seguridad del estado y las que Roma sofocó con una ferocidad tremenda, ya principalmente con la institución del liberto. El liberto era el mal consejero del dueño, á quien había vendido cuerpo y alma; y no existe infamia, locura, cri-

(1) Cantù, *Storia degli Italiani*.

(2) Baghehot, *Lois scientifiques du développement des nations*, pág. 22.

(3) Cantù, *ob. cit.*

(4) Wandervelde y Massart, *Parasitismo orgánico y parasitismo social. — Critica sociale*.

men efectuado por los emperadores, que no se haya aconsejado por un liberto. Y, del mismo modo que el esclavo, corrompía la grandeza quirita, y con su tarea de carcoma preparaba los días funestos de Roma (1).

Pero la educación servil de la muchedumbre en Roma aun tenía otro aspecto; no sólo se aplicaba á los esclavos sino también á la plebe. La historia característica de Roma está por ello señalada por la lucha entre un patriciado astuto que trata de conservar sus privilegios económicos y políticos y una plebe laboriosa y guerrera que exige en momentos solemnes los derechos civiles y el goce de las riquezas por ella conquistados.

Al modo que en Grecia, en Roma la lucha adquiere un doble aspecto: por una parte es una enorme presión de los libres sobre los esclavos y de otra una larga contienda de los libres entre sí. La historia de Roma consiste en parte en ésta, entre aquella plebe, gente latina, que obtiene después de cuatro siglos y medio la igualdad política y pide luego, sin conseguirlo nunca, el repartimiento del *ager publicus*, y el patriciado, estirpe sabélica, descendiente de los Apeninos, quien promete y recoge y corrompe, como en los últimos años de la república y bajo el imperio, tiempo en el que la plebe es mantenida á expensas del erario en un ocio infecundo, ávida de grandes y criminales emociones. Si la plebe no podía vivir con el campo conquistado, no quedaba más que el parasitismo ó la corrupción, llevada al extremo de que tan sólo los esclavos, aunque envilecidos, eran todavía la única parte viva de aquella espléndida y moribunda civilización.

Las circunstancias que ofrece el imperio, excepto algún que otro año, excepto el periodo de los empe-

(1) Vaccaro, ob. cit.

radores filósofos, son como nunca aterradoras. En lo alto emperadores locos, delincuentes, pervertidos; abajo el cuidado de los negocios abandonado, la vida de los ciudadanos sin importancia y continuamente amenazada, las haciendas empeñadas por concupiscencias y además las orgías, fiestas, sangre. Nerón paseaba del circo al trivio; incendiaba á Roma cantando en lo alto de una torre; hacía matar á su madre, á su esposa, á su maestro; vendía sus estatuas, obras apenas medianas, á precios fabulosos; tipo vil del tirano, rodeado de una multitud de hetairas; tal es en el transcurso de muchos años el ejemplo que se desprende de las alturas del imperio.

El pueblo romano había perdido la antigua severidad de sus abuelos, para convertirse en un pueblo de lujuriosos. Juegos, baños, paseos, eran las ocupaciones favoritas; al anochecer en las calles más frecuentadas de Roma se ofrecía un paseo majestuoso é impúdico: matronas semidesnudas en literas, conducidas por esclavos, carros tirados por soberbios caballos y guiados por amazonas medio desnudas y á sus pies el favorito de un día ó de una hora, medio desfallecido por el abuso de la voluptuosidad; mujeres de vida airada cuya belleza les allegaba honores y detrás de ellas senadores, entre los libertos y los libertinos. Por la noche esta turba se recogía á los triclinios y era la que comenzaba la vida aventurera de la noche; ya tarde, tras de haber comido y libado, tras de haber vomitado varias veces las viandas, para gozar la renovada voluptuosidad del eco, se pasaba á los cubículos, en donde una muchedumbre de esclavos mancebos esperaba, ó se esparcía á la claror de las teas por el foro, el trivio ó la suburra, en donde encontrábanse matronas que no osaban mostrarse durante el día, hombres políticos, y en fin la emperatriz ó el emperador.

En las provincias la administración pública no

era mejor: concedidas, como botín, á los procónsules avarientos, eran exprimidas hasta los tuétanos. Pero la honestidad no se había perdido del todo: en Roma, en el corazón del mundo, existían aún familias de antigua severidad de costumbres, en las que se había refugiado la primitiva virtud romana, en la más solemne forma de protesta. El estoicismo, en medio de aquel mundo, que se ponía en un gran lago de fango, era lo más noble que quedaba de la Roma antigua; era la antigua virtud de los abuelos, remozada con un nuevo sentimiento, desconocido de la sequedad quirita, y que hablaba de fraternidad humana, de amor, de piedad. Aquellos grandes estoicos que previeron de tal modo los tiempos nuevos, y que supieron morir, á lo romano, eran encarnaciones vivientes de todo un pasado y nuncios de un gran porvenir, y aun después de tantos siglos producen un vivo sentimiento de admiración y de respeto.

Y mientras el circo engullía nuevas víctimas humanas, multitud de esclavos combatían con las fieras ó se mataban mutuamente para divertir á una turba, borracha, de gente que acudía sedienta de sangre; y mientras la plebe—que se había hecho numerosa y vivía del erario—no pedía más que nuevos juegos y nuevos panes, el latifundio acrecentaba, toda el Africa pertenecía á seis personas: el campo de Trimalción se extendía por regiones enteras, compañías mercantiles, ricas, por miles de sextercios, chupaban el público erario como arpias. Y sobre estas inmensas riquezas pesaba de cuando en cuando la confiscación imperial para satisfacer las necesidades de una plebe creciente y nunca harta.

Y mientras en Roma caía todo en el ocaso, un anhelo nuevo prepotente se exhalaba de los corazones; las almas más nobles y eminentes — dejando

á un lado la vieja fábula de los dioses,—se volvía al monoteísmo: era la necesidad de un principio religioso elevado y grande que se imponía; era el deseo de salir de aquella orgía de los sentidos y remontarse á un ideal grande y rígido que fuese como una nueva vida, un nuevo lavado; y este principio nuevo, informador, penetraba en Roma, antes aún que el cristianismo como para allanarle el camino: el monoteísmo judaico, reliquia del viejo fanatismo de los abuelos, sencillo y puro, penetraba solemnemente por obra de las gentes humildes que de Siria se llevaba á Roma á trabajar. Dice Renán: «Cualquier mercader siriaco en Roma aparecerá como hombre de bien y misericordioso, caritativo con sus compatriotas, amigo de los pobres. Tratará con los esclavos, encontrará para ellos un asilo en donde estos infelices, reducidos por la altivez romana á la más desconsoladora soledad, encontrarán un poco de consuelo. El buen siriaco adoptaba la propia ignominia, de este modo se captaba la benevolencia del patrón y sabía agradar á la dueña. Este gran factor de la democracia iba por este modo desanudando malla á malla la red de la civilización antigua.»

Así era cómo en los momentos culminantes de la historia, en medio de la corrupción del mundo, se creaba en lo bajo una nueva sociedad.

Siempre ocurre así: cuando una civilización muere, de sus cenizas surge otra, conforme de la muerte surge la vida; pero nos importa confirmar que en la antigüedad la educación de la muchedumbre era servil, que atendió á corromper las almas y los cuerpos, que el daño revertió sobre la gente corrompida tanto como sobre la corruptora, que la raza deprimida, servil, encontró en sí misma la fuerza de una vida nueva, que ya anuncia el cristianismo. Ahora veamos las peripecias de la muchedumbre en la Edad media.

El tiempo medioeval fué para la muchedumbre una edad desventurada, tanto como la antigua, y para encontrar un rayo de luz es menester bajar á los tiempos modernos. La sociedad medioeval comienza con un acontecimiento de importancia capital; el cristianismo, que contenía diversas tendencias: el fanatismo judaico, hosco, intolerante, feroz; luego el ascetismo, la renuncia de las riquezas, el prurito de huir el mundo, y por fin el sentimiento de igualdad. Fueron éstas las tres diversas tendencias que en distintos momentos predominaron.

El evangelio está lleno de amor á los pobres y de enaltecimiento de los humildes, enaltecimiento que si fué luego comprendido que debía confirmarse en el otro mundo, se creyó durante mucho tiempo que debía de tener en la tierra su perfecto cumplimiento. La promesa mesiánica formó gran parte del sentimiento cristiano de los tiempos primitivos. ¿Acaso no había dicho Jesús que muchos de los presentes no experimentarían la muerte sin que el Hijo del Hombre volviese antes á la tierra cubierto de gloria y majestad? Luego, la promesa de un acontecimiento en el que los humildes hubiesen sido los primeros, constituyó el encanto secreto por el que el cristianismo pudo difundirse y penetrar por todas partes, en un mundo en el cual eran tantos los pacientes y tan dolorosamente desconsolados. Acostumbrados nosotros á juzgar el cristianismo con el criterio del día, de la ciencia, que refleja sobre las clases miserables tanta luz de consuelo y de esperanza, no apreciamos bien las palabras de amor, de exaltación de los humildes, que Jesús, como un río, derramó sobre el mundo de los esclavos; pero quien estudie aquellos tiempos no tiene más remedio que apreciar todo su valor. Tras de aquella muy limitada de los estoicos, tras de aquella de Buda, ignota, allá en Oriente, la predicación de Jesús es la

gran palabra de consuelo humano y de esperanza, y para oír otra que se le parezca es menester allegarse á nuestro siglo, á este movimiento que tanto tiene de común con el cristianismo.

Pero el cristianismo implicaba el desprecio del mundo; ¿no era éste, en efecto, un continuo peligro para la salvación de las almas y no llevaba siempre al mal? Las vicisitudes del imperio parecían dar valor á tal concepto. Hordas completas de bárbaros se llovían, destruyendo, desolando, matando; las almas estaban rendidas, las ciudades caían, el fin del mundo no podía estar lejano; no había más que rehuir la sociedad y vivir en la oración esperando el gran día. Y así fué: el ascetismo privó en la vida; el amor se convirtió en pecado, la calavera, símbolo de muerte, se convierte en el libro de meditación acerca de la fragilidad humana; la edad antigua había gozado harto, la que comenzaba renunciaba á la tierra por el cielo.

Pero, más tarde, el cristianismo debía ocasionar el más infame fanatismo; ya no con palabras de paz sino con las de venganza y en nombre de Jesús, se martirizaba á las gentes, se devastaron ciudades, se quemaron vidas humanas, y por encima de un pueblo aterrorizado, la Inquisición alzaba la cruz. El infame fanatismo mosaico se experimentará terriblemente en medio de Europa.

Pero si tal es el clima religioso en el que respirará la muchedumbre durante el tiempo medio, clima de ascetismo y de sumisión; el clima histórico será de lucha de nacionalidades, de guerras religiosas, de opresiones y de privilegios, y de todo ello quedará la inteligencia como desequilibrada y se inclinará á las espantosas epidemias psíquicas que caracterizan á la Edad Media, mientras terribles hambres, pestes y malos años recorren la Europa debilitando, destruyendo á la raza humana.

El tiempo medio, pues, comienza con el desenca-
denamiento de los pueblos septentrionales sobre
el imperio: godos, visigodos, hunos descienden á
Italia; pero antes aún que por éstos, el mundo es
ensangrentado con las persecuciones contra los he-
breos y luego contra los cristianos, en una sola
de las cuales perecieron trescientas mil personas.
Y luego se echaron los bárbaros sobre el imperio; y
acabadas estas invasiones, la lucha cruenta de razas
no cesará: España, Galia, Austria, correrán á Italia
transformando toda la vida medioeval en guerra de
conquista. Cuando Europa parecerá campo devas-
tado, un pueblo de militares se derramará sobre el
Asia á combatir por el Santo Sepulcro y luego se
volverá contra los incrédulos en la bella ciudad de
Tolosa, contra los albigenses, ó contra los valdenses,
en los Alpes ó en Calabria, anegando el terruño de
sangre cristiana con un ejército reclutado entre ban-
didos; y luego en cada país se levantará un auto de
fe en que las más selectas inteligencias dejarán su
vida.

Y mientras en el exterior se desarrollaban estas es-
cenas de horror, en el interior el territorio se dividía
en feudos, en los que el pobre agricultor era obligado
á una creciente copia de impuestos y de cargas, que
comprendían desde la defensa del señor feudal en
tiempo de guerra, á la prestación en tiempo de paz y
hasta al derecho de gozar las primicias de la espo-
sa. De cuando en cuando masas embrutecidas suble-
vábanse formando las *jaqueries*, como bestias heri-
das que muerden, desgarran, para caer á los pies del
cazador.

El hambre, varias veces en un mismo siglo, reco-
rría la Europa devastándola; «el hambre y la morta-
lidad—se lee—eran tales, que los hombres comían
hierba como los carneros y morían como las mos-
cas». Y la Iglesia por boca de Santo Tomás senten-

ciaba: «Se puede ser libre, estando en la esclavitud que es causa de humillación», jella que era el feudo más poderoso superior á la autoridad civil!

En el Franco-Condado el clero poseía la mitad de las tierras, en Cambray 1,400 acres por 1,700. Los canónigos de Saint-Claude tenían 12,000 siervos y así todo lo demás. Las condiciones de la vida eran tan tristes que Labruyère escribía: «Se ven ciertas bestias feroces, machos y hembras, vagando por los campos, negros, lívidos y todos tostados por el sol, pegados á la tierra que trabajan con asiduidad. Por la noche se retiran á las cuevas y viven de pan negro, agua y raíces» (1).

De este empobrecimiento del organismo y de la gran ignorancia debían nacer aquellos desequilibrios psíquicos colectivos, aquellas grandes epidemias morales que dan una fisonomía peculiar al tiempo medievo: la primera está representada por el fin del mundo milenario y por una epidemia ascética. ¿Si el mundo va á la ruina, á qué permanecer ligados á los bienes terrenos? Renunciad á todo: esta es la gran sabiduría humana. Después vienen las cruzadas, entre las cuales aquella de los muchachos que corren al mar para que deje libre el paso hasta el Santo Sepulcro, que caerá vencido por el espectáculo de la inocencia infantil; luego á cada momento vienen epidemias de demoníacos, de incubos, de súcubos, las grandes epidemias histéricas, las brujas y hechiceras, las apariciones milagrosas que constituyen gran parte de la vida de la Edad media, y la Iglesia levanta hogueras para salvar al alma poseída del demonio quemando el cuerpo; pero inútilmente, pues éste tentará á las almas desequilibradas por la miseria y el espectáculo feroz de la fuerza, y continuará atormentándolas hasta que la

(1) Taine, *L'ancien régime*.

ciencia lo ponga en fuga, y ya del fondo de la Edad Media se abra una nueva era y se asome por las resquebrajaduras de aquel viejo mundo y esta nueva fase es la burguesía, que nace con un doble aspecto, como reforma religiosa en Germania, como renacimiento en Italia y como movimiento económico en las repúblicas italianas, que surcan los mares, y á las que Colón ha abierto un nuevo mundo. Y así se cierra la Edad media, ofreciendo el mismo espectáculo que la antigua, con muchedumbres ineducadas, embrutecidas, ignorantes, temerosas, desequilibradas. En la edad moderna es cuando se crea el destino de la muchedumbre.

Hemos hablado de la Edad media, considerándola desde el punto de vista de la muchedumbre, pero nos hemos olvidado de mencionar algunos hechos beneficiosos que habían ido madurándose en aquella edad tenebrosa y en aquel sucederse de las invasiones bárbaras. Los pueblos que sobrevivieron y se arrojaron los unos sobre los otros, se habían cimentado en una unidad étnica: el pueblo romano había dado la cultura y los pueblos bárbaros habían dado la propia juventud. Las unidades étnicas se habían venido formando, pues, por todo, y con ellas se habían ido trazando las grandes naciones. El gobierno feudal, tan desparramado, tendía á un agrupamiento creciente que preludiaba las unidades nacionales.

Junto á esto el concepto de la vida comenzaba á resurgir: el mundo tras los temores milenarios y las macabras fantasías de las más persistentes tinieblas de la Edad media, no parecía tan grosero; por doquier una nueva actividad, un anhelo de gozar, un anhelo de recrearse con el soplo creador del arte se hacía sentir, y ya fuese de arte sagrado, ya de arte profano—y soberbiamente profano,—era el preludio del Renacimiento.

Con el arte había surgido una fuerza nueva, que

debía revolucionar el mundo, precisamente á la sombra de los feudos, junto á la nobleza, que no debía ser destruída.

En los humildes burgos, en medio de los restos de las comunidades agrícolas, los primeros industriales, los primeros artesanos, habían hecho su aparición. Trabajaban ya en una ya en otra cosa, pero no para uso propio sino para el cambio en un principio limitado, luego algo engrandecido, primero por modo eventual, luego como estable ocupación. Sin embargo, el señor feudal hostigaba este comercio rudimentario: ponía tasa de peaje, descendía como los ladrones á robar, pero el comercio florecía en la lucha entre los feudatarios vecinos y los municipios. Así era en efecto: las ciudades se habían ido constituyendo y las formaban los artesanos, á quienes nunca gustaba que su comercio fuese continuamente objeto de la avaricia de los barones, de lo que se ocasionaban las guerras entre los barones y los comunes y en las que los municipios tenían por aliados á los vasallos, y los castillos eran destruídos y los barones obligados á vivir en la ciudad. Pero nuevos acontecimientos debían sobrevenir en daño de los feudos, y fueron las cruzadas, que atrajeron bajo el pretexto de la fe, cuanto de inquieto había en Europa entre la nobleza feudal, por lo que, cuando los cruzados volvieron de Tierra Santa, se encontraron con que el campesino había sacudido el yugo y el común se había engrandecido á expensas suyas durante la cruzada. Las repúblicas marítimas de Italia transportando tropas, alistando flotas, importando y exportando continuamente, preparando y forjando armas, habían dado impulso á la naciente organización artesana, que, de los humildes burgos de donde saliera, era llamada burguesía y la que era tan congénita la expansión que mal se la podía contener en

el feudo, y la rebelión, que no podía estar lejana, comenzó como movimiento religioso, con la Reforma (1).

La Iglesia era en efecto el mayor feudo que existía en Europa; el que investía reyes y príncipes, exigía grandes subsidios en diezmos y contra ella se rebelaba la naciente burguesía, y la reforma religiosa fué el tono, el colorido que daba aquel tiempo á la lucha económica. Ocurría esto en la parte norte de Europa; en Italia, la patria de la suma potestad religiosa, el espíritu del tiempo nuevo tomaba un aspecto científico y literario y era llamado el Renacimiento: era la burguesía que retornaba á la tradición científica greco-romana y se readaptaba al pasado.

En Italia se había comenzado efectivamente, en forma de comentarios, el estudio del Derecho Romano, que según la leyenda había sido llevado por Irnerio de Roma á Bolonia; por obra de Telesio caía la tradición aristotélica; en las universidades se osaba por primera vez hacer la disección del cuerpo humano, atrevimiento que era amargamente lamentado por los primeros anatómicos, que, ya viejos, ó se enclaustraban como Stenone ó iban peregrinando á Tierra Santa como Vessalle; las obras latinas y griegas eran amorosamente investigadas en las bibliotecas de los conventos y vueltas á estudiar y de ello surgían nuevos conceptos científicos; Galileo aseguraba que la tierra se movía; temerarios navegantes recorrían el Océano y multitud de filósofos osaban observar la naturaleza y dudar de la fe, duda que en verdad les costaba la vida, pero que no por eso era menos seductora.

Ninguna época se asemejaba como ésta, por su fondo económico, á la antigüedad, y por ello era

(1) Engels, *Crítica Sociale*. Año III, núm. 22.

natural que la superestructura ideal: leyes, religión, concepto de la vida, arte, hubiese de rebrotar adaptándose á los tiempos nuevos.

El tiempo medio había sido á modo de *hiatus*, entre el mundo antiguo y el moderno y se le podía borrar, en cierto modo, sino en sus efectos, en la educación de las nuevas generaciones. El mundo, desechando, después de tanto tiempo, el miedo á la tumba, afrontaba de nuevo la vida.

Renacimiento y Reforma, aunque en la apariencia contrarios, eran dos fenómenos de una misma causa: la naciente clase media.

Pero la lucha entre el feudo y la burguesía no podía retardar: ésta, con el descubrimiento de América, había alcanzado tal potencia, que mal podía sufrir que una clase parasitaria, llena de vicios, decadente, degenerada, la sojuzgase chupándola, y á tal objeto, — ayudada del tropel campesino y de obreros, — realiza el 89 la revolución más grande que conoce la historia, revolución sangrienta, que permite á la burguesía arrojar todos los lazos restrictivos, proclamar la libertad de comercio, sustituyendo al siervo de la gleba por el asalariado.

Tras de esto vino un período de depresión económica: el feudo habíase destruído y el pequeño artesano era expropiado y vencido en el terreno de la competencia por el fabricante: el pequeño propietario caía ante el grande. Cuando se presenta á aumentar el número de los vencidos, la máquina, en Inglaterra; la máquina, que requería grandes capitales, gran número de brazos, que sustituía el trabajo del hombre por el de la mujer ó el niño, y hacia de todos modos más dura la competencia. Fué un espantoso momento de crisis, conocido del gobierno inglés por medio de investigaciones recogidas y conceptos é impresiones que se encuentran latamente aducidas por Marx en su obra acerca del Capital.

La falta de trabajo fué un espanto, el empleo de la máquina humana tocó á sus últimos extremos, más allá de los cuales está la destrucción de la raza; los salarios llegaron hasta el extremo de ser raros, las fortunas se precipitaron en la ruina: vióse á niños de dos ó tres años empleados en rodar en los molinos y á otros enloquecer ó suicidarse; mujeres, hombres morir de consunción, de hambre: nunca peste ni guerra habia perseguido tan valerosamente á la especie humana. El momento era terrible, la crisis continua, cuando la fuerte raza britana —soltando las fuerzas de reserva que en la naturaleza humana existen— obtiene del Parlamento aquella legislación del trabajo que comprende desde 1802 á 1877 y continúa aún (1).

Era la nueva historia que comenzaba, la historia de la Humanidad redimida, que formó y todavía formará el ensueño de las almas selectas; era el ideal de amor y de paz que brillaba, tras de las tenebrosas horas de duelo, de una luz lejana, sí, pero que se acerca á nosotros, dulce como el suspiro de una virgen, llena de promesas, como un ensueño de amor.

(1) Engels. *La formación del proletariado en Inglaterra*. Crit. socl. Año III, núm. 12. — Kautsky. *La jornada de ocho horas*, etc.—Bissolati. *El alto ideal de la Burguesía*. Biblioteca de la *Critica Sociale*.



CAPÍTULO IX

EL VALOR SOCIAL DE LA MUCHEDUMBRE Y SU EDUCABILIDAD

Podríamos decir que hemos terminado, si no debiésemos hablar del fin y de la meta que se persigue en este trabajo: hasta nosotros los precedentes observadores de la muchedumbre habían escogido su manifestación criminosa. Pero la conclusión que deducen de sus observaciones es que la muchedumbre, cuyos valor é importancia acrecen, como que es lo que fué siempre y cada vez más, la mayor, casi la única fuerza activa del porvenir, no había sido para el pasado, ni sería para lo futuro, más que una colectividad incapaz de pensamiento, dedicada preferentemente al crimen.

Esta manera apasionada de considerar las cosas constituye una gran injusticia y un error científico: la muchedumbre se asentó aquí que es capaz de pensamiento y que su acción es predominantemente normal y que tan sólo en ciertos casos puede convertirse en criminosa; se asentó también que la muchedumbre, ya se la considere por modo estático, esto es, en sus condiciones de hecho en un pueblo determinado, ya considerada por modo dinámico, es decir, en sus varias fases evolutivas, procede

siempre de una mayor criminalidad á una creciente normalidad.

Las mismas plebes del día, que son las muchedumbres indiferenciadas é inestables, están muy lejos de ser aquellas de otros tiempos, por sus menores prejuicios, por carecer de epidemias psíquicas alocadas (invasiones, obsesiones, incubos y súcubos, demoniopatia, etc.), por carecer de criminalidad (frecuentes rebeliones, etc.), por lo que parece, que por lo que toca á la criminalidad, valga para las muchedumbres la misma ley que reza para los individuos, esto es, que si hay plebes, por excepción, delincuentes natos ó idiotas, en cambio, las otras delinquen por pasión: educarlas, desarrollarles la razón en menoscabo del sentimiento, es la gran tarea que incumbe á un estado que sienta de veras su misión histórica.

Las muchedumbres indiferenciadas parecen hasta ahora como el obstáculo mayor opuesto al progreso, por su tendencia al crimen, — muy explicable en otros tiempos aunque menos hoy, — por el odio al progreso que llevan en sí mismas. Deber de los estados es transformar á la muchedumbre indiferenciada en partido, que es forma equilibrada de muchedumbre, que contiene en sí mismo las tendencias que se disputan la dirección de la vida de una nación determinada.

Para conseguirlo se necesita una larga educación y una gran instrucción individual y colectiva, que comenzando en los primeros años se prolongue durante toda la vida. Cuando hay gentes que no han conocido á sus progenitores, que han crecido en medio de la calle; ¿maravilla que tales detritus de la sociedad, abandonados á sí mismos, se hagan ladrones ó asesinos ó prostitutas? ¿que una muchedumbre compuesta principalmente con tales gentes tenga tendencias criminales?

Basta; la educación debe ser colectiva: espectáculos públicos, teatros, conciertos populares, deberían ser cuidado especial del gobierno juntamente con las bibliotecas populares, las universidades para el pueblo y cuanto contribuya á elevar la cultura, aquello, en fin, con que la educación pueda difundirse. Y todo ello reforzado al mismo tiempo por un conjunto de leyes sobre el trabajo de los niños, de las mujeres, que limiten las horas, que protejan la vida del obrero, que alcancen éstos los límites medios de la vida. Y para que la muchedumbre encuentre en sí la energía educativa, se debe conceder una muy amplia libertad política, como ocurre en Inglaterra, en donde hay libertad de imprenta, de asociación, de palabra, etc. En otros términos, que lo que ocurre en otros estados como en Bélgica, en Suiza, en Inglaterra, en Australia, sobre todo, se convierta en norma sobre la que los demás estados deban desarrollarse.

Pero esto sería poca cosa si les faltasen á las masas el ejemplo de moralidad que procede de las alturas. Después del trabajo de Tarde, todos saben lo que vale la imitación; y cómo la imitación es un distintivo de los salvajes y de los niños y de las plebes, salvajes modernos colocados en los cimientos de nuestra civilización, hay que ver cuál es el ejemplo á imitar que les viene acaso de lo alto. Y con estos ejemplos ¿es maravilla tiendan á una forma de delito atávico — como ha observado Sighele — allá en donde en las alturas el delito se ha perfeccionado en el engaño para burlar el Código? Parece que asistiríamos á un doloroso fin del mundo si no pensásemos que aun queda en las muchedumbres el trabajo que crea, el pensamiento que edifica, la moral que vence: el genio ha desaparecido y en su lugar está la genialidad colectiva, ya no un espíritu supremo que piensa por todos, sino que todos

piensan elevándose á una cima vertiginosa del pensar; ya no un santo ó un apóstol que sienta por toda la Humanidad, sino millones de seres que sienten por todos. Una colectividad que piensa, que siente, que obra por modo normal: tal es la muchedumbre de lo porvenir. El pasado y el presente fué de multitudes yuxtapuestas diferenciadas, en forma que algunas crearon la riqueza, otras dieron el sentimiento ó el pensamiento; la muchedumbre de mañana será una multitud única que sienta, piense y obre por modo normal y poderoso.

En ella está el destino del mundo; en ella está la salvación — diría el místico Tolstoi; con el corazón lleno del deseo de esta muchedumbre he escrito yo y pongo término á la primera parte de este trabajo.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE DEL TOMO I

	<u>Págs.</u>
A mi madre Cornelia Rossi	5
Límites y objeto de esta obra	7

LA MUCHEDUMBRE

Cap. I. — Anatomía y Fisiología de la muchedumbre.	19
— II. — Pensamiento, sentimiento y acción de la muchedumbre	47
— III. — La muchedumbre y la estática de la psiquis.	58
— IV. — Muchedumbre y dinámica de la psiquis .	71
— V. — Juventud y senilidad de la muchedumbre.	79
— VI. — Patología de la muchedumbre	101
Otros fenómenos patológicos	114
— VII. — Momentos de crisis.	121
— VIII. — La muchedumbre á través de los siglos.	145
— IX. — El valor social de la muchedumbre y su educabilidad	165

EL ALMA DE LA MUCHEDUMBRE



BIBLIOTECA SOCIOLOGICA INTERNACIONAL

PASCUAL ROSSI

DIRECTOR

DEL «ARCHIVIO DE PSICOLOGIA COLLETTIVA» DE COSENZA

EL ALMA DE LA MUCHEDUMBRE

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO

POR

RICARDO CARRERAS

• Tomo II •

BARCELONA. — 1906

IMPRESA DE HENRICH Y COMP.^ª EN C. — EDITORES

Córcega, 348

ES PROPIEDAD

Esta edición ha sido expresamente
traducida para la BIBLIOTECA
SOCIOLOGICA INTERNACIONAL,
con permiso de su autor.

EL CARÁCTER
DEL
MEDIODÍA DE ITALIA



Este y los estudios especiales que siguen refuerzan, amplían, ó son ejemplo de ideas señaladas y desarrolladas en las páginas precedentes, en donde encontrará el lector repetido mucho de lo de allá. Sin embargo, no he querido quitarle á la obra su sello original por parecerme que tal como salió de la pluma será más movida y más llena de interés y de atractivo.



CAPÍTULO PRIMERO

EL CARÁCTER EN GENERAL

En lo escrito acerca de la muchedumbre me ocupé del carácter: muchas de aquellas ideas, ya expresadas, merecen ser repetidas todavía, porque allanan el camino á las demás que expondremos al lector.

«Carácter—decía Sergi—quiere decir en su significación literal algo impreso, que perdura; por eso es invariable como una marca y se refiere al modo de proceder en las contingencias de la vida, como una norma para cada hombre, dados motivos más ó menos variados y diversos; algo en la vida activa de todo individuo, que en circunstancias difíciles ó extraordinarias, es estimado como cualidad preciosa, que dirigirá seguramente la conducta, sin ceder ni doblegarse ante ciertas exigencias que pueden desviarle del camino recto y honrado.»

Esta definición del carácter, que da el gran psicólogo, corresponde á aquel concepto más común y admitido que aquí nos hemos formado del carácter, el carácter por antonomasia; la mejor forma que existe de carácter y merece verdaderamente aprecio y consideración. Pero, junto á esta forma elevada y grande de carácter, están las otras, las que nosotros llamamos comúnmente movibles ó variables, cri-

minosas, inferiores, las cuales marcan por su parte, no menos que el verdadero carácter, la psiquis humana, ya sea la del individuo, ya la de una colectividad.

Siendo, el carácter, un efecto del ambiente externo, especie social que lo rodea, está formado por una parte estática y por otra dinámica, por una idea que dirige y una pasión que mueve, idea y pasión que son como el timón y la hélice de la nave.

Cuando entre idea y sentimiento, por deficiencia de educación de la una ó del otro, ó por desarrollo desigual, ó por algo que rompe la unidad de la psiquis, existe un contraste, el carácter se resiente y se torna incierto y fluctuante. Dote es de pocas almas mantenerlo desarrollado y equilibrado por igual, así como—siendo el carácter un organismo que se transmite y que nosotros vamos en parte formando con nuevas estratificaciones—sólo en unos pocos elegidos se sobrepone la parte adquirida á la parte fundamental transmitida por modo estable y por modo que las viejas estratificaciones no retoñen.

Se resiente, pues, el carácter, de estas imperfecciones que rodean á su estática y á su dinámica, á su parte fundamental y á la adventicia; y cada una de estas imperfecciones se traduce en un defecto de la psiquis de un individuo ó de una colectividad.

Siendo el carácter un modo de responder al ambiente externo que nos rodea, implica el concepto de un sujeto y de algo que le transmita frecuentes excitaciones á las que responde para dar otras nuevas, constituyendo un cambio de acción y de reacción, un adaptamiento, diría Spencer, de las acciones internas á las externas.

El objeto del carácter es, pues, el hombre, ó una colectividad de hombres, y decimos hombre y no psiquis, que es tan sólo una parte de la unidad biológica humana, porque á la influencia del ambiente

externo respondemos nosotros con todo nuestro *yo* y no con una sola parte.

Los antiguos, hablando de esta unidad bio-psicológica humana, distinguían diversos temperamentos que comprendían en cuatro grupos principales: sanguíneo, bilioso, linfático y nervioso.

La enseñanza de la medicina antigua, fundada en una observación milenaria, estuvo por mucho tiempo olvidada; pero, desde hace algún tiempo, se ha vuelto al concepto de los temperamentos, esto es, de la modalidad bio-psicológica humana, intentando nuevas distinciones y nuevas interpretaciones, entre las que es notable la de un científico italiano que pone la causa de los temperamentos en la constitución de la crisis sanguínea. Aunque es ingeniosa la explicación, me parece á mí que la crisis de la sangre será una parte del temperamento y no la causa; por lo que creo, que el temperamento entendido como constituyente de la unidad bio-psicológica humana, existe; que las cuatro especies de los antiguos son verdad, aunque se presenten raramente en toda su pureza, predominando las *nuances*; en fin, que el temperamento depende de las condiciones de herencia, de nutrición, del medio en que se desarrolla el organismo, etc., ó bien que predomina en él el medio generador materno y paterno y atávico más que las condiciones posteriores de desenvolvimiento del organismo. En una palabra, el temperamento entra en el misterio, por ahora impenetrable, de la generación.

El ambiente que obra sobre el sujeto y determina las reacciones, es físico y social, orgánico é inorgánico.

El ambiente físico-telúrico es el que yo llamo *primigenio*, que ha obrado primordialmente sobre el hombre y que ha debido de tener gran parte en el primer esbozo del carácter étnico. La raza, que es

como un gran depósito de energías y de caracteres, que es como una horma que da la principal fisonomía á un pueblo, la raza, á mi parecer, es efecto del ambiente físico, de la parte de tierra que se habita, del clima en que se vive, de una determinada forma de fauna y de flora entre las que se libra la lucha por la existencia.

Antes que aparezca y se desarrolle el ambiente social, el hombre sufre y reacciona en el ambiente físico telúrico por distintos modos: esto es, los pueblos salvajes adaptándose y los pueblos civilizados modificándolo. De esto proviene que algunas tribus esquimales, viviendo en un clima frigidísimo, muestren bondad en su índole, en tanto que en los pueblos de clima tropical, brotan las flores de la contemplación ascética, el eterno anhelo del éxtasis, que desfallece los miembros y mece á la mente (1).

Así, las primeras civilizaciones surgen en los climas cálidos y después lentamente emigran á los climas fríos, porque cuando el hombre todavía no ha desarrollado ni el arte, ni la industria, ni los productos sociales, tiene necesidad de los climas fértiles, de mucha luz y de mucho calor, de donde el sistema nervioso obtenga la necesaria energía que lo prepare para la lucha de la civilización; tiene necesidad de las grandes cosechas de energía latente, que llevará á los climas fríos, en su peregrinación de sur á norte, de oriente á occidente, empujado siempre por la lucha de la vida (2); de aquí que las grandes civilizaciones septentrionales, en las que se preparan los destinos del mundo, sean hijas de la tierra que besa amorosamente el sol en la frente con

(1) Lombroso: *Uomo delinquente*, v. III, cap. I, Bocca, 1897.

(2) Spencer: *Principios de sociología*.

sus rayos más ardorosos, y en donde vegeta más espléndida la flora y prospera la fauna.

El ambiente climático-telúrico da á algunos pueblos la estatura menguada, á otros la índole guerrera, y ha empujado á nuestros abuelos más remotos al pastoreo y á la agricultura.

Holanda es un país enclavado en un nivel inferior al del mar; la lucha entre el mar que quiere anegarla y el hombre que no quiere que sea anegada, es pues eterna y secular y da un sello peculiar al carácter (1).

Los fugitivos de las continuas invasiones bárbaras, escondidos en las lagunas del Véneto, hallaron en las condiciones telúricas el impulso para arrojar al mar y convertirse en uno de los pueblos más célebres é industriosos que hayan surcado jamás el Océano (2).

Ferrero, en su reciente libro sobre la Europa joven, ha iluminado la psiquis de los pueblos del Norte; no me cabe duda ninguna de que aquella marca psíquica que Ferrero atribuye á la menor pasión erótica y al más robusto idealismo, no deba atribuirse á su vez al clima; de modo que la disminución de erotismo no sea sino una consecuencia del mismo clima, así como una causa de la amplia y delicada compleción psíquica de aquel pueblo.

Pero la acción del ambiente físico-telúrico, que llamamos primigenio, precisamente porque primordial y absolutamente obra sobre el hombre, va atenuándose, aunque perdurando siempre, sin poder desaparecer. Los productos superorgánicos de Spencer, los productos histórico-sociales, tienen precisamente esta finalidad: atenuar el adaptamiento pasivo del hombre al ambiente, substituyéndolo por una

(1) D'Amicis: *L'Olanda*.

(2) Molmenti: *Lecture sulla vita italiana*.

adaptación activa, por medio de la cual el organismo no se modifica, conforme al ambiente, sino que resiste al ambiente sin modificarse, ó modificándose apenas. Los pueblos salvajes están dotados,—al modo que los hombres primitivos,—de una insensibilidad psico-somática; resisten el frío y el calor, la intemperie, las privaciones; toda esta insensibilidad es una gran adaptación pasiva al ambiente: el hombre civilizado, en cambio, resiste al ambiente sin doblegarse; no tiene necesidad de desarrollar una insensibilidad psico-somática; pero, con los productos superorgánicos: trajes, casas, alimentos, provee á su propia conservación en la lucha contra el suelo y contra el clima.

Pero si la acción del ambiente fisico-telúrico se atenúa, no desaparece nunca, y por otra parte, prepara la posibilidad—y poco ha lo vimos—de un más amplio complejo y plasmante elemento: el ambiente social, al que sucede luego el histórico, y de los cuales el primero está formado por el propio grupo social y por los otros con quienes se pone en contacto; el segundo se distingue por la posibilidad de transmitir la experiencia propia y las de la razón y de la especie, no ya por el modo frágil de la memoria, sino por aquel más cierto y seguro de la escritura, facilitando así la futura evolución de la raza (1).

Al carácter, pues, primeramente plasmado por el ambiente fisico-telúrico, se añade la torneadura del ambiente social histórico, como sobre el primer boceto da el artista la última mano, que es siempre la más delicada, la que marca por modo vivo y radiante la obra artística.

En la esohistoria principalmente, y en la protohistoria, está el grupo social que da la conformidad

(1) Angiulli: *La filosofia e la scuola*.

al carácter: en él y por él se forman las primeras ideologías, los primeros conceptos del universo; de allí brotan el culto á los muertos y las religiones, las tradiciones primitivas y las primeras leyendas, las primeras artes y los primeros oficios: el grupo social es el laboratorio de todas las leyes morales ó tradicionales; en una palabra, de la primera vida social, que se refleja en el carácter y lo forma.

El carácter, — como todas las formaciones histórico-sociales, — obedece á una creciente diferenciación; como en el grupo social único, indiferenciado, primero surgen las familias, así de entre el carácter del grupo social surgen los caracteres familiares, sin que por esto la marca social se haya perdido. Se forman aquí — por usar de una imagen gráfica — los primeros círculos inscritos en otro más grande, y de los caracteres de los diversos grupos surge luego el carácter regional, nacional, y, por fin, el carácter humano, que lentamente se viene formando.

El carácter familiar es siempre el que, — después del carácter de la raza, — se imprime en el individuo, tan vario cuanto son numerosas las familias, y que se lleva siempre, durante toda la vida, y tiene — como las demás formas de carácter — su tradición peculiar.

Bien pronto á la forma social del carácter sucede la forma intersocial, determinada por el choque con los caracteres de otros grupos sociales. Vecindad con otros pueblos, enlaces, importación de ideas nuevas, aislamiento, selección servil, etc., etc., son otras tantas diversas modalidades del carácter intersocial, es decir, de la manera cómo los grupos sociales se influyen mutuamente.

Influye mucho en el carácter intersocial el clima telúrico, ó, por mejor decir, una parte de éste: la posición geográfica de un pueblo. La crítica histó-

rica ha estudiado lo mucho que los grandes ríos, los mares internos, los montes inaccesibles ó las fáciles comunicaciones, han contribuido á determinadas civilizaciones, retardándolas ó precipitándolas, dándoles ésta ó la otra traza, tal ó cual otro carácter (1).

El Nilo hace posible la gran civilización egipcia por efecto de la fertilidad del suelo y hace precisos los primeros descubrimientos geométricos; el mar Mediterráneo hace florecer en sus riberas la civilización primitiva de Europa; la posición geográfica dióle á Grecia su grandeza; el clima montañoso — junto con otras causas — hace surgir en Toscana la genialidad artística, que en 1300 llega á su apogeo (2).

Contribuye por modo extraordinario al enaltecimiento del carácter colectivo la densidad de la población, que, intensificándose en las ciudades, hace de éstas laboratorios de civilización, en los que se destruyen las formas viejas y se levantan las nuevas, demostrándose así cuán cierto es que la vida y la muerte están tan cercanas que la una genera á la otra.

Parte del ambiente social es la tradición, la cual obra sobre el carácter no sólo como predisposición conformada por las generaciones pasadas, lentamente, y transmitida á las nuevas, sino también manteniendo vivas y presentes las antiguas estratificaciones del carácter, que, normalmente, tienden á ser suplantadas por las nuevas. Por eso en la educación, reflejo del carácter, según los tiempos y los lugares, según los intereses de una casta ó de una clase, se tiende á formar el carácter, ya evocando el pasado, ya procurando borrarlo.

(1) *Los grandes ríos históricos y la Humanidad.* Crit. Soc.

(2) Lombroso. *L'uomo di genio.*

El Renacimiento no fué otra cosa, — desde el punto de vista del carácter, — que una evocación de los estados de conciencia sepultados, merced al estudio de las lenguas antiguas, con las que aquellos estados se formaron. La sociedad, después del feudalismo, volvía á una forma económica que se parecía á la antigua por varios conceptos; esto es, por el individualismo renaciente, por las nuevas condiciones del asalariado, por lo que el pensamiento recurría — y la hacía revivir modificándola — á la superestructura de una civilización semejante. El Renacimiento pudo, pues, dar frutos, haciendo del pasado greco-romano como el punto de partida del porvenir. La Edad media no había sido más que un *hiatus* entre el mundo antiguo y el moderno, y en cierto modo se la podía anular, si no en sus efectos, en la educación de las nuevas generaciones. El mundo, después de tanto tiempo, perdido el terror á la tumba, recobraba el concepto de la vida en la tierra.

Hoy, el estudio de aquella civilización, — hecho principalmente en los primeros años y cuando no se comprende el fin de una cultura general, — se convierte en un método educativo que no corresponde al tiempo ni á las nuevas evoluciones del carácter: el carácter nuevo que viene formándose habla del hombre y la cultura greco-latina, predica la ciudadanía; habla el uno de amor, de piedad, de miserables que elevar, y la otra, con Aristóteles, dice que la naturaleza ha creado á libres y á esclavos, los unos con la espalda erguida, los otros con la espalda encorvada; éste predica la paz, aquél la guerra; luego hay una antítesis creciente. Querer, como en nuestras escuelas se hace, educar el carácter moderno, evocando, antes de que éste se haya formado, el carácter antiguo y en una edad en la que las primeras enseñanzas plasman al hombre,

vale tanto como hacer revivir en el hombre el egoísmo, que la moderna civilización trata de sumergir bajo el peso de las novísimas estratificaciones altruistas del carácter.

De aquí que nuestros jóvenes cultos, como no secundan de otra manera el naciente carácter humano, sean menos modernos que aquellos que, ó no habiendo recibido cultura han sentido en sí la voz de los tiempos, ó la han tenido menos docta aunque más nueva, por lo que en el consorcio social son aquellos como fósiles que no sienten nada de este mundo que se vislumbra y del que los primeros albos iluminan la mente y dan al corazón una alegría, unas esperanzas jamás por ellos sentidas ni probadas.

El carácter, — decíamos poco hace, — supone un sujeto que responda al ambiente, y el ambiente físico, telúrico, social, que estimule al sujeto; así para que se formen las imágenes hay necesidad de un cuerpo que se refleje en el espejo, y cambiando uno ú otro, la imagen quedará cambiada. Tal es el carácter: es la resultante del sujeto y del ambiente y cambia con el cambiar de uno ó de ambos elementos necesarios.

Así es cómo ha podido ocurrir que cada civilización haya tenido su peculiar carácter; el carácter del mundo antiguo, desde el punto de vista moral é intelectual, fué una verdadera concepción, clara y límpida, de la vida, sin temores pavorosos; desde el punto de vista político fué una sucesión de luchas económico-sociales en el seno de cada ciudad, descansando é irguiéndose sobre el trabajo de millares de esclavos, verdadero subsuelo social, que tiene del geológico los movimientos sísmicos convulsivos. En la Edad media el concepto de la vida se ha entenebrecido y fatigado; la muerte rodea con sus mil temores la existencia; una plancha de plomo,

compuesta de fanatismos, de terrores, de ignorancia, aplasta la mente, mientras se madura un fermento de clases y de pueblos que chocaban entre sí, de invasiones, de luchas entre los feudos y la plebe, y se formaban los municipios; es como una gran reacción de elementos químicos diferentes en una historia inmensa que los contiene. Nuestra edad ha recogido el concepto humano de la vida, la mente se ha sacudido las tinieblas y el sol resplandece en el horizonte; pero está trabajada por este nuevo mundo en gestación que avanza y del que lleva en sí el presentimiento y las señales precursoras.

Tantas civilizaciones, pues, tantos caracteres: mas para advertir esta doble influencia, ya combinada, ya sola, del ambiente y del sujeto sobre el carácter, no es menester recurrir á las manifestaciones solemnes de éste, sino á las contingencias de la vida cotidiana; los ejemplos nunca faltan.

Supongamos como objeto de nuestro estudio á un muchacho que, nacido y desarrollado en el campo, en aquel ambiente rústico, rico en supersticiones y tan á propósito para que en él revivan las viejas estratificaciones del carácter, haya recibido una educación fina y moderna. Este joven, al volver al campo, encontrará el mismo ambiente, pero lo reflejará de bien distinta manera. No creará en mil patrañas campesinas, no tendrá la inocencia ignorante y llena de honradez; el mundo viejo estará en él sepultado bajo los nuevos estratos que la educación y un ambiente más moderno habrán sabido crear.

Nuestros campesinos del mediodía de Italia no son, en su mayoría, más instruidos de lo que eran antes del año 60, y sin embargo, entre los más jóvenes y los más viejos hay una diferencia de carácter, determinada por el nuevo ambiente que se

ha venido formando alrededor de las nuevas generaciones, á causa de la emigración, del servicio militar, del mayor movimiento, de la instrucción adquirida, sino por haber leído, por haber oído leer.

El ambiente esta vez se ha cambiado, reflejándose en el sujeto y creando un carácter nuevo y diverso.

El carácter, ha dicho Sergi, es un organismo constituido por estratos, estratos antiguos y modernos, adquiridos de la raza y del individuo.

Una parte de esta estratificación pertenece á la raza, al plasma zoológico ó zooplasma; otra es propia de la especie, y sobre ésta se levanta el carácter étnico, reconstituyéndose de nuevo con sus variedades, para formar el carácter humano.

La reacción á la influencia externa, con una creciente diferenciación de funciones y de estructura, con la formación de la memoria orgánica, constituye la nota característica del plasma; el empleo y la formación creciente de los centros neuro-psíquicos, son la característica de la especie humana; el modo diverso en la aplicación de la psiquis en orden á la modificación del ambiente telúrico, creando el nuevo ambiente social, constituye el carácter diverso de los pueblos y de la civilización; hasta que al reunirse, por último, varios estratos sociales en uno, en que, desaparecida la muchedumbre inter-social, se haya obtenido la solidaridad de la familia humana, vuelta á domar la naturaleza, constituya el carácter humano, que se viene formando.

Entre estas grandes estratificaciones se intercalan otras de menor importancia, al modo como se encuentran entre las páginas de un libro cartas que no guardan con él ninguna relación de sentido ni de unidad.

Nosotros llevamos, por ejemplo, en los estratos inferiores de la raza, el terror religioso, el concepto

de lo sobrenatural, tan vivo y permanente en los momentos de crisis de nuestra alma, y no sólo el terror religioso, sino toda la vida psíquica, la llevamos como una herencia y una estratificación del carácter de la raza, como está bien demostrado por Sergi: entre la psiquis humana y la animal existe únicamente una diferencia cualitativa, no cuantitativa.

El carácter de sociabilidad, que se encuentra es cierto en algunos insectos, como las abejas y las hormigas, entre los vertebrados inferiores, entre los antropoides; en el hombre alcanza su mayor desenvolvimiento; éste es un carácter preferente de la especie; así, sobre este carácter, por excelencia humano, se levantan los varios caracteres étnicos. Los pueblos septentrionales de Europa, los pueblos germánicos y anglo-sajones, llevan — como sello étnico — una elevación de la masa, una coordinación de los individuos con tendencia á condensarse en el trabajo colectivo de las grandes masas; el pueblo latino tiene, como marca propia, la individualidad gigante y aislada; no es éste como plantío de arbus-tos que no cede y que resiste, como el pueblo del norte, sino como conjunto de árboles de recio tronco que el viento abate y la lluvia azota.

Pero, estratos de la raza y de la especie, estratos étnicos é individuales, estratos adquiridos y congénitos, se organizan, en los hombres y en los pueblos normales, en un todo compacto y evolutivo. El detenerse en un estrato sin adquirir otros nuevos, adquirirlos nuevos sin cimentarlos sobre los viejos que resurgen, son dos formas patológicas del carácter: la primera es una forma retrasada, de quietud, y la otra de desorganización degeneratriz, y ambas constituyen la forma patológica del carácter, así de un individuo como de un pueblo.

Al estudiar, pues, el carácter de un pueblo, es

importante conocer su dinámica y su estática psíquica, su modo de sentir y de pensar, conocer sus estratificaciones viejas y recientes; observar de qué modo sobre el fondo común del carácter de la especie se han ido asentando las estratificaciones de tal pueblo determinado; los que concretándose en una unidad han formado luego el que se llama carácter individual; y, en fin, importa saber cómo éste — si puede permanecer invariable, patológicamente, — es sumamente progresivo. Así es cómo se aprecia el carácter de un pueblo respecto de los otros, tratando de averiguar si se ha detenido ó ha retrasado, al madurar en las vicisitudes históricas, las nuevas formaciones. Este es el examen que haremos en el siguiente capítulo respecto al carácter del mediodía de Italia.

CAPÍTULO II

EL CARÁCTER MODERNO

El carácter, tomado en su sentido más amplio, es un modo de responder á la influencia del mundo externo, que nos rodea por todas partes, como el aire que respiramos; que nos trabaja, ya por modo visible ya por modo inadvertido; que en ciertos momentos nos produce la ilusión de nuestro predominio y en otros el convencimiento de una tiranía que hay que sufrir adaptándose, ó ser arrollados, pero que obra continuamente sobre nosotros, provocando reacciones que bien son ligeras, ya vivas y poderosas, las que pueden ser ó como de una sola marca, que las distinga á todas; ó pueden ser variables como tantos toques dados por distintos pinceles, cada uno de los cuales refleja un distinto momento psíquico.

Pero este estado de ánimo, que consiste en responder de varios y diversos modos á las influencias externas, fué un tiempo, y es aún para la gente inculta, el fenómeno normal que con el precepto educativo, viene á ser substituído por aquel otro, por el cual concertándose en una unidad los estados de conciencia, la reacción de la psiquis se hace siempre igual y uniforme é inspirada y emanada de un sentimiento y de un pensar útil á la especie. La psiquis se ha convertido, de este modo, en un instrumento

musical, en cuyas teclas suena la respectiva nota, solamente, y todas se combinan en una magnífica armonía.

Esta correspondencia á los estímulos del ambiente, siempre uniforme y elevada, siempre en orden á la utilidad de la raza, constituye como un sello que ha recibido el nombre de carácter, carácter por antonomasia, lo que verdaderamente es digno de ser apreciado y estimado.

Una extraña ilusión rechaza esta forma desarrollada y superior del carácter, en la juventud de la humanidad, así como rechaza el imperio de la bondad y de la felicidad humana. ¡Extraña ilusión que perpetuamente ha atormentado al hombre! La imagen dantesca de los condenados á llevar la cabeza vuelta atrás por haber mirado con exceso á lo porvenir ha constituido siempre el castigo de la humanidad: los paganos creyeron en el reinado de Saturno, los hebreos y los cristianos en el paraíso terrenal; los románticos volvieron sus ojos á la Edad media; los neomísticos á los manantiales del cristianismo; Rousseau, Reclus, Kropotkine al estado primitivo en la naturaleza. Es un error humano — de las formas seniles de mentalidad — tener el ojo puesto en lo futuro transportándolo al pasado, como quien mira reflejado á sus pies en un estanque el inmenso cielo estrellado que se extiende sobre su cabeza.

La concepción del carácter ha sufrido esta ilusión; nos imaginamos que debe encontrársele en el pasado, y lo evocamos cuanto es posible: ¿qué otra cosa es nuestra educación clásica? Pero el carácter está en lo porvenir, y es como la estrella que brilla á lo lejos y que nos envía débiles rayos, pero por la que un día podremos ser alumbrados, si como el joven de Longfellow sabemos ascender á la montaña con la palabra mágica en los labios: ¡jexcelsior! Por eso

Bellamy, que ha descrito la vida en el año dos mil, dándolo como transcurrido, borrando de golpe la ilusión, acaba de este modo: el año dos mil no lo tenemos sino que está delante de nosotros, vendrá pronto si sabemos conquistarlo.

El futuro carácter humano no tendrá ni la impulsividad morbosa, ni el odio al trabajo, propio en algún tiempo del hombre salvaje, y reviviente hoy en los criminales y en los niños (1).

Se desarrollará en orden á una creciente estabilidad y se inclinará siempre al bien propio y al del prójimo, pero no hasta el punto de que no quede rastro de lo que fué en lo pasado, ya que las formaciones histórico-sociales, como las biológicas, están constituidas por capas, de las cuales las inferiores pueden resurgir ó perdurar.

Pero, no obstante las formas inferiores del carácter, la evolución progresiva de éste no se interrumpe nunca, haciéndose cada vez más estable, normal y uniforme; de modo que la movilidad criminosa ó indiferente es la nota de un carácter superior, y hacia este carácter ideal, acaso inasequible, tiende el carácter humano.

Sin embargo, el carácter, si es algo formado por el pensamiento y el sentimiento, por una estática y una dinámica, también es un reflejo, no puro y sencillo, sino vivo y sugestivo, del ambiente; si el carácter moderno tiende á la uniformidad como escuela y marca, hacia la normalidad como fin último, en buena parte se debe al ambiente. Su estudio supone, pues, el análisis del ambiente social moderno, de la estática y la dinámica de las cuales se está formando la tendencia, el espíritu informador.

El ambiente social, decíamos, se va determi-

(1) Lombroso: *Uomo delinquente*, vol. I. — Pérez. *Psicología de la infancia*.

nando por obra del ambiente telúrico y por el instinto social que el hombre lleva en sí como herencia de la raza animal, de vencer y de librar la lucha por la existencia.

Aun antes de que las formas animadas lleguen al hombre, en el mismo mundo vegetal, la sociedad es uno de los medios de luchar por la existencia. Las primeras sociedades animales y vegetales indiferenciadas, los llamados cenobios, que preludian la sociedad federada de células, los metaroides, no tiene más resultado útil que el aumento de volumen que impida á un ser el ser incluido en otro. El cenobio en sus líneas fundamentales tiene este objeto, al que se une el de la división del trabajo y de diferenciación de las partes.

Establecida la federación celular diferenciada é integrada, la que á nosotros nos parece una unidad y la que llamamos organismo, nace la necesidad de la primera sociedad animal. Algunos articulados, algunos insectos, como las hormigas y las abejas, desarrollan las primeras formas sociales animales, pero por bajo de éstas, en los microorganismos, existe ya la forma colonial social y la forma simbiótica.

El hombre, pues, tiene la tendencia, el instinto de la sociabilidad, el ambiente físico telúrico lo empuja, y así, vemos cómo las primeras formas sociales han sido grandemente ayudadas por los climas cálidos (1), en donde surgen los primeros grupos sociales, los cuales van de los Weddab de los bosques, que viven en junto, á las hordas aún indiferenciadas, y á las más complejas formas sociales que son capaces de limitado ó de indefinido progreso; como el óvulo que puede convertirse en organismo ó quedar para siempre como célula.

(1) Spencer: *Principios de Sociología*.

Acercantado el grupo social é impelido por la necesidad del alimento, se expansiona, llegando al choque con los otros grupos; es el primer momento de diferenciación en su propio seno, ya que así surge la casta guerrera, en cierto modo inestable al pronto, estable luego en definitiva. Perpetuándose el estado de guerra, dejando aparte al grupo que provee al mantenimiento, que se dedica al pastoreo y á la agricultura, está el que combate, conquista nuevos territorios, matando al enemigo. Es la lucha por la tierra, que se transforma luego en lucha no sólo por el suelo, sino también por los habitantes, que no son muertos, sino retenidos como esclavos.

Cuando surge la esclavitud la sociedad está diferenciada en clases, de las que las más ínfimas se forman de los pueblos vencidos y las más altas de los pueblos vencedores, y ocasiona no sólo una lucha externa intrasocial, entre los grupos, que, sometidos luego, unos á los otros constituyen los primeros elementos étnicos; sino también otra interna, en el propio seno, entre las clases inferiores destinadas á la producción y al comercio y las superiores destinadas á la guerra, ó á las necesidades ideales de la sociedad.

Junto á estas luchas existe la que se dirige á extraer de la naturaleza los medios de subsistencia y vida, que es combatida al principio empíricamente y luego con los medios que la reflexión ha sabido crear. Estas tres formas de lucha se complican y se confunden: la existencia social se convierte en una lucha contra la naturaleza avara, combatida por una clase por las otras, que ya atienden á las necesidades intelectivas, ya ejercen funciones parasitarias; es una lucha de la que cada cual quisiera gozar, sustrayéndose al ingrato deber del trabajo; por ello unos pueblos tratan de sobreponerse á otros pueblos y clases á clases.

Ahora bien; no conviene olvidar que acaso los pueblos dominadores ó las clases superiores han representado ó un grande interés social ó un principio de civilización, pero, transcurrido algún tiempo, se han venido á convertir en parasitarias, por abuso del poder político social, que enerva. Ni hay que olvidar, además, que la lucha contra la naturaleza, hecha con determinados instrumentos de trabajo y bajo esta presión social, no es estable, sino que varía reflejándose en todo el conjunto social, sobre el sistema político y sobre la superestructura ideal, de donde se deriva que cada nueva forma económica polariza por modo distinto las almas.

Tales luchas sociales entre las clases y los grupos, han sido siempre adustas y crueles, y tan sólo ahora tienden á convertirse en luchas ideales y á desaparecer. La tierra contiene riquezas inexploradas, que bien pueden ser obtenidas por el hombre dirigiendo la actividad que emplea en luchar intersocialmente, contra la naturaleza avara; el pensamiento ha dado á los hombres los medios de extraer de la naturaleza las subsistencias y las riquezas para que cesen de combatirse, de donde las dos formas de lucha, intersocial y de clases, prometen convertirse en lucha contra la naturaleza, y la humanidad, diferenciada por la lucha por la existencia, por el clima telúrico, en tantas unidades étnicas, recomponiéndose con la variedad del genio, formado en tan fortuitas vicisitudes, constituirá una sola gran familia.

Asistimos al alborear de un gran día; aquel en que la humana fraternidad será consagrada por el trabajo de millones de hombres, por la mayor integración, después de milenarios diferenciamientos: los siglos venideros serán el prisma que recompondrá el espectro solar en un hermoso rayo de luz blanca y resplandeciente. La ilusión del pasado se concreta

en lo porvenir, y quien refleje el ambiente social de hoy, lleva en sí mismo un nuevo sentido humano, que los genios y los santos de la humanidad atisbaron, pero que nuestra edad verá cumplido.

La estática moderna de la psiquis consiste en la cultura y en la reflexión del pensamiento: la humanidad ha comenzado por el pensamiento nada ó poco reflexivo, antes inconsciente é irreflexivo. El pensamiento, que es una manifestación lenta de la psiquis, que al principio es una memoria de las impresiones externas confusas y poco agrupadas en torno á escasos centros que se hacen cada vez más numerosos y enlazados entre sí, por último se convierte en una facultad que se educa.

En la materia protoplasmática más simple é indiferenciada comienzan — á un tiempo — bajo el estímulo del ambiente externo la vida, la psiquis. El *plasson* reobra por los estímulos y de la reacción que sobreviene queda impresa una modificación, que es, juntamente, hecho biológico y psíquico. Las reacciones posteriores se siguen y acentúan esta doble tendencia: la vida una, indiferenciada, se bifurca en una vida del organismo y en otra de la psiquis. Bajo la influencia de esta acción continua del ambiente, de la primera forma de memoria orgánica se desenvuelve la psíquica: la memoria orgánica permanece como el fondo primigenio sobre el cual se ha elevado la otra, haciendo así, que el cúmulo de experiencias que forman la memoria psíquica se agrupen en otros tantos centros entrelazados y distintos, que se requieren mutuamente.

De esta forma de memoria nace el pensamiento, que está formado de tales recuerdos, — partículas elementales del pensamiento; — de nuevas y viejas percepciones y de las conexiones y relaciones que existen entre ellas. Hecho, así pues, el pensamiento, de hechos presentes y de recuerdos, refleja el am-

biente, que es el manantial de todo nuestro mundo intelectual y lo refleja primero por modo inconsciente, sin estudio; se piensa porque el pensamiento se ha heredado como dote psíquica, y tiene su fundamento en el protoplasma de que se teje y deriva el organismo. Pero, en seguida, se torna autodidacto; si la experiencia le ha demostrado que puede por sí mismo cambiar de método para obtener mayores efectos de reflexión del ambiente y si reflejar mejor el ambiente vale para luchar mejor por la vida ¿por qué no usar de las nuevas adquisiciones? Así surge la educación creciente del pensamiento: por lo que nuestra edad — observando y tomando como término de comparación al pensamiento — puede llamarse edad del pensamiento reflexivo, así como la antigua fué la edad del pensamiento inconsciente. En sentido genérico, pues, en esto consiste la evolución del pensamiento: la estática del carácter moderno es la del pensamiento culto, que dirige é ilumina el carácter.

Esta característica es tan general, que nada obtendríamos de ella, si no la tentásemos nosotros á ilustrar revelando los conceptos del universo á que el pensamiento reflexivo se haya elevado.

El pensamiento de la edad antigua tuvo del mundo un reflejo que nosotros reteníamos erróneamente y que se personificó en dos errores: error geocéntrico y antropocéntrico; por los que, si el mundo que habitamos fué considerado centro del universo, el hombre fué tomado como árbitro de la naturaleza.

Contra estos dos errores, el pensamiento reflexivo ha reñido las más hermosas batallas, desde las geniales intuiciones de las primitivas escuelas filosóficas griegas hasta el Renacimiento italiano; en cuyo período la especulación se avalora con la investigación científica, que se extiende á todos los ramos del saber, y que hoy permite reconstituir la ciencia

en unidad grandiosa, que arranca de las formaciones astrales y planetarias y por la escala del ser llega al hombre. Además de esto, ella se convierte en evolución psíquica y por tanto social é histórica: el universo ya no es una serie de hechos aislados, sino un solo orden. La caída del error geocéntrico y antropocéntrico llega definitivamente y con ella surge el concepto de que la naturaleza tiene sus leyes fijas é inmanentes.

El mismo pensamiento religioso, que, para contraste de la ciencia, perdura en el pensamiento moderno, como una aspiración continua al ideal y que aun cuando se desenvuelva en la forma concreta de una revelación cualquiera, al soplo purificador del pensamiento pierde la exterioridad del culto, la intolerancia del fanatismo y queda sólo el campo de la fe. Esto que parece un peligro social, una fuerza detenida en la historia, es por el contrario como un mundo que lleva cada cual en su interior, poblado de las más halagüeñas esperanzas; un mundo colocado fuera del tiempo y del espacio y tan bello y puro como quisiéramos que fuese este triste mundo en que vivimos.

Este pensamiento, pues, completamente moderno, tiende á difundirse abajo en los estratos menos evolucionados de la muchedumbre: es una tendencia general, pero más amplia y profunda en los pueblos más modernos y se extiende á modo de noción clara, sencilla, cierta como pensamiento, esto es, como positivamente cierta.

Sobre este substrato se elevan, ó tratan de elevarse, las varias culturas especiales de las artes, profesiones, oficios, ciencias: como del fondo de la fe se elevó toda la Edad media.

En una palabra, el pensamiento especializado vive del substrato general del pensamiento: esta es la tendencia de todos los tiempos y lo mismo del

nuestro; en los pueblos de gran cultura, obsérvese, que los estratos inferiores respecto á la concepción del mundo no pueden ya resurgir: son como aquellos muertos á quienes se niega toda resurrección, y en tal concepto el pensamiento es un organismo, si no se convierte en sucesión de estratos caóticos.

Paralelamente á la estática se ha ido desenvolviendo la dinámica del carácter moderno: ha experimentado ampliamente en el camino de la vida y de la convivencia social una evolución, que va del sentimiento egoísta al altruista. El altruismo no está sólo comprendido como un fenómeno nuevo del egoísmo: está contenido, junto con el otro sentimiento inspirador de la vida, en las formas más sencillas protoplasmáticas. La mónera que, por exceso de nutrición, se desgaja en dos seres distintos, cumple la primera y más rudimentaria forma de altruismo; el acto de la generación que se complica, ascendiendo en la vida, es la forma primigenia y más elemental de altruismo al mismo tiempo. Antes bien está ésta ligada estrechamente á la función egoísta de la nutrición: es un desprendimiento de materia cuando puede, por razones de mecánica, contenerse malamente al rededor del núcleo: sólo, en las formas celulares más evolucionadas, se verifica aquella gran participación del núcleo, y del nucleolo, que de una función puramente mecánica, hacen una función vital. Ahora bien; aunque las dos bases del sentimiento, egoísmo y altruismo, nazcan á un mismo tiempo y se confundan con la vida biológica de la célula, sin embargo, el egoísmo se desarrolla antes y en mayor manera que el altruismo, que, en gran parte de la escala social, continúa estando reducido á las funciones de reproducción, y dura por tiempo determinado. Es un primer grado de altruismo formado por el amor y simpatía entre

los dos sexos; así se dan raramente en un mismo individuo la simpatía por el sexo contrario y el amor á la prole: existe como una división de funciones por la que el macho escoge la compañera, la disputa por todos los medios, mientras ella se reserva el conceder sus gracias al vencedor en este cruento torneo de amor. Pero si el macho tiene preferencia por la finalidad sensual del amor, la hembra tiene la de la maternidad: y todas aquellas por las que nutre, por las que defiende á los pequeñuelos; y aunque por breve tiempo, sin embargo, á ella y por ella se debe que el más fuerte altruismo, el de la maternidad, se inicie y se desarrolle.

El sentimiento social aparece muy tarde en la escala zoológica, y siempre, y por completo, está subordinado al interés de la especie; esto es, á un más amplio egoísmo. Las abejas, que tienen, no obstante, un sentimiento social no evolucionado, matan á los machos cuando ya han cumplido la proliferación y obligan á los enjambres viejos á emigrar cuando se han formado los nuevos.

El sentimiento de la amistad y de la fidelidad se presenta mucho más tarde: en la escala zoológica inferior al hombre, no lo posee más que un solo animal, el perro, y no respecto de un individuo de la misma especie, sino de la especie superior, hacia el hombre, en quien comienza el continuado elevamiento del altruismo. En efecto, colocado en medio de un ambiente indiferente ú hostil, ha debido sentir la necesidad de juntarse apretadamente con sus semejantes para triunfar. Su existencia ha estado sujeta á un solo pacto, á una sola condición: la unión; la vida propia conexas con las de los demás; el altruismo, en una palabra.

Sin embargo, hubo un lento desarrollo de esta nueva adquisición sentimental que no debía destruir la antigua sino reforzarla. Las civilizaciones

—consideradas una por una—son una prolongación y expansión del sentimiento altruista y caminan por etapas: emociones familiares, de parentela, sociales, humanas. Las emociones familiares existen en la especie inferior, pero corresponde al hombre y á los más altos grados de la humana civilización, haberlas desenvuelto en aquel amor, más altruísticamente evolucionado, de los hijos. Los dos sentimientos poseídos por el individuo del otro sexo: los que llamamos pasión erótica y amor á los hijos, se han completado en la emoción familiar como lo concebimos ahora, como necesidad de complementarse el hombre por la mujer para obtener hijos, que sean de los dos seres que los hayan generado el mayor afecto, la pasión más intensa y el más grande orgullo. A cuyo sentimiento responde el de la prole.

Mas para alcanzar estas cimas de las emociones familiares, para respetarlas y educarlas para sí y para los demás ¡cuál y cuán largo camino! De aquel salvaje que aplastó la cabeza de su pequeñuelo contra la roca porque le había tumbado un cestillo de conchas marinas, á la piedad de aquellas mujeres que por sus propios hijos ponen su propio afecto en toda la infancia doliente, ¡qué inmenso camino ha recorrido la humanidad!

Conexas con las emociones familiares están las de parentela (emociones parentales), de aquella pequeña sociedad en la que da el hombre sus primeros pasos y á la que se retira indiferente ó vencido de la lucha social. ¿Qué otra cosa son, en efecto, las emociones parentales, sino un reflejo del amor al cónyuge y á los hijos, ampliado á quien, como nosotros, quiere bien á éstos y es pagado con lo mismo?

No es más la afectividad á una persona, pero es la vida afectiva suya vivida por nosotros, y la primera forma de parentesco comienza en los hermanos

y se prolonga al extenderse ó intensificarse las formas familiares. Sólo cuando la familia ha llegado á la unidad monogámica, la emoción parental ha progresado al mismo paso.

El parentesco fué en las primeras formas del clan, toda la sociedad: «gens» viene de *gan*, en sanscrito generar; gens son aquellos entre quienes se ha nacido; la tribu nace como unión de *gentes*, de grandes familias que se mueven en esfera más amplia que abarcan los brazos, pero entre las que, sin embargo, hay contiendas y disentimientos. Poco á poco las *gentes* abandonan los matrimonios consanguíneos y se entrecruzan como las ramas de los árboles de una selva, como olas que se cortan por mil puntos en la inmensidad del Océano (1).

Privativas son, pues, de los pueblos que progresaron las emociones del parentesco, que de las clases altas descienden á las bajas, en donde todavía están poco ó nada desarrolladas y sobre ellas se forman las emociones sociales.

Las emociones sociales están primeramente comprimidas, relegadas al ámbito de la clase y limitadas al territorio. Por eso son una continua exclusión: las clases simplifican, sus propias relaciones pierden la antigua dureza, mientras las sociedades se agrupan en naciones. Las emociones sociales marchan, así, á través de una creciente solidaridad; aun no ha transcurrido del todo el tiempo en que ciudades hermanas se combatían sañudamente, en que los comunes italianos arribaban á sangrientas guerras llamando al extranjero, en que Sibarís era destruída por Cotrona. Y todavía hoy, las naciones — con odio decreciente — amenazan con volver á desencadenar una de aquellas conflagraciones internacionales que destruían toda la civilización, que los

(1) Spencer, *Las relaciones familiares*.

más varios y disparatados prejuicios han sacudido á la humanidad como mar tempestuoso: prejuicios étnicos, religiosos y de clase; pero sobre este mundo ya puesto, ó en el ocaso, desciende la paz y de miles de pueblos surge la humanidad. Bien lo sabéis vosotros ¡oh apóstoles de la humanidad, que por este ideal desafiasteis galeras y patíbulos! ¡vosotros, raza eterna de Dios, que no tendrá nunca fin!

Mas el sentimiento, para que sea el impulsor del carácter, la hélice de la nave, de la que es el pensamiento el timón, es menester que sea proporcionado al fin y normal: un aumento ó una disminución en la sentimentalidad implica aumento ó disminución de querer. El sentimiento perfeccionado exige una larga educación que nos aleje de la impulsividad y de la inconstancia de las psiquis débiles, enfermizas. La normalidad del sentimiento, en cuanto al contenido y á la persistencia, es condición de los pueblos evolucionados, como de los individuos cabales y es — digámoslo claro — una de las dotes del carácter. El genio — se dijo — es una gran paciencia, el carácter es un constante y normal responder á las reacciones del ambiente, y ésta es precisamente la dinámica moderna del carácter, el cual, como hoy se nos ofrece en los pueblos que están en la cumbre del progreso social, está iluminado por un pensamiento, que refleja la concepción final del mundo; está guiado por un sentimiento altruista y se desarrolla en el ambiente social vastísimo de la Humanidad.

Consideremos algunos aspectos de este carácter, moderno en el pensar, altruista en el sentir, humano en su desarrollo, confrontándolo con las formas inferiores del carácter, superadas por otra parte, ó retardándose en los pueblos bajos ó poco evolucionados.

El carácter moderno es esencialmente difusivo, y el esfuerzo de la cultura de una nación se encami-

na á difundir entre los bajos estratos sociales la estática y la dinámica del carácter, y con éstas el carácter mismo. En las sociedades modernas la cultura ha perdido su sello de privilegio, y no obstante todas las teorías sobrehumanas, tiende á generalizarse y á invadir el fondo social. El mismo substrato social comprende que puede gozar de los frutos de la sociedad con sólo elevarse ¿y qué mejor elevación que ascender á la cima de la cultura, en un mundo en el que la evolución de biológica se ha hecho psíquica, y en el que trata de desarrollarse en esa dirección?

Pero el encumbramiento de la masa, si bien es indicio de la juventud de un pueblo, lleva en sí mismo, sin embargo, constantemente un hecho: la atenuación de la genialidad individual.

El genio, como planta que nace en medio de los eriales, brota allí en donde la pobreza intelectual la rodea ampliamente, pues que la naturaleza parece disponer de fuerzas grandísimas de compensación, y cuando un órgano decae en su funcionamiento, una fuerza compensadora se desarrolla en otro.

En el campo de la fisiopatología el hecho es verdadero é incontrastable: cuando una parte del corazón funciona malamente, desarróllase en la otra una hipertrofia compensadora; cuando un hemisferio cerebral se destruye, trata el otro de sustituirlo. Así, en el mundo moral; cuando la masa es poco culta, surge el genio, el cual amengua ante la genialidad colectiva. Ya sea un hecho verdadero, la relación entre la genialidad individual y la colectiva, bien sea una falsa apreciación, error por ilusión de óptica mental, que hace aparecer menos alto al genio en medio de una masa de pensamiento evolucionado, es lo cierto que la observación no es nueva, como no es nuevo que en las sociedades viejas surge la anticipación genial de lo porvenir que

luego en las sociedades jóvenes irá actuando. Y me parece que, si es verdad que la genialidad es fenómeno degenerativo, deberá nacer en las sociedades poco evolucionadas y seniles, es decir, en un ambiente degenerado. Por otra parte, si el genio se anticipa á su tiempo, si ve más allá de lo que pueden atisbar sus contemporáneos; la actuación y la comprensión de su pensamiento requieren un esfuerzo mayor que el que puede emplear la sociedad senil en que vive; lo que viene á ponerse en práctica en las colectividades jóvenes y llenas de energía.

Cosa semejante ocurre con la pasión; si el genio es un desarrollo excesivo de la inteligencia en medio de la medianía intelectual, la pasión grande en medio de la escasez pasional altruista, es, como la genialidad, un producto patológico degenerativo, y como ésta es una compensación de la naturaleza para la conservación de la especie.

El genio y el gran apasionado del bien, el santo, no en el sentido eclesiástico de la palabra, se presentan en los momentos difíciles; son individuos desligados del ambiente en que viven, son una fuerza de conservación de la especie y de perdición del individuo.

Pero el encumbramiento de la masa, en el campo de la inteligencia y del sentimiento, vale mucho más que la inteligencia aislada del genio y la sentimentalidad del santo; como lo demuestra la experiencia histórica con la civilización, que favorece, no á los pueblos decrepitos inundados por la luz del genio y por el consuelo del altruismo, sino á aquellos en que el pensamiento y el sentimiento son cultos y evolucionados en la masa.

Pero aún hay más: cada elevamiento de la masa —intelectivo y pasional— se acompaña de una mayor integración y subordinación de los individuos,

como en el campo biológico todo organismo muy evolucionado está compuesto de partes muy integradas y diferenciadas. Ahora bien, esta coordinación y subordinación de la masa es signo de superioridad social; es fuente de mayor trabajo social: bien puede el individuo, como en los pueblos latinos, ser superior al de los pueblos del norte, que la masa latina, demasiado individualizada, vale menos que aquellos hombres de cerebro duro pero de más fácil ensambladura. En el campo biológico ¿no son los animales inferiores aquellos cuyas células tienen menos conexión entre sí, con mayor espacio intercelular, en comparación del hombre y de los tejidos superiores, en los que el espacio entre célula y célula es más breve y el tejido más compacto?

Así el carácter moderno significa elevamiento de la masa mediante un mayor trabajo social.

Otra de las dotes del carácter moderno es una más amplia participación en la vida pública: ¿qué es ésta, en efecto, más que el conjunto de las ideas y sentimientos que se disputan la dirección de la vida social? Y por otra parte, estas varias tendencias y direcciones, que pudieran encauzarse y convertirse en manifestaciones anormales, encuentran en la vida pública la más alta corrección; por eso reputamos el partido como la forma más equilibrada de muchedumbre, y la vida pública el campo de sus manifestaciones; como, por lo contrario, la secta es la forma patológica.

En donde la vida pública es más amplia, más intensamente vivida, allí la generación social está más garantida y el progreso del sectorio se hace evolutivo y científico; además, la vida pública es tanto mejor cuanto más moderno es el pensamiento de un pueblo y su sentimiento más altruista. Ahora bien, estas dos condiciones forman el carácter de los pueblos civilizados; de donde podemos deducir

que, cuando nos encontramos ante un pueblo de carácter normal, debemos esperar que sea de elevada cultura, de alta producción social, de vida pública entera, amplia y honradamente vivida, ya que la honradez en la vida pública tiende á un continuo mejoramiento, y si, como dice Sighele, está menos desarrollada que la moralidad privada, sin embargo, se levanta como una espiral continuamente hacia más altas formas.

Las antiguas democracias tuvieron un gran interés por la vida pública, pero aportaron consigo un gran daño, constituido por los esclavos — del subsuelo social — dados á su vida pública. Fué el esclavo un perenne peligro para aquella civilización, corrompió y fué corrompido, y cuando predominó la corrupción en torno suyo, convirtiéndose él al cristianismo, ejerció sobre el Estado, al propagarlo, una acción disolvente, más peligrosa que todas las rebeliones serviles, y Roma, que repetidas veces triunfó de ellas, ni se salvó de la corrupción ni de la nueva orientación de la esclavitud hacia el cristianismo.

Y concluyamos así: el carácter moderno está formado por una concepción científica del mundo y por un sentimiento altruista; se desarrolla y desciende á las masas incultas, elevándolas; á la genialidad y á la sentimentalidad individual las substituye la colectiva, mucho más grande y fecunda en labor social; esto se demuestra no sólo en la vida privada sino en la cosa pública, de la que eleva la moralidad.

A la luz de este — que llamamos — carácter moderno, acendraremos en el próximo capítulo el carácter del Mediodía de Italia.

CAPÍTULO III

EL CARÁCTER DEL MEDIODÍA DE ITALIA

Al referirnos al carácter de un pueblo, considerándolo á la luz de la ciencia positiva, debemos apreciar en mucho las impresiones recibidas y los datos estadísticos, y cuando falten éstos el conjunto de las pruebas indirectas que nos sea posible reunir.

Así del Mediodía de Italia, que yo he estudiado ampliamente, viviéndolo y confrontándolo con el septentrional, recogido un tanto fuera y mucho en los estudios de revistas y de libros. Las vicisitudes de nuestra vida política, literaria, científica, industrial, etc.,—en suma, la vida nacional de estos últimos tiempos—ha puesto constantemente en evidencia la diferencia de los dos caracteres y la superioridad del del norte sobre el meridional; el uno ha ido acercándose á lo que hemos llamado el carácter moderno, que va desarrollándose preferentemente entre las razas del norte; el otro está aún muy lejos de ello; se apoya el uno sobre el valor de la masa y la escasa genialidad individual, el otro en cambio sobre la masa baja, deprimida, poco coordinada y subordinada y la genialidad aislada; está formado el uno como cadena de montes poco altos pero que sirven bien las condiciones orográficas del

país; el otro de ligeras ondulaciones entre las que se yergue la gigantesca montaña que parece confundirse con el cielo.

De este carácter atrasado del mediodía de Italia, estudiaremos nosotros la parte estática y la parte dinámica.

Comenzando por la estática del carácter, es decir por el pensamiento, decíamos que es poco culto en lo bajo; unilateral en lo alto. Tras de tantos años que la instrucción es obligatoria, estamos en tal condición que abunda la masa de analfabetos.

Recorriendo los varios presupuestos municipales, lo que se nota es la exigüidad de lo consignado para la pública instrucción y nunca las cantidades fijadas se dan por entero.

Las escuelas son lo más antihigiénico que puede imaginarse; de tales escuelas se sale miope, desatento, descorazonado, como de un largo tormento.

Pasando de las escuelas á los maestros, no es mejor la escena: la *Novela de un maestro*, que De Amicis con su arte nos ha regalado, no es sino la pura verdad, acaso algo menos que la verdad. Al maestro no se le paga, se le tiene en una situación de servidumbre, adepto á todas las autoridades locales, sujeto á ser político, digámoslo en puridad, acaso objeto de escándalo en el país.

La condición de los escolares no es más próspera: en los pueblos van á escuela en invierno, ó hasta que comienzan las labores en el campo, sucios, hambrientos, pospuestos en la enseñanza á los hijos de los principales del pueblo, y cuando han crecido algún tanto, se les saca definitivamente de la escuela.

La misma instrucción que se da es en suma tan elemental que, aun cuando se diese como es debido, sería de poca ó de ninguna importancia: yo he encontrado, en resumidas cuentas, que cuando se sale

de la escuela tan sólo se sabe leer medianamente y escribir poco ó nada; de la instrucción moderna y de la educación del carácter qué queda, ó mejor ¿qué se aprende que valga la pena de conservarse? Pues bien, este abandono de la instrucción elemental — la que debiera ser el fundamento de toda la cultura nacional; — depende de dos causas que se completan y que indican la inferioridad de nuestro carácter. Son: el prejuicio de la parte directora, que teme de la instrucción un peligro social, en lo que la experiencia de las naciones civilizadas demuestra lo contrario; y la inconsciencia de la plebe, que no sabe pedir un exacto cumplimiento de la ley de instrucción pública; causas que se completan, pues, como en un engranaje las mellas de una rueda con los dientes de la otra.

A tal punto hemos llegado, que los programas y los reglamentos ministeriales últimos son de una longanimidad y de una liberalidad inmensa ante el cerrado é ignorante método de nuestros municipios del mediodía, para quienes la instrucción existe sólo como una negación en los presupuestos y no como uno de los más importantes servicios públicos.

Así, la cultura en los estratos superiores es defectuosa y unilateral; se dirige, no ya á tener un fondo de saber general verdaderamente moderno, indispensable, sobre el que se enderece la cultura especial de este ó de aquel campo, sino á recalcar la vieja cultura clásica, en donde se glorifica toda una civilización lejana que, — á los ojos del carácter moderno, — debe de parecernos bárbara. Por ella vivimos en un tiempo en que el imperio de la fuerza, la carencia de piedad, el prejuicio étnico, predominan en los hombres: así ¿es maravilla que del estudio de estos tiempos se salga con una dureza que no tienen los tiempos modernos y sea el sueño del ánimo no lo por venir sino lo pasado?

Esta manera de educación, nefasta siempre en donde el ambiente está impregnado de un gran porvenir, en donde todo habla al corazón y á la mente de solidaridad humana; se convierte en más dañosa mil veces entre nosotros, en donde se vive todavía del viejo clima histórico-social del pasado; en donde aun rige la dureza antigua de las costumbres, en donde la fuerza bruta tiene su culto, en donde la servidumbre se lleva como hábito clavado en el alma. Y es dañosa, no sólo al carácter, sino también á la mente; de aquella mole de cogniciones cogidas someramente y con furia, se sale en un estado de agotamiento mental, de psicoastenia, como se sale de una larga orgía en la que toda la energía juvenil se haya ido disipando.

En medio de esta cultura vieja, la única parte moderna, representada por el estudio de la historia y del idioma patrios, en los que se refleja el genio étnico, está completamente descuidada. Abstraídos en la lengua griega ó latina, en vez de la nuestra, de nuestras vicisitudes históricas, de las ciencias biológicas y naturales, de las síntesis filosóficas —de toda esa corriente de modernismo, que es como nos deberían de educar para ser hombres modernos,— de eso nada conocemos.

Y cuando nos lanzamos luego á la vida, ¿qué maravilla es que llevemos á cuestras, en casa como fuera, á la vida pública como á la privada, en los conceptos científicos y filosóficos, esta cultura del carácter tan anticuada y egoísta? Pero, también en la mente de los que recibieron una cierta cultura profesional alta, vive aún el error antropocéntrico y geocéntrico; lo mismo que si Galileo y Bruno y Darwin y Spencer y Laplace y Herschell no hubiesen existido, y tenemos la mente anublada por los milagros, nos asombra el concepto de la inmanencia de la naturaleza y el sentimiento de la solidaridad humana.

En vano, pues, se buscaría entre nosotros la escuela de artes y oficios, que sólo existen en algunos grandes centros, las escuelas de verdadera práctica agrícola, no las que el Gobierno mantiene con escaso provecho; las universidades populares, como en Suecia y Noruega.

El mismo sentimiento religioso que acaso puede ser un coeficiente de progreso, como lo es en las naciones del norte, especialmente en los pueblos anglo-sajones, que podría contener á modo de un caudaloso manantial de idealismo, ha sido entre nosotros pospuesto al culto, ha sido vencido por el fanatismo, por lo que ha constituido y constituye todavía un fuerte obstáculo al progreso.

Así ha ocurrido que la criminalidad ha tomado entre nosotros un tinte marcadamente religioso y lo tiene todavía, y las mismas órdenes monacales, los cleros, fueron un semillero de delitos sensuales. No podía ser otra cosa bajo este clima ardiente, en donde los sentidos prenden y en donde las pasiones arden y en donde mal podía refrenar la regla monástica á la naturaleza ardiente de tantos jóvenes, inducidos á ponerse la sotana para conservar incólume la propiedad (1) en el primogénito, ó empujados al claustro por los alicientes de una vida cómoda, ó vencidos por las pasiones, pero no domados, en un momento de desaliento que pareciera imponer el sacrificio de la vida.

Y ya empujados al claustro ¡cuántas ocasiones de pecar! Como confesores y como pedagogos penetraron en todas partes; sólo un idealismo fuerte podría salvar á las órdenes religiosas de la corrupción; pero éste faltó siempre, por lo que se convirtieron en una de las mayores pestes sociales.

(1) Lombroso: vol. III. *Uomo delinquente*.

Y ahora, después de tanto tiempo, dan muestras de renacimiento todavía, sin que se piense en contraponerles á su obra la ola purificadora de la libertad: los más no se percatan de ello, los menos — ¡y se llaman liberales! — sueñan con nuevas supresiones; hasta tal punto es la nuestra, con mucho, la tierra de la fuerza bruta y del garrote.

Conjunto con la religión, y por muchos conceptos, está el amor á la mujer, que entre nosotros es fuerte y precoz y que frecuentemente desagua — no por el álveo fisiológico del matrimonio, — sino que cae por la pendiente del vicio.

Así es que, hasta cierto punto, el amor pecaminoso es la regla: abolido el ocio monástico, con la prostitución que acarrea, ha sido substituído con amores ilícitos, al objeto único de mantener incólume la propiedad familiar en el primero ó en el último hermano, destinado á la perpetuación de la raza.

Y de esta perversión trae su origen un número creciente de expósitos, de abortos, de infanticidios y de amores contra natura (1). Y como en las poblaciones inferiores, en la Italia meridional, la idea del divorcio, la investigación de la paternidad, el concepto más amplio de la familia, encuentran los mayores obstáculos, y todavía allí se absuelven en nombre del honor los uxoricidios. El prejuicio sensual vive plenamente y por completo como en la Edad media y no admite sustitutos. Así puede comprenderse cuál será la condición de la mujer, habiéndosele negado la libertad más elemental, cuando se le impone esposo por cálculo y no escogido por el amor; de qué celosos tormentos se la rodea; cómo la espera todavía el celibato.

Ella es siempre esclava, como en la Roma antigua,

(1) Domanico: *I trovatelli, la donna e la famiglia*.

del padre ó del hermano, del marido ó de los hijos. En Inglaterra (1) las *spinters* viven del idealismo de aquella fuerte raza, pero entre nosotros están condenadas á permanecer esclavas siempre, á la sombra de la casa, más espiada que un claustro y más llena de dolores.

Tan sólo, de algún tiempo acá, las vicisitudes económicas han comenzado á emanciparla empujándola un tanto á la fábrica, un tanto á la escuela; pero todavía no la ha combatido la necesidad económica, como á la encina el viento que la desgaja, y quién sabe el tiempo que transcurrirá antes que libre el combate de su emancipación.

A tan escasa y anticuada cultura debemos esperar que corresponda una baja sentimentalidad, ó sea impregnada de egoísmo, ya que la estática y la dinámica del carácter tienden, aunque no siempre, á desenvolverse paralelamente.

En efecto, la escasez de sentimiento altruista es la característica del mediodía; no es que no haya personas amantes del bien, antes abundan y lo sienten con fuerza, sino que el tono general es un egoísmo ciego y feroz que sella todos los actos ya del individuo ya de la masa.

Por eso se busca en vano entre nosotros una multitud de instituciones humanitarias, y las pocas que existen son dilapidadas por los politicastros de oficio que las han declarado feudo de sus familias, viviendo sobre ellas, como colonia de bacterias sobre terreno nutritivo. De esto, del deseo de gozarlas, nacen esas porfias delincuentes, ese galimatías en la autoridad y en el cuerpo representativo; esas furiosas contiendas de las pandillas que, aun cuando parezcan inspiradas en el bien público, en el fondo

(1) Ferrero. *Europa giovane: Il terzo sesso*.

tienen siempre un pensamiento oculto que las mueve.

Y mientras tal ocurre no hay quien se lamente: los pocos que lo han intentado han tenido que arrepentirse amargamente; los honrados, que no faltan, tienen una supina resignación, profesan la teoría del dejar hacer. Las fuerzas que deberían oponerse á esta corrupción tan grande, faltan, ó han surgido apenas; falta una gran conciencia popular, que sienta cómo las obras pías, que los siglos le han transmitido, tienen su riqueza y cómo merecen ser amorosamente vigiladas; la prensa, que en los países civilizados es un recto y verdadero tribunal de moralidad, ó no existe, ó si existe está ligada á sus partidarios y habla á instigación de parte, ó si es honrada no puede vivir y muere.

Si la virtud fructifica tan menguadamente en su forma activa, que es decir como impulso al bien y lucha contra el mal y vive sólo como potencia negativa que se contenta con obrar rectamente cuando puede y no hay daño para tercero, ¿es maravilla que la riqueza, el brillo del oro, la posibilidad de perjudicar, queriendo, y de dispensar favores; que, en suma, la compleja potencia del mal, atraiga respeto y admiración?

En un pueblo de esta conformación, faltan aquellas emulaciones y aquellos contrastes sociales que son en otras partes la vida, el motor del progreso. En lo bajo falta la elevación del proletariado, que es lo que da fisonomía á nuestro siglo; en lo alto la oposición consciente y clara; en ambas partes existe aún una anticuada forma de combate.

El bandolerismo, del que aun están frescos los recuerdos y la tradición criminal, no era más que una de las consecuencias del viejo y persistente contraste social; así, acaso la tendencia al bandolerismo era una reacción á las injusticias en un mundo aun

semifeudal, en el que al rico le está, en parte, permitido valerse de los poderes públicos y de la riqueza en daño de los que le rodean y no son afectos á su injusta voluntad. Dada esta falta de un poder regular, ¿es maravilla que los delincuentes, que los apasionados se erigiesen en desfacedores de entuerlos, que de otro modo no se atendía á prevenir, ni á reparar? (1).

Hoy la emigración ha venido á ser un sustituto del delito: cuando son muchos los daños recibidos y hacen imposible la permanencia en un lugar, no es á la justicia á quien se recurre, que no se tiene fe en ella, sino que se emigra.

En otro tiempo se recurria al delito: era un primer avance en un terreno antropológicamente dispuesto para el crimen, en medio de un ambiente en el cual ejercía éste una fuerte sugestión; así que al primer crimen sucedían otros, y quedábase convertido en bandolero, oponiendo potencia á potencia; deseo de mandar con un pasado de servilismo; á la resignada pobreza; la impensada riqueza; á una normalidad no comprendida, una criminalidad que en el propio organismo se llevaba y en la propia educación.

Pero si la emigración es una sustitución del delito, es también un desaguadero, ya que con frecuencia se observa el fenómeno de que allá á donde van los emigrantes llevan su gran delincuencia, impulsada por la herencia criminosa, por mayores necesidades y por mayor impunidad (2).

En esta masa y en este pueblo tan deprimido, es mucho más frecuente la genialidad de lo que parece, porque casi siempre queda estéril y poco cultivada.

He conocido yo labriegos que han escrito versos

(1) Lombroso: *Uomo delinquente*.

(2) Voly: *La France criminelle*.

en dialecto con un tan sutil humorismo que menoscabaría á cualquier viejo escritor: otros han aportado una nota apasionada de amor, que recuerda la delicadeza lírica de Giusti; los hay capaces de hacer largos cálculos mentales, mostrando una clara percepción de los números, como gente avezada al cálculo; por fin, otros, de una bondad sobrehumana, verdaderos santos en un ambiente de egoísmo, y recuerdo, en fin, un pastor que, con un pedazo de rústica caña, era capaz de repetir la más inspirada melodía que oyese y de no olvidarla jamás.

Por bajo de esta genialidad se extiende una medianía ante una inferioridad desoladora.

El renacimiento italiano es sin duda una de aquellas grandes obras, una de aquellas piedras de toque que los acaecimientos históricos arrojan á los pies de un pueblo y de las que se sale ó vencedor ó vencido.

En esta obra, pues, felizmente realizada por el pueblo italiano, la parte norte y meridional de la nación han contribuido por modo distinto: la una como pueblo con carácter moderno; la otra senil; la una con la obra colectiva, la otra con la genialidad individual: la una con la insurrección de todo un pueblo en Milán, en Brescia, en Génova, con la república romana; la otra con la genialidad de un Pepe, de un Poerio, de un Russo, de un Cuoco, de un Spaventa, etc.

Mas en vano será buscar entre nosotros, los del mediodía, nada que se asemeje á las históricas jornadas de Milán; la república partenópea es una página gloriosa, no del pueblo, sino de las más sobresalientes individualidades, de la aristocracia de la mente, del corazón y del nacimiento de todo el pueblo napolitano. El conde de Ruvo que se vuelve para mirar en su cuello la cuchilla de la guillotina,

es el ejemplo de nobleza de unas pocas almas en medio de la crueldad y decadencia colectivas; pero si la masa no ha sabido dar un ejemplo como el del conde Ruvo, ni como el del fuerte de Vigliena, sabe dar el Sanfedismo, los bandoleros del cardenal Ruffo, los mantenedores del cesarismo borbónico. Y así es, y no por azar, cómo de los recónditos recovecos de la historia salen á flote en aquel periodo afortunado la genialidad aislada y la baja colectiva del carácter.

Cuando por la crueldad de la tiranía borbónica los fugitivos del mediodía se esparcieron por toda Italia y por fuera, llenaron las almas de admiración por el genio y la poderosa virtud sugestiva de sus propias almas; pero juntamente hubo una genialidad criminalosa que se reveló más tarde en la política, por donde patriotismo debía significar en nuestros días una nueva forma de criminalidad fraudulenta por medio de los poderes públicos.

No es que el genio se haya extinguido después: á los Spaventa, á los Septembrinos, á De Sanctis, á Mancini, á Pisanelli, han sucedido los Sergi, los Zumbini y los Colajanni y los Florentino y los Bovio y los Rapisardi, etc., todo gente que ha abierto nuevos caminos al saber. Pero si en su rededor han surgido gloriosos discípulos, su doctrina no se ha divulgado, la cual, si meditada en la Italia del mediodía, se ha trasplantado y echado raíces fuera, esto es, en el ambiente de la gente culta y de la escasa genialidad individual.

No ha sido continua la genialidad, que ella, como los fenómenos anormales del espíritu, es solitaria y relampagueante: pasan siglos en los que la genialidad calla y luego se ilumina con un trazo como de fuego que por largo tiempo estuvo amortiguado bajo la ceniza. Hay ingenios que se mostraron en un periodo tardío de la vida, que fueron como

rayos de corta duración pero de gran fosforescencia, ó bien permanecieron genios desconocidos, como Padula ó Nicolás Sole; en suma, una genialidad patológica, por estallidos ó por relámpagos desiguales, perdida juntamente en el ocio y en el mal, una genialidad enfermiza é infecunda; tal vez completa, tal vez insensata.

Ningún pueblo está, quizás, tan escasamente dotado de facundia como el meridional: no sabe hablar como no mezcle el dialecto al idioma, como no infecte con obscenidades su lenguaje; pero ninguno ha dado tan grandes oradores y tan eficaces como la Italia del mediodía: oradores que arrastran á las muchedumbres, que dominan al Parlamento, cuyas oraciones son acontecimientos y á cuyo encañto nadie se resiste.

Lo mismo que con la genialidad ocurre con la firmeza y coherencia del carácter: hay espíritus como Nicolás Barbato y como Mateo Renato Imbriani, ciertamente; pero también ha podido haber un abate Toscano que hace volar por los aires el fuerte de Vigliena; ya un Pepe, ó aquel ignorado clérigo de Amanteo, jacobino, que aprehendido de orden de Ruffo, prefirió que lo colgasen de una cuerda y ser metido en un pozo, y á quien le decía que gritase ¡Viva la Sante Fe! para poder salvarle, respondía «creo», y sumergido en el agua y sublevado, no quiso rendirse y prefirió ser ahogado. Bien ha podido haber *Capanie*, pero la masa es vil y criminal, doblégase á todos los vientos, devota de Dios y del diablo, y frente á la Italia del Norte es la Vandee que absuelve los crímenes de los hombres políticos que la favorecen, que del *hossanna* pasa al *crucifige*, siempre pronta á gritar: *¡El emperador ha muerto, viva el emperador!*: nuevos pretorianos de esta Italia de bajo Imperio.

Y si existe la alteza de alma que conduce al sacri-

ficio, existen en cambio la ingratitud y la envidia y el despego. No hay país en donde las glorias propias tarden tanto en ser reconocidas; aun cuando el aplauso de los extraños llega, todavía lo niegan los propios paisanos, aun lo contrastan, lo oscurecen cuanto pueden y lo calumnian. Además, cuando se trate de destruir alguna floreciente institución del mediodía, ó de menoscabarla, quien blandirá la piqueta ó allanará el camino será uno del mismo mediodía. ¿Pues no es la envidia una condición inferior y nosotros así? (1)

La misma criminalidad, que es siempre un carácter inferior, puede ser indicadora de una mayor inferioridad: se presenta de uno ó de otro modo, demostrando así en medio de qué civilización se desarrolla y el noble metal de que ella sea la escoria. Hay, pues, dos clases de criminalidad, una que es predominantemente violenta, atávica y que florece entre las formas inferiores de civilización, y otra que es fraudulenta, moderna y vive entre el tipo social principalmente elevado é industrial (2).

La criminalidad, en el mediodía de Italia, es preferentemente violenta; en ella predominan los regueros de sangre mejor que los robos; el delito revive en forma atávica como en los pueblos bárbaros y semicivilizados. Ahora bien, aunque el crimen es siempre dañino, sin embargo, hacerlo recaer sobre la propiedad, desviándolo de las personas, es un mal

(1) Como notarán los lectores españoles, todo este estudio mejor parece el de extensas regiones de nuestra patria, que el de la Italia meridional; á nosotros nos sabe á co-a propia, familiar en su ingrato gusto, siempre lamentada y nunca corregida. Cambiense nombres, y los actos, las luchas, las pasiones, las miserias son los mismos. (N. del T.)

(2) De estas dos formas de criminalidad se han ocupado Ferrero, Sighero, Lombroso y otros.

menor que si hubiese recaído contra la integridad humana.

En toda la escala de la criminalidad violenta gozamos de una triste primacia, al contrario que la Italia del Norte (Lombroso. *Hombre delincuente*, volumen III) á la que acompaña una gran morbosidad debida á la forma de vida inferior, al latifundio y á la carestía de construcciones higiénicas (camposantos, hospitales, etc.) aunque haga tiempo que lo imponen las leyes.

En ningún otro país se siente, como en la Italia del mediodía, lo poco que las leyes pueden cuando no hay una conciencia civil que las haga observar, que haga un bien social, en vez de una mayor carga para sus presupuestos, de una nueva golosina para las *camorre* locales, de una nueva desilusión en daño del bienestar público.

Así pues, la vida que en el mediodía se hace, tan sólo en la superficie está desflorada por el hálito moderno; en el fondo es todavía semifeudal; de este contenido anticuado — creo, — depende otro carácter de la morbosidad psíquica del mediodía, no sé si notada por algún otro, constituida por formas paranoicas de contenido anticuado, con fondo religioso ó demonopatiaco; allí en donde en los pueblos de superior progreso son las formas de delirio social ó político las que predominan.

Las condiciones de atraso de nuestro carácter no se limitan á la sobreestructura ideal; sino que, por aquella ley determinista de la historia, descubierta é ilustrada por Marx, descienden hasta las condiciones económicas; se fundan en la supervivencia del feudo, en el latifundio que arrolla, en el menestralato que está aún en flor, en la pequeña industria y en el absentismo patronal. Por eso no existe la varia y compleja vida moderna, no las leyes de resistencia, no los sindicatos, no los arbitrajes, no las cámaras de

trabajo, sino en su lugar la confraternidad religiosa, los círculos católicos y las sociedades obreras con sus patronos más ó menos ilustres y adinerados, puestos acaso bajo la protección de los santos.

En la Italia del mediodía viven como en la Edad media aún los aldeanos, tonsos, con la cabeza rapada con sólo un tufo de cabellos, quienes al encontrarnos os saludan y para hablaros permanecen descubiertos y os quieren besar la mano.

Y en medio de este feudalismo redivivo extiende el latifundio sus llanuras desoladas, en barbecho, como la inmensa meseta de la Sila ó el Tavoliero de Pulla, en donde los ríos se estancan al romper sus diques, la malaria envenena la vida y la monotonía de los encalmados pantanos se rompe á la vista de los ganados, de los hombres á caballo y armados, de los boyeros, de los pastores, y por aquellas vastas llanuras corre con gruñido desesperado la locomotora, como indicio único de modernismo en aquellas extensas zonas de la muerte.

La vida política no puede ser más que un reflejo de esta inmensa miseria material y moral: así, los cargos públicos son no más que migajas que los políticos locales se disputan en la corrupción y con el delito, seducidos por la codicia del oro ó del poder.

Y la corrupción moral se confunde con la general del Estado: el partido en el poder mantiene en las elecciones políticas al diputado del gobierno y tiene en su favor en cambio la gestión del municipio y así es cómo corrupción política y administrativa se confunden en una sola gran corrupción nacional, que se refleja también en las partes sanas del Estado.

Por eso ocurre que cualquier elector importante pueda reírse de las leyes, hacer las elecciones desde su propia casa y poner como votantes á difuntos y analfabetos; hacer cometer homicidios y no pagarlos

y gozar luego fama de honrado, recibir visitas de las autoridades y ser considerado como una de las columnas más firmes y seguras del Estado y ver á sus pies una multitud de serviles adoradores, de los cuales todos esperan algo, y sobre su cabeza una multitud complaciente de autoridades, las que le tratan de igual á igual, como se hace con un amigo poderoso, temido y quisquilloso, quien si puede hacer el bien puede también ocasionar el daño, como lo tienen bien sabido aquellos — ciudadanos ó autoridades, — que tienen, así sea asistidos de la justicia y de la ley, que topar con ellos, de lo que salen sometidos ó con la cabeza rota.

Si, pues, ni la moralidad ni la justicia valen para nada; si para obtener cargos públicos, única y principal condición son, ó el asentimiento ó el favor de quien está en lo alto. ¿es maravilla, sacando de estos hechos la consecuencia, tan inmoral como se quiera pero lógica y abrumadora, que se vaya formando una educación servil y de compadrazgo que dé al traste con la firmeza del carácter? Los pueblos de cultura inferior pueden tener una firmeza y una virtud grosera, pero consistente; mas cuando en un pueblo, por otros conceptos inferior, se infiltra la corrupción, entonces, á aquel pueblo le habréis despojado de toda otra virtud que pudiera compensarle el mal de una mentalidad y de una civilización atrasada. Esto y no otra cosa es lo que ha ocurrido en el mediodía de Italia, en donde la firmeza del carácter se ha ido debilitando hasta dar en un servilismo nauseabundo y creciente, en una educación podrida.

Nada está, en efecto, menos tolerado entre nosotros, que el no plegarse á las exigencias del momento, el no sumergirse en el servilismo del que está en las alturas, de quien se habrá maldecido alguna vez, ó se maldecirá cuando ya no se le necesite, el no vocear para conseguir la pitanza, para callar cuando

es conseguida. La virtud activa, el desinterés, las nobles batallas por un ideal, son las que obtienen censuras y sarcasmos, las que despiertan las iras fingidas ó mal encubiertas, las que mejor predisponen á una vida de espinas y de dolores. Y ¿cómo no había de ocurrir así? ¿no son ellos los honrados, los libres; los otros, los inhábiles para la lucha por la existencia en un mundo de vicios y de compadrazgos? (1).

No es precisamente que no haya gente honrada; que la hay y está sojuzgada por los pícaros, pero lleva en sí un espíritu de aislamiento, de desconfianza, de poca acometividad, y busca un refugio contra el presente en lo pasado y no en lo porvenir.

Ellos sienten el mal, pero no tienen el valor de combatirlo; lo que pueden pedir á sí mismos es retirarse del trance si en él han puesto el pie inconscientemente, y vivir entre pocos amigos de su propio sentir, ó bien alejados del humano comercio en el regazo de los propios afectos.

Nunca ha estado la virtud tan solitaria como lo está en el mediodía de Italia; nunca fué más ineficaz; quizás es el único modo de que pueda existir; tal vez es el fenómeno propio de la raza el de la individualidad aislada; acaso—y esto será lo más seguro,— es una psicoastenia senil de nuestro genio étnico.

La misma unilateralidad y escasez de cultura, ocasionan que, de la podredumbre que nos rodea, ni conozcamos la causa ni el remedio; preguntadles por el remedio y oiréis abogar por el pasado; y cuando habléis de un mundo nuevo que se está formando sobre las bases de ese progreso, de que ellos detestan, os cerrarán los labios con ese escepticismo que no admite réplica y que os desalienta.

(1) Loria: *Il darwinismo sociale*.—Ferri: *Darwinismo e socialismo: l'evoluzione a rovescio*.

Pero si entre los tales hay almas nobles, los hay también para quienes en gran parte es un sosiego; tienen en verdad un sentimiento honrado, pero que se amamanta de vanidad y de soberbia: una verdadera hiperestesia de la honradez, una manía del contagio; son á modo de *estatuas*, como los he oído llamar, y ningún nombre cuadra mejor á ese sentimiento de fofa altivez que los domina.

Pero, si en los centros más pequeños es al vicio á quien se adora, el que vence y el que domina; en los centros mayores es la medianía doctrinal, la semi-consciencia y la semi-moralidad; el barniz, en suma, que cubre la substancia, que da apariencia pero que nada contiene. Pero de esto aún podría obtenerse algo, á lo menos contra las formas más bajas y más cínicas del vicio, si fuesen las naturalezas meridionales capaces de una acción colectiva de coordinación y de subordinación, y si no llevásemos en nosotros mismos, tomándolo de otros pueblos inferiores, un horror al contacto entre nosotros mismos.

Pero este pueblo meridional lleva en los propios repliegues de su carácter la gran virtud del trabajo; virtud que resplandece en la patria y fuera de ella y está formada de una gran resistencia á la fatiga y de una gran sobriedad. Y precisamente en este modo inferior de vida consiste nuestra inferioridad moral; por ello se contenta con menguados salarios, que hacen recordar las formas económicas semif feudales, y flaquea, en la lucha por el enaltecimiento del proletariado, la resistencia del obrero, produciendo un *agotamiento* precoz de la máquina humana, que empobrece la fibra, base somática de la virtualidad psíquica de un pueblo (1).

Así es cómo nuestros emigrantes han sabido crear

(1) Napoleón Colaianni: *Questioni ardenti*. Nitti: *Economia degli altri salarii*.

una riqueza en América, especialmente en la América latina, han sabido colonizar el África francesa, han sabido obtener donde quiera los más duros frutos de la civilización, el del trabajo menos retribuido y más pesado; pero siempre han sobresalido de aquellos pueblos en medio de los que han trabajado y han despedazado en las manos de la masa obrera el arma moderna de la resistencia.

El mismo espíritu de aislamiento, — una de las condiciones étnicas más marcadas, — ha hecho también que nuestras masas emigrantes se hayan mantenido alejadas las unas de las otras, encerradas en sí mismas, como dice Ferrero, formando como islote, no sólo entre extraños, sino entre italianos, de donde aquellas corrientes de civilización que las emigraciones acarrean se han agotado y no sólo esto, sino que no se ha obtenido de la emigración ni la mitad de la utilidad que de la misma pudiera esperarse (1).

Otro de los aspectos de la psiquis meridional es ciertamente la carencia de pasiones altas y duraderas: los pueblos viejos ó salvajes no conocen la persistencia y continuidad de la pasión, no saben elevarla á aquellas alturas vertiginosas del altruismo. En esta Italia no encontraríais ninguna de aquellas luchas colectivas por la civilización que perduran durante años en Inglaterra y en América; no las encontraríais ni en el terreno económico, ni aun en el terreno de la caridad y de la previsión social. Contrastad los patronatos extranjeros, la obra de las *Spinters*, la obra de Barnardo con nuestros comités de patronos, formados por la vanidad de unos pocos y por la fatuidad de los señores, y os quedará un vivo sentimiento de dolor y creeréis que acaso haya emigrado la civilización de entre nosotros para pa-

(1) Ferrero: *L'Europa giovane*.

sar de los calientes besos del sol, al frío beso de la nieve (1).

Digamos terminantemente de este modo: nuestra psiquis es inferior lo mismo en la estática que en la dinámica; la compone pensamiento poco culto y sentimiento poco evolucionado, de lo que proviene la inferioridad del carácter tan bajo, pero en medio del que se yergue la genialidad individual, acaso patológica.

Por otra parte, si la civilización es una gran coordinación y subordinación de individuos constituyendo una masa equilibrada, entre nosotros es como un yermo en donde sobresalen los superhombres como los pinos entre las retamas. Vivimos en una forma híbrida de economía, como esas plantas que vegetan en las desembocaduras de los ríos y que son bañadas por las aguas dulces y por las salobres y viven una vida triste y están sujetas á fácil descomposición y anidan en su seno el germen triste y desolador de la malaria. No somos nosotros ni bastante feudales ni bastante industriales; no vivimos suficientemente del pasado ni suficientemente de lo porvenir: somos como una *nuance*, una triste *nuance* de antiguo y de moderno, de viejo y de nuevo. El día en que sepamos liquidar definitivamente el pasado, escondiéndolo bajo las nuevas adquisiciones de la civilización y sepamos tomar de la vida moderna no sólo los aspectos pasajeros, sino las intrínsecas virtudes, podremos decir que somos un pueblo nuevo, puesto que el modernismo no es más que una modalidad de la senilidad en que la juventud florece, como sobre el tronco de un árbol esquelético y deshojado por el invierno, sonríe la primavera entre el verdor de las hojas y el perfume de las flores.

(1) Lombroso, vol. III. *El hombre delincuente: la profilaxis del delito*.

Pero estas son obras en las que todas las virtudes intrínsecas de un pueblo se descubren; de aquellas que trascienden aún más de lo que se cree, de aquellas que no debieran ser conturbadas sino ayudadas á abrir su álveo hacia el mar de la civilización.



CAPÍTULO IV

EL GENIO Y LAS VICISITUDES DE LA RAZA EN RELACIÓN AL CARÁCTER

El carácter—dice Sergi—es un organismo; tiene, pues, una parte hereditaria, derivada, que rara vez se cambia con la substitución de los hábitos viejos por otros nuevos; por eso no es maravilla si decimos que en nuestra psiquis meridional, en nuestro carácter étnico, llevamos la herencia y el genio del pueblo de quien descendemos. Como les ocurre á los pueblos que se han mantenido puros de toda mixtura étnica disimilar, llevamos en nosotros mismos gran parte del antiguo genio étnico, al cual el tiempo no ha añadido ni quitado gran cosa, haciendo sólo más señaladas algunas líneas que otros acontecimientos podrían haber borrado ó mezclado.

Y comenzamos por el pueblo cuya sangre corre por nuestras venas. La Italia del mediodía fué habitada en tiempos antiquísimos por los oscos, á los que se juntaron los helenos.

Eran estos nuevos habitantes de la Italia del mediodía, una *élite* de la civilización griega; colonias ó emigrantes, eran los de ánimo más joven y más aventurero, á quienes los acontecimientos de su patria, ó la ansia de ver nuevas tierras, ó la exuberancia de la población—la presión social—arrojaban

de las patrias riberas á aquellas tierras, tan próximas á las suyas, y besadas por aquel mar Jónico en el que también la Hélade se mecía.

Pueblo joven y valeroso, debía vencer en la lucha de la civilización al antiguo osco, debía tener de la cepa griega el espíritu estético, límpido, claro. Y ¿bajo qué cielo, aparte el de Grecia, podían tener aquellas dotes una más cumplida correspondencia? ¿no era nuestro cielo como un grande, un inmenso reflejo de su propia alma? Y carácter de la mente y sentimiento religioso, todo armonizaba con aquellas marinas de un azul tan dulce y profundo, con aquellas montañas tan serenas y asoleadas, que se dibujan en un cielo tersísimo, en el que el aire tiene transparencias de cristal y en donde todo tiene una belleza constituida por una elegante exterioridad de líneas, de armonías, de colores. — Si junto á Grecia había un suelo capaz de tener hombres con espíritu límpido y estético, lleno de pequeñas intimidades pasionales, privados acaso de una exterioridad bella más afanosa, pero en cambio formados por una psiquis exterior, objetiva, armónica, fría, como un lago que refleja inmóvil el amplio paisaje que tiene en redor y el cielo que encima de él se extiende; si junto á Grecia había otra tierra capaz de tales hombres, ésta era naturalmente la Italia del mediodía, ésta que ellos llamaron la Magna Grecia.

Pueblo de una psiquis tan serenamente estética en medio de un estetismo exterior, debía ser poco pasional; la pasionalidad es una marca semítica, transmitida á nosotros por medio del mundo cristiano.

El idealismo pasional es una condición de los pueblos unilaterales, de aquellos que no tienen ni la mirada limpia y profunda, ni un espíritu equilibrado; no es, respecto al tiempo, la característica de la edad antigua, tan poco pasional, tan profundamente

egoísta, tan poco capaz de una intimidad tormentosa del pensamiento. Los antiguos no conocieron ni una pasión poderosa, ni un pensamiento atormentador; el mismo amor no tuvo para ellos más que una exterioridad sensual; aún no había surgido en el estetismo el demonio de la pasión humana, ni el de la divina, que atormentaron el uno á la edad moderna y á la medioeval el otro.

La humanidad antigua ha tenido ciertamente el dolor físico, pero no el moral; en el orden económico ha tenido al esclavo, en la religión el sacrificio humano, en la política la hegemonía de una clase ó de un país sobre otro; pero del dolor físico no se desprendió el consuelo de las lágrimas, estas perlas del dolor; el escondido mártir lleno de luz nacerá del beso fecundo del espíritu septentrional y del genio semítico con el alma aria y cuando la civilización greco-latina esté en el ocaso.

Un pueblo que tiene escaso idealismo, no puede menos de sentir un fuerte, un exagerado amor propio, un egoísmo sin medida, desconfiado y proceloso como el océano, y nuestros padres, los griegos y romanos,—igual que aquellos que estaban en la Hélade—sintieron este egoísmo fuerte y rugiente. Su historia es una lucha eterna de democracias y aristocracias que ocasiona la ruina de la patria.

Aquel poeta que llegada la noche se sentase en los alrededores de las floridas ciudades de la Magna Grecia, y en la inquieta fantasía, en la psiquis propia, extremadamente sugestionada, evocase su vida, sentiría aún aquel rudo hablar de luchas y animarse todavía aquella vida, á un tiempo mismo bella y feroz, de ha miles de años, de la que ha llegado hasta nosotros como un eco triste y doloroso.

Pero un estetismo tan exterior, bajo un cielo de fuego, en medio de una raza de desnudez no velada, de belleza maravillosa, con el corazón y con los sen-

tidos vivamente despiertos, en una gente en la que la intimidad del sentimiento no ha brotado; tal estetismo, en tal raza, bajo tal clima, con el arte maravillosamente plástico y realista, debía aportar un erotismo artístico inextinguible, favorecido por una riqueza, cuyos manantiales eran obra perenne de los esclavos, acompañado de un lujo asiático y de una creciente molicie.

Cuando una clase es tan rica, sólo un idealismo robusto y sano puede salvarla del lujo artístico y erótico; pero, ya lo hemos dicho, el idealismo era flor que debía nacer del abrazo nortesemítico, y éste aun no se había realizado. El genio étnico de nuestros padres, cuando acababa la edad antigua, aun era pues éste: mente limpiada, clara; sentimiento estético, pero poco ideal; egoísmo fuerte que irrumpía en las luchas sociales y políticas, irguiéndose sobre un pueblo de esclavos y circundado de un erotismo artístico.

Este es aún, después de tanto tiempo, el elemento atávico de nuestra psiquis; la Edad media nos ha quitado la educación artística, ha apagado con la intensa obscuridad secular el sentido estético, pero en cambio nos ha traído el idealismo.

La Edad media fué una mezcla de pueblos y de civilizaciones, y con esto produjo á la humanidad el mayor beneficio que pudiera imaginarse. De una parte los bárbaros se injertaron en el tronco greco-romano, por otra el genio semítico se injertó en el ario. Donde quiera que tales injertos desemejantes pueden ocurrir y permanecer imperturbados, allí surge un nuevo genio étnico, genio que tras de una incubación milenaria, debía darse á luz en la Edad moderna, con hábito de nueva civilización.

De esta fecunda mezcla étnica desemejante, esto es, de gentes de genio diverso, el pueblo del medio-día de Italia ó tiene poca, ó, habiéndola tenido extremada por efecto de prejuicios de raza y de religión,

supo en buena parte librarse. Así ocurre que mientras la Italia del Norte, puesta como cuña entre las razas del norte, fué teatro de repetidas invasiones germánicas y por tanto de mezclas disimilares, que se fijaron allí por modo durable, atándose con lazos de sangre y de civilización, la Italia del mediodía, tan apartada de las naciones septentrionales, tan aislada por sus mares, pudo ser campo de someras y de lentas correrías que, ó no pudieron resistir, ó resistieron por poco tiempo.

Por el pueblo de los califas, de los siervos de Allah, se había producido en medio de la Edad media una nueva civilización; una civilización semítica, que como un rayo iluminó de luz vivísima la Europa meridional y se extinguió luego; de aquella estirpe de España y de Sicilia el pueblo árabe, tan rico de esplendor civil, llega á nosotros, intentando confundir en una sola mezcla étnica dos razas y dos civilizaciones. Pero prevalece el prejuicio religioso y mata en germen la futura evolución de la raza; la expulsión de España de los abencerrajes, de quien hablan aún la Alhambra y Granada y Castilla, no era sólo la emigración de una dinastía, sino el ocaso de una civilización. Todo emigraba con ella, el arte, la ciencia, la juventud; quedábase sólo un fanatismo hosco y cruel, y por efecto de éste debía surgir el Escorial y la Inquisición y Domingo de Guzmán.

Por modo semejante los normandos, los ardidos navegantes, debieron por breves horas vivir en estas costas de la Italia meridional, en donde las vicisitudes de la raza y de la piratería les habían arrojado; eran sin duda pueblos del norte, pero no tuvimos como los otros la fortuna de que permaneciesen largo tiempo entre nosotros, y cuando se puso su estrella, se puso también la estrella del mediodía de Italia.

Los acontecimientos históricos que habían hecho imposible un cruce de razas desemejantes, hicieron

posible una luenga dominación del pueblo español sobre nosotros, durante la cual este pueblo nos comunicó su vidriosa intolerancia religiosa y su fausto lleno de quisquillas, de nebulosa vanidad, el espíritu parasitario, el fanatismo hosco de Felipe II y de la Inquisición, la senilidad vesánica de Carlos V, que no veía en sus dominios ponerse el sol, y que viejo y fraile ya, se revolvía dentro de su sudario. Así, vino una gran degeneración á sobreponerse á los lejanos descendientes del genio griego, y en vano se contiene por largo tiempo y en vano se rebelaron contra la Inquisición, Nápoles con Massaniello y Cosenza con Re Marco, este bandido desconocido que hacía temblar el corazón de los españoles y asediaba ciudades; en vano un patricio cosentino, Pietro Cicala, escapado de las cárceles inquisitoriales, se refugiaba entre los turcos y se convertía en almirante de una poderosa flota y flagela á inquisidores y á españoles; en vano Campanella, el hermano dominico, urde una formidable conjura; el españolismo se afirma y con él la Inquisición, que colma una educación de servilismo y de corrupción que dura varios siglos.

En todas estas tristes vicisitudes de la historia encontráis la nota de la genialidad individual y de la mentalidad colectiva escasa. Al lado de Telesio y de la célebre Academia cosentina, que proporcionó tanto esplendor de humanismo; al lado de Campanella, el utopista y hombre de acción; al lado de estas flores de ingenio y de genialidad, está el silencio de una turba ignorante. Los mismos movimientos religiosos que arrastraron á las masas, como por ejemplo, el joaquinismo, meditado en el ermitorio de *San Giovanni del Fiore*, por aquel abate de quien dice el Dante que estuvo *dotato di profetico spirito*, aquel movimiento que entre las nieblas teológicas afirmaba el concepto del amor universal de los hombres, el «gioacchinismo» se desarrollará en la Umbria, pero

callará en Calabria. Y aun ahora, después de tantos siglos, en los albores de una nueva civilización, somos como en otro tiempo de barro griego y barniz español: tenemos de los helenos, de nuestros antiguos padres los griegos, la mente clara, el carácter apático, el idealismo escaso y ausente; de los españoles tenemos la vanidad orgullosa y el parasitismo, el odio al trabajo, que creemos humillante; de unos y de otros el erotismo y la corrupción, conjuntamente con un factor producido en la senilidad de la raza, que es la genialidad individual y la medianía colectiva.

¿Es que hemos de permanecer siempre inferiores?

Si el amor á este mediodía tan rico de genio, pero aun tan plebeyo, no se despierta, parece que no. Tenemos en nosotros mismos cualidades nativas: tenemos en nuestro pueblo un amor al trabajo, una fácil supeditación, una idealidad y un amor á la lucha, vivo, cuando de las mezquinas luchas de campanario, del estrecho campo de nuestra ciudadanía, se sepa llevar á aquel otro amplio de la patria y de la humanidad.

El ingenio es claro como nuestro sol y vario como las mil gradaciones de luz y de colores del mar de Nápoles, al que llamaba Virgilio: *mirabile semper*; hay en nuestro carácter, ó ha desaparecido ha poco, una fuerza, una constancia, que, si se inclina al mal aboca en el bandolerismo, é inclinado al bien puede dar mucho de sí en las luchas civiles. Y cuando nuestros campesinos analfabetos emigran, aportan á sus nuevas patrias la gran virtud de la bondad y del trabajo y son los humildes peones de la civilización, aquellos á quienes se confían los trabajos más rudos y más bestiales, sobre los que la floreciente civilización americana surge luego.

Con frecuencia pienso en lo que será de nosotros andando el tiempo, cuando de este pueblo tan ple-

beyo, pero tan rico en virtudes, descuelle un pensamiento alto y una nueva fe que dé salida del corazón á la nativa bondad, y en vez de hacer que se desperdicie infecunda, la encauce hacia el gran mar de lo porvenir, y si una elevada cultura bajase á iluminar las mentes, y además la gran virtud del trabajo se extendiese en la nueva forma de la grande industria: yo pienso que cuando ocurriese esto, este pueblo, tan rico de ideal y de virtud activa, ¿con qué luz no resplandecería? Si es verdad que de la muerte emerge la vida, ¿por qué no habrá de surgir ésta de la presente podredumbre? Y á las mientes me acude aquello que un día dijo Wircoff de la Italia: la civilización es como la ola que ya llega á la orilla ya se aleja. Ella se ha alejado de nosotros, que vuelva espumeante y con las mil conchuelas que su seno trae, con las mil mónadas que viven siempre sin destruirse jamás, que por miríadas formaron los continentes y que con el ejemplo indican lo por venir humano constituido por mónadas pequeñísimas á las que hace poderosas su número y que ningún cataclismo podrá jamás desarraigar.

Si hay quien desea un campo de trabajo y de gloria, búsquelo en este mediodía de Italia, en donde todo está por rehacer y en donde todas las energías pueden resultar fecundas; en donde la economía busca los grandes capitales, en donde la mente está ávida de cultura, en donde el corazón está sediento de justicia. No en el Africa negra, sino aquí en esta Africa de Italia. ¡Oh soldados de la civilización, traed vuestro trabajo; que no se diga de nosotros que somos, como ruinas de la Magna Grecia, una tierra de muertos! (1)

(1) Estaba apenas impreso este estudio sobre *El carácter del mediodía de Italia*, cuando vió la luz la obra de uno de los jóvenes más valiosos, de Nicéforo, *La Italia*

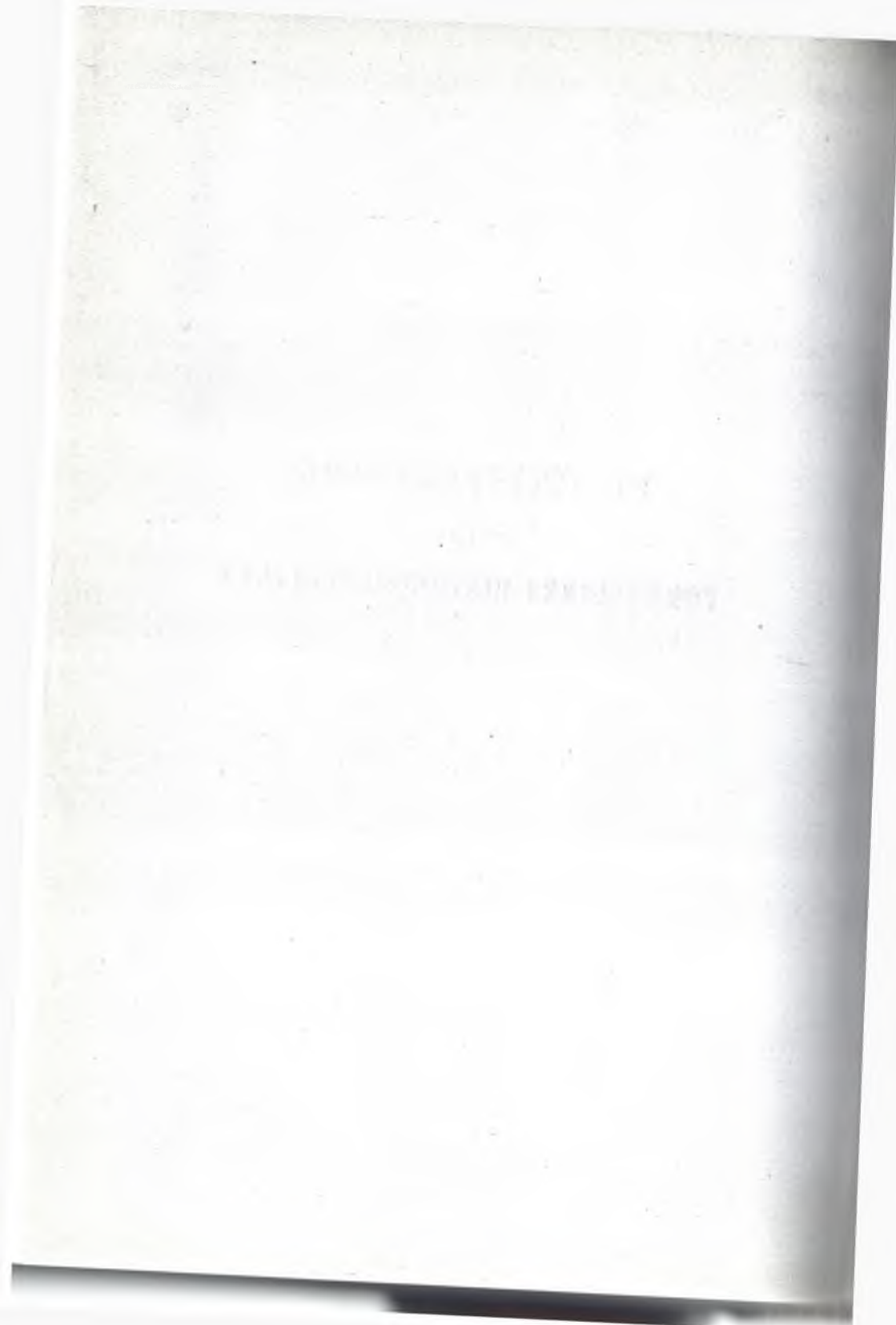
bárbara contemporánea, tan parecido al mío, que me recuerda el verso dantesco:

«Or mo' veniemmo a tuoi pensieri nei miei.»

Sin embargo, he pensado que el estudio de Nicéforo es como el de los demás que antes que nosotros han escrito acerca de la inferioridad del mediodía, que en nada afectan á mi trabajo, puesto que todos indican que es un mal viejo y demuestran cómo la realidad se refleja en diferentes cerebros por modo idéntico cuando se la observa desde el mismo punto de vista de la psicología positiva; lo que es como decir que estamos desgraciadamente en lo cierto, cuando hablamos de este desventurado Mediodía de Italia.

THE STATE OF NEW YORK
IN SENATE
January 10, 1894.
REPORT
OF THE
COMMISSIONER OF THE LAND OFFICE
IN RESPONSE TO A RESOLUTION
PASSED BY THE SENATE
MAY 1, 1893.
ALBANY:
J. B. LIPPINCOTT & CO. PRINTERS.
1894.

EL CRISTIANISMO
Y LAS
FORMACIONES HISTÓRICO-SOCIALES



CAPÍTULO PRIMERO

LAS FORMACIONES HISTÓRICO-SOCIALES

Las formaciones histórico-sociales tienen en sí mismas el origen y las razones del propio ser y la propia infuturación histórica.

Un tiempo se las consideró como surgiendo del mar de lo desconocido, no del sentimiento consciente ó inconsciente de un pueblo, de su psiquis étnica, y como distendiéndose por largo lapso de tiempo y de espacio y muriendo cuando así lo traían las circunstancias. Tal concepción de la historia ha acabado para siempre jamás, y á este falso reflejo del mundo humano se le ha substituído por otro más verdadero, según el cual, las formaciones histórico-sociales nacen en un tiempo dado, bajo un determinado clima, tienen en sí mismas las razones del propio desarrollo y mueren cuando han cumplido su misión (1).

El Cristianismo, como una de las más grandes formaciones histórico-sociales, no se sustrae á esta ley común, del mismo modo que la unidad biopsicológica humana y los organismos en general.

(1) Trezza, *Critica moderna*. Del mismo, *Il Darwinismo e le formazioni storiche, scritti varii su Carlo Darwin*, pág. 1,011. Ed. Dumolard, 1892.

Los antiguos habían presentido esta norma de los organismos humanos y—por aquel efecto común á la mentalidad poco sistematizada y coherente—mientras creían en el hecho y en presencia de los acontecimientos de la vida más graves y dolorosos, más complicados, sentenciaban: *erat in fatis, fata trahunt*; por otra parte, decían que cada cual era árbitro de sus destinos: *quisque suae ipsius fortunae faber est*. La libertad de pensamiento era reconocida como soberana y la lucha que informa la ciencia moderna entre librepensadores y no librepensadores, entre deterministas é indeterministas, esta lucha, que bajo la forma de la gracia ó del pecado original, agitó al mundo medioeval, perdido el colorido del tiempo, es una lucha antigua y profunda y envuelve un grave problema científico, rico en prácticas consecuencias.

La ciencia moderna, con su dirección positiva, ha resuelto el problema en el sentido determinista, lo mismo en el campo de la biología, que en el más complejo de la psicología individual, colectiva y social. Hay un determinismo morfológico que Haeckel (1) llama *mecánico, causal ateleológico*; hay un determinismo psicológico que destierra el librepensamiento; hay un determinismo colectivo, histórico social, que quita á los acontecimientos humanos la acción de la providencia.

El determinismo moderno, ni es el hecho superior á los hombres y á los dioses, ni la providencia, sino las formas naturales y humanas en cuanto se acondicionan á sí mismas para futuros desenvolvimientos; no son fuerzas irreductibles, porque el hombre las somete siempre á su poder, consciente ó inconscientemente, no importa, y de tal modo—modificándolas—puede ser el verdadero artífice de su

(1) Haeckel, *La historia de la Creación natural*, op. cit.

propia fortuna, por lo que la civilización y la educación atienden á una gran preparación de lo porvenir, con arreglo á un tipo que nos hemos formado y que hemos ido produciendo.

A este determinismo científico moderno, distinto del antiguo *fatum* y de la providencia medioeval, obedecen las formaciones histórico-sociales por varios modos: las hay que, verdaderos meteoros, duren una hora en el cielo de la historia; hay otras que viven y que vivirán largamente, pero de un día, de una hora, ya fugaces como la civilización de los califas, ó luengas como la civilización aria, ó limitadas como la religión de Alah, ó extensas como las religiones de Buda y de Jesús, todas ellas obedecen al determinismo histórico, á esta concepción original del pensamiento positivo.

Las formaciones histórico-sociales son, por otra parte, los productos más complexos de la psiquis colectiva, en los que colaboraron varias generaciones y se mezclaron á menudo diversos genios étnicos; importa estudiarlas críticamente y considerar sus condiciones de nacimiento y ulteriores evoluciones; conocer en qué momento histórico ha surgido una nueva formación, el genio de qué pueblo alienta en sus entrañas, y, si son varios genios étnicos, sorprender el carácter de cada uno y por qué modo se realiza su mutua influencia. No basta esto, sino que como en este mundo cada cosa tiene una necesidad que la determine y la mueva, es menester que esta necesidad histórica sea bien notoria y determinada; y si, como ocurre acaso, la formación histórico-social tiende á propagarse, á ser centro de movimientos sísmicos, de sucesivas imitaciones, es necesario tomar cuenta de ellos. Sólo cuando este estudio se haya hecho detenidamente, se podrá decir que se tiene un claro conocimiento de una formación histórica; aquello que llamaba el Dante el *cómo* y el

dónde; y este largo trabajo crítico, de pensamiento reflexivo, que hace nuestro siglo y que podrá parecer infecundo á quien no sepa cómo de estas investigaciones de lo pasado se llega á conocer lo presente y á preparar lo futuro, esto mismo, se convierte en formación histórico-social predeterminada y no inconsciente.

El trabajo de crítica vale, pues, como trabajo de educación y de formación de lo porvenir y conocimiento más amplio de la psicología colectiva, de esta ciencia tan joven.

Entre las formaciones histórico-sociales, el cristianismo es una de las más extendidas en el tiempo y en el espacio,—si no es la más extendida,—de las que más profundamente han influido sobre la psiquis humana. Puede ser desdeñado, como lo hizo grandemente el pensamiento científico del siglo pasado, bien se puede maldecir del mismo, como hacen los secuaces de Nietzsche y los demás *superhombres* de fines de siglo, bien puede querer borrar-sele de la cultura moderna; pero él, con su sugestión, se ensancha más de lo que creemos, y constituye á modo de clima histórico, en el que se ha respirado y vivido durante mucho tiempo. Esto no quiere decir que sea divino; como que fué y es una de las creaciones más humanas que se conocen, la cual contenía una grande provisión de principios que, en diversos períodos, fueron fecundándose y cuando uno parecía morir, otro adquiría nueva vida; por lo que el cristianismo tiene una grande proteiformidad, una versatilidad maravillosa y un inmenso poder de adaptación. Si algo hay en el mundo de la psiquis que pueda asemejarse minuciosamente al plasma de Weisman, no cabe duda que ese algo es el cristianismo, por la longevidad de su ser, por el desarrollo maravilloso de la primera humilde forma. Esta formación histórico-so-

cial, que nació del genio semítico, tuvo de éste la tenacidad, bajo las apariencias de cambio, y tuvo del pueblo ario la versatilidad multiforme: como si fuese sobrada para un solo pueblo; ella tiende á propagarse por las razas mongolas, australianas, negras; así, que no está lejano el día en que podrá alabarse de tener aquella forma de catolicidad, que tan grandemente ha anhelado.

Le ocurre, pues, que en donde y cómo se propaga la raza aria, allí se propaga la formación histórico-social que á su contacto y en su seno se desarrolla; en donde penetra su civilización, penetra la concepción idealista que ha formado del mundo; ninguna otra sobreestructura ideal es tan vasta ni puede competir con ésta, como no sea la ciencia; ¿pero cuánto no tiene la ciencia del pensamiento cristiano? ¿cuántas previsiones y adivinaciones singulares, que la ciencia sólo ha confirmado despojándolas de su envoltura religiosa, no fueron enunciadas hace muchos siglos por el cristianismo, así fuese en forma mística? La universalidad humana, la vida sagrada para todos, la fraternidad de los hombres, la igualdad, son los cismas del moderno pensar; ¿pero no fueron, bajo el velo religioso, anticipados por la formación histórico-social cristiana primitiva? De aquí que hoy que la ciencia tiende á este sumo ideal, dándole la severidad científica, nosotros sintamos por el pensamiento y el sentimiento cristianos primitivos tan puros y tan humanos, un secreto encanto.

Este fué, sin duda, un movimiento anticientífico, negativo de toda la concepción filosófica y artística del mundo pagano: antes que nadie, entre los bárbaros, fueron cristianos los vándalos (1), pero aquel negativismo estaba lleno de un apasionamiento tan

(1) F. Ambrosoli, *Storia d'Italia*, vol. II.

ardoroso, de un espíritu de sacrificio tan puro, contenía un tan completo concepto de la vida y tan nuevo y tan apropiado á aquel tiempo; en una palabra, había en aquella primitiva forma del cristianismo tanta infuturación histórica, tanto carácter humano, que aun hoy, no puede uno acercársele sin quedar de él aprehendido.

El negativismo cristiano no era ni una negación del arte ni un aniquilamiento de la vida; antes era lo contrario, una nueva concepción y un nuevo valor, y como todas las modificaciones profundas (1) al principio pareció una negación; hoy que, después de tantos siglos, un nuevo concepto de la vida vuelve á aletear en nuestras frentes, sentimos una viva simpatía por aquella formación histórica que se nos aproximó y que fué una verdadera y efectiva anticipación.

El enaltecimiento de las masas, que fué obra y contenido del primitivo cristianismo, se convierte en el contenido civil de nuestros días, y si entonces chocaba contra el prejuicio científico de un hombre como Aristóteles y de todo el pensamiento griego y el orgullo quirita, choca hoy con el *superhombre* de Nietzsche, y los vanidosos sentimientos de clases, que son no menos vivos y fuertes (2). De este choque proviene que la sugestión cristiana se haya hecho hoy más viva que nunca y, que nuestro pensamiento, cautivado por ciertas íntimas semejanzas, se refugie en el presente á aquel pasado de tantos siglos, del que intentaré examinar en este estudio los elementos formativos.

Además, al espíritu de quien vive del presente no

(1) Zerboglio, *Il socialismo e l'obbiezioni più comuni*. Saudron, Ed.

(2) Max Nordau. *Federico Nietzsche. Degeneración*, vol. I,

puede dejarle de importar la lucha que se ha venido empuñando entre la ciencia y la fe (1): lucha que no es sólo de ideales, que no se funda sólo en la creciente degeneración, sino que es en el fondo una verdadera lucha económica. Yo creo que la ciencia saldrá vencedora en tal contienda y me lo afirma que ella se ha convertido, ó se convierte, en patrimonio ideal de las nuevas muchedumbres que entran en la civilización y en la historia, de aquellas multitudes que representan la juventud y lo porvenir; pero el renacer de la forma vieja de la fe cuando parecía extinta y el amenazar á todas las conquistas del día, no es tema de pequeña consideración é interés, por lo que, de la gran formación histórico-social cristiana, nos conviene sacar tan sólo los elementos humanos que contiene, relegando lo sagrado, lo religioso, lo revelado, al campo de las estratificaciones internas de la conciencia; así, pues, es cómo del pasado puede derivarse lo porvenir.

(1) Morselli, *La pretesa bancarrota de la sciencia*. Saudron, Ed.

CAPÍTULO II

LOS ORÍGENES DEL CRISTIANISMO

El cristianismo surge en Palestina no como una casualidad histórica, sino como una necesidad y cuando sonó su hora. Renan, que se ha ocupado con robusto y penetrante ingenio en el mundo semítico, y lo ha sabido reproducir con el encanto de un arte nada común (1), ha descubierto que el surgir del cristianismo en medio del pueblo hebreo depende del dualismo que el pueblo elegido llevaba en su corazón: entre la igualdad patriarcal y el lujo de Tiro y de Babilonia, que después del reinado del rey sabio, Salomón, se venía introduciendo.

Los semitas, en efecto, habían sido un pueblo eminentemente patriarcal: sus antepasados Abraham y Moisés ¿qué habían sido sino patriarcas, que á la sombra de sus tiendas habían guiado la suerte de sus pueblos? La vida patriarcal era no sólo una tradición, sino un carácter étnico. El propio *jaherismo* la consagraba en las leyes: ¿no estaba escrito en el libro sagrado el año sabático y no era también en uno de los diez mandamientos, en donde Jehová había dictado, entre el estallar de los rayos y fragor de los truenos, que exigía amar al prójimo como á

(1) Renan: *Historia del pueblo de Israel*.

si mismo? ¿Y qué otro estado podía favorecer ampliamente este sentimiento de amor, como no fuese la igualdad patriarcal, á cuya sombra había el pueblo elegido, durante tanto tiempo, corrido tan peligrosas vicisitudes?

Así, la idea de la igualdad se confundía con el orgullo desmesurado de aquel pueblo elegido por el Señor; si Jehová era el padre de todo, si Abraham y Jacob y los demás patriarcas habían dado la vida á aquel pueblo con una descendencia más cuantiosa que las arenas de los mares, ¿cómo podía ser que parte de aquel pueblo pudiera yacer en la esclavitud de sus propios hermanos? Orgullo é igualdad eran dos cualidades similares del pueblo hebreo.

Pero cuando las vicisitudes históricas semíticas elevaron, bajo David y Salomón, al pueblo hebreo á aquella altura que nunca más había de alcanzar en la historia, y de Tiro y de Babilonia llegaba el lujo, desde las frondas del Líbano se dirigía un grito de dolor á lo mejor del pueblo elegido; el sentimiento de la igualdad hostigaba, no sólo como un recuerdo, sino como una necesidad consagrada en las leyes. El tipo del justo pero pobre—el *ebionim*—seducía la mente y de aquel pueblo oprimido salían, á intervalos, profetas—predicadores ardorosos, vindicadores de los entuertos sociales—con palabra de fuego, salían amenazando castigos y predicando virtud. Y cuando ni la airada elocuencia de los profetas podía detener el crecimiento vertiginoso de las riquezas, ni la amenaza de castigos bastaba á refrenar la irrupción del lujo, nacía en el alma del pueblo la idea de un mesías, de un vengador, de una redención humana que trajese las antiguas virtudes de los antepasados (1). En la historia del

(1) Lombroso: *Antisemitismo y sciencie moderne*. Ferrero: *Europa giovane*.

pueblo elegido no era nueva la esperanza; en tiempos de Moisés la liberación se había cumplido, y podía aún volver á ser; aunque se tratase entonces de una liberación de otro género, de lo que en lenguaje moderno se llamaría el fin de una opresión de clase, una verdadera y efectiva emancipación.

Y los mesías no faltaban jamás, pero ninguno había nunca ejercido una influencia que fuese larga y duradera, nunca ninguno había encontrado los tiempos propicios, ni había tenido genio que le diese la clarividencia. Así que si el mesianismo no era nuevo, el verdadero mesías no había surgido todavía.

El profetismo y el mesianismo—esta necesidad renaciente de novedades religiosas—es un carácter completamente semítico; árabes y hebreos lo llevan en la propia sangre, de donde el que Mahoma y Jesús hayan tenido antes y después precursores y continuadores; pero ninguno que tuviese ni la mente ni la fortuna que ellos, ni la genialidad epiléptica del profeta de Alah, ni la genialidad mística del rabino de Nazaret.

El mesianismo de Jesús fué,—en el ciclo mosaico, algo más que fué el budhismo en la religión de Brahma; el budhismo introducía en la dureza y fatalidad brahmínica, un principio de sentimiento humano; el mesianismo de Jesús, en cambio, lo encontraba en las leyes y en los profetas, lo cogía en el espíritu popular y lo enunciaba extendiéndolo á todos los hombres; así es que venía no á anular la ley, sino á completarla.

Pero, al cabo, era el suyo un mesianismo nuevo que se introducía en el ciclo mosaico; el mesianismo de los otros profetas había sido,—á lo menos en el aspecto popular,—un triunfo de la fuerza vindicadora del derecho, así como en otros tiempos la obra de Moisés lo había sido en ayuda del pueblo ele-

gido. Pero ahora los tiempos habían cambiado para siempre: la adoración y el imperio de la fuerza bruta tocaban á su término; Jesús, en este aspecto, no era genio hebraico y su espíritu tenía una intimidad llena de dulzura y de piedad, virtud casi desconocida para el alma semita. Las máximas de Jesús —Renan lo ha observado— no eran nuevas (1); lo nuevo, lo flamante, lo genial, estaba en la bondad del alma de quien las repetía, la piedad con que eran dichas. Él comprende perfectamente su singularidad psíquica en medio del fanatismo mosaico, en medio de la dureza farisaica; y por eso se siente solo, sin familia, y dice que venía á cumplir la ley de los antiguos, á traer la guerra y no la paz; lo que contrastaría grandemente con toda su personalidad, si no se pensase que en estas palabras revelaba la singularidad genial de su alma.

Al genio del fundador, se unen otros hechos maravillosamente para que el cristianismo naciese con una larga infuturación histórica. Eran éstas las condiciones de Jerusalén y los acontecimientos del imperio Romano.

Jerusalén, convertida por conquista en provincia romana, había entrado en el cosmopolitismo del Imperio y venía á encontrarse de este modo en un contacto étnico de los más disparatados: griegos y romanos acudían á ella y elaboraban una vida nueva, hasta entonces desconocida. Tenían otras ciudades la población más densa y más variada: Babilonia y Roma ciertamente la superaban de mucho; pero en Jerusalén, por lo contrario, era la vida más íntima, menos corrompida, por lo que cualquier acontecimiento que sobreviniese, por fuerza había de alterar y propagarse, y de aquí que contrastase el alma semítica entre las leyes de sus

(1) Renan: *Vida de Jesús*.

antecedentes y las circunstancias de aquellos tiempos, y, lejos de extinguirse, se afirmase al reflejo del tiempo, es decir, ante la corrupción que la rodeaba y por el anhelo de una moral más pura que atormentaba las almas.

El estado del Imperio era en aquellos momentos lo más corrompido de cuanto Roma había pasado hasta entonces. No era que en el mundo romano estuviese todo dañado; existía algo sano, pero vivía como escondido bajo el triunfo insolente de la corrupción cesárea, que apestaba al poder social; y esta parte sana era la que alentaba un vehemente deseo de elevarse, de sacudirse aquella podre que la invadía, y juntamente con este anhelo pululaba un sentimiento, de los antiguos desconocido, compuesto por una piedad nueva é insólita que, como fuerza de reserva, se contraponía al creciente dolor de la esclavitud (1).

Esta aumentaba, aquellos poderes refrenadores, que la habían hecho soportable, desaparecieron, y la piedad acrecía. El estoicismo era, con sus anticipaciones humanitarias, una señal de los tiempos, que no rebasaba sin embargo de los límites del espíritu y de la mente romanos; nadie creía en la religión pagana; el pensamiento de la filosofía de las primitivas escuelas griegas se cimentaba en la religión, y Lucrecio Caro presentaba á los dioses en el Olimpo en un ocio beato, que no alteraba la inmanencia de las leyes de la naturaleza: el *panteón* se abría á todas las divinidades, lo que era señal de que ya nadie creía en ellas, y una esperanza invadía todas las almas, que, — como en los momentos graves de toda crisis social, — ó se volvían á lo antiguo, á la pristina virtud quirita, como los estoicos, ó

(1) Loria: *Problemi sociali contemporanei*, último capítulo.—Ed. Kautorowickz.

atisbaban en lo porvenir buscando una fe, por lo que cantaba Virgilio: *redeunt iam saturnia regna*.

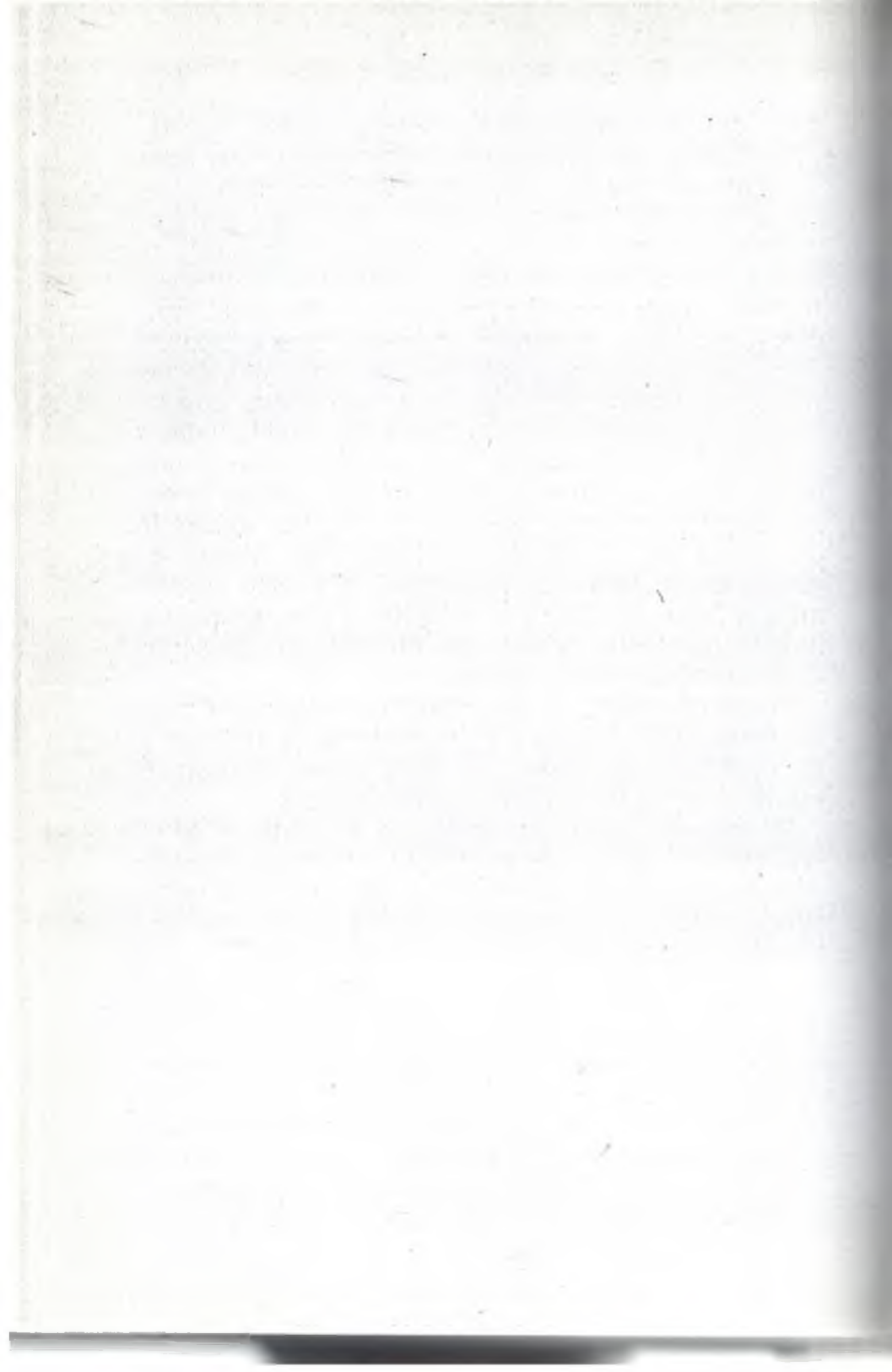
Pero la esperanza no se reducía á Roma, sino que se propagaba también á fuera: en Palestina, Juan Bautista, en el desierto, allanaba el camino á quien vendría detrás de él y al cual no serviría él ni para quitarle los zapatos; en el Imperio los esclavos se reunían en asociaciones de socorros mutuos y de sepultura común; en algunas familias, los esclavos, por modo distinto á como lo hacían otras y el Imperio que los empujaba al circo, eran tratados con insólita dulzura; el sirio traía del Oriente una esperanza, una paz, una resignación nueva en la vida que le adhería á su patrón y á sus semejantes; un anhelo de una religión que fuese más pura que la pagana, se dejaba sentir, y á falta de otra, se propagaba el monoteísmo hebreo.

El mesianismo de Jesús no podía llegar en momentos de mayor expectación general; salía del dolor de la esclavitud y del agotamiento de los sentidos, de la orgia desenfrenada, del exorbitante imperio de la fuerza, del poderoso resplandor de la virtud. El alma sentía la necesidad de una nueva doctrina que no fuese como la antigua; la fuerza ya no ejercía el deslumbramiento de otros tiempos, y los mismos esclavos, que en otras ocasiones la habían empleado para conseguir su redención, ya no fiaban en ella, ni de las religiones existentes ni de las escuelas filosóficas podía ninguna satisfacer al espíritu. El estoicismo era una solemne consagración de la virtud; una doctrina filosófica que sólo se adaptaba bien á la orgullosa índole quirita y que sólo podía prosperar en aquel pueblo que había creado la leyenda de Mucio Scévola. Aquellos filósofos morían con la indiferencia misma con que sus antepasados habían sabido inmolarse por la patria. El epicurismo era una filosofía demasiado científica

para que la comprendiese la generalidad; la religión hebrea era monoteísta, pero estaba muy lejos de contener aquella dulzura y aquella bondad que alentaba en las almas y además era una religión extremadamente nacional: por lo que si había de surgir una religión en tales condiciones habría de triunfar seguramente, en especial, si de aquel gran cosmopolitismo, de aquella variedad étnica, tomaba distintos elementos; y ello fué así. Cada una de las razas del Imperio dió algo al cristianismo, el germen de una infuturación histórica. El pueblo hebreo le dió las condiciones de vida, el nacimiento, con aquel contraste que en su seno tenía, y luego le dió el antiguo fanatismo mosaico; el pueblo griego le dió la sutileza filosófica; el latino los sueños de grandeza universal, la catolicidad; el tronco germánico la forma feudal y el idealismo que, despojándola de todo culto externo, la convierte en adoración de Dios en espíritu y verdad.

Todas las clases, en fin, dánle un sello peculiar y un manantial de progreso: los esclavos la difusión y el sacrificio; las clases elevadas la conversión; el estado la persecución y el reconocimiento.

De este contacto, tan variado y fecundo, salió el cristianismo dotado de un amplio porvenir, de una compleja proteidad de formas y de una vida milenaria formada en el contacto, al hálito de aquellos pueblos que, á su nacimiento, cayeron en él.



CAPÍTULO III

LA INFUTURACIÓN HISTÓRICA DEL CRISTIANISMO

Jesús había dado al cristianismo el sentimiento más humano que nadie, después de Buda, había concedido jamás á doctrina filosófica ó religiosa, juntamente con una alegría desconocida en aquel cielo hebreo cerrado y tormentoso. Su vida había sido un idilio transcurrido en aquellos montes de la Palestina, en donde centenares de generaciones se habían sucedido y en donde todo hablaba al corazón con la extraña sugestión de la vida patriarcal, y entre aquellos montes, en medio de aquel pueblo tan humilde y sencillo, en las riberas de aquellos lagos, había pasado, con el alma llena de una paz imperturbable, de una alegría tranquila, que habrá de ser una de los aspectos de su religión de amor (1).

La preocupación, es verdad, había turbado los últimos momentos de su vida; el enojo de la discusión acre y chismosa le había aburrido en sus últimos instantes; el viento había encrespado la superficie del lago; pero esto había sido un episodio, una sola hora de la jornada, así fuese la última y la trágica. Las enseñanzas más hermosas habían surgido, junto á aquel lago, en medio de las mujeres y de los niños,

(1) Renan: *Vida de Jesús*.

en la intimidad de devotos discípulos; no había sido la suya una genialidad zahareña y meditabunda, sino dulce, como uno de aquellos arroyuelos que se deslizan entre el verdor de las colinas, siempre frescos y siempre claros.

Pero su muerte, que había impresionado extrañamente á sus discípulos y á las mujeres piadosas que le habían seguido; que se había ensalzado por obra de María de Magdala á la pasión dolorosa de la leyenda, que había conmovido á tantos corazones; aquella muerte del justo, tan trágica, bien debía sujetarse al tono doloroso que dominaba al mundo romano, y especialmente á aquella parte que debía recoger la palabra mesiánica. El mismo Jesús, en su última hora, había vivido una atmósfera de tristeza y de infaustos presagios; había llorado sobre Jerusalén y había predicho que no quedaría de ella piedra sobre piedra, y su tristeza se había reflejado en el ánimo de sus secuaces y en ocasión en que los mismos acontecimientos políticos parecían avalorarla, puesto que se estaba á la expectativa de un gran cataclismo social. El fin de una civilización se anuncia siempre como un acabamiento del mundo, y, ya en aquel tiempo, los mismos elementos nuevos ó reformadores concebían la buena nueva sólo como de cumplimiento en la otra vida.

El mundo era malo y se haría peor, la muerte,—la buena muerte,—el sueño en la gracia de Jesús, podía sólo confortar; la vida ni era ni podía ser más que un gran dolor, una larga lucha con el mal, por lo que la muerte no era más que una agonía, un combate, el extremo dolor—*extremus labor*—de una larga *militia*.

El sentimiento del dolor, había, pues, penetrado como un reflejo del dolor universal, como un abatimiento en el idilio de Galilea, que había concluido también con las nubes pavorosas de la muerte de

Jesús; y debía penetrar más principalmente, á la vez como dolor y fanatismo, cuando el pensamiento mosaico irrumpiese en el evangelio.

El de Israel había sido siempre un pueblo dolorido; en sus acontecimientos venturosos, como en los adversos, Jehová se había manifestado al pueblo elegido lanzando su odio hasta la séptima generación de quienes le habían ofendido. Había sido un Dios celoso y vengador que imponía á sus fieles pruebas sangrientas. Sus profetas habían llorado grandemente,—como Jeremías;—sus santos, como David, en medio del fausto del trono, se condolían de las faltas que habían cometido; los justos, como Job, habían sufrido. Los castigos se llovían siempre del cielo, en cuanto el Dios se encolerizaba; raramente brillaba sereno el sol sobre aquel pueblo elegido, amado con un amor taciturno y vengativo.

El mismo sentimiento religioso no era más que la idea central del carácter del pueblo semítico; era la forma en que el genio étnico se había plasmado y á la que los acontecimientos históricos se anudaban fuertemente; fuera ó dentro de la patria, en guerra defensiva ó de conquista, en los momentos de libertad como en los de esclavitud, la religión alentaba dentro de la historia del pueblo hebreo y constituía su fondo.

Le ocurrió á éste lo que acaece á los pueblos de origen diverso, puestos en contacto con otros y agitados por guerras, en las cuales la religión viene á ser el estímulo y el espolique mayor para las luchas de raza y el deseo de conquistas; el odio toma un aspecto político y religioso juntamente, y la superestructura del más allá se convierte en la idea central, en torno á la cual palpita la vida de un pueblo. Esto fué lo que ocurrió á los hebreos, esto mismo á los árabes y españoles, á los albaneses y á los turcos; á los ingleses é irlandeses; esto mismo ocurre ahora

en donde quiera que el antisemitismo predomina, haciendo de este modo que los hebreos vivan desesperadamente, sujetos á la ley de sus antecesores (1).

El fanatismo mosaico era grandemente epidémico, y cuando los helenos judíos se convirtieron al cristianismo, aportaron á él todo el fanatismo hebreo, tan tiránico como se les había comunicado y como en la sinagoga lo habían aprendido.

Y fué una verdadera forma epidémica, comunicada al mundo ario por medio del cristianismo y compuesta de dolor y fanatismo á la vez; fué un fanatismo doloroso que, por el contacto étnico y por espíritu del tiempo, se refleja en el alma aria, de costumbre serena y límpida, como un horizonte amplio y sin nubes.

Otro hecho debía además avalorar esta tendencia; la idea cristiana se implantaba en un mundo intelectualmente reducido, en un horizonte estrecho y desigual como el campo visual de un epiléptico; los esclavos, que debían aceptarlo y propagarlo, eran, en punto á desarrollo psíquico, como nuestras muchedumbres inferiores, unilaterales, ya sea pasional ó intelectivamente; así que, cuando una idea que responde á un profundo sentimiento, desciende á esta gente de inteligencia limitada, allí se concentra la estrechez pasional del fanatismo, aquello que yo he llamado *monopatía sectaria*, y de ella proviene la virtud del sacrificio y la unilateralidad del pensamiento.

Por otra parte el fanatismo, que se convierte en la fuerza difusiva de una idea, puede, cuando esta idea se desarrolle y llegue á un grado de predominio y de expansión, hacerse opresiva é imperiosa; puede, cuando haya sido muy contrastada, ser como manantial de constantes reacciones, ejerciendo,

(1) Lombroso: *Antisemitismo*. Roux Ed.

en una palabra, la misma acción que contra ella es ejercida. Esto es lo que acaeció al cristianismo: el fanatismo obró una vez como fuerza de expansión y otra como de reacción, fué como el viento que primero empuja á la nao para reempujarla luego. Martirologio y persecución no fueron más que dos aspectos diversos de un sentimiento único, del fanatismo hebreo, que penetró con san Pablo y con los helenos judíos convertidos al cristianismo, quienes turbaron la serenidad del espíritu ario, y fué este fanatismo hosco, hermético, el que produjo la desolación y el estancamiento intelectual de las naciones latinas, la podre que manchó al catolicismo y á las naciones latinas, hasta que la Reforma aparece con el libre examen, preparando al cristianismo una nueva infuturación y atrayéndolo á las fuentes dulces y serenas de que manara. También tuvo la Reforma sus intolerancias, que fueron atavismos que debían rendirse vencidos para siempre á la libertad plena y sin límites, no á la libertad indiferente del espíritu latino, que todo lo ve y de todo duda, sino á aquella libertad apasionada, llena de idealismo, que ilumina la mente de las razas septentrionales.

Si el pensamiento judaico dió al cristianismo la intolerancia y la tristeza semítica, el pensamiento griego le dió la sutileza idealista y la fantasía del neoplatonismo.

Cuando el cristianismo nacía, ó aun antes, estaba el pensamiento filosófico griego en un período de decadencia: las escuelas monísticas—jónica y eleática—hacía siglos que habían muerto; la elocuencia habíase resuelto en sofística; la lírica y las demás formas literarias enmudecían, y sólo, en medio de la desolación intelectual, sobrevivía el pensamiento filosófico sutil, lejano de la profundidad idealista de los tiempos de Sócrates, ó de aquella positiva de los primeros filósofos.

Aquella forma, que alcanzará su principal desarrollo en Bizancio y que por ello será llamada bizantinismo, como forma frívola de concepción, no sólo filosófica sino de toda la vida, hacia mucho tiempo que se había iniciado en el pensamiento griego.

El contacto semita aportó un incentivo á esta tendencia del pensamiento griego, puesto que contenía el concepto del monoteísmo y una multitud de concepciones abstrusas de teología, de teogonia, tan difíciles de comprender, tan alejadas de la limpidez del pensamiento religioso ario, que se prestaban bien á una gimnasia intelectual, á un juego de palabras, de distingos sutiles, á lo que, en suma, era entonces la tendencia del pensamiento filosófico helenico, y del casamiento nace la *gnosis*.

Y cuando el helenismo penetró en el cristianismo aportó la misma tendencia á sutilezas, la interpretación idealista religiosa. Con efecto, ¿qué campo más atrayente y más rico que el misterio de la Trinidad y de la unidad del Verbo, temas aéreos, fácilmente volatilizables, y en cuyo rededor podia alambicar el pensamiento eternamente, sin tocar nunca el fondo?

Esta actividad filosófica, que fué seguramente una de las partes más caducas del pensamiento cristiano, tuvo sin embargo una importancia que, aunque no la hayamos observado, mantuvo viva la gimnasia intelectual, é hizo que no se perdiese del pensamiento griego hasta los últimos rastros, conservándolos hasta que sobrevino el Renacimiento.

De todos modos, la Iglesia tuvo ese carácter de vana disputa teológica, que fué siempre un eterno cisma interno y externo, sin un pensamiento profundo, formado de sutilezas mantenidas con calor sectario, empujado á la persecución, que aparece hasta en los tiempos de Ario y Donato.

El pensamiento cristiano latino fué de muy distinta

importancia; sea que intentase reducir á una unidad intelectual, rígida, fuerte, al movimiento católico cristiano; sea que tratase bajo parvedad teológica las cuestiones más graves, como la predestinación y la gracia, el libre albedrío y el determinismo; fué un pensamiento fuerte y robusto. La Iglesia católica, que fué el reflejo de este pensamiento, debe á ello su unidad que, aún, después de tanto tiempo, hace de ella como una de aquellas pirámides egipcíacas contra las que se rompe el viento del desierto.

Pero junto al concepto filosófico cristiano, hubo un verdadero pensamiento, como una gran literatura pasional, reflejo de un mundo no menos vivo y conturbado que el moderno.

Ya en los últimos tiempos de Jesús, y poco después de su muerte, las vicisitudes de su vida formaban una literatura popular piadosa y triste; narrada de mil maneras, escrita en diversas lenguas, constituye ella por largo tiempo el pensamiento principal, la sugestión más viva del gran mundo cristiano. Los evangelios sinópticos, los pocos reconocidos por la Iglesia como verdaderos, no eran más que las mismas tradiciones, atribuidas á personas presentes ó cercanas á los hechos (1). Pero, además de los cuatro, se escribieron otros muchos, y aun se van descubriendo otros todos los días, porque ningún hecho conmueve á los hombres tan intensa y tan extensamente como es el de la vida de Jesús.

En nuestra vida moderna, el fluir de las ideas y de las impresiones es tan vario, que aun en las personas monoideicas, una idea no puede ocupar tanto el espíritu como ocupó antaño la vida pasional de Jesús; en suma, el monoideísmo de tantos se acrecía con el número enorme de cuantos lo llevaban en el corazón, y en aquel tiempo los monoideicos del cris-

(1) Renan: *Vida de Jesús*.

tianismo eran toda la humanidad. Además, aquella idea, en medio de la tristeza y del desconsuelo universal ¿no merecía ser llevada constantemente en el corazón y ser tenida presente en la inteligencia?

Los tiempos que se siguieron no eran á propósito para que esta sugestión disminuyese: Jesús había muerto poco antes y ya abría Esteban el martirologio; pocos años después Nerón iniciaba las primeras persecuciones, que debían repetirse con un *crescendo* espantoso. La vida de Jesús y las persecuciones, durante largo tiempo formaron como un amplio ciclo de leyendas, en parte verdadero y en parte apócrifo, que se derramó por toda la Edad media y la Edad moderna, y que vive todavía, recogido en los evangelios, en las obras boliandistas, y en la psiquis de la plebe, en donde lo encontramos nosotros al estudiar las muchedumbres.

Pero cuando cesaron las persecuciones, la superstición, hasta entonces contenida por la sugestión martiroológica y evangélica, se desparramó; el peligro que cada cual corría y la exaltación mística habían, hasta entonces, refrenado la imaginación, haciéndola vivir de la realidad; pero, cuando esto acabó, los elementos fantásticos en que rebosa toda religión, se desarrollaron en rededor del diablo, del infierno, del paraíso, del purgatorio; se formó una vasta leyenda, que ahora es amorosamente recogida por los que estudian la Edad media, como Graf, entre nosotros, que se refleja en el arte del Dante y de Milton y de los oscuros artistas que cantaron el viaje á los tres reinos de ultratumba.

A propósito de esta sobreestructura ideal trabajó mucho el genio germánico: las novelas más tétricas, las leyendas más abracadabrantes, allí surgieron: ningún clima más adecuado que aquel de las nieblas, de las playas septentrionales de la Germania, de los escollos azotados por el viento, que la

patria de Odín y del dios Tor, ninguno más propicio á poner en el ánimo tales y tantas alucinaciones.

Y contribuirán á ello además el yermo, la soledad, la martirización de los sentidos, la larga abstinencia; ¿qué alucinaciones no padecerían aquellos pobres santos que mortificaban su carne y á quienes el diablo tentaba, y acaso no en vano, bajo las más procaces formas de la mujer? Así surge aquel ascetismo feroz que desde la Tebaida se difunde por Europa: el texto y las máximas del Antiguo Testamento, la «vanitas vanitatum», *abel abelím*, formaron la suprema sabiduría del hombre, y esta obsesión llegó en el año mil á su cúspide, por lo que parecerá el Renacimiento,—con su afán de vivir y de gozar,—una nueva primavera humana.

Mas, el pensamiento cristiano fué intranquilo; después del absorbimiento monopasional, de los primeros tiempos, en la vida de Jesús y de los mártires; después del ascetismo; padeció graves preocupaciones, que no tienen de religiosas más que la apariencia externa. Todas las herejías resurgientes, todas las cuestiones teológicas, implican una cuestión mundana, la más mundana de todas, la cuestión económica.

El comunismo primitivo, vencido por la invasión de los ricos en el cristianismo después de la concesión de Constantino, y substituido por el *debitum legale* de la limosna á los pobres, resurge siempre contra la forma feudal: el monaquismo no es más que una protesta continua contra el lujo y la riqueza; los profetas del comunismo salen de cuando en cuando de éste, que es, contra el pensamiento cerrado del catolicismo, una chispa de poderosa revolución. De entre los dominicos salieron Campanella y Bruno; de los agustinos, Lutero; Jerónimo Savonarola será un fraile, y la primera herejía vendrá de los conventos, en los que se habrá con-

servado el pensamiento pagano en los papiros, escondidos al vandalismo y raspados para escribir encima los salmos; pero algún pensamiento sepultado saltará vivo, al modo que se cree entre los cristianos que resucitarán los muertos el día del Juicio, levantando las piedras sepulcrales.

En la multiformidad del pensamiento cristiano está su secreta potencia; que cuando una forma se haya agotado surgirá otra con una ductilidad maravillosa, como imagen que se refleja en múltiples espejos cada uno de los cuales le da algo de novedad, de vaguedad sorprendente.

Pero el pensamiento cristiano fué marcado aún con una universalidad tan completa, que sólo han podido trasponerla, en nuestros tiempos, la ciencia, y la nueva fe que en el corazón llevamos.

La catolicidad no era condición del pensamiento semítico, pero, en cambio, lo era de la raza aria: antes de que apareciese la idea cristiana, los arios habían realizado una difusión étnica maravillosa, la cual aún no ha terminado y constituye la esencia de la lucha de razas, que á algún sociólogo le semeja como el hilo conductor de los acontecimientos humanos. Pueblos de otros colores habían señalado los primeros progresos sociales; habían creado las más antiguas sociedades de que se guarda recuerdo, pero cuando éstas se detuvieron ó se dispersaron en el camino humano, los arios recogieron la herencia de su contenido social.

En las pirámides de Egipto, que se quiere que hayan sido obra de la raza etiópica, los griegos son presentados como bárbaros semidesnudos, el arco en la mano; los arios fueron, pues, los herederos de aquel sepultado pueblo oriental, que precede en tanto tiempo á la civilización de Occidente y que brilló con luz vivísima.

Los semitas no asegurarán nunca la universali-

dad á una religión; en la Biblia se citan con frecuencia dioses de otros pueblos en contra de Jehová; el mismo monoteísmo jehovático había sido precedido de un periodo politeísta; y Jesús, predicando á las masas, no expresa nunca el pensamiento para nadie más que para el pueblo elegido: ellos sólo tienen en la mente la universalidad semítica, aunque su doctrina contenía toda la virtud expansiva que se necesitaba para lo porvenir.

El primer católico del cristianismo, Pablo, fué lo que llamaríamos una singularidad genial, la que, más que el mismo genio, está destinada á ejercer una acción sugestiva grande y profunda. Con efecto, si bien él tiene en sus venas el sentimiento de un fanatismo hosco, educado en la sinagoga; tiene un ardor y una impetuosidad de carácter y un deseo de lucha que subyuga; aun cuando no se manifieste, en aquella mente está el embrión de la universalidad, desconocida del mundo semítico, del pueblo elegido. Él marca con su sello todo el primer periodo cristiano y frente á la estrechez mental de los primeros discípulos, á él debe en gran parte su porvenir la idea cristiana. Carácter destinado á captarse amores y odios, ya le salvaban los correligionarios en una cesta, en Damasco, de las iras de la sinagoga, ya le miraban con desconfianza y sospecha en Jerusalem y le transfiguraban en la leyenda de Simón Mago, y aun mucho después de su muerte lo tenían en concepto de orgulloso y de soberbio, como á quien osó llamarse apóstol, pretendiendo que la visión que le fué concedida en el camino de Damasco fuese algo superior á haber sido discípulo predilecto durante la vida terrena del Maestro (1).

(1) Renan, *La vida de los Apóstoles*. — Treza, *Crítica moderna: Las religiones*.

Pero, cuando Pablo partió á propagar el cristianismo al mundo latino, tuvo una inconsciente intuición de la universalidad aquella, que era fruto de las condiciones étnicas del pueblo ario, de tan amplias concepciones y de tan amplia civilización. No sólo daba el mundo latino la condición universalizadora de la mente, sino, lo que era más, el cosmopolitismo del Imperio; y por ello las primeras asociaciones cristianas tuvieron la constitución por provincias y por regiones al par del Imperio: es propio también, los partidos innovadores encuentran en la forma política imperante como un esqueleto de su propia constitución, y el cristianismo no se sustrajo á esta ley.

El pensamiento de la catolicidad fué en Roma enormemente favorecido por ser ésta la capital del Imperio y lo fué por varios conceptos; ya porque los grandes centros son el terreno más abonado para preparar y difundir las novedades; ya porque en Roma era más vivo, más fuerte, el contraste social entre la antigua grandeza, sumida en la corrupción y la crueldad, y por otra parte el anhelo de una vida constituida con un fuerte sentimiento de humana piedad. Y en aquel centro, de tal modo preparado, la palabra de Pablo debió de sonar á cosa ansiada: como la interpretación de un sentimiento universal, como la voz de los tiempos nuevos. Si aún no hubiese llegado sería esperada allí con el ansia, con el anhelo que las civilizaciones decadentes ponen en el ánimo de todos, con ese sentimiento vago y desconocido que ni se sabe de dónde proviene ni á qué se dirige.

Bien pronto aumentaron los cristianos hasta constituir una nueva fuerza colectiva en la vieja forma romana, y cuando las persecuciones comenzaron, en Roma más que en parte alguna, allí en el corazón del Imperio, hubieron de ser más feroces, y

hubo de difundirse la nueva mayormente, con aquel sentimiento de curiosidad y de interés que un hecho de la capital despertaba.

Entonces comenzó, junto á la vieja gloria de Roma, á tejerse el encanto de la persecución y del martirologio; se convierte Roma en la ciudad santa del cristianismo, al par de Jerusalem, y á medida que éste iba formando un organismo, frente al organismo más fuerte del Imperio, debía aparecer Roma como el cerebro y el corazón, ¿y en qué ciudad, como en ésta, se habia hecho universal el genio ario, en cuál sino en ésta debía afirmarse la universalidad del cristianismo? Asi surge el sueño de grandeza terrena del cristianismo, que debía engrandecerse hasta la universalidad del papado, como pudo ser concebido por una de las inteligencias más altas del catolicismo, por Gregorio VII, por Hildebrando.

Por lo demás, la universalidad política de Roma quedó ligada de este modo á la catolicidad del cristianismo; y así, cuando se hunde el Imperio, de las flamantes divisiones políticas nacieron como otras tantas iglesias, como si con la ruptura del Imperio se hubiese fracturado el esqueleto gigantesco de la sobreestructura ideal cristiana, y en Bizancio surge la iglesia con emperadores teodizantes é iconoclastas á la cabeza; en Rusia, el espíritu eslavo forma una iglesia feroz con incumbencia sobre las almas y los cuerpos aún mayor que en la iglesia romana; la iglesia griega sutilizadora se convirtió en cismática, y por último, el pensamiento religioso germánico se desgajó en mil diversas confesiones que no tienen más que un solo punto común: la Biblia; y una sola autoridad: el pensamiento que la interpreta.

Pero la universalidad cristiana no se ha destruido: acabando de crecer como universalidad de

constitución, como catolicismo, vive como universalidad de doctrina, vive como apostolado entre los pueblos de otro color y de otra religión ¡y todavía, después de tantos siglos de morir Cristo *el leo de tribu Juda* vence!

Pero el cristianismo no había sido más que una gran promesa idealista: Jesús, con efecto, había anunciado repetidamente que muchos de los presentes no habrían muerto sin que el hijo del hombre viniese rodeado de gloria y majestad; pero habían transcurrido los tiempos y las promesas mesiánicas no se habían cumplido.

A los días se habían sucedido los años, y la esperanza, lejos de perderse, era guardada á través del tiempo y del espacio: ¿no había dicho Jesús que su reino no era de este mundo, y no se decía que el año mil era el último, y en el que Él vendría á juzgar á los vivos y á los muertos? Pero había transcurrido el mil como habían transcurrido los demás años y las profecías no llegaban con mucho á cumplirse; en cambio crecía, no la promesa mesiánica, sino la concupiscencia terrena que lo invadía todo. El sueño de grandeza terrenal había sucedido al del milenario; á la Jerusalem celeste, venía substituyendo la Jerusalem terrena. Todo llevaba esta misma marca: Jesús había dicho, hablando con la Samaritana, que vendría un día en que Dios sería adorado en espíritu y en verdad; pero su religión estaba revestida de un culto externo, hermoso, artístico, encantador de los sentidos, como no lo habían conocido ni los primeros cristianos ni el Jehovaismo; Jesús había arrojado del templo á los falsarios, pero la simonía apestaba la viña mística; ¿qué más? los primeros fieles habían rehuido la carne y el mundo, y éste penetraba en la forma más seductora del vicio artístico y del paganismo; el antiguo espíritu ario, formado de goces estéticos y

sensuales, triunfaba del ascetismo; se apetecía una reforma idealista conforme con el primitivo espíritu cristiano, y ésta debía darla el genio germánico, que es tan ideal y tan profundamente concentrado.

Tiene la Reforma un doble aspecto: en lo alto es fuertemente idealista, se eleva hasta el culto libre, hasta la adoración á Dios en el propio corazón, como templo que lleva el hombre en sí mismo. Cuando en una fe religiosa falta la conscripción del culto y de la forma, puede ser llevada de expansión en expansión hasta la concepción de Dios, para descender á la Humanidad, formando un verdadero panteísmo humano, y esto es lo que le ha ocurrido á la Reforma, tal como se desarrolla en Inglaterra y en América, en las confesiones más elevadas y más libres, en las más osadas inteligencias.

Pero en el fondo la Reforma no es otra cosa que un movimiento económico: la Iglesia tenía una forma feudal; el feudalismo era la forma política dominante, y la Iglesia no se había sustraído á esta modalidad del tiempo, á esta fuerza plasmante; antes por el contrario, había llegado á ser el más poderoso feudo, del cual el otro—el Imperio—recibía la investidura; había visto á sus pies en Canossa á la autoridad feudo-imperial y en la larga lucha entre güelfos y gibelinos, la Iglesia había acabado por triunfar. Pero á la sombra del feudo imperial y eclesiástico se había ido elaborando una nueva fuerza económica, la burguesía, que rompía del feudalismo la forma y la substancia, y que,—como todas las cuestiones medioevales,—adoptaba un aspecto religioso. En Italia era la lucha de los municipios libres; en Germania se convirtió en la Reforma, esto es, en la lucha motivada en la negativa á satisfacer los diezmos á la Iglesia desconociendo su legitimidad. La primera lucha de la burguesía tomó aspecto

religioso y se enderezó contra el mayor feudo que en Europa existía: la Iglesia; sólo más tarde, cuando la burguesía estuvo más desarrollada, la lucha se hizo más declaradamente política y se enderezó contra los órdenes feudales: la nobleza y el clero.

La Reforma se realizó, y fué en sus efectos un renovamiento de la doctrina de Jesús, que aparecía por virtud de las masas septentrionales. En estos pueblos el pensamiento y la vida son en realidad colectivos, y sin embargo en ellos todo es elevado, inmenso y duradero: no era nuevo el caso en el cristianismo; su nacimiento no había sido más que un acto de la masa, de la única masa, de lo que había de vivo y de sano frente al Imperio: de los esclavos.

Hasta entonces nunca había descendido el genio hasta la plebe para multiplicarse; lo que constituirá el carácter de las muchedumbres modernas, esto es la genialidad difusa y difundándose por obra de la colectividad humana, tuvo uno de sus más elevados ejemplos en el cristianismo primitivo; en los esclavos.

Su alma era en aquel tiempo lo único que la corrupción no había invadido ó había invadido menos. Fuera de los libertos y libertinos, ellos eran cuanto existía vivo todavía, la única clase aún capaz de virtud.

En medio de la degeneración de la raza, eran una fuente de energía inexhausta, formada por aquellos hombres libres caídos en la esclavitud, que guardaban del pasado el recuerdo y el desasosiego. Eran un elemento perturbador que se aplicaba á fomentar la impaciencia, más fuerte cuanto más crueles eran los tratamientos que cada día eran más refinados.

La esclavitud era un vasto mundo, un substrato

social complejo, atravesado por varias corrientes, agitado por varios sentimientos, como un pueblo de multiforme carácter étnico: junto al esclavo milenario, al descendiente de los primitivos pueblos subyugados por la conquista y á los que una larga degeneración habia de tal modo encanijado que le parecían á Aristóteles hombres de otra raza, estaban los libres convertidos en esclavos, verdadero elemento revoltoso; junto al romano y al griego, civilizados, refinados, con aquella civilización que habian aprendido siendo libres—ó que aun tenían del contacto, aunque raro y prudente, con la clase alta,—vivía el germano semibárbaro pero audaz, vigoroso, ávido de libertad; estaban los esclavos cultos: médicos, pedagogos, literatos; los artistas dedicados á tañer, á cantar, á la danza, estaban los gladiadores ó los guerreros; estaban; en fin, los esclavos pertenecientes á las modestas familias patricias, en las que habia penetrado una nueva conmiseración desconocida en el mundo romano, un sincero ardimiento de virtud, el anhelo de una religión más elevada que se iba infiltrando en ellas por medio de los esclavos sirios, que llevaban á Roma el mono-teísmo oriental. Los estoicos habianse elevado al concepto de la solidaridad humana, y éste debía seguramente penetrar, por manera más ó menos confusa, hasta en aquel bajo mundo de esclavos; tal como ocurre también hoy en los países poco cultos, en los que las teorías sociales que más apasionan nuestras almas llegan hasta la plebe, á pesar de su ignorancia: así, un eco de aquel vasto clima histórico de expectación, de desconsuelo, de esperanza llegaba hasta ellos y constituía su contenido moral y los obligaba juntamente con los aprietos económicos, á la solidaridad, en asociaciones de mutuos enterramientos; por las que los vencidos del mundo pudieron gozar al menos la paz en la nada.

En Roma, como en Grecia, cuando imperó la sujeción de la fuerza, los esclavos habían comprendido el estímulo y habían contendido con los vencedores por su libertad; fué la suya una lucha brutal, sin otro objetivo que libertarse á sí mismos de la esclavitud, y sellársela á los demás en la frente. La ciencia no había aclarado aquellas muertes lúgubres y, vencidos, la esclavitud caía en mayor pesadumbre.

Los tiempos nuevos habían modificado la antigua tendencia á la liberación por la fuerza, iluminada por odio salvaje; en cambio, habíanla substituido con el concepto de una liberación debida á la dulzura de las costumbres, á la piedad y al amor; á la liberación por la fuerza, al procedimiento revolucionario, había sucedido el método evolutivo del encumbriamiento gradual, merced á los sentimientos más conspicuos del alma humana.

El cristianismo comprendía estos conceptos: Jesús había predicado la igualdad, había tronado contra las riquezas, había exaltado á los humildes: todo respondía en su obra y en su vida al estado de alma del pueblo: la selección de sus discípulos, su doctrina fácil, llana, rica en enseñanzas, y en fin la sugestión de su muerte, la muerte del justo, tan semejante á la de muchos de ellos, todo había de hacer que su enseñanza se convirtiese para ellos en religión.

Bien se decía en el evangelio: «obedeced á vuestros amos con terror y con temor»; ¿no era este un prudente consejo? Con la fuerza ¿qué podían recabar que no fuese un nuevo dolor? La redención debía de venir, pero del otro mundo, y cuando toda redención terrena parecía muerta ¿no era una fuente de fuerza moral esta recompensa, la única recompensa prometida, á quienes hasta ésta les era negada? Si eran los últimos en la tierra ¿por qué no ser los primeros á los ojos de Dios? De las tristezas pre-

sentes el hombre se ha refugiado siempre en el ideal y desde allí ha atendido con nueva piedad á modificar un presente bien triste y en apariencia inmodificable: ¡así hicieron aquellos esclavos!

Y los esclavos dieron al cristianismo su difusión oral, la única que permitía la época y el atractivo del martirio; en el martirio se revela el apasionamiento unilateral pero grande de aquellos hombres, á quienes el saber romano había negado la personalidad humana; y quienes repitieron por millones el heroísmo de Jesús en la cruz y atestiguarán, juntamente con el Maestro, la grandeza de la naturaleza humana escondida en la humildad del nacimiento. A los romanos, su muerte les parecía *vile damnum*, porque no comprendían cómo aquellos pobres esclavos debían de quebrantar uno por uno los eslabones de la grandeza quirita y cómo el valor de sus antepasados se rendiría ante el heroísmo humilde y señalado de aquellos mártires.

El cristianismo primitivo lo llenan por completo ellos; que se reunieron en un partido organizado y fuerte, que difundieron los evangelios, que iniciaron el martirologio y excavaron las catacumbas, hicieron surgir las primitivas artes sagradas y en los primeros tiempos inventaron un dialecto cristiano y un simbolismo, como la cruz, el pez, el alfa y omega, la efigie del buen pastor, etc., que crearon, en una palabra, un vasto mundo afectivo é ideal.

El Estado dió al cristianismo, en dos distintos momentos, dos cooperaciones diferentes; la primera, persiguiéndolo, acrecienta la fascinación de la persecución, que en todas las épocas siempre acaba por hacer triunfar aquella idea que quiere sumergir en la nada; después le dió su reconocimiento legal, el mayor daño que haya podido infligírsele nunca á la doctrina de Jesús.

El cristianismo había sido, en efecto, una socie-

dad comunista no porque así se dijese explícitamente en los evangelios, sino porque los primeros cristianos habían ido constituyéndose de este modo, y habían dado á las primeras comuniones una forma estrictamente altruista. Tan grave parecía el egoísmo, que dió lugar al nacimiento de la leyenda de aquel sujeto muerto á los pies de Pedro por haber tratado de esconder una parte de sus intereses en vez de repartirlos entre los pobres. Fuese el hecho verdadero ó falso, ya se tratase de una muerte casual, imprevista y luego interpretada como un castigo divino, bien se tratase de una verdadera invención, lo cierto es que el cristianismo ofrece en sus principios una forma comunista. Pero cuando el Estado le concede el propio reconocimiento, cuando muchos se convirtieron por razones políticas, el comunismo pugnaba asimismo con el espíritu egoísta, y como no pudiese éste impedir que subsistiese y marcasse la doctrina cristiana, escogió, en cambio, el *debitum legale* de la limosna, esto es, el permiso de poseerlo todo, con tal se diese á los pobres *quod superabat*.

Desde este momento, Iglesia y Estado fueron una misma cosa: la Iglesia comenzó á vivir de concupiscencias terrenas y fué una de las fuerzas que más gravitaron sobre la libertad y el pensamiento.

Nunca había hecho la religión pagana cosa semejante: no había estado ni con los pobres ni contra los pobres; para el mantenimiento de la esclavitud había bastado con la fuerza; pero, ahora, la religión de Jesús en sus varias formas, catolicismo y protestantismo, será uno de los más firmes poderes contra los ideales y matará en germen sus futuras evoluciones. Ella se elevará á potencia temporal, pero dejará de ser la roca firme de las aspiraciones humanas; llevará, en verdad, en el orden sacerdotal como caminos abiertos para que los humildes se en-

salcen á las cumbres de la posición religiosa; tendrá abajo el dominio por largo tiempo en las conciencias, esparcirá con el dictado de la caridad consuelos sobrehumanos; pero su carácter libertador de la esclavitud ha terminado para siempre; la esclavitud de que en adelante nos ocuparemos será la del demonio y de la carne, que dispondrá á la resignación y al ascetismo.

Pero á medida que se alejaba del espíritu plebeyo, se sentía la necesidad de nuevos lazos que lo uniesen indisolublemente, de aquellos lazos ideales que acaso son también fuertes y que permiten con tenaces y nuevos adaptamientos una larga duración. Uno de ellos había venido formándose lenta é inconscientemente; era el espíritu artístico. Los cristianos se habían mostrado como de un vandalismo y un negativismo exagerado respecto de todo el arte pagano; como les ocurre á los monopasionales, á aquellos cristianos les parecía aquel arte espléndido como un grande é insólito pecado, como la red urdida por la carne para perder al alma, y por eso lo habían repudiado. Pero llevaban en sí mismos el contenido pasional que debía producir un arte nuevo: la vida de Jesús y el gran martirologio, la concentración ascética; el dolor universal, que en ellos se reflejaba, era un contenido artístico soberbio, al que no faltaba más que la forma, y acudió ésta. Y ya en las catacumbas asoma aquel rudimentario arte cristiano: en los epígrafes lapidarios hay como una lirica solemne y grave que se eleva desde este bajo mundo hasta Dios; el pensamiento tórnase de una delicadeza inefable; «los muertos duermen en el Señor y en él resucitarán»; «su largo reposo es quietud»; «son dulcísimos, amantísimos, revivirán en los astros». Todo es tierno, conmovedor como el adiós de una madre, como el beso de una virgen.

Y en las catacumbas, en donde las galerías se pro-

longan para formar capillas, vense los primeros frescos, las primeras efigies de Jesús, los primeros símbolos.

Había surgido el arte cristiano y debía esparcirse como la sombra de un árbol de maravillosa vegetación; y poco después surgieron los templos, los cánticos, la música sagrada, la escultura, la pintura. El genio étnico germano ó latino ó eslavo aportó á cada una de estas manifestaciones un sello peculiar. El arte más bello, más mundano, dió maravillosas telas, que no tenían de cristiano más que el matiz; Rafael buscó sus madonas en el Trastevere; Miguel Angel estudió interesantemente en el hombre su Moisés; Dante, en el Infierno, cantó las pasiones de su tiempo y de su vida de prófugo; Petrarca enalteció sus poesías religiosas con la misma lengua avezada á cantar á Laura.

El arte antiguo, el arte de Praxiteles y Virgilio, volvió á brillar en el espíritu ario, y fué mundano y religioso á un tiempo mismo, más bien mundano que religioso y tuvo el mérito de educar los sentidos de aquellos antiguos hijos de Grecia y de Roma, atrayéndoselos, haciéndolos devotos del presente, y elevándolos por el arte hasta Dios, en un éxtasis beato: el cielo fué una vez más olvidado por la tierra.

Y cuando—como en nuestro siglo ocurre—parece terminada la literatura cristiana, revive como crítica y exégesis histórica en las páginas brillantes del ingenio que mejor reflejó el pensamiento semita y cristiano: en Renan.

El cristianismo trajo en su seno una vasta infuturación histórica, gracias á la cual puede vivir en épocas distintas una vida joven, nueva, acomodada á cada tiempo. Así es cómo pudo comprender en sí mismo á tantos y tan distintos pueblos, ser la superestructura ideal de dos civilizaciones: la medioeval y la moderna; tener una universalidad no sólo de

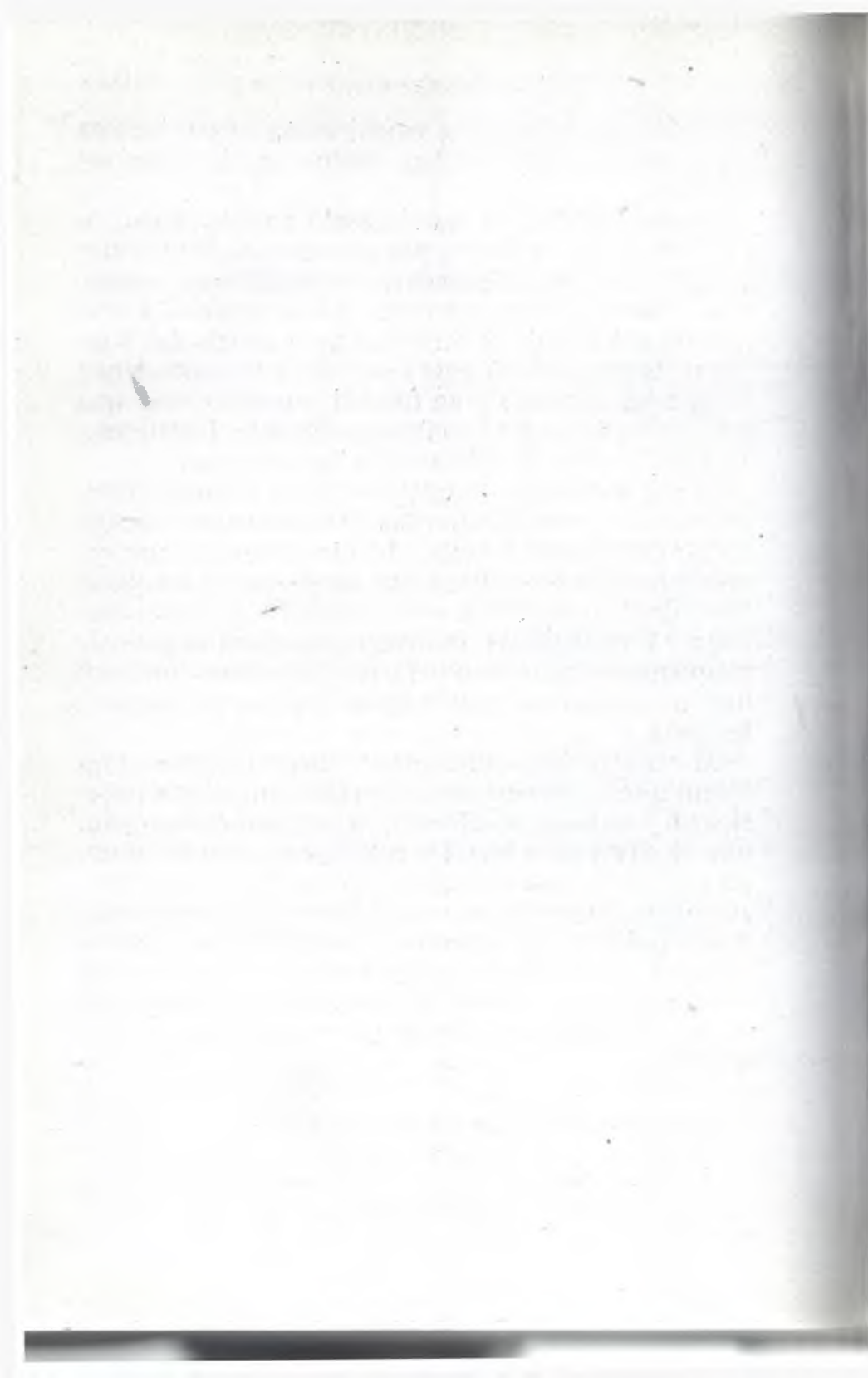
pensamiento, sino en su constitución, y ser durante tanto tiempo el principal factor en la vida del mundo.

Fué en verdad un movimiento anticientífico: lo fué frente á la sabiduría pagana, que condenó y destruyó; lo fué en sus fundadores—los esclavos,—gente sin cultura en su mayor parte, y lo fué también porque trajo á la vida el concepto de una misión temporal, la de igualdad ante Dios, la de la caridad que enjuga las lágrimas y no tiene del mundo más que un falso reflejo, y sin embargo durante larguísimo tiempo la ciencia se desarrolla en su regazo.

El pensamiento especulativo de los filósofos naturalistas fué precedido por las investigaciones teológicas, que fueron á modo de gimnasia (1); las primeras meditaciones positivas surgieron en los claustros; Galileo descubrió en un templo la ley del péndulo. Y cuando las innovaciones científicas—por misonéismo natural en toda religión—son condenadas, no tardan en recibir de la Iglesia una tácita tolerancia.

El cristianismo—entendido como religión—presintió que la ciencia sería la ráfaga que debería disiparlo y se le puso enfrente, y cuando comprendió que el adversario podía perjudicarle y que era tiempo aún de guiarlo, enfrenando á esta misteriosa fuerza del pensamiento, la acogió entre sus brazos como á hijo pródigo, con una serie de adaptaciones maravillosas. El cristianismo, que creó un arte nuevo, un mundo nuevo, no pudo darse una ciencia nueva; fué el suyo negativismo científico y en ello consiste su debilidad.

(1) Ruggiero Bonghi: *Abelardo y Eloisa*.



CAPÍTULO IV

EL SECRETO DEL CRISTIANISMO

El cristianismo tuvo una infuturación de muchos siglos, gozó de una larga juventud; la profecía que aseguraba que el reino de Jesús no tendría fin nunca jamás, en parte se confirmó, y no ciertamente, como pudiera parecer, por mediación divina, sino por obra meramente humana, gracias al genio ario que lo propaga por todas partes, dándole, como al anciano de la leyenda, una eterna juventud.

El espíritu ario tiene una versatilidad maravillosa: en el largo y áspero camino social, tuvo el ario que doblegar su alma á mil distintas circunstancias climatológico-sociales; tuvo que adaptarse al clima rígido de Finlandia, la «divisa del mundo última Tule», como la llamaron los poetas, y al templado clima de Italia ó al tropical de Sicilia; tórnase temerario navegante ó intrépido montañés; conquista el pan en la ingratitud de las rocas, ó, como en Holanda, le conquista por largo tiempo al mar el suelo en que habita, y luego se puso en relación con pueblos diversos: fenicios, árabes, egipcios, negros, y heredó de los extinguidos pueblos de Oriente, ó de los que se detuvieron en el camino social, la primera civilización. De esta variedad de acontecimientos históricos y de circunstancias étni-

cas adquirieron los arios una ductilidad y una volubilidad de espíritu sorprendente, que los capacita para un largo porvenir y sobresalir en la cumbre más elevada de la humana familia.

El cristianismo llegó en el instante en que el espíritu ario se había formado ya por completo y encontró, en la variedad de las distintas ramas que de las mesetas del Himalaya vinieron á Europa, todos los secretos y recónditos caracteres que le dieron no sólo una vasta extensión, sino también una extensa infuturación. Fué como una capa de blanda cera en la que cada pueblo dejó su huella, constituyendo la más variada creación que salió jamás del espíritu humano.

El genio griego dió al cristianismo sutileza filosófica, una condición de pensamiento decadente que no fué capaz de infuturación histórica ninguna; por lo contrario, el genio latino lo que había sido siempre su condición: una fuerte unidad de doctrina y de estructura. Con efecto, el latino no tuvo más que una modalidad de pensamiento peculiar, original: fué su concepción del derecho, expresada en forma lacónicamente seca y clara, como el carácter romano, sencillo pero férreo. Ningún pueblo había alcanzado un pensamiento tan limpio y terminante expresado en forma elevada; ni había sabido organizarse con tanta robustez; ahora bien, cuando la grandeza política romana decae, aporta al cristianismo su propio genio elevándolo á una precisión dogmática y á una constitución nunca lograda en otra parte. El catolicismo — que fué precisamente la forma que tomó el cristianismo en el pensamiento latino — fué una formación histórica de toda la Edad media, tan fuertemente cimentada que, aún ahora, después de tantos siglos, resiste á los embates del libre pensamiento, como los antiguos muros de Roma resisten los estragos del tiempo,

ó como la majestad del Coliseo, que aún desafía á los siglos.

Dentro de la misma rama neolatina, cada uno de los diversos pueblos, francés y español, dió una modalidad propia: el español dió el fanatismo feroz, la religión convertida en instrumento de lucha de raza, de odio nacional, que gravita sobre el pensamiento como una plancha de plomo. En el Escorial, en aquella mole fría y tétrica, se encierra la imagen sensible de aquel catolicismo sombrío y huraño, en el que Dios es adorado por obra de la Inquisición, y el pensamiento se purifica en los autos de fe.

Todo es severo y triste en esta concepción y en esta creación del alma española; la vida se asemeja á un funeral cantado en vida, como supo idear para sí mismo la loca fantasía de Carlos V: comprendéis que aquella superestructura ideal no podía surgir más que de mentes enfermas, de un Felipe II, parricida; de un Domingo de Guzmán, criminal; de un pueblo agotado por una larga lucha étnica con una civilización espléndida, pero sangrienta, con un pueblo fanático, fatalista y sensual, como los siervos de Allah; de un pueblo largamente educado para la guerra. De este extraño y constante contacto étnico salieron la Inquisición y la Orden de los Dominicos, que hicieron revivir y superaron á la ley javética, más triste cuanto más feroz.

El espíritu francés dió al cristianismo el jocundo escepticismo, el volterrianismo católico, que lo observa todo, que sabe expresarlo todo en formas brillantes, pero sin pasión; la percepción clara, pero apática; luminosa, pero no ardiente. Ningún pueblo sabe como el francés tener una creencia, pero no la fe llena y profunda, aquella creencia apacible que ni tiene la intimidad ansiosa de los tudescos ni la rotundidad latina, que es como uno de esos pala-

cios espléndidos que en ciertas ocasiones se improvisan, que parecen de mármoles y son de tablas, que parecen monumentos y han surgido en pocos días, que dan la ilusión misma de un edificio y nada tienen de tal. Voltaire, que se ríe de la religión y que tiembla en la obscuridad, es el tipo del carácter francés, dotado de una gran claridad de vista y de una gran superficialidad de sentimiento.

El tronco germánico dió al cristianismo una intimidad de pensamiento y de fe parecida á la de los tiempos primitivos. El alma germana es de esta naturaleza: aquel clima frío, aquellas tierras desoladas, combatidas por los vientos, impiden la expansión del ánimo que existe bajo este bello cielo latino y permite la agilidad maravillosa de la mente, propia de nosotros, los de la raza neo latina. La unilateralidad es su carácter intelectual, como la pasionalidad profunda se contiene en su carácter moral. De estas dos condiciones procede una fuerza mental y de pensamiento poderosa, pero no expansiva; unilateral, que necesita concentrarse para obtener aquella amplitud de horizontes de la individualidad psíquica latina, así como la necesidad de suplir con la tenacidad la falta de una intuición pronta y viva. Allí es todo pesado, todo organización y complejidad, todo unilateral; pero en compensación todo es de una penetración profunda, de una más completa intimidad.

Un espíritu de tal naturaleza, de nada se preocupa tanto como de la apariencia que encubre la sustancia y la anula, y de los límites que impiden á su pensamiento el expansionarse libremente; esto consiste en la necesidad de horizontes ideales en que se compense la estrechez material de los horizontes geográficos. Nada hay, con efecto, más contrario á la intimidad del espíritu, que el espectáculo de una naturaleza libre, gaya, iluminada por una eterna

sonrisa que deja divagar al ánimo por el éter. El pensamiento griego fué completamente externo, ya porque era la primavera de la vida, ya porque toda la naturaleza lo hacia de tal modo.

El pensamiento teutónico es completamente distinto del pensamiento latino, y cuando puso el ojo en el cristianismo buscó el espíritu informador; sintió la gravedad y pesadumbre del culto y de la pasividad que mataba al espíritu y vió que, en sus fuentes, la religión de Jesús se compuso de espíritu y de verdad; que era completamente libre de toda autoridad; que el catolicismo era una estratificación producida en los siglos por el genio latino. El propio Antiguo Testamento, á pesar del aspecto hermético y grave que en él domina, contiene sentencias y máximas que parecen responder á esta concepción del cristianismo primitivo, al que se quería retornar; ¿y no se había dicho en la Ley que no había que hacer imágenes de cosa alguna de la tierra? En Italia, en esta tierra del genio aislado, tal trabajo intelectual de reforma se había realizado por gentes á quien la Iglesia había condenado como herejes, pero sus palabras no se habían perdido; ¿no podían ahora despertar seguras de que no caerían en desierto? Así fué cómo nació la Reforma, obra exclusivamente teutónica y que señala la más vasta infuturación histórico-cristiana, después, ó junto al catolicismo.

Pero si el pensamiento tudesco dió al cristianismo la intimidad ideal y la libertad de discusión, el genio inglés, semi-celta, semi-teutónico, le dió un más alto espíritu de comprensión, una más vasta interpretación de las fuentes, un culto más desvanecedor; la religión de Jesús tórnase la de todo espíritu que busque, que pregunte á las Sagradas Escrituras sin más guía que su propia alma. Es el grado extremo del libre examen, fuera del cual se

encuentra la religión no revelada que los espíritus cultos llevan en sí y que se desarrolla sobre dos ideas cardinales: Dios en todo; el panteísmo de los magnos espíritus de Bruno y de Haeckel, y la humanidad.

Tal es la concepción anglo-sajona del cristianismo: un amor que de Dios baja á los hombres con una pasionalidad ilimitada para el bien, con un prurito de enjugar lágrimas y de mitigar el dolor sacrificándose siempre uno mismo por este alto ideal humano: en esto consiste la grandiosidad de esta fuerte raza, de estos verdaderos y grandes santos de la humanidad. No es la suya la pasionalidad inerte de nuestros santos latinos; no es la caridad del pobrecito de Asís, sino la pasionalidad activa y fecunda, furiosa, perseguidora, como el mar que flagela los escollos en que vive (1).

El pensamiento eslavo aportó al contenido cristiano un sentimiento vivo de resignación, de resistencia pasiva al dolor, un deseo de la quietud solemne de la muerte, de la buena muerte — *euthanasia*, — que les sirve para soportar la opresión teocrática del czar. Allí es todo distinto del mundo católico latino: en lo alto, el Estado-iglesia que ofrece el aspecto de un mundo cerrado é inerte; abajo, un pueblo avezado al dolor, al que contrapone una resignación viva y fecunda, activa sin afectación, bastante á vencer los males opresores de la teocracia: los numerosos *artel* son á modo de mundo instintivo, vario, complejo, de una energía popular fecunda, que traen aquellos pueblos en sí mismos de la sobreviviente forma comunista, y que en realidad está formado de algunas condiciones inferiores, las que, juntamente con las superiores dotes del carácter, hacen avanzar mucho á estos pueblos en

(1) Lombroso. *El hombre delincuente*:

el camino de la civilización, en que ahora comienzan á entrar, ya que nada puede ofrecerse de más nuevo que esta mescolanza de civilización y de barbarie. Un pueblo completamente civilizado, completamente perfecto, con una sola tonalidad psíquica, es siempre menos que otro constituido con dotes inferiores y superiores en junto (1).

Pero la versatilidad del cristianismo no se ha extinguido todavía, y ante los graves problemas del día se ha mostrado capaz de una gran adaptación. De hecho, nuestro siglo contiene dos grandes concepciones igualmente importantes: de una parte una moderna concepción positiva del mundo; de otra, la cuestión social.

El nuevo concepto del mundo ha venido fraguándose en los últimos tiempos, y se anuda á las antiguas escuelas jónica y aleática, que llegaron á la concepción mecánica y casual del mundo. Con ella la primera parte de la investigación filosófica — la geogenia y la astrogenia — estaba completa; acerca de la segunda — la antropogenia, la postura del problema humano, — muchas adivinaciones audaces llevaron á cabo aquellos primitivos filósofos griegos. Con Sócrates se inicia la investigación antropogenética; pero muerto él, el lema de su escuela, el «conócete á ti mismo», representa, en vez del primer significado científico, otro casi religioso. Platón introduce en el pensamiento especulativo griego el idealismo, que ya se contenía como en pequeño germen en el dinamismo antiguo; ¿qué significaba, pues, aquella fuerza extraña á los átomos y que no obstante los movía? ¿estaba la materia disociada de la fuerza? La doble corriente — positiva é ideal — se prolonga todavía y reaparece al consolidarse el pensamiento romano: de una parte

(1) Ferrero. *L'Europa giovane*, pág. 565. Ed. Treals.

Epicuro, Lucrecio, retornan al positivismo primitivo del pensamiento griego; por otra, los estoicos, que hablan de un mundo formado por una sustancia material y por el fuego, del que las psiquis individuales no son más que partículas, que á su tiempo arderán en el mundo: *jigni natura renovatur integra!*

La Edad media señala el predominio de toda la teogenia y geogenia semítica sobre el pensamiento positivo antiguo; el *esameron mosaico* cierra toda especulación filosófica acerca del *cómo* y el *dónde*: toda especulación comienza y termina en ella. Es menester que venga el Renacimiento para que se presenten á la mente las diversas direcciones filosóficas con que terminó la Edad antigua; esto es, de una parte el pensamiento monístico y de otra el pensamiento dualista cristiano.

Pero con el Renacimiento comienza el vasto y vertiginoso proceso científico: navegantes audaces trasponen las columnas de Hércules; Galileo observa el cielo y deduce que la tierra se mueve; en las universidades italianas se atreven á diseccionar el cuerpo humano; inteligencias sumas, como Leonardo de Vinci, cultivan las ciencias exactas y son además al mismo tiempo artistas y hombres de ciencia; crece el comercio y la industria, y una multitud de filósofos naturalistas se permite declarar un nuevo concepto del universo. Satanás, que representa el pensamiento científico, triunfa; no ha atormentado en vano durante toda la Edad media el pensamiento de los frailes, determinándoles á decir que creen hasta en lo absurdo, *credo quia absurdum*. La Iglesia levantará contra los pensadores la hoguera, pero las cenizas dispersas por el viento serán un reguero de libre pensamiento, hasta que Comte, en nuestros días, intentará la reconstitución estática de todo el saber, completándolo.

Pero la ciencia no es sólo la concepción estática

del mundo, es además dinámica. Laplace y Herschell descubren la nebulosa primitiva y estudian cómo proceden de ella los astros y la tierra. Kant, Goethe, Geoffroy de Saint-Hilaire, frente á Cuvier, afirman que las especies se derivan unas de otras; Carlos Lyell descubre, contra la doctrina de los cataclismos, la teoría de las variaciones lentas pero continuas del suelo. Lamarck, en su *Filosofía zoológica*, estudia la adaptación y la influencia del medio sobre la especie y deduce la consecuencia de que las especies animales se suceden hasta el hombre. Wallace y Darwin estudian el otro factor de la evolución: la lucha por la existencia, con el triunfo del más adaptado; el padre Secchi compone la unidad de las fuerzas físicas; Spencer, por último, aplica á la sociedad el concepto evolucionista y analógico, mientras Marx y Engels descubren en la historia el determinismo.

El pensamiento dinámico se completa y es todo él una negación de la concepción mosaica: nuestro sistema solar no era más que una nebulosa de la que se han destacado uno por uno los planetas y de la cual es el sol el centro de mayor cohesión. La tierra es uno de estos planetas que tuvo un doble aspecto, uno astral, incandescente, luminoso, y otro planetario, de enfriamiento, por el que el vapor acuoso se precipitó en forma líquida en las vastas hendeduras de la corteza terrestre. Y en el fondo de los mares el hidrógeno, el oxígeno, el carbono, el ázoe y el sulfuro combinándose bajo temperaturas elevadas, formaron el *plason* del que se derivaron dos nuevas formaciones, como dos líneas convergentes abajo y divergentes en lo alto; el reino vegetal y el reino animal formado cada cual por formas sucesivas, enlazadas entre sí como una inmensa cadena de la que cada uno de los eslabones se asemeja al precedente y al consiguiente. En el vértice de esta escala geológica se encuentra el hombre; y cuando la evolución se

cumple en éste, acaba de ser morfológica, tórnase psíquica y después social é histórica.

Frente á la concepción monística caía vencido el mosaismo; vencido en los días bíblicos, en los pocos siglos atribuidos á la vida del mundo, en el diluvio universal, en el hombre creado á imagen y semejanza de Dios, en el pecado original de Adán, etc., y había necesidad, ó de capitular renunciando á todo el Antiguo Testamento, ó de adaptarse, y es lo que hizo la doctrina cristiana con un tacto y una penetración verdaderamente raras.

El catolicismo persistió en mantener viva la tradición bíblica, mientras permitía que ingenios insignes intentasen una conciliación entre la ciencia y la fe, intentándolo pocas pero cultas personas en Europa, mientras en América, en donde vive el catolicismo una robusta juventud, el movimiento de la fe hacia la ciencia es mucho más grande aún de lo que parece.

La Iglesia reformada, que contiene muchos más elementos vitales que la confesión católica, ha resistido más á esta concesión de la fe en favor de la ciencia; por eso el movimiento evolucionista teológico es menos extenso, mas no por ello cuenta con secuaces de menos valor, especialmente entre los grandes científicos ingleses que se inclinan con fuerza al teísmo.

El otro movimiento importante respecto del que ha tenido que adoptar una actitud secundaria de conciliación el cristianismo, es en la cuestión social que de tal modo influye en nuestro siglo y en nuestra civilización.

El hecho no es nuevo: León XIII aplica su ánimo á la cuestión social y en varias ocasiones escribe encíclicas sobre la misma, alguna de las cuales es difusísima. A este movimiento León va arrastrado para ejemplo del clero ultramontano, que hace

tiempo se ocupa con ardor de la cuestión social; pues en Italia son pocos todavía los prelados que de la cuestión tengan, ya que no competencia, un cierto conocimiento de cosas sociales y económicas, ahora como siempre indispensables á todos.

Por eso se oye en Italia al clero predicador excomulgar intentos y doctrinas que, por lo demás, en Francia, en Alemania y en Inglaterra son propugnadas con ardimiento por eclesiásticos de fama universal como Ketteler, monseñor Mannig, monseñor Gibbons y otros más, pertrechados de largas y numerosas citas bíblicas y de pasajes de los Santos Padres, que han dado lugar á un gran movimiento social cristiano. « Los socialistas cristianos — dice un ingenioso y simpático escritor de cosas de economía — quieren reformar á la sociedad en nombre de Dios; pero no por eso quieren que la reforma sea menos radical y menos profunda, no por eso ejercen sobre sus miembros una atracción menos intensa. »

En este movimiento social cristiano, luminoso y consciente, ha demostrado la Iglesia católica una superioridad patente sobre las comuniones protestantes; que ha sido mucho más grande y fecunda la iniciativa de la primera, debida en gran parte al espíritu jerárquico que la informa y á la unidad que la domina. En los dos movimientos, científico el uno y social el otro, es decir, en el evolucionismo y en el socialismo cristiano, ha demostrado la Iglesia católica, gracias á la cultura del clero de los países septentrionales, una vitalidad insólita y ha superado en gran manera al clero protestante.

*
* *

El movimiento social cristiano ha tenido su origen en el movimiento social democrático, por lo que ha surgido primero allá en donde la democracia so-

cial ha echado raíces y constituye uno de los factores políticos más poderosos de la vida de aquellas naciones. Monseñor Ketteler, que acaso ha sido uno de los primeros socialistas cristianos, ha aprendido mucho sin duda de Lassalle, del mesías del socialismo, como le llaman los trabajadores de Germania, aquel que en pocos años de apostolado ha dejado tan grande estela de doctrina y de fe en el pueblo.

En el actual momento económico, la crítica la ha tomado la democracia social cristiana ó de Lassalle, ó de Marx, ó de Engels, poniendo en ella un ardor increíble. Leyendo sus sermones y sus discursos, se encuentra en ellos una audacia insólita de pensamiento y de lenguaje, como acaso no se encuentre sino en los más ardorosos tratadistas de errores económicos.

La obra de la democracia católica no se ha detenido; antes bien se ha proseguido con largo trabajo de preparación intelectual con sabor estrictamente religioso.

La Biblia ha sido ampliamente consultada, y se ha rebuscado en ella para conocer lo que de ayuda ó de consejo pueda dar á la cuestión social; dividida en varias partes y estudiada con competencia, se ha indagado los puntos que contiene de pacificación social, las máximas de comunismo—especialmente en el nuevo Testamento—que reúne, y las invectivas de los primitivos padres de la Iglesia han flagelado de nuevo á los nuevos acaparadores de riquezas.

Como es sabido, la Iglesia al surgir, salía del *ebionismo* hebreo, el mesianismo era la esperanza de los pobres, el profetismo era la natural defensa; por estas causas el cristianismo se conserva por largo tiempo—hasta su reconocimiento por el Estado—como la doctrina de los humildes y de los pobres, con carácter francamente economista, por lo que la democracia social cristiana reclamándose al comunismo, vuelve á su natural fuente.

Salida, pues, la democracia social y empujada por el movimiento democrático, tiene comparada con éste un aspecto nuevo y peculiarísimo; en tanto el socialismo democrático prescinde de toda condición subjetiva y sostiene sus ideas como algo fatal que vive por sí mismo, el socialismo cristiano lo mantiene en nombre de Dios, reavivando todas las esperanzas que tienen su fundamento en la Biblia. El mejoramiento económico que deberá hacer desaparecer todas las desigualdades, es para la democracia social cristiana el reino de Dios que baja á la tierra; ahora no habrá más que un pastor y una sola grey y el lobo apacentará con el cordero: es un nuevo milenario que se aproxima fortificado por la fe y por la ciencia.

Es común el fondo científico y religioso sobre que se levanta la democracia social, pero distinto el fin á que tiende. Algunos, y entre ellos Manning, arzobispo de Londres, llegan hasta el colectivismo; otros se encierran en un legislación protectora del obrero por parte del Estado; otros, por fin, en una acción puramente moral: que den los ricos á los pobres, que con fondos de limosnas se funden casas-asilos, etc., que todos se acuerden de que son hijos de Dios, etc.

Hay también en la democracia cristiana un campo conservador, que parte de este último, y que, poco á poco, por gradaciones, llega á un campo llanamente innovador. Pero conservadores ó no, todos ellos se han mancomunado en una obra activa é inteligente cerca de las masas: círculos instructivos, de recreo, seguros, casas-pensiones, etc., nada se ha escapado de cuanto sirve para reunir á los obreros, hacerlos conscientes, organizarlos. Desde tal punto de vista tiene la democracia cristiana una actividad maravillosa, tanto más cuanto que confía en el sentimiento religioso secular de las masas.

Otro punto característico de la democracia social cristiana es, que no sólo se manifiesta allá en donde

el movimiento social está adelantado, sino también en donde la religión católica no es la oficial; en donde vive y se agita menguadamente es en las naciones latinas, en tanto se agiganta y recoge abundantes frutos en los países septentrionales.

A los ojos del positivista estudioso parecerá esto como un fenómeno de conservación; allí en donde la Iglesia se acoge á la sombra del Estado, en donde las masas no están compenetradas de heterodoxia, resulta inútil todo movimiento directo á la consecución de su conquista.

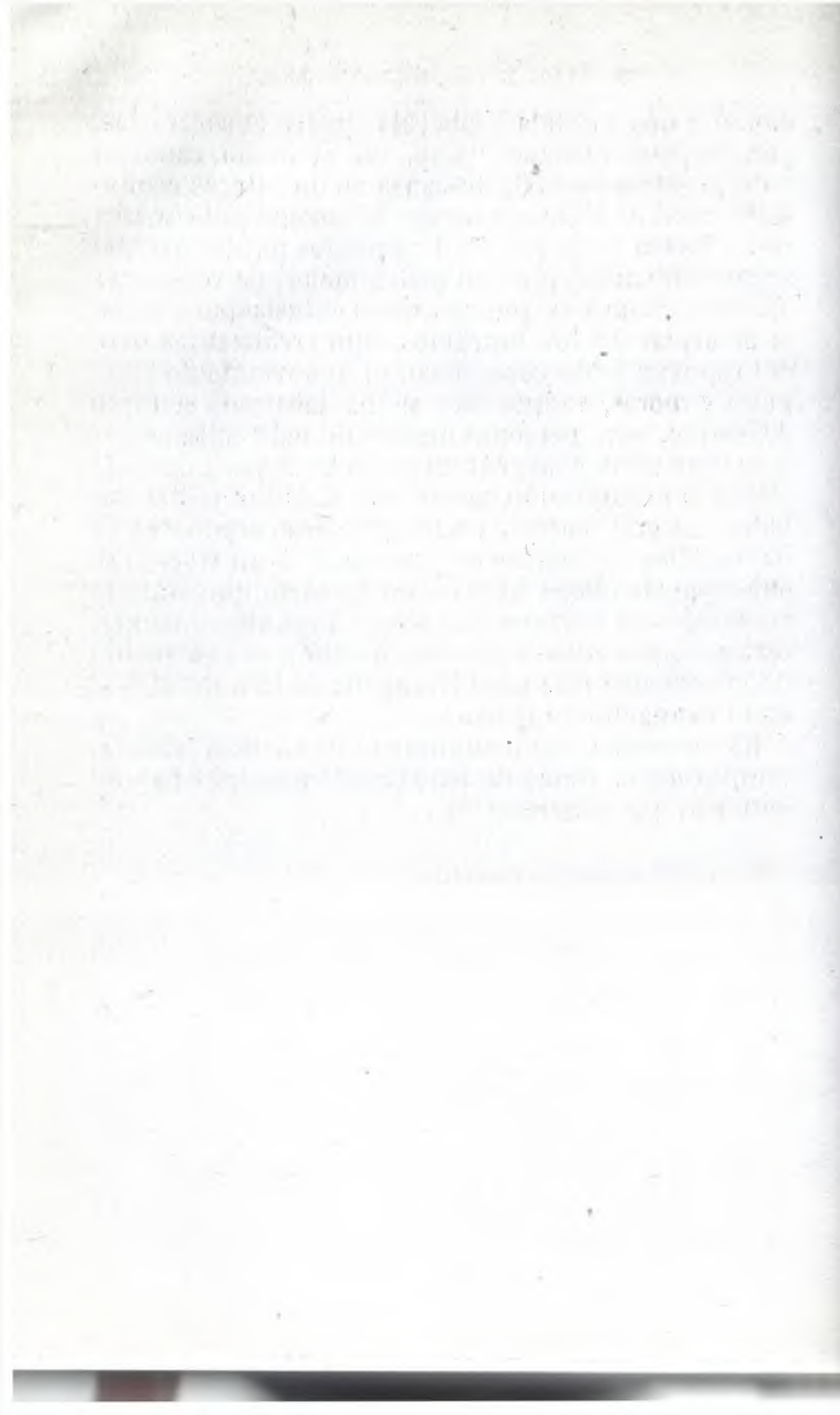
Es la necesidad de mantener un ascendiente, que por complejas razones trata de escapar, el que impele á los católicos del otro lado de los Alpes á una obra de organización y de propaganda. Terminada ya la época mística de los pueblos, no existe más que una sola manera de retenerlos en la órbita de la Iglesia y es interesarse en su vida económica. Los resultados, hasta cierto punto, compensan el esfuerzo, sólo que, como se ha demostrado bien, las masas disciplinadas de la democracia cristiana, pasan á la democracia social, por donde la obra de la Iglesia se resuelve acaso en efectos diametralmente opuestos á los que se proponía. Hecho que no es nuevo al cabo, que como el mismo Bismarck reconocía, la legislación alemana,—socialista,—el llamado socialismo del Estado sirvió como de acicate y de impulso para acrecentar las filas democráticas.

La democracia social cristiana se presenta, pues, como un grande y noble movimiento que se deriva de las doctrinas marxistas y retorna á ellas; tiene hombres de notoriedad, tratadistas, como Gibbons, Manning, Ketteler, De Curtuis, de Maun, Mejer y otros; tiene periódicos, congresos, organizaciones y se propaga prodigiosamente el beneficio del talento y de la laboriosidad de sus cabezas. Podrá el estudioso inquirir qué motivos lo hayan ocasionado

dándole una vitalidad soberbia, podrá encontrarlos, pero es justo reconocer que, en el fondo, como en todo problema social, descansa en un interés económico, cual es el de conservar el ascendiente material y moral de la Iglesia en aquellos puntos en que se ve combatida; pero no podrá menos de reconocer que estos hombres que con tanto entusiasmo buscan el bienestar de los humildes, que realizan, á base del renovamiento económico, el renovamiento religioso y moral, ya que éste se ha mostrado siempre deficiente, son personas dignas de toda estimación. A su obra sabia y magnánima se debe el que León XIII alzase la excomunión contra los Caballeros del trabajo, y si en Londres la huelga de los cargadores de los muelles se mantuvo ardorosa, á su trabajo se debe que las clases cultas—en la parte que aun es creyente— se vuelvan con afecto á las clases menesterosas, pues como decía uno de ellos, «la salvación de la sociedad está en el Evangelio de la fraternidad, en el evangelio de Cristo».

Hay necesidad de inaugurar el reino de la justicia, porque en el fondo de todo problema social hay un entuerto que enderezar (1).

(1) Nitti. *Socialismo católico*.



CAPÍTULO V

LA SUPERVIVENCIA DEL CRISTIANISMO

El Cristianismo vive aún en muchos de sus aspectos, pero en otros no es más que una supervivencia. Las formaciones histórico-sociales son de tal naturaleza, que, de los muchos y variados elementos que las componen, algunos viven una vida exuberante y otros menos; algunos caen como hojas heladas; otros, como el olivo, tienen un eterno verdor: el cristianismo no se ha sustraído á esta ley.

Ciertamente, hoy, del cristianismo vive la gran emocionabilidad artística, amasada por los siglos en el alma ardiente de millares de generaciones y que el genio colectivo é individual recogieron eternizándola en los mármoles, en el canto, ó en la tela, ya en las notas graves y solemnes del órgano.

El arte cristiano tiene un carácter mixto de genialidad colectiva é individual: los primeros frescos, los templos, los primeros cantos sagrados, son obras colectivas; aunque las produjese una sola mente, no hizo ésta más que expresar la pasionalidad colectiva de una multitud de creyentes. ¿Quién se acuerda ya del nombre de aquellos maestros que recorrían la Europa edificando catedrales, de aquellas gentes septentrionales que levantaron los templos en que el alma se elevaba á Dios por las columnas

esbeltas y los arcos de aguda traza, de aquellos autores de arabescos, de frisos, de randas marmóreas, tan delicadas que parecen hechas con el aliento? De toda aquella arquitectura religiosa, de aquellos años primitivos, de las primeras melodías sagradas, ¿quién se acuerda del nombre del autor, perdido en medio de la muchedumbre obscura, de la que no fué él sino el intérprete, genial sí, pero no original?

Después, sobre este arte de la genialidad colectiva, el pensamiento y el sentimiento reflexivo han creado la misma obra, genial siempre, pero individual. Cada pueblo ha dejado su obra peculiar y cada siglo su nombre propio, cada genio el propio recuerdo, haciendo como obras universales en donde habla el alma de toda la cristiandad, en las que se recogen las infinitas voces cristianas dispersas en el tiempo y en el espacio.

Estas son obras universales, son como las imágenes sensibles de la catolicidad; y frente á estas varias y complejas obras de arte, aún permanece viva la sugestión cristiana, la emocionalidad es poderosa, y bien sentís el hechizo de aquel arte en cuya fe acaso no creisteis nunca.

Y cada cual tiene una especial sugestión: el arte primitivo de las catacumbas os pone en el ánimo un no sé qué de triste y de melancólico; el de los grandes pintores es alegre ó triste, según el asunto que os ofrece; el de las obras universales, en las que se recoge la emoción artística de tantos siglos, es varia y solemne. Frente al Escorial tembláis, os regocijáis ante un templo de arquitectura morisca, os llena de solemnidad el Vaticano, os invade una pura alegría ante la Virgen de la Silla, el *duomo* de Milán os da vértigo y los templos góticos os elevan á Dios, como la nota de un órgano cuando acompaña un canto solemne y grave.

Y cuando de la escultura, de la música, de la pintura, pasamos al arte escrito, la impresión no es menos variada ni menos rica en emociones; Dante os sacude con la humana grandiosidad de su *Infierno*, Petrarca con la terneza de sus líricas religiosas; Manzoni da á la fe, afable pero resignada, una paz y un encanto sobrehumano; los evangelios os deleitan y os transportan á revivir el idilio de Galilea. Y ahora, aun después de tantos siglos, los lugares en donde vivió Jesús, aquellos lagos tranquilos, aquella tierra de las noches serenas, que tanto dicen al alma; aquel Gólgota, en medio de aquellos olivares, todo pone en el corazón un tormento nuevo y extraño, una sugestión viva, una *charme*, una efusión, que se cifra y se consagra en el arte vivo y poderoso de Ernesto Renan y han embriagado á tantos corazones que lo sienten debidamente aunque no lo hayan escrito.

La sugestión artística cristiana vive todavía, aunque el alma de muchos se haya alejado de la fe viva y poderosa; sentimos la matanza de los mártires, el apasionamiento de san Agustín, el ardor de la carne de los anacoretas, el éxtasis de los santos, el ímpetu de los heresiarcas, el horror de las luchas religiosas: vivimos aún del gran mundo cristiano, tan ansioso, tan variadamente apasionado.

Nos reímos aún, como en tiempos del Renacimiento, de la sensualidad de los frailes; saboreamos el escepticismo artístico de León X, nos abrasamos en el ardor ascético de fray Jerónimo Savonarola y comprendemos, en fin, que si aquel mundo ha muerto como fe, está vivo para la emoción como fuente estética, y que basta su recuerdo para que se nos represente, y cuando no lo preguntamos para creerlo, lo indagamos con el escabello de la crítica para sorprender las leyes humanas.

Sin duda hay algo en él que ya se ha perdido, como

el pensamiento sutilizante del neo-judaísmo, y fantaseador como el neoplatonismo; hay algo inmóvil como muralla chinesca, y es la patristica que se prolonga hasta tocar en la *Summa theologica* de santo Tomás de Aquino; hay algo traspuesto como la Reforma: en pocas palabras: todo el pensamiento especulativo cristiano ha muerto definitivamente; pero el pensamiento popular cristiano existe todavía; el ciclo religioso de los santos, de la vida de Jesús, de los tres reinos místicos rodeados de leyendas, viven todavía, como el demonismo y los mil *fabliaux* de frailes procaces, amantes de la carne, que experimentan extrañas aventuras amorosas, cómicas; aunque cada año que pasa las va borrando y dentro de pocos ya nadie las recordará; pero viven en el alma popular inculta los gérmenes de las innovaciones religiosas, de las epidemias ascéticas, del milagro, de lo sobrenatural, de aquella errónea concepción del mundo, — creacionista, geocéntrica, y antropocéntrica — que la Edad media y el catolicismo supieron inculcar á las plebes.

Estas supervivencias arcaicas, medioevales, tan alejadas de lo moderno, constituyen un gran peligro social, por cuanto pueden resurgir cuando quiera y poner en peligro las conquistas de la civilización y resolverse en palabras de rebeldía y criminales. Si hay un cometido que tenga que cumplir la ciencia, éste es, por cierto, el más grande y el más benéfico, y consiste en apresurar la evolución social abajo; en enterrar definitivamente las supervivencias del carácter, elevando la psiquis de las plebes al concepto moderno de la vida.

Las formas patológicas cristianas están vivas y mucho más fuertes que puede creerse, y reúnen parvidad y contenido distinto: allá, en donde como en Italia y en España, domina la ignorancia sin la gran presión político social, revive una forma atra-

sada de cristianismo con contenido egoísta y con tendencia criminosa.

Pero cuando se trata, no de un pueblo senil, sino de un pueblo que salió apenas de la barbarie, como ocurre á la raza eslava, sobre la que radica un poder teocrático-social más opresor aún que el catolicismo y que está circundado por un egoísmo duro y feroz; en un clima social, formado de tal modo, surge un desequilibrio psico-intelectivo, que adopta una nueva forma con el mismo fondo común religioso que lo rodea todo. Así es cómo nacen en Rusia las formas sectarias religiosas neófilas, con contenido erótico, ya positivo, ya negativo, con una profusión de altruismo y tal vez confinando con la criminalidad.

Entre nosotros pueden revivir los santuarios y las apariciones, pudo existir el Lazaretismo, como un hecho aislado ó esporádico; pero en Rusia, están los «Hijos de Dios» y el Tolstoísmo, y los Skoptri y los Donchobortz viven y se propagan, y los santuarios y las sectas indican un mal grave y profundo, una detención del progreso entre nosotros, y en Rusia un desequilibrio.

La civilización avanza, pero lleva en sí misma la pasividad de las formas degeneradas, que son como la sombra que sigue al cuerpo; el cristianismo no se sustrae á esta ley y tiene sus éxtasis y sus bajezas: éxtasis son el arte, el sentimiento de la fraternidad humana, la versatilidad de que la ha dotado el genio ario; la baja es el ciego fanatismo, las epidemias psico y neuropáticas de fondo religioso, que vivieron en la Edad-media y viven todavía.

El cristianismo reúne dos formas principales: la católica y la protestante; las cuales viven una vida vigorosa y una distinta insaturación histórica.

El catolicismo es, como pensamiento y como constitución, un ciclo, un período terminado, pero

aún fuerte y vivo. En verdad no tiene esperanza de futuro desarrollo, pero en compensación no le falta estabilidad granítica; es como las pirámides, fuerte, majestuoso, al cual los siglos han dado vigor y solemnidad. Mantiene una disciplina férrea, y es como el ejército de Dios en la tierra; posee una gran inflexibilidad de doctrina y raro espíritu de conservación. Todo contribuye á darle fuerza: la tradición secular, el hechizo del arte, con que se encadena á las almas meridionales apasionadamente estéticas, y el poderío de las órdenes monásticas, en las que se anulan los individuos para multiplicarse y en donde millares de mujeres se sacrifican por un solo fin, la grandeza del papado; pone en todo el fausto, en los paramentos sagrados del humilde párroco, como en los tesoros del Vaticano. Con estas condiciones, aunque ya no contenga los gérmenes de nuevas evoluciones, vive todavía, y aunque parezca en Europa como envejecido, vive en América con la juventud misma de aquel mundo nuevo; vive en las misiones, del atractivo del apostolado, y entre las gentes del norte, del idealismo de la raza.

Las adversas vicisitudes que le han arrebatado el poder temporal, le han dado una influencia espiritual mucho mayor; lo han como modernizado, hanle dado como una novísima pureza mondándolo y renovándolo.

El protestantismo, en cambio, tiene una forma cristiana joven; no tiene la vetustez ni la organización del catolicismo, pero tiene la juventud y el idealismo del pueblo tudesco y anglosajón en su corazón; el catolicismo no puede ser más que religión latina, como el protestantismo del norte. Aquella raza fuerte se lo ha dado todo: el alto y sereno idealismo, el apasionamiento por el bien, indefinido, continuo, como una gran meta que cada cual se propone y hacia la cual camina sin impaciencia y sin

desaliento, la libertad solemne del espíritu. La reforma es una libre interpretación de la mente, es la adoración á Dios en espíritu y en verdad, que tiene por culto y por templo la propia alma, y la propia aspiración; por lo que en sus formas más libres se eleva hasta el panteísmo y confina con la humanidad. Entendida así, como el culto libre á un dios, como sacrificio rendido á esta inmensa familia humana, es la más elevada y la más auténtica interpretación del evangelio. ¿De qué habló siempre Jesús sino del amor al prójimo, y de quién habló siempre sino de Dios, únicamente de él? Él no conoció ni la superestructura de la Trinidad, ni los dogmas abstrusos y sutiles que los neoplatónicos crearon luego.

Así, ha ocurrido, pues, que los grandes científicos ingleses, son teístas y cristianos; que Spencer puede hablar de un agnosticismo moderno, de un enaltecimiento de la fe; y que puedan llamarse cristianos porque tienen de Cristo aquel amor universal, al que en lo pasado se elevaron pocos, y que forma precisamente la dote de los pueblos que tienen un mayor porvenir.

Esta es la más luenga infuturación del cristianismo; es como el recuerdo más vivo y sugestionador, el de los primeros cristianos, con los cuales tanto va pareciéndose el mundo presente.

Entonces, como hoy, un vasto dolor humano y una vasta expectación; entonces un enfurecimiento de los hombres y de las cosas hacia los primeros creyentes; entonces los funestos presagios de una nueva barbarie; pero en medio del desaliento nace por obra de los humildes una nueva civilización que aspirando al cielo conquistó la tierra. Su vida refulge con cuanto sacrificio puede contener la naturaleza humana; ellos supieron vencer perdonando; supieron demostrar que la sabiduría suprema está en

el perdón y supieron imitar del Maestro el completo sacrificio solemne, y de ellos revive el recuerdo y la admiración en este avvicinamiento ideal de las civilizaciones. Y tantas veces como la humanidad sienta la necesidad de un noble ejemplo, de virtud inermemente vencedora, tornará á vosotros su recuerdo, á vosotros que mostrasteis hasta qué alturas celestiales puede elevarse la bestia humana. ¡Para todo el mundo cristiano, juntamente con Jesús, viviréis en la gloria de los siglos; esta gloria que os prometieron los cielos y que os ha dado la tierra!

LAS «RUMANZE»



CAPÍTULO I

LA PSIQUIS COLECTIVA Y LAS FÁBULAS

Algunas formaciones de la psiquis colectiva tienen tendencia á *petrificarse*, adoptando formas establemente fijas, que perduran por largo espacio, aun mucho tiempo después del estado de conciencia de que nacieron.

Estas formas petrificadas viven, aunque no pueda comprenderse, quedando como formas supervivientes, como símbolos de movimientos psíquicos, que ni se agitan ni se fatigan. Son como los fósiles geológicos, indicios de otras faunas y de otras floras.

Ribot, á quien se debe la imagen que tan perfectamente responde á la verdad de la petrificación de ciertos productos psíquicos, no menciona como tal más que una sola especie: esta es, las palabras y los proverbios; las formas gramaticales tienen un alma y una historia que interpretan debidamente los modernos filólogos. En sus radicales y desinencias, en las formas primitivas ó derivadas, en la estructura monosilábica ó aglutinante ó flexiva, en la cadencia ó en la elisión de las consonantes, en la dulzura ó aspereza de las vocales, existe más que un hecho filológico; en ello hay una historia étnica, en ello hay derivaciones y parentescos de los pueblos, está como trazada á grandes rasgos la evolución humana,

Así, por ejemplo, comprendemos por el numeroso crecer de los vocablos el acrecentamiento del pensamiento y de la civilización; adivinamos ciertas costumbres de determinados pueblos por el extraordinario número de ciertas sinonimias; como los árabes, que tienen trescientas voces referentes al caballo, por lo que deben de ser un pueblo de guerreros; adivinamos el espíritu de ciertos salvajes, por la ausencia ó la presencia de ciertas voces que expresan ciertas ideas (1); estamos seguros de la evolución del órgano visual, al ver cómo en las lenguas más antiguas no existen vocablos referentes á ciertos colores; adivinamos el modo de ser de los criminales por las palabras de su jerga.

Pero conjuntamente con estas formas psicológicas petrificadas, existen otras como las «fábulas» —que el pueblo meridional de Italia llama *rumanze* por la lengua en que aparecieron y por el tiempo en que nacieron. *Rumanze* que aparecieron y fueron narradas cuando la lengua latina se corrompía en las lenguas vulgares: español, francés, rumano.

Pero no todas las fábulas son *rumanze*: las hay aún más extensas y antiguas: las hay nacidas en la Edad media y otras que son como reliquias del mundo pagano, y aun otras que se remontan más alto; pero cualquiera que sea su fecha y su origen, el nombre de *rumanze* las comprende todas aunque sea diverso su contenido.

La crítica especialmente literaria las ha amparado y va recogiénolas: en Francia, en Germania, en Italia ya los *fabliaux*, las *rumanze*, las *fiabe* son objeto de un estudio grande y amoroso, más que de otro desde el punto de vista literario (2).

(1) Lombroso, *Uomo delinquente*. — Bianchi, *Localizzazioni cerebrali*.

(2) Véanse los estudios de Graff, de Ancona, etc., y la gran literatura folk-lorista.

Bien se acercan á las primitivas fuentes y formas literarias, ó, como hace entre nosotros Graff en su libro *Il diavolo*, y en otro acerca de las leyendas medioevales, salvan del olvido un mundo intelectual, para ofrecer un campo de investigación á los estudiosos.

Porque las fábulas se prestan á investigaciones hasta ahora no intentadas, al estudio de la psiquis colectiva; para descubrir sus leyes, ver cómo han salido de ella esas formaciones y cuál es su naturaleza: punto nuevo de crítica éste, al cual nunca se ha sometido á las fábulas.

El alma colectiva puede, pues, estudiarse como en dos libros: uno de ellos antiguo, que ya casi va desapareciendo, las fábulas juntamente con las otras formaciones histórico-colectivas, y el otro, moderno, formado por las manifestaciones psico-colectivas que viven en torno nuestro, las que podemos sorprender y estudiar.

Estos dos campos de estudio son totalmente diferentes, pero entre ellos existe un centro evolutivo, ya que corresponde el uno á una colectividad vieja inferior, y el otro á una colectividad joven; de las cuales una tiene una estática psíquica constituida por pensamientos poco reflexionados y una dinámica profundamente egoísta; mientras tiene la otra una estática moderna reflexiva y una dinámica altruista.

Pero la colectividad nueva, la multitud que se va preparando, deriva de la antigua, es una forma evolucionada de la misma, de donde, para que sea completo el estudio psicológico, es menester que no se reduzca á las formas presentes de la psiquis colectiva, sino que descienda aún más abajo; al modo como en el campo psicológico individual no nos detenemos en el hombre, sino que descendemos hasta el niño.

Pero, abrazando en mientes el vasto campo de

las fábulas, comprendemos cuán diverso es por su contenido: las sagas septentrionales no son los *fabliaux* latinos, como las novelas árabes no son nuestros ciclos heroico-caballerescos; sin embargo de lo cual las leyes psicológicas que en ellas se descubren son siempre iguales, por lo que bien podemos, al tomar como objeto de nuestro estudio tal complejidad de fábulas, tener la certeza de interpretar el espíritu general que las anima.

Del mismo modo que en la psicología individual, el estudioso examina un dado número de individuos sanos ó enfermos, mide un determinado número de percepciones y luego explana los datos de sus investigaciones, y, salvo las variaciones individuales y ciertas variaciones colectivas, las leyes recogidas resultan ciertas, precisamente porque las personalidades humanas — estas unidades biopsicológicas — son en su complejidad y variabilidad iguales.

Las fábulas, que forman el objeto de este estudio, son las llamadas *rumanze*, peculiares del pueblo calabrés; son las que yo oí de muchacho, aquellas cuyo espíritu comprendí, y acerca de las cuales he reflexionado muchas veces, puesto que tratando de recoger el espíritu colectivo, se pierde mucho en la colecta escrita que se hace, como se volatiliza mucha parte de un gas al trasegarlo.

Pues bien, observando estas y otras colecciones de fábulas pertenecientes á un pueblo determinado, siempre se encuentra que están constituidas por diversas estratificaciones, mezcladas entre sí, las cuales reproducen las mezclas de razas del pueblo que las produjo. Hay también ciclos intelectivos que se tocan y se confunden, semejantes á esas ondas que se forman en la superficie de una pila en la que se echa, esparciéndolo, un puñado de arena, de la que cada granito se convierte en centro de círculos que se cortan por mil puntos con los formados por los otros granillos. *

Mas estos ciclos se han formado en distintos tiempos de la vida de un pueblo y son como su historia: los hay antiguos y otros más recientes; los hay nacionales, que brotan de la profundidad del espíritu étnico puro, y los hay importados; mas, sobre unos y sobre otros ha puesto la psiquis colectiva como una marca que los distingue de las otras formas colectivas psíquicas, comprendiendo las circunstancias de tiempo y de lugar.

Las circunstancias de tiempo y de lugar son dotes de la mente ordenada: ya dijimos de qué modo se forma la mente por las impresiones del mundo exterior, las cuales operan modificaciones en nuestra psiquis fáciles de notar y de revocar, y después vienen á agruparse en torno á determinados centros de tiempo y de lugar, de semejanza y de contradicción (1).

Dichos centros tienden á confundirse: antes de que determinado hecho caiga en el olvido, su recuerdo se desvanece; desaparecen, sí, las circunstancias de tiempo y de lugar, que son los dos centros en derredor de los cuales se agrupó la experiencia; la mente no guarda más que el recuerdo, el hecho queda fuera del momento presente; es como si el fonograma se hubiese borrado.

El hombre ha intentado oponerse á esta fugacidad de las impresiones, lo ha intentado con la escritura *cuneiforme*, jeroglífica, pictográfica, alfabética; pero la psiquis colectiva, en tanto, se ha confiado por mucho tiempo á la memoria psíquica, no se ha servido hasta mucho más tarde en la escritura.

Así, pues, la psiquis colectiva es en sus recuerdos fugaz y menguada, por lo que en la narración de sus fábulas ó se calla el tiempo y el lugar ó los relega á un país lejano, á un Eldorado verdadero ó

(1) Sergi, *Psicologia per le scuole*.

imaginado. Cuando los toscanos quieren referirse á un lugar lejano le llaman Ogamagogo; entre nosotros los hechos narrados en las consejas ocurren en Portugal ó en España y comienzan por el «Había cierta vez...» ¿cuándo? ¿dónde? ¿quién lo sabe?

Sin embargo, acaso puede sorprenderse la última nota que se desvanece, indicadora del tiempo ó del lugar. Cuando nuestras consejas se refieren á España, recuérdase su provincia, y de aquí es la fantástica literatura morisca que forma uno de los ciclos más importantes de fábulas.

Perduran también ciertos símbolos de supervivencia en la psiquis colectiva, referentes á hechos y á circunstancias, á acontecimientos cuyo recuerdo se ha perdido, y la supervivencia ha estratificado, por lo que de una completa formación psíquica, no se conserva más que una reliquia. Así, de la dominación arábiga en nuestro país (1) no queda más que un ciclo de «rumanze», y el dato de que los hechos narrados ocurran, casi siempre, en España ó en Portugal.

Hay también en la psiquis colectiva una reducción, una simplificación, por cuyo efecto desaparecen las circunstancias de tiempo y de lugar, y los diversos contenidos intelectivos, cuajados en diversos tiempos y civilizaciones, ó ya estratifican confundiéndose, como veremos en el segundo capítulo cuando hablaremos de los diversos ciclos de nuestras «rumanze», ó bien se esfuman en una simple sobrevivencia. Así, pues, la psiquis popular tórnase como un archivo histórico en el que muchos documentos hanse extraviado y, ó no queda de ellos más que el título, ó andan tan sumamente revueltos que da fatiga ordenarlos.

La razón de estas mezclas, estratificaciones y su-

(1) Sicilia. (N. del T.)

pervivencias de los ciclos intelectivos, descansa siempre en aquella ley asentada por Ferrero para desentrañar los símbolos, esto es, la abreviatura del trabajo mental, que cuesta una verdadera desintegración (1), por lo que las percepciones, las imágenes y recuerdos, abandonados á sí mismos, se tornan fugaces y poco de ellos queda ni sobrenada, como en el naufragio de un buque son pocas las tablas que flotan sobre las olas.

Hubiera sido un trabajo impropio para la psiquis colectiva, el mantener juntas las vicisitudes históricas, netas, distintas, trabajo al que se entrega raramente; y ved que en cambio se retiene del vasto mundo de los acontecimientos lo escaso, lo aéreo de la sobreestructura, la parte fantástica, ideal, legendaria, mezclada con las otras que se poseen ó se poseyeron.

Así es cómo la muchedumbre, que tiene la memoria flaca, conserva de los acontecimientos históricos la leyenda y la fábula.

Ahora bien; las fábulas tienen un sentimiento: su contenido es robustamente afectivo, en cuanto contienen siempre una historia, ya triste ya alegre, por cuanto reflejan un hecho humano. No son de esas historias que nos dejan indiferentes, sino de las en que nuestro ánimo se apasiona; como puede probarse en el hecho de que las hay que arrancan lágrimas á los niños y á las personas compasivas.

Tienen, pues, las fábulas un alma, una pasionalidad, la cual tiene preferencias; ya que la psiquis popular, en sus formas más simples y menos evolucionadas, se entiende, es predominantemente sensitiva, antes que pensadora.

Y como los sentimientos principales del alma humana son el amor y el odio, y la religión es un

(1) Ferrero, *I simboli*.—Fratelli Bocca. Torino.

manantial de emociones, así la psiquis colectiva, en sus formas primitivas, vive de los mismos sentimientos afectivos que la psiquis individual, y como las fábulas se desenvuelve ó en derredor de acontecimientos amorosos, ó iluminados por el odio, tienen por lo tanto un contenido, un fondo religioso, que cubre y envuelve los hechos humanos y del que se deriva su colorido y su trama. Por eso estos sentimientos no tienen la amplia complejidad y la finura moderna; no encontraréis en ellos el altruismo, fruto nuevo, moderno, del árbol del sentimiento; en cambio encontraréis el amor sensual; el amor á la prole; y el odio, no es el que se tiene al vicio como tal, sino el odio al vicio que se palpa, á la virtud engañosa, á la belleza inasequible. Es la envidia y concupiscencia, en una palabra, el tono sentimental pasional que domina: es el sentimiento de los tiempos pasados que se ingiere aún en el presente, formado antes por bajezas que por grandezas humanas.

Lo mismo es el contenido religioso, que no se manifiesta como la tendencia del alma hacia un ideal colocado fuera del tiempo y del espacio, sino que es aquel sentimiento religioso grosero, como el fondo de un cuadro brotado de un pincel rústico y primitivo.

La psiquis colectiva, pues, se imprime por completo en estas formaciones, y como está poco evolucionada, por ello las creaciones que forma reflejan un mundo poco evolucionado: no obstante, hay también concepciones de una gran exquisitez sentimental; estas fábulas producen un encanto, son manantiales de placer estético; son como ciertas creaciones de los genios criminales que fascinan, que parecen emanadas de los más hermosos dolores de un artista; son como los poemas homéricos, que cantan raptos y desastres—todo un bajo mundo con

muy escaso contenido ético,—y que sin embargo nos deleitan y seducen. Es el arte que no falla nunca, es la genialidad artística que rodea á estas formaciones psico-intelectivas. ¿De dónde proviene este encanto? ¿por qué esta genialidad inconsciente?

Es indudable que existe un gran caudal de placer estético en ese no sé qué de vaguedad, de variedad, que pasa ante nuestra mente: siempre fué la variedad manantial inextinguible de placer. El alma humana tiene una sed perenne de impresiones nuevas y variadas, que, cuando no por los ojos, entran por la mente. Y en las fábulas, son dos los hechos que concurren á proporcionar el placer estético: primero, la novedad y variedad; segundo, el que estas creaciones no salgan del ámbito ordinario de la vida.

Si tuviesen una verdadera novedad que chocase con el misoneísmo, que gran parte de la psiquis colectiva inferior experimenta, con seguridad sería manantial de dolor, de un sentimiento angustioso, de una desintegración nerviosa; lo nuevo es la particularidad en la vieja trama general de la vida, que tanto agrada y por tal modo seduce al espíritu, amamantado como está por la pasionalidad que conmueve al alma sin atacarla. Es la ficción en el arte, que entra por tanto en el esteticismo del espíritu humano.

La existencia de las fábulas trae aparejado otro problema de psicología colectiva, que se plantea de este modo: Las fábulas ¿son obra de la imaginación y de la psiquis colectiva?

Considerando someramente el problema, no cabe duda de que así es. Esas historias de magos, de ogros, de hadas, de santos, de demonios, parecen parto de una imaginación gigantesca. Sin embargo, no son sino reflejo falso de las cosas; lo que parece parto de una imaginación inventora no es más que

alucinaciones é ilusiones; es el mundo de los hechos visto á través de lentes que desfiguran.

El mundo de las fábulas, á los ojos del científico, puede parecer ó un simbolismo ó una ilusión; la mitología — que formó un vasto ciclo de literatura colectiva — fué considerada como un simbolismo de los complejos y vastos fenómenos solares; el mito obscurecía el concepto científico; pero para admitir esto deberíamos señalarle á la psiquis colectiva primitiva un pensamiento reflejo que no tiene; más vale, pues, ó interpretarla, como Spencer lo hace, á modo de fenómeno humano cuyo contenido perdióse, ó como un reflejo falso de los fenómenos de la naturaleza (1).

Es lo que ocurre con las fábulas, las cuales en su mayor parte han nacido bajo cielos tórridos, en donde el clima se inflama y el aire tiene mil engaños de luz y de colores. En estos países las alucinaciones y las ilusiones son frecuentes porque los sentidos están atrozmente estimulados, porque tremendos estímulos corren hasta la corteza cerebral.

En los desiertos, en donde es frecuente el espejismo, entre aquellos mares que reflejan la opuesta banda, en aquellas tierras de los reflejos del sol, vivieron aquellos pueblos de cuyo espíritu salieron las más fantásticas leyendas.

En la Edad media surge otro ciclo de leyendas, especialmente entre los pueblos del Norte, con un contenido religioso, místico, lleno de terror al diablo y á la carne, y que giran en redor á los tres reinos de la muerte; estas fábulas, fueron una alucinación nacida del desequilibrio psico-somático, que agita las mentes en aquella edad triste y cuyo ritmo hemos estudiado en la formación histórico-social.

No es, pues, la imaginación dote de una psiquis

(1) Trezza, *Crítica moderna*. «*I mitis*.»

colectiva inferior, y lo que á nosotros nos parece obra suya, obra normal, es lo menos normal que cabe que sea: es una imperfección de los sentidos, es una experiencia falsa que transmiten á los centros nerviosos y que éstos toman sin comprobarla.

Y las fábulas tienen todo el antiguo contenido científico, todo el pensamiento reflejado en la naturaleza, que un día pareció cierto, y que por la permeabilidad de la psiquis descendió á la plebe.

Los antiguos creyeron en encantamientos, en el metabolismo, en los genios, en las hadas, etc., y lo creyeron hombres eminentes de aquellos tiempos; no se creyó en la inmanencia de la naturaleza; sus leyes se consideraron capaces de interrupción; la creación espontánea,—el aborigenismo,—siempre posible. Pues este era un contenido científico falso, del cual fué despojándose la ciencia poco á poco, pero que perdura en el alma popular y petrificó en las fábulas.

Las fábulas, pues, acogiendo tantos y tan variados elementos, son como un organismo que se ha ido formando, en el que han colaborado varios estados de la psiquis colectiva, cada uno de los cuales sobreviene en un ciclo; y cuando ya está formada una fábula, la psiquis colectiva transmitiéndola la moderniza, le da un colorido y una frescura de actualidad, la modifica insensiblemente hasta convertirla en tan diversas cosas.

Observando la gran colección de fábulas, se deduce que todas van á dar en unas pocas, que son como las cabezas de una variada y compleja familia, y oyéndolas contar en varios intervalos de tiempo, comprendéis que muchas circunstancias, reflejando la novedad del ambiente, se han modificado, demostrando que la psiquis colectiva, que es en el fondo tan misonceísta, es al mismo tiempo tan fácilmente sugestionable, que refleja en hechos imagi-

narios, de una existencia milenaria, las modificaciones del ambiente social que la rodea.

Las fábulas, como todas las formaciones histórico-sociales, tienen un clima histórico en que viven, ó por mejor decir, nacieron y vivieron; lo que es efecto de una cultura menguada y de un sentimiento poco evolucionado: como cierto género de alucinaciones surgen en la pubertad y reviven en la vejez, nacen éstas en la juventud de los pueblos y reviven en su senectud; en los dos momentos en que la falta de experiencia, ó la defectuosa percepción, se presta á un falso reflejo de la naturaleza.

La antigüedad griega creó el gran mundo mitológico y heroico, la Edad media el espléndido florecer de las fábulas; pero una y otra — por juventud ó senilidad — reflejaron la naturaleza por modo falso y erróneo. El ciclo heroico místico antiguo, cae al hundirse aquella civilización pagana, al embate del cristianismo que operó en las almas una nueva orientación. En aquella sucesión de cruces étnicos, en el nuevo concepto de la vida y la nueva civilización naciente, debía caer el contenido mitológico para que otro surgiese; pero la disposición psíquica que lo había creado sobrevive, de donde aparece un nuevo ciclo legendario de contenido árabe-cristiano. Hoy la fábula no vive más que entre la plebe, allí en donde se condensa la senilidad de un pueblo, en donde viven las antiguas estratificaciones del carácter; pero á medida que las circunstancias económicas elevan al proletariado á la luz de la historia y le dan un pensamiento nuevo, caen las fábulas, por lo que no tardará mucho en no quedar rastro de ellas.

Mas, esta desaparición de un mundo fantástico, que muchos lamentan, señala el fin de una ceguera del intelecto, de un anublamiento de la mente, es el principio de una nueva psiquis colectiva: para

siempre ha quedado roto el encanto, las cadenas de oro se han despedazado y una nueva civilización nos saluda, la civilización en la que el alma está profundamente llena de humanidad, el intelecto irradiado profundamente por la ciencia.

Se cuenta que un tiempo se oyó clamar una gran voz por cima de los mares: «¡El Dios Pan ha muerto!»; era la antigüedad que acababa con sus hermosos engaños; de seguro se oirá en lo por venir otra que dirá: la vieja civilización humana tan esplendente en lo alto y tan dolorosa en lo bajo, ya no existe, y en su lugar ha surgido la civilización nueva de la justicia y del trabajo. Y con ella morirán las leyendas del contenido triste y de la forma seductoramente artística; y aunque esto les ocurra, nosotros no tendremos para ellas ni una lágrima ni un lamento (1).

(1) Extraña que temperamento tan vibrante, alma de artista como la que revela el autor, trate con esta afectada crueldad á la poesía popular, fuente perenne de pura emotividad. (N. del T.)



CAPÍTULO II

LAS «RUMANZE»

Las «rumanze» no se sustraen á las leyes que rigen á las fábulas en general, esto es: á la estratificación y mezcla de los ciclos, surgidos en condiciones étnicas diversas por el tiempo y por el lugar, al contenido moral inferior, al encanto artístico, al falso reflejo del mundo, á la ley determinista del clima histórico.

Los ciclos que existen son parecidos: cada uno de ellos es la supervivencia de un determinado acontecimiento histórico.

El ciclo más antiguo, que es el greco-romano, es escaso ó muy poco señalado; no podía ser de otro modo, por aquello que decíamos de que el mundo romano va borrándose de las mentes por las nuevas mezclas de pueblos desemejantes y por el nuevo contenido religioso. Se encuentra acaso como un recuerdo destrozado, no recompuesto, como los restos de un naufragio que aparecen todavía, ó como los pocos y raros vocablos de una lengua aprendida de niño y luego olvidada (1).

Sí, se conserva el nombre de las máscaras griegas y romanas: de *papos* y *mormon* quedan dos

(1) Prof. Vincenzo Dorsa, op. cit.

nombres sin significado, que se les dicen á los niños para espantarlos (*mammarutu* ó *mammone* ó *papparuto*), pero de las extrañas aventuras de estos personajes, delicia de la plebe romana, nada queda.

Mucho más vivo está el ciclo heroico-caballeresco, si bien un tanto descolorido y acaso mal interpretado. Los ciclos heroico-caballerescos surgieron en el Norte de Europa y no llegaron á nosotros sino escasamente, ya que las emigraciones del Norte ó no penetraron hasta el mediodía de Italia, ó si penetraron, no tuvieron tiempo de fijarse en él. Aquí no hay recuerdo de Orlando, ni de Carlo Magno, ni de Artús, ni de todas aquellas demás figuras de damas, de caballeros, de gigantes; de quienes Ludovico Ariosto nos ha dejado en su poema el más espléndido ejemplo.

El ciclo céltico del ogro, está vivo y presente en muchas consejas, porque se ha fundido con el árabe. El ogro posee espléndidos palacios y rapta á las más hermosas doncellas, de las que se enamora luego sin ser correspondido y las doncellas escapan y el ogro las persigue. Posee jardines eternamente floridos, con suaves perfumes, al que van las gentes á alcanzar los frutos, y él se esconde y las sorprende; y con sus amores y con sus odios y con sus encantos, acaso con su bondad, constituye la trama de muchas fábulas (1).

Pero los dos ciclos más importantes son el ciclo religioso y el árabe. El ciclo religioso es vasto; constitúyenlo los acontecimientos verdaderos ó imaginarios de la vida de Jesús y de sus discípulos, en donde campean el maestro—Jesús—bueno, sencillo, amoroso, que lee en los corazones y compadece á Pedro, de poco caletre, de pobre espíritu. Al ciclo religioso cristiano pertenece la historia común en

(1) Padula: *L'Orco*.

la Edad media, del judío errante, de algunos hechos de santos, ya verdaderos ya imaginarios, del diablo, de los anacoretas que viven una vida centenaria con sus luengas y albas barbas, los cuales llamando á sus ermitas piden que la gente los siga con la cruz y á quienes los ángeles acuden con alimentos. Igualmente les pertenecen las historias macabras, las danzas de los muertos; ciclo en el que se refleja el *humour* plebeyo con sus frases libidinosas y rudas, con la astucia de la gente pobre.

Al otro ciclo, al arábigo, pertenecen las más bellas y fantásticas fábulas; aquellas que encantan y seducen: como las «Mil y unas noches», como el canto de una mujer en una noche de estío. Y son narraciones de reyes que se enamoran de pobres doncellas, de hadas que habitan en el fondo de los mares y que se allegan por la noche á la tierra, de ardidós caballeros transformados en piedras, de magos que hechizan y de doncellas que rompen el encanto, de palacios que emergen en una noche y en los que cada objeto tiene su alma y su voz; son leyendas de amor y de odio en las que se entrelaza el sentimiento religioso, en donde se encuentran las brujas con sus aquelarres y que alcanzan siempre un hermoso final, en el que triunfa la virtud.

Son estos, pues, los ciclos de las fábulas romancescas, que se cruzan entre sí, por modo que lo profano y lo divino, lo antiguo y lo reciente, forman una historia única que encanta y que seduce. El falso reflejo del mundo revive en estas creaciones del espíritu colectivo; allí se encuentra el *destino*, el *fatum*, que cada uno tiene y al cual no se resiste; hombres condenados á vivir como animales, á ser asesinados á fecha fija, á vivir en el fondo de los mares; se encuentra en ellas la inestabilidad de las leyes naturales, noches que duran meses, aguas del

mar á las que calma una sola palabra, animales que hablan; se encuentra el metabolismo y el encanto; tienen el milagro, se ve, en fin, todo el falso concepto de la naturaleza que en sucesivos momentos fueron formándose los hombres y que vive aún en libros polvorientos—recuerdos de otros tiempos,—y en el espíritu popular en forma viva y potente.

Y junto con el reflejo falso de la naturaleza, en las fábulas brilla un alma primitiva con su impulsividad y con su tendencia criminosa. Es el espíritu de la gente y del tiempo en que nacieron estas seductoras fantasías, es la imprevisión de la psiquis inferior la que domina siempre; es la impulsividad lo que empuja á los caballeros hacia los peligros, la baja pasionalidad es la que guía al delito, es la creencia en que triunfe siempre la virtud, en que no queden impunes los delitos; todo esto es lo que inspira, en fin, á estas fábulas. En cuanto á su contenido, es un delito, que ya lo cometen los genios ó las hadas; ora los poderosos, ya los mismos compañeros y parientes, y al cual sucede, en compensación, otro crimen nuevo, que confirma aquel concepto antropológico según el cual la pena en su origen es un nuevo delito (1).

La psiquis popular se refleja, pues, completa en las fábulas: en ellas se siente el hechizo de las riquezas, que seduce y que deslumbra; la sugestión del lujo, en el que el protagonista es siempre un rey bello como el sol; los palacios son siempre de brillantes y las telas de brocado; las hadas bordan en bastidores de oro y cuando se peinan desprenden perlas de sus cabellos; las cadenas son de oro. Con el crimen se junta el amor: las dos pasiones más poderosas del alma popular. Por amor parten los

(1) Lombroso. *L'uomo delinquente*, vol. I. *L'embriologia del delitto*.

jóvenes en pos de lo desconocido; por amor sufren las doncellitas; el amor es para el hombre un momento fugaz, para la mujer toda una vida; es para el uno un episodio, para la otra el poema; la mujer cuando no está enamorada, cuando no es madre ó esposa, cuando no sufre por la persona amada, es cruel, es maga, es hechicera ó es envidiosa. La inferioridad de la mujer, observada por Lombroso, está representada en estas fábulas, anticipando, como hace siempre el arte, la deducción científica.

Y domina siempre el optimismo:—esta eterna esperanza del alma joven—no falta nunca, es la nota de consuelo en el gran mar del dolor humano; la nota eternamente agradable.

Pero en medio de este ciclo fantástico lleno de nubes, de este poema eternamente criminoso de las fábulas ¡qué gracia de sentimientos, qué pureza de ternura, qué hálito de idealidad! En una fábula se cuenta de qué modo una doncella—hermana de un rey— por amor de su hermano se come una hoja de laurel, en donde se halla un genio, aunque sabe que por ello ha de tornarse madre. Ella oculta á todos su sacrificio por miedo á que se la inculpe, y al morir deja á la criatura, fruto de estos extraños amores, adormecida en una estancia, y le envía la llave á su hermano rogándole que no la abra jamás. Y el hermano lo hace así y lleva la llave pendiente de su cuello como una reliquia; pero una noche su mujer le quita la llave, abre y encuentra bajo la acción de un narcótico á la jovencita adormecida y la maltrata creyéndola una concubina, y la doncellita calla y sufre en silencio y sólo volviéndose á un puñalito de mango taraceado, le cuenta su extraño nacimiento y le ruega que cuando haya oído la triste historia, tenga á bien clavárselo en el pecho.

¡Qué desgarradora pena tan íntima y desesperada

la de esta doncella huérfana, que llora y no tiene ánimo para darle término, y cuál su candor al confiar su dolor—á falta de persona que la anime—á un objeto inanimado!

En otra fábula, el hijo de un rey, al cual tenían cautivo las hadas por no haber accedido á sus amores, una noche se acerca á la cuna de un niño y le canta una canción rebosante de dolor. Si fuese libre —le dice—estaría siempre junto á ti meciéndote, te envolvería en brocados y te tendría en una cuna de oro ¡hijo del alma mía!

En otra una doncella, de eterna bondad, perdona á una madrastra cruel, y hay fábulas de amor, de un brio y una frescura maravillosos, semejantes á *rusceletti dei verdi colli* de que habló el Dante, y que hacen *lor canalli freschi e molli*. Como la leyenda de aquella doncella, una de esas mujeres esplendentes que pasan despedazando y hechizando los corazones, la cual rinde á un rey, el más hermoso que se vió jamás, con su altivez llena de gracia y de coquetería juntamente y lo ve á sus pies.

Si; como en las manifestaciones criminales se encuentra la nota genial, así en estas producciones de un mundo inferior se encuentra el atractivo, acaso, de un arte sobrehumano y de una bondad infinita; se halla el reflejo de una psiquis compuesta de fango y de rayos de sol.

CAPÍTULO III

LA GENIALIDAD DE LA FÁBULA

En los precedentes estudios de la psiquis colectiva hemos demostrado las relaciones entre las formas inferiores y el genio; nos queda por decir ahora de qué modo las manifestaciones psíquicas colectivas son acaso verdaderas manifestaciones geniales, salidas—como la genialidad individual—de la neurosis que las rodea (1).

Con efecto, el genio no es más que una neurosis, al menos en algunas manifestaciones y formas que llevan en sí el estigma, como inconsciencia de la creación genial, amnesia, notas psicomáticas deficientes en sí ó en su familia.

Ha habido genios alocados é incompletos, otros que lo han sido tras de un grave trauma ó psíquico ó somático; otros por efecto de enfermedades nerviosas ó mentales de forma monomaniaca impulsiva, delincuente. Y en medio de estas manifestaciones neuro ó psicopáticas ha salido la genialidad individual.

La genialidad colectiva incompleta no se sustrae á tal ley: ella surge en las muchedumbres inferiores, no en las superiores; es decir, en aquellas muche-

(1) Lombroso: *Genio e follia*.

dumbres que tienen un contenido ideativo y sensitivo —una estática y una dinámica psíquica— paralizada; en estas muchedumbres que son fuertemente misoneístas y en las que lo nuevo va acompañado de una gran desintegración psíquica; en las que la acción criminosa no es rara y en las que acaso prepondera; aquellas, en fin, en las que predominan las formas patológicas epidémicas de la neurosis y la psicopatía.

Las fábulas han salido, con preferencia, en la Edad media, cuando la mente estaba embarazada por un falso concepto de la naturaleza; cuando una niebla intelectual, como en noche de invierno, impedía la vista de las cosas. La naturaleza no era más que un eterno pecado urdido por la carne y el demonio; el desprecio de los cuidados del mundo era la única sabiduría. El alma estaba trabajada por un íntimo dolor que las circunstancias adversas y afortunadas mantenían siempre vivo y presente.

Era una verdadera lipemania que á todos alcanzaba; era un anublamiento del cerebro, era un desconsuelo del corazón, y no era mejor la vida externa: las pestes, las hambres, los morbos, sucedíanse á plazo fijo; las guerras, las invasiones, eran acontecimientos ordinarios; la dominación, cosa de todas horas, y una gran degeneración y un cansancio lo vencían todo. De estas condiciones psicósomáticas aparecían las formas epidémicas neuro y psicopáticas: demoniopatía, catalepsia, histeria, frenesi de la danza, etc., eran los estigmas, junto con el delito, de esta inmensa degeneración psíquica, y juntamente con esta neurosis surgía la genialidad colectiva.

Y las fábulas eran una verdadera genialidad, sea por el arte con que estaban aderezadas, ya porque era una verdadera anticipación de ciertas formas literarias; de ellas nacieron los poemas heroi-

cos y los poemas heroico-cómicos—como en la «romanza» del *Che ne so* (1) verdadera anticipación del D. Quijote;—salieron los poemas sagrados, la lírica amorosa; y con efecto en las fábulas los pasajes más bellos de amor están en verso; los romances, las novelas. En la fábula y en las demás formas populares—como las primeras poesías rimadas—se encuentra completa la anticipación de la genialidad colectiva, incompleta, y es, como la del ingenio individual, inconsciente.

Y son anticipaciones no sólo literarias, sino científicas; yo he aducido muchas en el estudio de la muchedumbre, en donde lo inconsciente aparece sobre todo en ciertas anticipaciones, que, descubiertas por el genio, encuentran en las muchedumbres viejas el mayor misoneísmo; en este pueblo calabrés que con una frase pornográfica ha precedido en tanto tiempo á Darwin, el transformismo constituye un verdadero espanto aun para las clases cultas.

Ocupándome en las fábulas, hallé yo que los descubrimientos acerca del carácter criminal, que tanto honran á Lombroso, Ferri y Garofalo, etc., estaban contenidos y reflejados en las fábulas; está allí reflejada la imprevisión del criminal, el alma inferior de la mujer, la pena que en su origen es un nuevo delito, el hecho de psicología criminal por el que falta á los delincuentes la piedad, no el conocimiento de la justicia, por lo que con frecuencia se hacen juzgar astutamente, en las fábulas, sus propios crímenes como si fuesen ajenos;—éstas y un número infinito de otras notas de criminología están contenidas en las fábulas; en una de las cuales, por ejem-

(1) *Che ne so* es una fábula, en la cual el protagonista lleva el nombre de esta muletilla. Sus aventuras de amor y guerra son muy cómicas y en conjunto es un verdadero poema heroico cómico.

plo, la bruja, antes que seguir á su hija que se escapa de casa con un rey, entra en una iglesia y ruega á la Virgen que le conceda el poder cogerlos para comérselos, confirmando así la relación que existe en estas almas delincuentes entre el crimen y la religión.

Además, en las fábulas se encuentra la inconsciencia y la amnesia de la creación genial y son, como la genialidad individual, un producto de la neurosis de la psiquis colectiva. Nacen de las psiquis enfermas, viven en las formas inferiores de la muchedumbre, en las formas paralizadas, en las estratificaciones más bajas, y cuando el soplo de lo moderno las embiste y acaba el carácter inferior, mueren las fábulas.

La muchedumbre de lo porvenir vivirá sin degeneración y sin fábulas; será una de aquellas formas elevadas que nosotros tenemos en mientes y en el corazón y que acariciamos con la más dulce esperanza.

El porvenir de la muchedumbre es como uno de aquellos reinos encantados de la fábula, en los que generosos caballeros se agitaban y en donde la potencia del mal los convertía en marmolillos; pero tras de siglos, uno venturoso—descubriendo el encanto—conquistaba aquel reino y las piedras retornábanse en hombres, que restregándose los ojos exclamaban: ¡Qué sueño tan largo!

Así nos ocurrirá á nosotros, á muchos, que volviendo nuestros afectos á esa muchedumbre del porvenir, quedamos vencidos por la fuerza que nos rodea; pero un día llegará en que reviviremos, no con una juventud corpórea, sino en el piadoso pensamiento de los que sentirán la nobleza de un ideal y el fulgor de una fe. El sueño habrá sido largo, pero no infructuoso.

LAS EPIDEMIAS PSÍQUICAS



CAPÍTULO I

LAS EPIDEMIAS PSÍQUICAS

También la psiquis tiene sus formas epidémicas, que á veces alcanzan una gran difusión y una extremada intensidad.

Cuando un pensamiento ó un sentimiento llega á predominar en el campo de la conciencia y lo ocupa por entero y lo posee dando por sí solo el tono y el colorido, es patrimonio de un alma sola, pero se difunde, gana á todas las almas y dura por completo una edad; cuando tal ocurre, nos encontramos ante el contagio extraño que llamamos psíquico, cuya medida y valor estudiaremos.

La crítica nunca ha dicho de dónde nace el contagio psíquico, cómo se compone de dos condiciones del espíritu humano que se completan, del deseo de subyugar y de ser subyugado, de la sugestión y de la imitación.

La sugestión y la imitación, lo mismo que la oposición, no son otra cosa que sentimientos similares que se completan mutuamente: la sugestión individual, la que se aplicará sobre los demás suscitando la imitación y la oposición, no es más que el efecto de la sugestión del ambiente sobre un alma solitaria, en un solo espejo cóncavo que recoja en su foco, unificándolas, las mil vibraciones etéreas que tiene

en su rededor. Hay en la naturaleza seres privilegiados, naturalezas psíquicas exquisitas, que sienten antes que nadie la voz del tiempo; que saben dar á ésta una forma determinada y proyectarla al exterior como voces de su alma descomunadamente grande.

El sugestionador, pues, no es más que un sugestionado, no por un hombre, sino por el gran ambiente social que lo rodea; es un vidente del tiempo, entre quienes no son más que sugestionados por un hombre, á cuyo contacto expresan ó la imitación ó la oposición, ó, como quien dice, electricidad positiva ó negativa.

Pero así la sugestión como la oposición, son dotes normales del alma humana, las cuales, sin embargo, en determinados momentos históricos, asumen una extensión y una intensidad casi patológica que les da, como á los sentidos de un histérico, una gran hiperestesia.

La sugestión ha dominado siempre la mente, la imitación ha sido siempre el principal camino de la civilización: toda la historia del progreso científico y civil, toda la educación colectiva ó individual, no es más que obra continua de sugestión y de imitación. Pero, la novedad de la sugestión y de la imitación, en el contagio psíquico, consiste en la intensidad inusitada, en la extensión desconocida con que ciertas ideas se difunden y penetran en el alma humana; en el modo como han reducido el campo de la conciencia ocupándolo por completo, produciendo aquel fenómeno que yo he llamado monoideismo ó monopatía.

El campo de la conciencia es extremadamente complejo y variable: los pensamientos y sentimientos lo atraviesan de continuo, fijándose por un momento ó desapareciendo, como imágenes que pasan ante un espejo puesto en un camino; pero cuando un solo pensamiento y un único sentimiento permanecen

en el campo de la psiquis, cuando la ola se detiene, entonces por extraño fenómeno, pensamiento y sentimiento se agrandan y pueden de la psiquis de un solo individuo difundirse á las de los demás, quedándose y engrandeciéndose por modo parecido; de donde se deriva que las infinitas psiquis individuales poseidas por un hecho único y del mismo modo entonadas, se reúnan en una inmensa psiquis colectiva, por una de aquellas multiplicaciones del sentimiento tan frecuentes en los fenómenos de psicología colectiva.

Ahora bien, para que el fenómeno normal de la sugestión y de la imitación alcance tal alteza patológica, es menester que haya un momento determinante constituido por dos elementos; esto es, por un enorme estímulo externo y de una enorme reacción del organismo, en el que se rompa el equilibrio psíquico y quede incapaz de nuevos adaptamientos.

Con efecto, hoy, una gran degeneración va posesionándose del organismo humano, como una inmensa sombra que la civilización trae consigo. Nuestros padres no conocieron los ansiosos afanes de la lucha por la existencia y por la civilización; la norma de su vida siempre fué moderada y la serenidad del espíritu fué el tono constante de su alma. En nosotros el afán penetra por más puntos, y del pensar en el mañana y de la lucha más cruel que se aproxima y del rápido sucederse de la civilización, estamos como la hoja que cae helada antes de tiempo, á la que arremolina el viento.

Sin embargo, traemos en nosotros mismos el agotamiento nervioso (psicoastenia) y la degeneración; la necesidad de fuertes excitantes que venzan la torpeza de los nervios agotados por el trabajo; por lo que el alcoholismo, el morfinismo, la lujuria, la serie de las emociones violentas, va difundiéndose cada vez más y amenaza con extinguir esta raza humana.

De esto nace un gran desequilibrio psíquico, por lo que ciertas dotes normales del alma humana se agigantan, y de aquí que la sugestión se haga más viva y la imitación más extensa; la psiquis se torna como cuerda tensa hasta su grado extremo y, en una unidad de tiempo, da un extraordinario número de vibraciones á poco que la roce el más suave hálito. Un punto más y la cuerda se rompe; una acción más larga y duradera de este *surmenage* psico-intelectivo, y la locura, las enfermedades nerviosas, romperán esta frágil humanidad. Y así, en pocos años, la demencia se ha sextuplicado en Inglaterra tocando la enorme cifra de 155 por 1000.

El mundo se ha tornado, pues, triste y desasosegado, lo que no ocurría en el pasado; precisamente porque el alma humana se ha hecho más sensible, más hiperestética. Las impresiones externas antaño encontraban una atenuación en el sistema nervioso que las reflejaba; ahora al reflejarse en éste se agigantan, por lo que el dolor social—realidad verdadera pero menor que el dolor antiguo—en nuestros nervios, en nuestra psiquis, se eleva á la enésima potencia, convirtiéndose, antes que en un dolor material, en un gran dolor moral, y como siempre ocurre, acompaña-se de una gran ansiedad, de la necesidad de un mesías, y cuando alguno pretende haber encontrado el remedio de tal dolor humano, cediendo él, primero que nadie, á una sugestión del ambiente, los demás le aclaman y le siguen; por lo que hoy las epidemias psíquicas nacen, por una parte, como en todos los tiempos, de una estrechez mental y de un desequilibrio pasional, y de otra, de un gran dolor humano que nos rodea.

Con efecto, el mundo antiguo, el espíritu ario, tan sereno y tranquilo, no tuvo epidemias psíquicas; fué como una larga jornada de una serenidad resplandeciente, que sólo al atardecer entoldan las nubes.

La inquietud que no le había castigado en la juventud, viene á aparecer en el cruce étnico de los pueblos del imperio, al contacto del alma semítica, al invadir la esclavitud los ruinosos acontecimientos políticos.

Y la epidemia fué ascética y religiosa, y como las otras formas de contagio psíquico tuvo un doble contenido regresivo y progresivo; progresivo fué por cierto el cristianismo que realzaba á los miserables, que daba á la vida un nuevo contenido, que destruía la pristina grandeza; regresivo el ascetismo, la negación del arte y del pensamiento.

La Edad media fué en cambio un largo período de epidemias psíquicas cuyo por qué dijimos ya.

Pero aunque parezcan iguales, las epidemias psíquicas, siempre tienen un colorido especial que les da su tiempo por modo distinto; ocultan un contenido ya regresivo ya progresivo, ya de retorno ya de anticipación y, en fin, son como tendencia compensadora en medio de un ambiente triste y doloroso siempre.

Así es como encontramos en la Edad antigua las epidemias sociales, tales son las revueltas de los siervos, que en determinados momentos se apoderaban de las almas de infinidad de esclavos con la celeridad del rayo; en la Edad media la tonalidad epidémica es ascética y religiosa; en la Edad moderna es compleja: económico-social-política, ó bien religioso-ascética, como en la Edad media, ó económico-social como en la Edad antigua.

Nuestra civilización, llegada después de la antigua y medioeval, en sus estratificaciones psíquicas repite las otras dos; por lo que junto al colorido propio del tiempo, — económico-social-político, — tiene la epidemia de fondo social, como la civilización antigua y la media, ó el ascético-religioso, como la Edad media. Sin embargo, cualesquiera que sean los aspectos

de las epidemias psíquicas, en el fondo tienen un solo contenido, el económico, y son como una compensación del ambiente en medio del cual se vive; en el mundo antiguo imperaba la esclavitud y la epidemia psíquica tomaba el aspecto de una liberación humana, de lo que sobrevenían las guerras de los siervos; en la Edad media, en que sucedía al antiguo placer de los sentidos, á la serenidad del pensamiento ario, la epidemia ascético-religiosa, fué un largo martirio de la carne, una temerosa introspección del alma; en la Edad moderna, en que el egoísmo domina, la epidemia psíquica es profundamente altruista, toma, pues, forma religiosa ó económico-social.

Por otra parte, las epidemias se organizan y propagan, ó entre almas apasionadas y ardorosas, ó entre almas muy desequilibradas, ó en estado de calma por falta de cultura; y de este especial carácter nacen las formas epidémicas de contenido progresivo ó regresivo con la ilusión de curar al mundo, pero con la vista fija atrás ó adelante, siendo las unas supervivencias del pasado y las otras anticipaciones de lo porvenir.

Por fin, como última distinción, las epidemias psíquicas obran principalmente sobre el sistema nervioso (epidemias neuropáticas) ó sobre el alma (epidemias psicopáticas); á las primeras pertenecen entre las de la Edad media, la forma histérico-epiléptica, el baile de San Vito, etc., á las segundas la demonopatía, las invasiones y las obsesiones, etc., y en los tiempos presentes, el suicidio es una epidemia neuropática, en tanto el neomisticismo es una forma psicopática.

CAPÍTULO II

LAS EPIDEMIAS PSÍQUICAS MODERNAS

La Edad moderna, en este su ocaso, está señalada por un tardío desarrollo de las cualidades psíquicas superiores y en cambio tiene un excesivo desarrollo de las condiciones inferiores de la psiquis.

Las dotes inferiores de la psiquis, que son aún las primitivas, se resumen en el campo de la inteligencia en un gran sentido del presente pero con un escaso idealismo, y en el campo del sentimiento en un atroz egoísmo con un escaso altruismo. Vivimos nosotros demasiado al día y en nosotros mismos; el ideal, esa gran representación del mundo puesta fuera del tiempo, nos atormenta muy poco y el amor al prójimo para nada nos preocupa.

Es una gran verdad que el idealismo y el altruismo, que en el fondo son dos productos de la atracción de la psiquis, son dote de los pueblos evolucionados, que no resplandecen en la frente de la niñez de la humanidad, pero brillan en la juventud humana; esto es gran verdad, pero lo es también que hoy atravesamos un periodo regresivo durante el cual idealismo y altruismo han retrocedido buen trecho.

Nuestros antecesores tuvieron un idealismo falso pero vivo: creyeron en una religión revelada, en el

amor á la patria; su altruismo toma la forma de la caridad inexhausta; tuvieron, en suma, un gran sentido del ideal, que hoy puede parecer anticuado, pero que para aquellos tiempos fué moderno por cierto. Esto hoy ha desaparecido por completo: la ciencia ha destruido el sentimiento de la religión revelada; los acontecimientos políticos, el de la patria, sin que nuevas concepciones ideales hayan substituido á las antiguas; así como la nueva ciencia sociológica ha destruido el antiguo concepto de la caridad, sin que el nuevo del deber social lo haya substituído.

Es el nuestro un horizonte moral é intelectual aterrador: muchos no tienen un rayo de fe ni un vislumbre de esperanza: el egoismo y el sentimiento del presente se han tornado los dos únicos polos de la vida, y en vano buscamos la virtud que enaltece y que conquista; que los vencedores del día son la gente de cerebro eunuco y de corazón prieto; los vencidos son las almas elegidas que llevan un ideal en el corazón y en la inteligencia un pensamiento.

¿Qué maravilla es, pues, que por aquella ley de compensación que existe en la naturaleza, por el fenómeno de la oposición social, que es, como dijimos, un hecho sugestivo, salga y se propague frente al pensamiento del presente,—al realismo—la sed del ideal, y frente al egoismo el amor sin límites á la humanidad?

En cada tiempo, como en cada lugar, la naturaleza, con sus epidemias psíquicas, ha ejercido una función de conservación recalcando aquellas dotes que faltan, acrecentándolas desmedidamente, y arraigándolas en ciertas almas, con tanta proporción é intensidad, cuanto son deficientes en las otras; por lo que ocurre que una vez más las nuevas epidemias psíquicas, que llevan en sí aquellos senti-

mientos de compensación que faltan á las otras, son de naturaleza idealista y altruista.

Pero, así como le ocurre al espíritu humano, en el cual las formas pasadas ejercen á veces una influencia grande y vigorosa, por lo que hay herencia y atavismo; así ha ocurrido que el altruismo y el idealismo resurgentes han tomado dos formas: en los intelectos vigorosos y nuevos han adoptado formas nuevas—de donde el sentimiento religioso que se eleva á Dios para descender á la humanidad,—como en las poblaciones anglosajonas, ó la nueva fe social del proletariado; y en los intelectos débiles, han tomado forma de renacimiento religioso, largo tiempo transpuesto y sepultado en la inconsciencia de la psiquis. Por eso ha ocurrido que del triste realismo, del egoísmo especial de nuestro siglo, hayan salido como más fuentes de epidemias psíquicas; pero salen el idealismo del anglosajón, ese robusto idealismo de la raza, que hemos dicho que confina en Dios y tiene como meta la humanidad; el socialismo, que es fe y ciencia al mismo tiempo y en el que se van agrupando los más osados pensadores y la parte trabajadora de la Humanidad; el espiritismo—este extraño fenómeno científico que, ridículo en un principio, va impresionando á almas de científicos como Wallace, Lombroso, Richet y Flammarión; el cual tan bien se presta á una interpretación científica (psiquismo) como á un reconocimiento del alma distinto del espíritu, lo que preocupa á infinidad de academias científicas y tiene sus experimentos, seguidos con el rigor de un ensayo psicológico; y por fin el neomisticismo, este retorno á otros tiempos, gran creyente, que nace de un cansancio del mirar adelante, de un prurito de recogimiento, que tiene como postulado: que si la ciencia se ha engañado, aun puede acogerse uno á la fe.

Pero, comprendidas en la forma neomística, hay dos concepciones religiosas que viven en dos climas históricos diversos, atrasado el uno, el otro no evolucionado; en nuestras plebes reviven con efecto las formas medioevales del demonismo, de las obsesiones, de los milagros, de los sueños llenos de advertencias, etc.; en una palabra, aquellas formas místicas medioevales, tal vez con contenido delincuente. En Rusia, donde las almas han progresado poco, y menos bajo el peso de una presión social inmensa, en aquel pueblo adopta la epidemia psíquica nueva forma y contenido. Son formas epidémicas, insensatas, que atentan contra la vida propia ó las de los demás, como los Skoptres, ó aquella extraña secta en que la gente se hace emparedar viva (los *inclusos*), ó que no se resisten al mal como los tolstoyanos, que llevan su audacia hasta al mal cierto y sin compasión, como cuando rehuyen las levass, obedeciendo el precepto divino: no matar, y presos después, dejan su vida en la Siberia.

Y junto á las formas de epidemias psíquicas completas, con contenido progresivo, se hallan las formas regresivas correspondientes: junto al idealismo anglosajón está el misticismo latino; es la una forma nueva de caridad inextinguible que baja, como decíamos, sobre las desventuras humanas y no reniega ni de la ciencia ni de la vida. La otra es la vieja caridad de los conventos, es la melosidad de los países latinos; es la una toda una profilaxis contra el crimen; aquellos hombres hacen el bien porque sienten en su corazón una gran piedad, y su Dios es como la síntesis de toda la idealidad que se derrama de sus almas; la otra está subordinada á la grandeza terrenal del papado.

¡Cuán diverso es el neomisticismo eslavo del latino, formado por un profundo sentimiento de desengño de la vida, de una renuncia á la civiliza-

ción, de una ascética contemplación de la mente! En él no encontráis la fe activa como en el primero, pero comprendéis que estáis en medio de un pueblo que vive de un reflejo falso, de un mundo que fué, que no tiene del mundo verdadero que intenta reproducir más que la pasionalidad viva y ardorosa.

Así, junto á la moderna concepción social — la que llamamos nosotros socialismo — están las otras que predicán la reforma inmediata y violenta y el tornar á formas sociales que ya pasaron. Son estas dos formas de epidemias psíquicas diversas: la primera es esencialmente progresiva, sea por el método, evolutivo, sea por el contenido, esto es, como superestructura de una moderna forma económica; la otra es esencialmente regresiva, sea por el método violento, ya porque ensueña una sociedad menos compleja, aquella que Rousseau llamaba *estado natural*; por lo que Reclus y otros recurren con frecuencia á los ejemplos de los salvajes, excelentes para contraponerlos á la civilización moderna.

Ocurre, pues, también que las epidemias psíquicas modernas progresivas, se tocan con las regresivas: podemos decir que están aparejadas como las caras de muchas medallas, de las cuales es la una dorada y de plomo la otra.

Y después de las formas progresivas y regresivas vienen las formas insensatas y criminales: viene el suicidio, el asesinato político, formas largamente estudiadas y acerca de las cuales no queremos detenernos, sin apuntar que acaso á las formas comunes de crimen les da el tiempo su propia tonalidad; que hoy los delincuentes comunes se alimentan del carácter político y social, como en otros tiempos del religioso, y que el tono desciende hacia las formas completamente insensatas; de donde si en otros

tiempos los locos tenían delirios y alucinaciones religiosos, hoy los tienen de carácter político social.

Las grandes epidemias tienen en sí mismas, pues, un gran valor, ya que son como los fenómenos de una vasta enfermedad y su remedio; ellas, completas ó incompletas, señalan los hechos psíquicos de que escasea la civilización; qué sentimientos tienen necesidad de ser educados, dónde los dotes inferiores, predominantes como siempre, no han de destruirla. Y el Estado, cuando fuese verdaderamente pródigo, y cuando, antes que en las pequeñeces de cada día, tenga fija la mirada en los grandes intereses colectivos, debería acudir á tales epidemias psíquicas, domeniándolas, atendiendo las peticiones más simples y realizables, dando á estas corrientes de sentimiento dirección y cauce en vez de oponer obstáculos que las detengan; sólo así realizará una obra sabia y preparará lo porvenir sin excusas y sin daños, imitando las épocas geológicas que no se han sucedido, como dice Cuvier, mediante cataclismos, sino, como declaraba Lyell, por mutaciones lentas y continuas.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO

ÍNDICE DEL TOMO II

	<u>Págs.</u>
EL CARÁCTER DEL MEDIODÍA DE ITALIA	
Cap. I — El carácter en general	9
— II. — El carácter moderno	23
— III. — El carácter del Mediodía de Italia	41
— IV. — El genio y las vicisitudes de la raza en relación al carácter.	63
EL CRISTIANISMO Y LAS FORMACIONES HISTÓRICO-SOCIALES	
Cap. I. — Las formaciones histórico-sociales	75
— II. — Los orígenes del cristianismo	83
— III. — La infuturación histórica del cristia- nismo	91
— IV. — El secreto del cristianismo	115
— V. — La supervivencia del cristianismo	131
LAS «RUMANZIE»	
Cap. I. — La psiquis colectiva y las fábulas	141
— II. — Las «rumanze»	155
— III. — La genialidad de la fábula	161
LAS EPIDEMIAS PSÍQUICAS	
Cap. I. — Las epidemias psíquicas	167
— II. — Las epidemias psíquicas modernas	173

